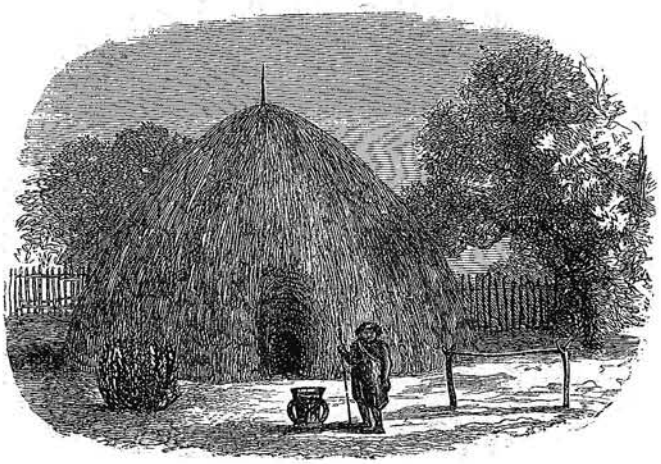
MAYNE-REID.



LOS JOVENES BOERS.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

AVENTURAS DE MAR Y TIERRA.

LOS JOVENES BOERS.

OBRA ESCRITA EN INGLES.

POR

EL CAPITAN MAYNE-REID.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. A. RIBOT Y FONTSERE.

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS.

MADRID:
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES
CALLE DE IZQUIERDO, NÚM. 4.

1870.

INDICE.

Capítulo I.	—	El campamento de los jóvenes boers.	Páginas. 5
II.	—	Bushman y zoulou.	6
III.	—	Manera de atravesar un vado.	8
IV.	—	La orilla opuesta del rio Orange.	10
V.	—	Leones y oryx.	11
VI.	—	Una leona enfurecida.	14
VII.	—	Lucha de Congo y la leona.	15
VIII.	—	Discusion á propósito de leones.	16
IX.	—	El unicornio.	18
X.	—	El pájaro-camello.	19
XI.	—	El caama.	20
XII.	—	Las aves sin alas.	22
XIII.	—	El fennec y los huevos de avestruz.	25
XIV.	—	Los blawboks.	27
XV.	—	Ataque de los blawboks.	29
XVI.	—	Persecucion del blawboks.	30
XVII.	—	Lucha desesperada.	31
XVIII.	—	Flechas envenenadas.	32
XIX.	—	Maniobra de bushman para atraer al aveztuz macho.	34
XX.	—	Persecucion de un gnou royado.	36
XXI.	—	Un rinoceronte.	38
XXII.	—	El ázmuerzo interrumpido.	40
XXIII.	—	Caza del avestruz.	41
XXIV.	—	Un avestruz singular.	42
XXV.	—	Blesbok ybonteboks.	43
XXVI.	—	Batida de blesboks.	44
XXVII.	—	Continuacion de la caza de los blesboks.	46
XXVIII.	—	Carrera desenfrenada de Hendrick.	47
XXIX.	—	Cazado por un keitloa.	48
XXX.	—	Endrick en estado de sitio.	50
XXXI.	—	Sorpresa del rinoceronte.	51
XXXII.	—	Un inmenso rebaño de antílopes.	52
XXXIII.	—	La montaña aislada.	53
XXXIV.	—	Esploracion de la montaña.	55
XXXV.	—	El Hirax.	56
XXXVI.	—	Los saltadores de rocas.	57
XXXVII.	—	La caza.	58
XXXVIII.	—	Los pájaros atrevidos.	61
XXXIX.	—	El antílope acuático.	62
XL.	—	El reptil voraz.	63
XLI.	—	Las pintadas.	64
XLII.	—	El antílope rojo.	66
XLIII.	—	Los cazadores burlados.	67
XLIV.	—	Las viudas.	68
XLV.	—	El carretero.	71
XLVI.	—	Ataque de los mouchochos.	72
XLVII.	—	Carrera montado en un rinoceronte.	73
XLVIII.	—	Jan y los kourhaans.	74
XLIX.	—	Willem y la serpiente Pyhon.	75
L.	—	Combate de Willem y el Pyhon.	76
LI.	—	El guia de la miel.	78
LII.	—	Envenenados.	79

LOS JOVENES BOERS.

CAPITULO PRIMERO.

EL CAMPAMENTO DE LOS JÓVENES BOERS (1).

¿Veis un grupo de jóvenes cazadores cerca de la confluencia de los dos grandes rios del Africa meridional llamados el Amarillo y el Orange?

Están acampados á la orilla izquierda del rio, en un bosquecillo de sauces de Babilonia, cuyo plateado follage se estiende hasta perderse de vista por ambas orillas.

El *salix Babilónica* es un árbol bellísimo y de formas tan graciosas que dificilmente puede competir con él la palmera, esa reina de los bosques. Cuando le contemplamos en Europa la melancolía invade nuestros pensamientos: estamos acostumbrados desde la infancia á considerarlo como un emblema de tristeza, le llamamos *sauce lloron* y con su pálido follage ocultamos las tumbas como con un sudario bordado de plata.

El sentimiento que nos inspira en medio de los karrous (2) del Africa meridional es de naturaleza completamente diferente: en una comarca en que tan escasos son los rios y manantiales, muy distantes unos de otros, el sauce lloron es un signo indudable de la presencia del agua y despierta la alegría en vez de la tristeza.

La mas espansiva alegría reina efectivamente en aquel vivac, abrigado por los sauces que adornan las orillas del Orange, como lo demuestran las contínuas carcajadas que resuenán y que repiten los ecos de ambas orillas.

—«¿De dónde provienen esas carcajadas tan alegres y sonoras?

—De nuestros jóvenes cazadores.

—¿Y quiénes son esos cazadores?»

Aproximémonos al sitio en que están acampados y los veremos; á la claridad de la hoguera que los reune nos será fácil distinguir sus facciones y describir sus personas.

Son seis y ni uno solo de los indivíduos de aquella alegre reunion parece haber cumplido veinte años. Sus edades varian entre diez y veinte años, pero hay entre ellos algunos que tienen la pretension de ser ya hombres maduros.

Los tres primeros son hermanos. El menor se llama Jan y procura estar siempre muy derecho y aun empinarse sobre las puntas de los pies para poder medir un metro veinte centímetros.

Hans es muy pálido: ha pasado dos años en el colegio dedicándose al estudio con ardor y ganando siempre los primeros premios.

El tercero es Hendrick, hermano menor del anterior, aun cuando es mas alto y robusto que este último: tiene diez y ocho años cumplidos, es derecho como un junco y notareis en su porte y su fisonomía algo de marcial que no es de estrañar, atendiendo á que desde el año anterior es porta-estandarte en los carabineros del Cabo, como podeis ver mirando su gorra de uniforme galoneada de oro.

Los otros tres son los hijos de Dietrik Van Wyk.

¿Y quién es este Van Wyk? Es un rico *boër* que cada noche encierra en sus espaciosos *kraals* (3) mas de 3.000 cabezas de ganado mayor, comprendiendo los caballos, y 15.000 cabras y carneros: Dietrick Van Wyk es considerado como el mas rico ganadero de toda la comarca de Graaf-Reinet (4).

(1) Colonos de origen holandés establecidos en la provincia del Cabo.

(2) Llanuras estériles situadas entre las cadenas de montañas que atraviesan de Este á Oeste la punta meridional de Africa.

(3) Aldea hotentote y tambien los cobertizos y establos en que los boers encierran sus ganados.

(4) Poblacion situada al Sudeste de la colonia del Cabo, en un valle formado por montañas de formas variadas y diferentes alturas regado por el rio Domingo, que lo rodea casi enteramente

La granja, ó por mejor decir, el territorio de Dietrik es limítrofe de la esplotacion de Hendrick Von Bloom, y los dos vecinos son amigos inseparables. No pasa dia sin que se vean una vez por lo menos: todas las noches se reunen en una ú otra casa con el objeto de fumar juntos su enorme pipa de espuma de mar ó beber una copita de *brandewyn* (1), destilado de sus propios alberchigos.

Son dos antiguos camaradas: ambos han sido militares en su juventud y como todos los antiguos soldados son aficionados á hablar de sus campañas y á relatar las batallas á que han asistido.

Es muy natural que en semejante circunstancia reine la mayor intimidad entre los hijos de los dos vecinos. Además de la amistad que une á los dos padres existe otro lazo que estrecha mas la union de las dos familias: las señoras Van Wyk y Von Bloom son hijas de dos hermanas, de donde resulta que sus hijos son primos, grado de parentesco de los mas interesantes. Es probable que mas adelante sean mas íntimas y estrechas las relaciones de familia de los Von Bloom y los Van Wyk; Hendrick tiene por hija á la encantadora Gertrudis, la de los hermosos cabellos rubios y rosadas mejillas, y Dietrick por su parte es padre de Wilhelmina, preciosa morenita de ojos negros y aire provocativo. La casualidad ha hecho que cada familia tenga tres hijos y aunque tanto unos como otras son muy jóvenes para pensar en casarse, corre el rumor de que mas tarde ó mas temprano estrecharán sus relaciones los Von Bloom y los Van Wyk por un doble matrimonio que indudablemente no disgustará á ninguno de los dos viejos camaradas.

Hemos dicho que hay tres hijos en cada familia; ya conoceis á los Von Bloom, Hans, Hendrick y Jan; permitidme que os presente á los Van Wyk, que se llaman Willem, Arend y Klaas.

Willem es el mayor, y aunque no ha cumplido aun diez y nueve años parece un hombre ya formado: de una corpulencia que le ha valido el sobrenombre de *grueso* Willem, su fuerza es proporcionada á su robustez. Es bastante descuidado en su trage: una blusa de tela grosera, hilada en la casa de su padre, una camisa á cuadros y un pantalon de cuero estremadamente ancho le hacen parecer mas grueso de lo que es en realidad. Su sombrero de fieltro de anchas alas le cubre la frente hasta los ojos; sus zapatos son demasiado grandes para él y su carácter es tan franco como holgados sus vestidos. Aunque es fuerte como un búfalo y tiene la conciencia de su fuerza no se atreveria el grueso Willem á hacer daño á una mosca, y su genio benévolo y cariñoso le conquista el afecto de todos los que le conocen.

Cazador de primer órden, lleva uno de los mayores fusiles que se fabrican, un verdadero *roer* holandés, y va además cargado con un frasco de pólvora gigantesco y un saco lleno de balas. Un hombre de fuerza regular iria agoviado con semejante peso, que es insignificante para los hombros de Willem.

Como Hendrick Von Bloom es igualmente un cazador afamado existe entre los dos Nemrods un ligero sentimiento de rivalidad, que no llega, sin embargo, á tomar grandes proporciones, pues se quieren demasiado para ello.

Hendrick prefiere la carabina y Willem un fusil sencillo, por cuyo motivo se promueven con frecuencia largas y animadas discusiones á propósito del mérito respectivo de sus armas, sin escederse jamás de los términos convenientes, pues á pesar de su apariencia descuidada el grueso Willem es un muchacho muy bien educado.

Arend, el segundo hijo de los Van Wyk, demuestra en su persona y en todas sus maneras mucho mas esmero y elegancia que Willem.

(1) Especie de aguardiente.

De una belleza varonil que llama la atencion al momento, puede rivalizar con Hendrick mismo, aun cuando no existe entre ellos el menor parecido. Hendrick es rubio y Arend moreno con los ojos y los cabellos de un hermoso negro. Todos los Van Wyk son morenos y pertenecen á esa raza especial de los habitantes de Holanda que se designan algunas veces bajo el nombre de *Holandeses negros*. Pero aquel color moreno sienta admirablemente en las delicadas facciones de Arend y con dificultad encontrareis en toda la colonia un adolescente mas hermoso. Se dice por lo bajo que esta es la opinion de Gertrudis Von Bloom, pero deben ser chismes de vecindad, pues la preciosa rubia no tiene aun trece años y es imposible que en su edad pueda ya tener una opinion en semejante materia.

El trage de Arend es elegante y le sienta maravillosamente; se compone de una especie de blusa de piel de antílope de gracioso corte, trabajada con esmero y adornada con piel de leopardo y de un pantalon de la misma piel con anchas franjas tambien de leopardo, que produce muy buen efecto. Lo mismo que Hendrick, lleva la gorra militar, pues es igualmente abanderado en los carabineros del Cabo. Puedo aseguraros que es un oficial encantador.

Klaas es el menor de los Van Wyk. Tiene la misma edad y estatura que Jan, pero es diferente en cuanto á la circunferencia. Jan es un muchacho nervioso y esbelto mientras su amigo Klaas es robusto y tan grueso que su cintura es doble que la de Jan.

Los dos llevan blusas, pantalones flotantes y sombreros de anchas alas; asisten á la misma escuela y á pesar de su poca semejanza física son ambos muy hábiles en la caza de reclamo y en todo lo que concierne á la captura de pájaros y nidos. Como van armados de escopetas de poco calibre y de un solo tiro no llega su ambicion hasta el estremo de querer matar antílopes, pero por pequeñas que sean sus armas y menudos sus perdigones me inspiran lástima las perdices y pintadas que se pongan á tiro.

Ya hemos dicho que existe un sentimiento de emulacion en materia de caza mayor entre los dos mayores de la partida. Una rivalidad semejante produce con frecuencia ligeros altercados entre los dos cazadores de pájaros, que sin embargo son de poca duracion.

Hans y Arend no esperimentan sentimiento alguno de envidia hácia sus primos. Hans es demasiado filósofo para envidiar á nadie, y además su especialidad es ser naturalista, para lo que no tiene rival entre sus compañeros; toda la banda se inclina ante su ciencia y acepta, sin decir una palabra, la opinion que emite.

En cuanto á Arend, no tiene pretension alguna; es el jóven mas modesto que existe, y sin embargo, es elegante, valiente, generoso y posee todas las cualidades necesarias para ser amado.

CAPITULO II.

BUSHMAN Y ZOULOU.

Ya he dicho al empezar que nuestros jóvenes amigos estaban acampados en las orillas del rio Orange; ¿con qué objeto habian ido á establecerse en aquel punto?

El sitio en que se encuentran está á gran distancia de la casa paterna y á muchas jornadas de marcha de la colonia del Cabo. No hay una sola granja en las cercanías ni ha penetrado jamás un blanco hasta allí, á no ser alguno de esos traficantes aventureros que van á cambiar sus mercancías hasta el centro de Africa ó bien un pastor nómada que conduce su rebaño por aquellos parages apenas esplo-

rados: es un pais completamente inhabitado y desierto.

¿Con qué intencion han penetrado hasta aquella region desierta los Van Wyk y los Von Bloom?

Unicamente para cazar.

Hace tiempo que está resuelta esta espedicion y tienen intencion de alejarse de las fronteras de la provincia del Cabo. No han fijado límites á su esploracion y están decididos á llegar hasta donde les parezca sin inquietarse por la distancia.

Tienen permiso, y sus familias les han proporcionado todo el equipo necesario para realizar su proyecto. Monta cada cual un buen caballo y van seguidos de dos grandes carretas ó wagones destinados al transporte de los efectos de campamento y que deben además servir de tiendas á nuestros amigos. Cada carreta tiene su conductor y su tiro, compuesto de diez bueyes de largos cuernos; podeis verlos detrás de los jóvenes cazadores, en compañía de una pequeña jauria de perros de aire arrogante y pelo rudo, que deben servir para cazar antílopes. Los bueyes y caballos están atados á las carretas ó á los árboles y los perros agrupados alrededor del fuego en diversas actitudes.

Otros dos estraños indivíduos hay en el vivac que merecen algunas líneas; son dos personajes importantes, pues sin ellos serian los wagones una cosa embarazosa. Ya se comprenderá que hablo de los conductores de los dos vehículos, y jamás hubo cochero sentado en blasonado pescante mas orgulloso que ellos con el empleo que desempeñan.

El uno se llama Facetanné. Es un bushman de gruesa cabeza, pómulos salientes, nariz chata, ojos pequeños y oblícuos como los de la raza mongólica, con unas mechas cortas de lana rizada diseminadas por su enorme cráneo, color amarillo oscuro, cuerpo informe y regordete, de un metro veinte centímetros de altura, y cubierto apenas con una camisa de franela encarnada y unos pantalones de piel oscura. Su fisonomía tiene un gesto alegre y benévolo que reemplaza á la sonrisa; es un fiel servidor, hábil carretero, hombre de recursos y está encargado de dirigir la carreta de los Von Bloom.

El indivíduo que conduce el wagon de los Van Vyk difiere de Facetanné como un ciervo de un oso. Tiene de estatura un metro cuarenta y cinco centímetros, es decir, que es un tercio mas alto que el hotentote, á pesar de llevar alpargatas en lugar de zapatos.

Aunque de color mas oscuro que el bushman, es mas bien color de bronce que verdaderamente negro. Sus cabellos, ligeramente rizados, son mas largos que la lana de su camarada y no tienen la marcada tendencia de los pelos del hotentote *á enterrarse por los estremos.* La nariz del bushman es cóncava y la del segundo convexa y casi aguileña: unos ojos penetrantes y bien colocados, dientes blancos y regulares, labios no muy gruesos, un cuerpo y unos miembros bien proporcionados y una actitud llena de nobleza y altivez prestan á este indivíduo un aspecto que contrasta de una manera chocante con el tronco macizo y el aire grotesco del bushman.

Su trage no carece de elegancia: se compone de una especie de saya ceñida en la cintura y cayendo hasta medio muslo; no es precisamente una tela sino un conjunto de largos pelos blancos que flotan libremente. Esta saya, verdadero trage de salvaje, está formada por la reunion de cierto número de colas de una especie de antílopes llamados *gnous* y suspendidas sencillamente de la cintura: una especie de palatina del mismo género cubre los hombros de aquel indivíduo que lleva brazaletes de cobre en la garganta de los pies y en las muñecas; en su cabeza se balancea un puñado de plumas de avestruz y un collar de cuentas de vidrio forma el complemento de su atavío. Se llama Congo, pertenece á la nacion de los cafres y está encargado de conducir el wagon de los Van Vyk.

«¡Un cafre carretero! direis; es imposible: un guerrero de tan elevados sentimientos no puede descender á semejante oficio.» La cosa es cierta, sin embargo: millares de cafres sirven en la actualidad en la provincia del Cabo y ejercen funciones mucho mas humildes que las de carretero, que no son consideradas como ínfimas por los habitantes de la colonia. Se ve con frecuencia á los hijos de los mas ricos boers sentados en el pescante de un wagon y manejando el látigo de bambú con la habilidad de un cochero consumado.

No debe causar sorpresa ver dirigida la carreta de los Van wyk por un cafre. Huyendo del despótico yugo de Chaaka, mónstruo sanguinario, se habia refugiado en territorio inglés, donde fue acogido y protegido por los colonos. Desde aquella época es un miembro útil de una sociedad civilizada, aun cuando el recuerdo de la patria es bastante poderoso en su corazon para hacerle conservar el trage nacional.

Envuelto en su amplio kaross (1) de piel de leopardo, que cae de sus hombros como una toga, con su saya flotante de argentado pelo y sus anillos de metal brillando á la claridad de la llama ofrece un aspecto salvaje de estraña grandeza. Nadie puede censurar, seguramente, que Congo el zoulou conserve un trage que hace resaltar tan bien sus hermosas proporciones.

Todo el mundo le aprueba, y entre nuestros jóvenes boers causa admiracion.

Me engaño: hay alguno entre los que acompaña cuyos sentimientos hácia él no son nada afectuosos, alguno que no puede escuchar tranquilamente las alabanzas del magnífico zoulou: es Facetanné el hotentote. Ya hemos manifestado la rivalidad que existe entre el grueso Willem y Hendrick á propósito de la caza y entre Klaas y el pequeño Jan con motivo de los pájaros: reunid los sentimientos de los cuatro jóvenes cazadores, multiplicarlos muchas veces unos por otros y no llegareis á la suma de celosa emulacion que se manifiesta sin cesar entre los látigos rivales del bushman y del zoulou.

Congo y Facetanné son los únicos servidores que siguen á los jóvenes boers. El rico Von Bloom, *landdrost* ó primer magistrado del canton, y su amigo Van Wyk, cuya fortuna es aun mas considerable están en posicion para proporcionar á sus hijos una veintena de criados. Puedo aseguraros que no ha sido la economía la causa de esta sobriedad; pero los dos viejos soldados no son hombres que mimen á los muchachos y les prodiguen todos los refinamientos del lujo.

«Los muchachos quieren ir de caza, dijeron un dia los dos amigos; muy bien, pero que tengan el trabajo al mismo tiempo que el placer,» y decidido esto les desearon buen viaje, dándoles lo necesario para el cumplimiento de su proyecto, es decir, un buen caballo para montar y una carreta con bueyes para llevar sus provisiones y los despojos de los animales que tengan la suerte de matar.

Afortunadamente no necesitan criados nuestros jóvenes boers y saben perfectamente servirse á sí mismos. El mas jóven de ellos podria, si necesario fuera, desollar un antílope, encender fuego y asar unas chuletas. A esto se reducen, por otra parte, todos sus procedimientos culinarios; su escelente estómago no pide mas, y su buen apetito, aguzado por las fatigas de la caza, suplirá las salsas mas delicadas que pueda inventar el mas acreditado cocinero.

Hace ya muchas semanas que han partido de Graaf-Reinet, pero aunque han cazado mucho no han visto

(1) Capa de los indígenas del Africa austral.

aun la caza que desean. Desde su salida no les ha ocurrido ninguna aventura que merezca relatarse.

Llevan ya dos dias de discusion: ¿atravesarán el rio y dirigiéndose al Norte se pondrán en busca de girafas y elefantes, ó se quedarán en la orilla meridional contentándose con perseguir las diferentes especies de antílopes? Despues de un largo debate se decidió que se atravesaria el Orange pasando al Norte del rio todo el resto del tiempo de que podian disponer, es decir, hasta el fin de las vacaciones.

El grueso Willem habia sido el ardiente promovedor de aquella proposicion, calurosamente sostenida por el naturalista. Willem esperimentaba un vivo deseo de cazar el búfalo y el elefante, pues no habia tenido ocasion aun de perseguir aquellos gigantes de los bosques, y el jóven sabio no estaba menos deseoso de penetrar en una region donde se encontraria en frente de una flora nueva.

Por estraño que parezca es lo cierto que Arend opinaba por volver á Graaf-Reinet, y cosa mas estraña aun, Hendrick era del mismo parecer á pesar de su pasion por la caza.

Es un fenómeno que se comprenderá fácilmente si se examina con atencion, y la conducta de los dos abanderados quedó muy pronto aclarada.

Hans Vou Bloom insinuó que una morenita llamada Wilhelmina podia muy bien influir algo en la opinion de su hermano, y el grueso Willem, que tenia la costumbre de hablar sin ambages, afirmó claramente que su hermana Gertrudis atraia hácia la colonia al hermoso Arend.

La afirmacion del uno y la suposicion del otro fueron suficientes para impedir á Hendrick y á Arend oponerse por mas tiempo al proyecto de Willem, y ruborizándose hasta las orejas se dieron por muy contentos con poder terminar la discusion aprobando el itinerario que se debatia.

«¡Adelante pues, y al Norte! esclamaron los cazadores; ¡al Norte, donde se encuentra el elefante y la girafa!»

En el momento en que acaban de lanzar aquellas alegres esclamaciones encontramos á nuestros jóvenes boers en la orilla izquierda del rio Orange, en frente de un vado muy conocido que tratan de atravesar. Desgraciadamente el rio ha crecido repentinamente y ha sido necesario acampar en la orilla del agua esperando que baje la crecida y les permita pasar.

CAPITULO III.

MANERA DE ATRAVESAR UN VADO.

Al amanecer del siguiente dia se levantaron nuestros cazadores y su primer movimiento fue ir á ver el estado del rio. Con gran satisfaccion observaron que el agua habia descendido mas de un metro, como era fácil conocer por las señales que habia impreso en los árboles de la orilla.

Todos los rios del Mediodía de Africa, como todos los que atraviesan las regiones tropicales y principalmente cuando el pais es montañoso, crecen mucho mas rápidamente que los de la zona templada. Se esplica este hecho por la enorme cantidad de agua que derraman las lluvias de los trópicos, que no caen en gotas sueltas como en Europa sino literalmente en capas abundantes durante muchas horas seguidas, de donde resulta que el suelo se satura completamente de agua y que los rios se convierten en torrentes.

Podemos deducir la consecuencia por nuestras tempestades, al ver que sus gotas voluminosas transforman en algunos minutos los surcos en arroyos y estos en rios.

En nuestros climas no son estas lluvias de larga duracion, pues apenas se prolongan mas de media hora; podeis imaginaros las espantosas inundaciones que producirá bajo los trópicos una lluvia de siete ú ocho dias.

Tambien se esplica fácilmente el rápido descenso de los rios africanos: frecuentemente están alimentados por las nubes y no por los arroyos y las neveras como los nuestros; por esta causa disminuyen de corriente los rios desde el instante en que cesa la lluvia. Si se añade la evaporacion producida por un sol abrasador y la cantidad de agua que es absorbida por un suelo desecado sorprenderá mucho menos la rápida disminucion de las hinchadas corrientes de aquellos rios.

Nuestros jóvenes cazadores observaron al levantarse que el Gariep (asi llaman los indígenas al Orange) habia bajado durante la noche, pero no tenian aun la seguridad de que estuviera vadeable. Sabian que los hotentotes, los bechuanas, los traficantes y los boers nomadas pasaban ordinariamente el Orange por aquel sitio, pero quedaba por averiguar la profundidad actual del rio, que se encontraba desbordado en aquella ocasion. Ningun signo, ningun indicio podia guiarles: el agua turbia y amarillenta, como sucede generalmente despues de una crecida repentina, no permitia que se pudiera ver el fondo; era posible que no tuviera mas de un metro pero tambien podia tener dos. La corriente era rápida y la prudencia aconsejaba que no entraran en el agua sin conocer su profundidad.

¿Cómo hacerlo? estaban impacientes por hallarse en la otra orilla, ¿pero de qué medio valerse para atravesar el rio sin correr peligro alguno?

Hendrick proponia atravesar el vado á caballo; si el animal perdia el pié no por esto dejaria de arribar á la otra orilla nadando, decia él; el grueso Willem, que no queria quedarse detrás de Hendrick en punto á audacia, apoyaba esta proposicion, pero Hans que era el mayor de todos los cazadores y cuyos consejos llenos de prudencia eran acogidos generalmente, se oponia á que se intentase aquel medio. Una vez los caballos nadando, podia arrastrarlos la rapidez de la corriente á un sitio en que fuera imposible subir á la orilla, y caballos y ginetes estaban perdidos irremisiblemente.

Por otra parte, añadia el naturalista, aun suponiendo que los caballos pudieran llegar nadando hasta la opuesta orilla, era impracticable aquel medio para los bueyes y las carretas y seria inútil atravesar el rio desde el momento en que los wagones no podian pasar á la otra orilla. Mejor era aguardar á que recobrase su nivel ordinario, pues indudablemente no tendrian que estar acampados en aquel sitio mas de veinte y cuatro horas.

El consejo era bueno; Hendrick y Willem lo reconocieron así, pero el último deseaba tan vivamente encontrarse en medio de los búfalos y las girafas que á pesar del peligro estaba tentado de pasar á la otra orilla. Hendrick participaba tambien de aquella tentacion, no tanto por el amor de la caza como por pasion por las aventuras, pues si algun defecto tenia era el de la temeridad.

Como era evidente la imposibilidad de que los bueyes vadeasen el rio arrastrando las carretas, se resignaron el grueso Willem y el audaz Hendrick, aunque de mala gana, á pasar un dia mas en la orilla izquierda.

Pero no tuvieron que aguardar ni aun á la noche: una hora despues, no solamente los ginetes y los caballos, sino tambien los wagones y los bueyes habian pasado el rio y recorrian la llanura que se estendia por la otra orilla.

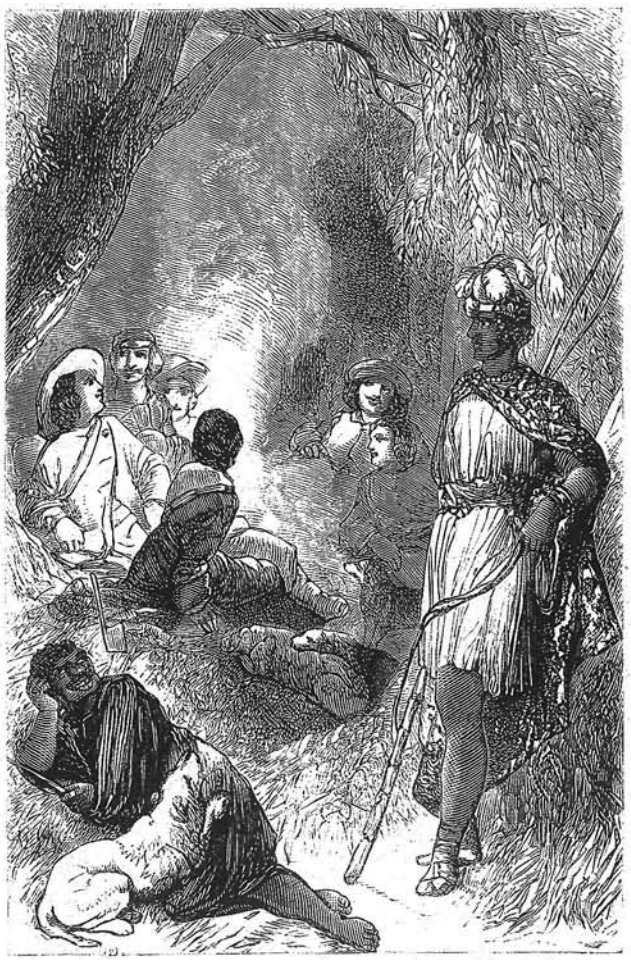
¿Qué habia podido motivar aquel cambio de resolucion por parte de nuestros cazadores? ¿Cómo habian podido asegurarse de que el rio estaba bastante bajo para que lo vadearan los bueyes? A Congo eran deudores de este resultado.

Mientras se preguntaban cual podia ser la profundidad del rio, el zoulou estaba en la orilla del agua, arrojando gruesos guijarros al rio. Nuestros amigos, suponiendo que se divertia ó se dedicaba á alguna práctica supersticiosa no le prestaron atencion y continuaron discutiendo, pero el hotentote seguia con la vista la operacion del cafre y demostraba con su atencion el profundo interés que le inspiraba aquella ocupacion.

Al poco tiempo, una risa despreciativa de Facetanné, seguida de algunas palabras irónicas hicieron que los jóvenes volvieran la vista hácia el bushman y el zoulou.

«¡Congo! esclamó Facetanné, ¡pobre loco! tú querer conocer la profundidad de esa manera! en qué piensas, viejo faramallero!»

El zoulou no prestó la menor atencion á este insultante apóstrofe y continuó lanzando piedras en la corriente del rio. Los cazadores, que fijaron su atencion en él, observaron que no tiraba las piedras con



Los jóvenes boers en el vivac.

indiferencia sino de una manera que demostraba tener un objeto determinado. Cada vez que lanzaba una se inclinaba sobre la superficie del agua y parecia escuchar atentamente el ruido que hacia su proyectil al sumergirse en el rio. Se levantaba cuando ya no oia nada y tiraba otro guijarrro mas lejos que el anterior, siguiendo la caida con la misma atencion.

«¿Qué está haciendo tu zoulou? preguntó Hendrick á Willem, que era uno de los amos de Congo.

—No lo sé, respondió el jóven Van Wyk; probablemente es alguna astucia de su pais, pues tiene para todas las circunstancias, pero ahora no adivino cual pueda ser el motivo de su operacion. ¡Ohé! Congo! gritó, ¿qué estás haciendo ahí, muchacho?

—Yo buscar la profundidad del rio, respondió el zoulou gravemente.

—¿Y crees tú conseguirlo de ese modo?»

El negro hizo un gesto afirmativo.

—«¡Bah! esclamó Facetanné, cuya envidia no podia soportar la atencion que prestaban á su rival; verdadera tontería, viejo loco, él nada conocer y nada poder decir.»

El cafre soportó tambien en silencio esta vez las palabras del bushman, que sin embargo empezaba á irritarle, y continuó su operacion hasta el momento en que cayó en el agua y á un metro próximamente de la orilla opuesta el último guijarro, es decir á mas de cien metros del sitio en que se hallaba.

Enderezándose entonces y volviéndose hácia los boers les dijo con cierta seguridad mezclada de respeto:

«Menhir, podeis pasar el vado.»

Nuestros amigos le miraron con incrédulos ojos.

«¿Qué profundidad piensas que pueda tener? le preguntó el mayor de los Von Bloom.»

El cafre se puso la mano en la cadera, queriendo dar á entender que tendrian agua hasta la cintura.

«¡Bah! esclamó Facetanné; el agua ser dos veces mas profunda: viejo loco, querer ahogarnos.

—Tu..... seria muy posible,» respondió el zoulou con calma, midiendo con la mirada al hotentote, cuya poca estatura escitaba su desprecio.

Los cazadores no pudieron contener la risa y Facetanné, picado en lo mas vivo, quedó algunos instantes sin poder responder á su rival, pero cuando recobró el uso de la palabra esclamó:

«Viejo negro, trapisondista, bueno para discursos; tú ser prudente ¿no es verdad? ¿tú querer llevar carretas y ahogar bueyes? Tú intentar el paso, pues no ser profundo, y atravesarlo primero, gran farsante.»

Facetanné creia haber triunfado de su rival: no suponia que este intentara atravesar el vado á pesar de su seguridad y estaba muy lejos de pensar en la humillacion que le aguardaba. Apenas habia desafiado á su competidor á que atravesara el rio cuando ya estaba el zoulou al borde del agua.

Los cazadores, adivinando su intencion, le gritaron que se detuviera y no cometiera una imprudencia que podia serle funesta.

Pero el bushman habia escitado el amor propio de Congo y este no escuchó las advertencias que le dirigian. No se precipitó en el rio, sin embargo, de una manera irreflexiva; obrando con la calma que le caracterizaba cogió en la orilla del agua una enorme piedra que no pesaria menos de 50 kilógramos y levantándola sobre su cabeza y sosteniéndola en esta posicion entró con decidido paso en el rio.

Asombrados en un principio los cazadores de esta maniobra comprendieron en seguida el objeto del zoulou al proveerse de aquella enorme piedra; queria aumentar su propio peso á fin de oponer mas resistencia á la corriente del rio. No tardó el éxito en coronar su audacia, pues al cabo de cinco minutos salia sano y salvo á la otra orilla.

Recibiendo los aplausos de los cazadores, á los cuales no se mezcló el bushman, regresó Congo á la orilla donde le aguardaban sus amos, siendo saludado con nuevas aclamaciones por los boers. Se huncieron inmediatamente los bueyes á los wagones, se ensillaron los caballos, montaron los ginetes y cazadores, perros, caballos y bueyes estuvieron en poco tiempo en la orilla opuesta, dirigiéndose al Norte.

CAPITULO IV.

LA ORILLA OPUESTA DEL RIO ORANGE.

Hasta entonces no les habia ocurrido á los cazadores aventura digna de relatarse; pero á poco tiempo de alejarse del Orange fueron testigos de un hecho bastante interesante, ocurrido precisamente en frente del primer punto en que se detuvieron despues de haber atravesado el Gariep.

Habian escogido, para establecer su vivac, la orilla de una charca situada en medio de una gran llanura, donde tenian á la vez yerba y agua, condicion escelente para los viajeros, aun cuando ambas cosas fueran de mediana calidad. Diseminados por la llanura habia algunos matorrales y bosquecillos de arbustos poco elevados y en los intervalos que los separaban se veian las fortalezas de los *termes mordax* ú hormigas blancas, cuyas cúpulas se elevaban á muchos metros sobre el suelo.

Habian soltado los bueyes y terminado sus preparativos de instalacion, dejando á los animales en libertad de pacer la yerba que crecia alrededor de la charca, cuando oyeron gritar al bushman:

«¡Leones! leones!»

Todas las miradas se dirigieron hácia el punto designado por el hotentote, distinguiendo los cazadores un gran leon de negras crines que atravesaba la llanura por el lado opuesto del sitio en que pastaban los bueyes. Habia descubierto á estos últimos al salir de los matorrales y despues de dar algunos pasos se habia agachado en la yerba, acechándolos, como un gato hace con un raton.

Apenas habian tenido tiempo los cazadores de hacer la observacion que acabo de trasmitiros, cuando salió otro leon de la misma espesura y trotando con paso receloso se dirigió hácia el punto en que estaba el primero: era una leona, como lo probaba la falta de crines y la forma de su cuerpo, parecido al de un tigre; era del mismo tamaño que su compañero y parecia tener la misma fuerza y la misma ferocidad.

Cuando llegó al sitio en que estaba tendido el leon se colocó á su lado, y los dos con la cara vuelta hácia el campamento de los cazadores, arrojaban sobre los cornudos animales ávidas miradas.

Aun cuando tenian á la vista los caballos, los hombres y los perros no les prestaban la menor atencion. Veian una presa mas apetitosa y no esperaban mas que una ocasion favorable para apoderarse de ella; evidentemente se proponian cenar con un pedazo de buey ó por lo menos con un cuarto de caballo

Era la primera vez, desde que habian partido de Graaf-Reinet, que veian leones nuestros cazadores: en diversas ocasiones habian descubierto la pista ú oido los rugidos del rey de los animales que rondaba cerca de su vivac, pero era la primera vez que aparecia á su vista S. M. Leonina y la presencia del cabelludo monarca y de su esposa despertó en el campamento de los jóvenes boers una emocion bastante viva, que muy bien podia pasar por miedo.

Temblaron en un principio por sí mismos y Facetanné y Zoulou no pudieron evitar cierta inquietud á causa de su piel negra. No tardó en disiparse, sin embargo, este temor personal, pues se podia afirmar que los leones no atacarian á los cazadores: ¡es tan raro que ocurra semejante cosa! Mientras los leones tuvieran á mano un buey ó un caballo no tenian nada que temer los hombres, y despues de un momento de reflexion recobraron nuestros cazadores toda su sangre fria.

No era este un motivo para que los boers permitieran á las fieras devorar alguno de sus animales: se hubieran encontrado en grande apuro si eran diezmadas sus bestias de tiro y era necesario encontrar inmediatamente un medio de proteger los bueyes y caballos, construyendo un kraal en que pudieran estar en seguridad.

Los leones continuaban en el mismo sitio, conservando su amenazadora actitud: no era probable, sin embargo, que atacaran á los bueyes mientras estuvieran estos próximos al campamento. Aquellas fieras no habian visto nunca las carretas, y aquel enorme objeto, cuyo uso ignoraban, era lo bastante temible á sus ojos para mantenerlos á distancia. Esperaban uno y otro á que se alejasen los bueyes de aquella máquina, que les causaba cierta inquietud, ó que la oscuridad les permitiera deslizarse cerca de ellos sin que nadie pudiera verlos.

Cuando estuvieron seguros de que los leones no tenian el proyecto de apoderarse inmediatamente de su presa, montaron á caballo Hendrick y Willem, dirigiéndose con precaucion hácia el sitio en que pacian los bueyes y conduciéndolos suavemente por el lado opuesto de la charca. La custodia del rebaño fue confiada á Klaas y Jan, mientras los demás comprendidos los dos negros, armados de hachas y destrales, fueron á un bosquecillo próximo formado de *acacia detinens*, arbusto cubierto de enormes espinas y conocido con el nombre vulgar de *espera un poco*.

Media hora despues tenian nuestros amigos bastantes espinos para formar con la ayuda de los wagones un kraal fortificado al cual pudieran conducir inmediatamente los bueyes y caballos.

Nuestros cazadores estaban ya completamente tranquilos: encendieron una gran hoguera á cada lado del recinto que encerraba los animales, pues aunque es verdad que la llama no es suficiente con frecuencia para alejar los leones, era una buena medida para que pudieran hacer uso de sus armas en caso de ataque.

En cuanto á ellos no tenian nada que temer acostándose en sus carretas; hubiera sido necesario que un leon estuviera terriblemente hambriento para intentar introducirse en el kraal en que estaban los bueyes, y por violenta que sea el hambre de que esté acometido jamás pensará este animal en atacar á una carreta.

Terminadas sus faenas se sentaron los cazadores alrededor del fuego, ocupándose en preparar su cena.

No tenian mas recurso que cocer carne ahumada. El último pedazo de venado que se habian procurado al otro lado del Gariep se habia consumido la víspera y tenian necesariamente que acudir á la carne seca que llevaban como reserva. Verdad es que tenian tambien un poco de *reitbok* (1), llamado así á causa de la costumbre que tiene este animal de frecuentar los cañaverales que hay en las orillas de los rios.

Este antílope, que los naturalistas llaman *eleotragus*, no tiene mas de 80 centímetros de altura; sus formas son muy parecidas á las del springbok (2), pero su pelo es mas áspero y su color de un grís ceniciento en el cuello, los hombros, el lomo, la grupa y toda la parte superior del cuerpo, y de un blanco plateado en el pecho y el vientre. Sus cuernos, en vez de formar una lira como los del springbok se elevan en línea recta con la frente y despues se encorvan por la punta dirigiéndose hácia adelante; tienen unos 30 centímetros de longitud y son rizados en la base, muy ensortijados por el centro y lisos en su estremidad.

Como ya hemos dicho, se encuentra el reitbok en los terrenos pantanosos de las cercanías de los rios, donde se alimenta con las plantas que crecen en aquellos húmedos parajes; resulta de esta alimentacion que su carne es de una calidad muy inferior, por lo que nuestros cazadores preferian la carne seca, abandonando á los negros el pedazo de antílope de cañaveral.

Hendrick y Willem hubieran deseado ir á matar alguna caza de pelo ó pluma, pero la presencia de los leones hacia imposible la espedicion y resignándose con su cena cortaron un palo para que sirviera de asador y suspendieron su carne ahumada, llamada biltong, encima de las brasas.

Durante este tiempo conservaban el leon y la leona la posicion que habian tomado en la llanura, esperando con impaciencia que llegara la noche.

El grueso Willem y su rival Hendrick opinaban por cazar las dos fieras, pero cedieron á los consejos del naturalista que les recordaba las palabras de sus padres: «No ataqueis jamás á un leon á no ser como último recurso y procurad poner entre él y vosotros todo el terreno posible.» Es muy raro que un leon se arroje sobre un hombre sin ser provocado y el aviso que habian recibido nuestros cazadores era muy prudente.

De pronto llamó la atencion de los boers un nuevo objeto; dos encantadores animales, del tamaño de un asno, poco mas ó menos, y de color leonado avanzaban por la llanura. Aunque parecian muy vigorosos, sus formas eran graciosas; tenian la cabeza y la cara blancas, rayadas por cuatro bandas de color oscuro, dispuestas de tal manera que figuraban la cabezada de una brida La primera de estas bandas descendia sobre la frente, otra atravesaba los ojos llegando hasta las comisuras de la boca, una tercera rodeaba la nariz y la cuarta, que partia de la base de las orejas y pasaba por debajo de la garganta, completaba el parecido que presentaban aquellas líneas con una cabezada.

Tenian además aquellos hermosos animales una crin caida, una raya negra en el lomo y una cola poblada y tambien negra que llegaba hasta el suelo. Pero lo que les caracterizaba principalmente eran los admirables cuernos que llevaban ambos; eran rectos, delgados, dirigidos hácia atrás casi horizontalmente y cubiertos de unos anillos regulares hasta 8 ó 10 centímetros de la punta, aguda como la de un florete. De un negro de ébano y pulimentados como el acero, no tenian menos de 90 centímetros de longitud y lo mas singular era que el menor de los dos animales era el que los tenia mas largos.

La hembra estaba mejor armada que el macho, lo que es completamente anormal entre los animales de esta familia, pues los dos recien llegados eran antílopes.

Una ojeada habia sido suficiente á nuestros amigos para reconocer el *oryx*, uno de los mas preciosos animales de Africa y de la creacion entera.

CAPITULO V.

LEONES Y ORYX.

Al ver á los *gemboks*, nombre que han dado los boers al oryx, la primera idea de nuestros cazadores fue buscar un medio para apoderarse de uno de los dos antílopes. Por admirable que fuera el efecto que produjeran en la llanura aquellos preciosos animales, nuestros amigos hubieran deseado mejor verlos en el asador, pues sabian por esperiencia que la carne del oryx es la mas delicada y suculenta que se puede encontrar en Africa, despues del *alce*.

Nuestros cazadores deseaban proporcionarse un cuarto de oryx para su cena, y aunque esta debia retardarse necesariamente, habia tanta diferencia entre un biftteck de oryx y el pedazo de carne ahumada que tenian en perspectiva, que nuestros amigos decidieron esperar.

Las tiras de biltong fueron retiradas del fuego á medio asar, y los cazadores, abandonando el asador, cogieron inmediatamente sus fusiles.

«¿De qué medio valerse para conseguir el objeto que se proponian?»

Era casi imposible ojear los dos gemsboks; la prudencia de estos cuadrúpedos es tan grande, que difícilmente se aproximan á un matorral ó á un arbusto que pueda ocultar á un enemigo, y habitualmente no salen de la llanura descubierta. Nada mas difícil que sorprenderlos, y únicamente forzándolos con un caballo muy ligero y despues de una carrera desenfrenada, consiguen los cazadores alcanzarlos. Algunas veces no lo consigue el caballo mas veloz, pues en un principio y durante una ó dos millas, es tan rápida como el viento la carrera del gemsbok. Sin embargo, un ginete que sepa llevar bien un caballo de resistencia está seguro casi siempre de apoderarse del oryx, despues de un tiempo mas ó menos largo.

¿Debian nuestros amigos ensillar sus caballos y perseguir á los dos gemsboks? No hubieran vacilado á no observar que los antílopes se dirigian hácia su lado.

Por la manera que tenian de correr entonces, pronto llegarian cerca de ellos, y esta circunstancia, que les evitaba el trabajo de perseguirlos, era tanto

(1) Antílope de cañaveral.
(2) Antílope saltador.

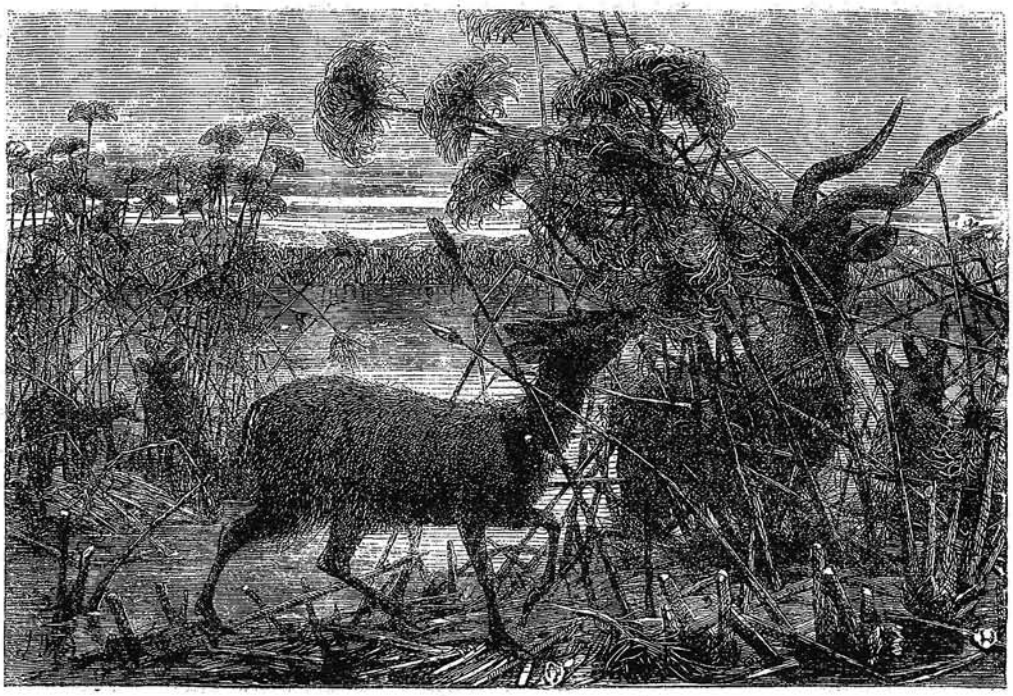
mas agradable para nuestros jóvenes, cuanto que tenian un hambre devoradora y sus caballos estaban muy fatigados por haber estado marchando toda la mañana.

Era muy posible que ocurriera lo que deseaban los cazadores; su kraal estaba oculto por los matorrales, únicamente el humo podia indicar el punto en que estaba situado, y este indicio no debia asustar á los antílopes, aun suponiendo que fijaran la atencion en él.

Hendrick y Willem creian que los dos gemsboks se dirigian á la charca, pero el naturalista destruyó esta opinion, respondiendo á los cazadores que *el oryx no bebe nunca*. Es uno de los animales que han sido creados para habitar los desiertos en donde no existe el agua, y era probable que los gemsboks tuvieran otra intencion que la de dirigirse á la charca.

Seguian aproximándose al campamento de los jóvenes boers y no distaban ya mas de un kilómetro, no quedándoles tiempo á los cazadores para preparar sus caballos, antes de que estuvieran á tiro los dos oryx. Abandonando el proyecto primero, llegaron arrastrándose nuestros amigos al bosquecillo de árboles mas próximo al campamento, y arrodillándose detrás de las matas, esperaron á los antílopes.

Los pobres animales, que ignoraban el peligro, continuaron avanzando hácia el vivac; indudablemente no habian visto el kraal, pues en tal caso hubiera despertado su temor ó su curiosidad; marchaban con el viento, que sin esta circunstancia, hubiera podido advertirles de la presencia del enemigo, y se aproximaban al sitio en que estaban ocultos nuestros cazadores.



Antílopes en los cañaverales.

Sin embargo, no debian morir por la mano del hombre.

Mientras nuestros boers acechaban á los antílopes, habian dejado de mirar al sitio en que habian quedado los leones, pero un movimiento que hicieron estos, llamó de nuevo la atencion de los jóvenes; los leones se habian agachado como si tuvieran la intencion de arrastrarse por la yerba, y se habian colocado convenientemente para ver á los antílopes. Los habian visto cuando aparecieron en la llanura, y era indudable que pensaban atacarlos á su paso

Si los antílopes conservaban la direccion que habian emprendido, no conseguirian las dos fieras alcanzarlos desde el punto en donde estaban. El gemsbok escapa fácilmente del leon por la huida, pues este no es gran corredor; se apodera de su presa saltando sobre ella de una manera imprevista, y si yerra el golpe, no intenta perseguirla. Era necesario que las dos fieras se aproximasen á los antílopes de tal manera que pudieran alcanzarlos al paso.

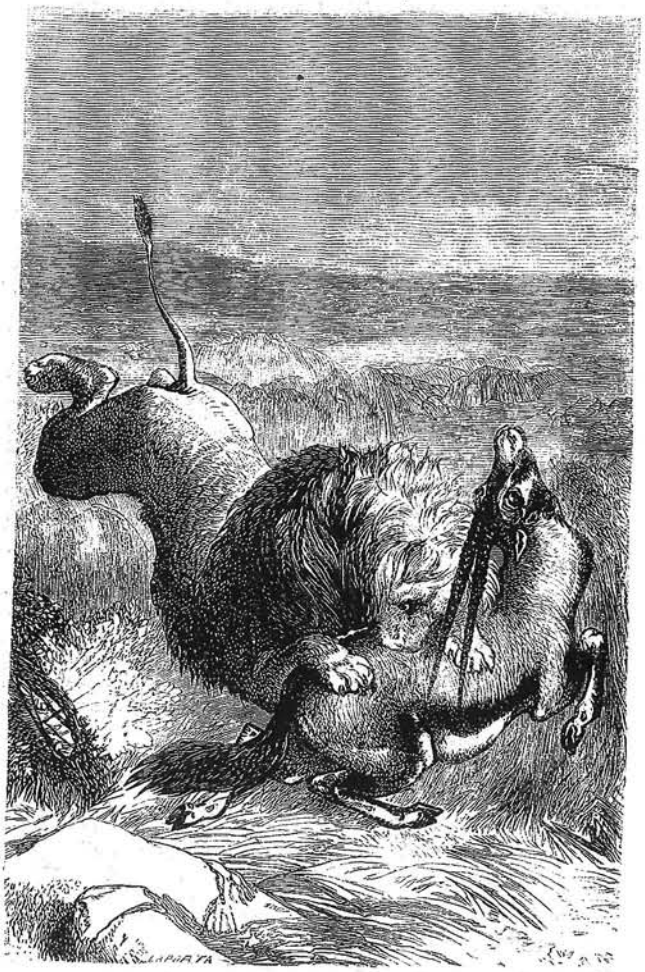
Como no ignoraban esta necesidad, todos sus esfuerzos tendian naturalmente á aproximarse á los oryx. El leon empezó á arrastrarse por la yerba, dirigiéndose de modo que se colocara entre el campamento y los dos antílopes, que seguian marchando hácia los cazadores: se arrastraba sobre el vientre, como un gato que quiere apoderarse de una perdiz, se detenia detrás de un matorral para acechar la deseada presa, recorria con un trote ligero la distancia que le separaba del matorral vecino, y volvia á arrastrarse por en medio de las altas yerbas. Llegó finalmente á un hormiguero colosal que se encontraba precisamente en el camino de los gemsboks. Satisfecho de esta posicion, se detuvo y se tendió al pie del edificio, no avanzando mas que una parte de la cabeza por el lado de los antílopes, que no podian verle, pero desde el bosquecillo en que estaban ocultos nuestros cazadores, no perdian uno solo de sus movimientos.

¿Qué era de la leona durante todo este tiempo? ¿Habia abandonado el punto que ocupaba en un prin-

cipio para acompañar á su esposo? De ningun modo; seguia por el contrario una direccion opuesta á la del leon. Nuestros jóvenes amigos, ocupados enteramente del leon, habian perdido de vista á su compañera, pero una vez colocado el macho en su puesto, buscaron con la vista el punto en que pudiera estar la leona, y la vieron á lo lejos en la llanura, avanzando de la misma manera que lo habia hecho el leon; unas veces arrastrándose por la yerba, otras corriendo de mata en mata, deteniéndose detrás de cada una, y buscando el modo de cortar la retirada á los antílopes que se encontraban delante de ella.

La estrategia de la temible pareja era fácil de comprender; era indudable que antes de separarse habian combinado los dos leones su plan de ataque. El macho debia colocarse en emboscada en el camino de los dos oryx, y la leona mantener la caza hácia la direccion en que la esperaba su compañero. Suponiendo que los antílopes quisieran retroceder á la vista del leon, caian indudablemente entre las zarpas de la leona.

La cosa estaba perfectamente calculada, y aun



El leon cayó sobre la grupa del animal.

cuando aquella maniobra arrebataba á nuestros cazadores la presa que apetecian, habia despertado de tal modo su interés la táctica de las dos fieras, que no pensaban mas que en seguir las peripecias del drama que se desarrollaba á su vista.

Los gemsboks se aproximaban al hormiguero, en donde les aguardaba su enemigo. Su marcha era confiada, y de vez en cuando agitaban su poblada cola, no para demostrar temor alguno, sino para espantar las moscas que les incomodaban.

La leona llegó al punto que se habia propuesto y se habia tendido en la yerba, dispuesta á recibir á los pobres animales si retrocedian.

Cuando los antílopes no estuvieron mas que á una débil distancia del sitio en que estaba acechando el leon, ocultó este enteramente la cabeza en su poblada crin: era imposible que los dos gemsboks pudieran descubrirle; él tampoco podia verlos, fiándose únicamente en sus oidos para conocer el instante propicio para lanzarse sobre su presa.

En el momento en que los dos antílopes pasaban por en frente de él, á 15 ó 20 pasos de su escondite, azotó el leon sus costados con su vibrante cola, sacó la cabeza, se estiró de pronto, y su cuerpo, cuya longitud pareció haberse duplicado, se lanzó por el aire como si tuviera alas. Atravesó de un salto la distancia que le separaba del primero de los gemsboks, cayendo sobre la grupa del espantado animal; de una zarpada le derribó, y con otra le tendió sin vida sobre la llanura.

El leon, sin inquietarse por el otro gemsboks, cogió con sus poderosas mandíbulas la garganta del que habia matado, y empezó á beber la sangre de su víctima.

Este era el macho, que hallándose mas cerca del hormiguero, habia sido derribado por el leon: la hembra, sorprendida al ver saltar á la terrible fiera, habia doblado su velocidad, y los cazadores supusieron que iba á desaparecer, pero aquel cobarde abandono no era propio del oryx. Cuando la hembra se repuso del primer momento de espanto, se volvió hácia el enemigo, bajó la cabeza hasta el suelo poniendo sus cuernos en un plano horizontal, y se precipitó sobre el leon. Ocupado este enteramente en su sangriento festin, no pudo preveer aquella maniobra y se vió sorprendido por dos aceradas lanzas que penetraron en su costado, antes de que pudiera darse cuenta de aquel ataque.

Una confusa lucha se entabló durante algunos instantes entre el leon y el oryx, pero la actitud de aquellos dos animales era tan estraña y sus movimientos convulsivos tan rápidos, que los espectadores no pudieron esplicarse aquella manera de combatir. Sin embargo, los rugidos del leon habian cesado, y el estertor que les sucedió fue reemplazado por los acentos de una voz mas aguda.

La leona, saltando por la llanura, llegó á tomar parte en la pelea, y con una sola zarpada, tendió por tierra á la hembra del gemsboks poniendo fin al combate.

¿Pero es un rugido de triunfo el que lanza la leona sobre el cuerpo de su víctima? Hay alguna cosa de singular en su voz, algo estraño en sus movimientos. ¿Por qué no responde el leon á sus rugidos? Sigue unido al cadáver del oryx y parece continuar bebiendo la sangre del pobre animal; pero está inmóvil, y ni uno solo de los músculos de su cuerpo se estremece. ¿Habrá quedado muerto por el ataque del antílope?

CAPITULO VI.

UNA LEONA ENFURECIDA.

Habia ciertamente algo de misterioso en todo aquello; el leon conservaba siempre la misma actitud y estaba silencioso, en tanto que la leona continuaba lanzando agudos gritos y andando con furor al rededor de los cuerpos amontonados. No se ocupaba en apaciguar el hambre, á pesar de tener la presa tendida á sus pies. ¿Era que se oponia su real esposo á que la tocara? ¿reclamaba la posesion entera de los dos gemsboks?

Sucede algunas veces que un viejo leon, tirano y egoista, aleja de su lado á los miembros de su familia hasta haberse satisfecho completamente, permitiendo entonces que se repartan sus sobras. Pero en aquella circunstancia era poco probable que aconteciera semejante cosa; la caza era muy abundante, y habia con esceso para dos leones: además la leona era indudablemente la compañera del macho que tenian delante, y nuestros cazadores, á despecho de los ejemplos contrarios que suministra la raza humana, no creian que el leon se hiciera culpable de una conducta tan poco galante. ¡Un animal que segun Buffon es el tipo de la nobleza y la generosidad! La cosa era imposible.

¿Cómo esplicar entonces la conducta de la leona? Continuaba gimiendo al rededor del sangriento grupo y tocaba con sus belfos el hocico de su esposo, como si quisiera besarlo, pero no obtenia respuesta á sus quejas y caricias, y nuestros amigos se convencieron por fin de que el leon estaba tan muerto como los dos antílopes.

Asi que adquirieron la certidumbre de su muerte, empezaron nuestros jóvenes á deliberar sobre el mejor partido que podrian adoptar; deseaban apoderarse de los dos oryx, pero no habia medio de aproximarse á ellos en tanto que la leona permaneciera á su lado.

En el estado de furor en que se encontraba, era imposible que pensara en alejarse. La manera de azotarse los costados con la cola, su animado paso, su rabiosa voz y sus feroces miradas, anunciaban un dolor que llegaba hasta el frenesí; cada uno de sus movimientos encerraba una amenaza, y nuestros cazadores, lejos de pensar en atacarla, volvieron prudentemente á sus wagones, á fin de defenderse en el caso en que el furioso animal les viera y se precipitara sobre ellos.

Esperaban además que se alejaria al poco tiempo y que entonces podrian ir á buscar los antílopes.

Pero trascurrian los minutos sin que se efectuara el menor cambio en la conducta de la leona. Seguia dando vueltas al rededor de los cadáveres, absteniéndose de tocar á los dos oryx, cuya suculenta carne tanto habia deseado antes. Parecia defender un depósito que la hubieran confiado.

Sus rugidos, en los cuales el furor se mezclaba á la desesperacion, continuaban resonando y produciendo gran espanto en los bueyes y caballos de los jóvenes boers; los temblorosos perros fueron á ocultarse debajo de los wagones ó á colocarse entre las piernas de sus amos, y sin embargo, la mayor parte de aquellos fieles animales se hubieran batido vigorosamente si los cazadores los hubieran lanzado contra la leona; pero no ignoraban que un perro en frente de un leon enfurecido no es mas que un raton en las garras de un gato, y se guardaron bien de enviar á sus fieles servidores á una muerte cierta.

Despues de esperar mucho tiempo y viendo que la leona no parecia dispuesta á abandonar los oryx no contaron ya con ellos para su cena, y aproximaron al fuego las tiras de biltong que estaban á medio cocer.

Apenas habian comenzado su cena cuando vieron otros animales que se dirigian al sitio de la lucha; cinco ó seis hienas aparecian en la llanura, y aunque se conservaban á alguna distancia de los cadáveres, pues la leona no les permitia aproximarse, sus famélicas miradas indicaban claramente el motivo de su aparicion.

La presencia de aquellos repugnantes animales cambiaba la situacion y podia modificar los proyectos de nuestros cazadores. Si la leona permitia á las hienas comerse los antílopes, era seguro que en muy poco tiempo no quedaria ni un bocado, y aun cuando nuestros amigos habian renunciado por aquel dia á su biftek de gemsbok, contaban con él para el dia siguiente. Era preciso, pues, impedir que las hienas atacaran á los oryx; pero ¿cómo conseguirlo?

Hendrick y Willem propusieron de nuevo atacar á la leona y arrojar al mismo tiempo las hienas, que huirian inmediatamente que se vieran perseguidas; pero el naturalista se opuso tambien esta vez vivamente á la proposicion de los dos cazadores, y tuvo necesidad de toda su influencia para hacerles renunciar á aquel proyecto temerario.

Quizás no lo hubiera conseguido si una proposicion que estaban muy lejos de esperar, no hubiera puesto fin á la discusion.

Congo, el zoulou, se ofrecia nada menos que á ir á combatir con la leona.

—«¿Solo? preguntaron los jóvenes.

—Solo, respondió el cafre.

—¿Estás loco, Congo? te va á hacer pedazos.

—No tengais miedo, Congo matará la leona y volverá sin un solo arañazo.

—¿Vas á llevar un fusil?

—Congo no sabria que hacer con él, replicó el salvaje; todo lo que pide es que sus jóvenes amos no

vengan en su ayuda ni se muevan de aquí: Congo tendria miedo si Menhir le siguiera: la leona está enfurecida: tanto mejor para Congo, porque así no se escapará.

—¿Y cómo te lo vas á arreglar?

—Ahora mismo lo vereis.»

Nuestros amigos estaban persuadidos de que el zoulou iba á esponerse inútilmente; el mismo Facetanné hubiera calificado aquella proposicion de fanfarronada y se hubiera burlado de ella, á no acordarse aun de la humillacion que le habia proporcionado el paso del Gariep, y á pesar de la inquietud que esperimentaba al ver á su rival dar pruebas como cazador de una habilidad mayor que la suya, tuvo la prudencia de disimular su envidia. Los jóvenes boers, y principalmente el naturalista, hubieran querido disuadir á Congo de intentar semejante aventura, pero el grueso Willem era de diferente opinion; le conocia mejor que los demás, y sabia que no era hombre para hacer una cosa tan grave por simple fanfarronada. «Cuando promete una cosa, se le puede creer,» aseguraba Willem.

Este apoyo, combinado con el interés que necesariamente debia despertar en nuestros cazadores semejante tentativa, venció los últimos escrúpulos de Hans, permitiendo á Congo que fuera á atacar á la leona.

CAPITULO VII.

LUCHA DE CONGO Y LA LEONA.

Como es fácil comprender, todos contemplaron con profunda emocion los preparativos que hacia Congo para el combate; si en la mañana de aquel mismo dia habia escitado grande interés al atravesar el rio, este interés habia aumentado considerablemente al ir á batirse cuerpo á cuerpo con una leona enfurecida.

Sus preparativos no necesitaron mucho tiempo; subió á la carreta de Van Wyk y dos ó tres minutos despues salia completamente equipado.

Describiremos sus armas, que no eran otra cosa que el equipo de un guerrero de la tribu de los zoulous.

Congo llevaba en la mano derecha una docena de azagayas...

¿Qué es una azagaya?

Es una lanza mas corta y ligera que las usuales, y cuyo empleo es completamente diferente: en vez de conservar la azagaya en la mano, sirviéndose de ella para herir al enemigo, la arrojan á una gran distancia, como las javelinas que usaban en Europa antes de la invencion de la pólvora. Actualmente es aun el arma de guerra de todas las tribus salvajes del Africa Meridional y particularmente de los cafres.

Estos últimos son muy diestros para servirse de esta arma peligrosa, que envian con una sola mano á mas de 80 metros de distancia, hiriendo el blanco con la fuerza y precision de una bala ó una flecha.

Congo apretaba en su nerviosa mano el asta de seis azagayas, pero no eran aquellos venablos lo mas estraño del equipo del zoulou: llevaba en el brazo izquierdo un objeto de forma oval, de dos metros de largo y uno de ancho; aquel objeto, cóncavo en el interior y naturalmente convexo en la parte esterior, estaba hecho de cuero sujeto en un marco de madera, y parecido á ciertas canoas fabricadas con la misma materia. Era un escudo zoulou, aunque algo mayor que los que usan los cafres para sus combates; á pesar de su enorme dimension, era de fácil manejo, y ofrecia una resistencia tan grande, que una bala, un venablo ó una flecha, hubiera resbalado sobre él como en una plancha de acero.

Dos fuertes córreas, fijadas en el interior, permitian al zoulou manejarlo á su placer, y apoyado en tierra podia cubrir al hombre mas corpulento de la tribu, pues sobresalia de la cabeza de Congo, que como se recordará, no era ningun enano.

El zoulou se alejó del vivac sin pronunciar una palabra. Llevaba en el brazo, como ya hemos dicho, el enorme escudo, y tenia en la mano izquierda cinco de sus azagayas, mientras en la mano derecha empuñaba el asta de la que debia lanzar la primera.

Todo seguia en el mismo estado en la llanura; verdad es que el zoulou habia empleado muy poco tiempo en sus preparativos. La leona seguia rugiendo de una manera espantosa, y las hienas, atentas á sus menores movimientos, procuraban aproximarse á los cadáveres. Al ver á Congo huyeron las últimas cobardemente y desaparecieron en un bosquecillo próximo.

La leona, por el contrario, no pareció apercibirse de la llegada del cazador; completamente absorbida en la contemplacion de los tres cadáveres que tenia á sus pies, ni siquiera volvió la cabeza, y continuó lanzando frenéticos rugidos.

Cuando el zoulou estuvo á 20 pasos de la leona, se detuvo, descansó en tierra la punta de su escudo, que sostuvo perpendicularmente, balanceó un instante la azagaya que tenia en la mano derecha, y la hizo silbar lanzándola con fuerza.

El venablo entró entre las costillas de la leona y se detuvo haciendo vibrar su asta; la furiosa fiera se replegó sobre sí misma, cogió la lanza que la habia herido y la partió de una dentellada como si hubiera sido una paja.

El hierro se quedó en la herida pero la leona no se ocupó en arrancárselo; al ver al zoulou se lanzó hácia él arrojando un grito de rabia. De un salto atravesó las tres cuartas partes de la distancia que les separaba, y en menos de un segundo iba á caer sobre los hombros del cafre, pero este, que estaba preparado para recibirla, en el momento en que se lanzaba de nuevo para alcanzarle, se eclipsó repentinamente á los ojos de los espectadores.

Su desaparicion tenia algo de escamoteo, y si los jóvenes boers no hubieran seguido todos sus movimientos no hubieran podido comprender jamás lo que habia ocurrido. Pero sabian que bajo aquel enorme objeto convexo, cuyos bordes descansaban en el suelo, estaba Congo, protejido por su escudo como una tortuga por su concha, apretando con toda su fuerza las correas que retenian el escudo y sujetándolo contra el suelo.

La leona quedó aun mas sorprendida que los espectadores; en lugar de alcanzar al enemigo que creia destrozar cayó sobre un cuerpo duro, que resonó al caer y que sus uñas no consiguieron atravesar; engañada de aquel modo se separó un poco, deteniéndose para examinar aquel objeto estraño y alarmante; despues de haberlo contemplado durante algunos instantes, manifestó su despecho gruñendo de una manera significativa y se alejó á un trote rápido.

Advertido por el gruñido de la leona, levantó el cafre un poco su concha y vió que la fiera estaba vuelta de espaldas. Levantándose entonces rápidamente, sin abandonar su escudo, lanzó una segunda azagaya á la leona.

Lo mismo que el primero, se hundió aquel venablo en el costado del animal; éste no se ocupó ni aun en romper el asta, y volviéndose mas furioso que nunca se lanzó de nuevo sobre su hábil adversario, pero como la primera vez se encontró la leona con una superficie impenetrable. Exasperada hasta el frenesí, no se retiró como habia hecho anteriormente, sino que empezó á atacar con sus poderosas zarpas el estraño objeto que le ocultaba á su adversario, esforzándose en arrancarlo del suelo, en donde parecia haber echado raices.

Se comprenderá fácilmente la situacion peligrosa en que estaba colocado el valiente zoulou. Si la leona conseguia volver el escudo habia concluido el pobre Congo. No lo ignoraba él por lo que asiéndose con toda su fuerza á las correas de su concha apoyaba la otra mano sobre el marco que sostenia el cuero y desafiaba de este modo todos los esfuerzos de su formidable enemiga.

Cuando la leona hubo desahogado su rabia durante algunos minutos, sin conseguir romper el obstáculo que la separaba de su antagonista se alejó segunda vez para dirigirse hácia los cadáveres.

Sus gruñidos guiaron nuevamente al zoulou; se levantó el escudo y una tercera azagaya silbó en el aire y atravesó el cuello de la leona.

Pero aquella herida no era mortal y no sirvió mas que para aumentar el furor de la fiera. Volviendo tercera vez hácia el terrible enemigo, que no podia coger, se precipitó la leona de un salto tan rápido sobre el pobre zoulou, que apenas tuvo éste tiempo para tender el escudo; las zarpas de la leona arañaron el cuero en el momento en que Congo se tendia.

Consiguió, sin embargo, asegurar la concha que le protegia, y gracias al espesor y á la dureza de la piel de búfalo que formaba su escudo se encontró sano y salvo. La leona, rugiendo con furor, intentó de nuevo volver el escudo del zoulou, pero conociendo la inutilidad de sus esfuerzos renunció á este medio; pero esta vez, en lugar de alejarse, se puso el furioso animal á dar vueltas alrededor de la impenetrable cubierta que le ocultaba á su adversario, concluyendo por tenderse á un metro del escudo. ¡El desgraciado Congo estaba bloqueado por la leona!

Aun cuando la fiera estaba á muchos centenares de pasos de los jóvenes boers, veian estos perfectamente que estaba resuelta á no abandonar aquel sitio hasta saciar su venganza. No cabia la menor duda, y Congo se encontraba cogido en sus propias redes.

¿Qué ocurriria si la leona persistia en sostener el sitio que habia comenzado? Levantar el escudo para herir al enfurecido animal, hubiera sido por parte del cafre entregarse al enemigo.

Los cazadores gritaron á Congo que tuviera cuidado; temian que el pobre zoulou ignorase la proximidad de la leona y cometiese una imprudencia que podia serle funesta.

A pesar del peligro que le amenazaba tenia algo de grotesca la posicion del cafre, y los jóvenes boers, á pesar de su inquietud, no podian mirar aquel cuadro sin esperimentar cierta gana de reir.

La rugiente leona, tendida á un metro del escudo, que contemplaba con ojos fijos y centelleantes, y aquella enorme concha bajo la cual estaba Congo inmóvil y silencioso, formaban ciertamente un espectáculo bastante estraño.

La escena se prolongaba sin que el menor incidente viniera á modificar los detalles; el mismo furor por parte del sitiador, la misma impasibilidad del sitiado y los mismos gritos lanzados por los cazadores para advertir á Congo. El zoulou no necesitaba las advertencias de sus amos; tenia unos sentidos muy delicados para no saber dónde estaba colocado el enemigo: los gritos y la ruidosa respiracion de la leona eran suficientes para indicarle el peligro y ponerle en guardia contra una salida imprudente.

Hacia mas de media hora que habia comenzado el bloqueo, y el terrible sitiador no manifestaba la menor intencion de abandonar su puesto, por cuyo motivo decidieron nuestros amigos intentar matar á la leona ó ponerla en fuga.

El sol se habia ocultado ya y las sombras de la noche iban á invadir la llanura; ¿qué aconteceria en la oscuridad? Podia Congo fatigarse, tener un instante de descuido, quizás dormirse, en cuyo caso la implacable leona conseguiria su apetecida venganza.

Era preciso librar al cafre de su estrecha prision y no perder un minuto, á fin de aprovechar los últimos resplandores del crepúsculo.

En un instante estuvieron ensillados los caballos, y nuestros amigos se disponian á galopar hácia la leona, cuando el naturalista, cuya vista era maravillosa, notó la distancia que separaba en aquel momento á la fiera del escudo que seguia acechando; centinela vigilante, habia conservado la misma actitud, y ciertamente no habia retrocedido un paso; ¿en qué consistia la mayor distancia que existia entre los dos?

—¡Mirad! ¡mirad! esclamó Hans, ¡es el escudo el que se aleja!

Era cierto; aunque el escudo seguia tendido en tierra, se deslizaba lentamente como si en realidad hubiera sido la concha de una tortuga gigantesca.

Los boers detuvieron sus caballos y esperaron con palpitante interés el desenlace de aquella escena.

Algunos minutos despues se detuvo el escudo, encontrándose entonces á 10 metros de la leona. Esta parecia no haberlo notado, y aun suponiendo que se hubiera apercibido del hecho no habia despertado en ella mas que un sentimiento de sorpresa, y de ningun modo de inquietud; en todo caso se habia quedado en su puesto sin suponer que el enemigo pudiera escapársele.

Quizás no hubiera permitido que la tortuga se alejara mas, pero esta última no intentó averiguarlo; se encontraba sin duda á la distancia que convenia para sus proyectos porque el escudo se levantó repentinamente y la azagaya se escapó silbando de la mano del valiente Congo.

El negro habia apuntado bien; la leona le presentaba el pecho, y el hierro de la azagaya habia atravesado el corazon del animal. Se oyó un agudo rugido que se desvaneció muy pronto, seguido del estertor de la agonía, y despues de un estremecimiento convulsivo quedó la poderosa fiera inmóvil sobre la llanura.

Prolongadas aclamaciones cubrieron el último suspiro de la leona, y los cazadores, atravesando al galope la llanura, felicitaron al zoulou por la maravillosa victoria que acababa de conseguir.

Se aproximaron en seguida al punto en que estaban los tres cadáveres que la leona habia defendido contra las hienas, donde les esperaba un nuevo motivo de sorpresa. El leon estaba muerto, como sabian hacia tiempo; los acerados cuernos del gemsbok le habian atravesado de parte á parte, pero lo que habia de estraño es que los dos animales seguian unidos; el antílope no habia podido retirar sus poderosas armas del cuerpo de su víctima, y el desgraciado animal hubiera perecido fatalmente aun cuando no hubiera acudido la leona á darle el golpe mortal.

Congo y Facetanné afirmaron á los cazadores que aquel hecho no era raro, y que mas de una vez habian encontrado los cadáveres del leon y el gemsbok reunidos de esta manera; el vencedor habia muerto de hambre, sujeto por sus cuernos al cuerpo del vencido.

Como el oryx hembra tiene una carne mas tierna que la del macho, fue inmediatamente descuartizada y llevada al vivac, y mientras los pedazos mas suculentos se asaban sobre las brasas, los cazadores, recordando todos los sucesos del dia se abandonaron á la mas franca alegría.

CAPITULO VIII.

DISCUSION A PROPÓSITO DE LEONES.

En tanto que se preparaba la cena fueron nuestros amigos á buscar los cadáveres del leon y la leona á

fin de conducirlos al campamento. Los dos animales eran pesados, y fue necesario, para arrastrarlos hasta la hoguera, atarles al cuello unas fuertes cuerdas de cuero.

Los cazadores llevaron al campamento las dos fieras con objeto de desollarlas, no porque sea de gran valor la piel de un leon sino para tener la prueba de una victoria importante. Nuestros amigos no quisieron dejar semejantes trofeos en la llanura hasta el dia siguiente, porque las hienas los hubieran destruido indudablemente. Aunque se dice que estos animales no tocan á un leon muerto, es un error grosero, pues la hiena se lo come todo, hasta la carne de su propia especie, que es quizás el bocado mas detestable que se pueda encontrar sobre la tierra.

No hay necesidad de decir que tambien fue llevado al vivac el oryx macho. Como tenia el tamaño y el peso de un asno regular, exigia aquella operacion grandes esfuerzos por parte de nuestros cazadores; aquella fue una ocasion para que Willian demostrase su fuerza prodigiosa. Al ver que los otros tres se fatigaban tirando del animal, los apartó, y cogiendo con una mano la correa de que se servian para remolcar al antilope, y marchando á su paso ordinario, arrastró el oryx con tanta facilidad como si se tratara de un gato atado con un cordel.

Los antilopes fueron cuidadosamente descuartizados á fin de ser trasportados al campamento inmediato, donde se ocuparian de secar la carne. Hubieran podido empezar inmediatamente la operacion, pero el agua de la charca próxima al vivac no era buena, por cuyo motivo decidieron partir al siguiente dia.

Los hermosos cuernos de los oryx eran tanto mas dignos de figurar entre los trofeos de caza de nuestros boers, cuanto que los dos animales que acababan de desollar eran dos magníficos ejemplares de la especie; aquellos cuernos, largos, de un negro de ébano y admirablemente ensortijados, fueron guardados con esmero en una de las dos carretas. Las dos cabezas de gemsboks, preparadas al dia siguiente con grandes precauciones, estaban destinadas igualmente á figurar en la entrada de la casa de los Van Wyk ó de los Von Bloom.

Concluido este trabajo pudieron por fin nuestros cazadores sentarse alrededor de la hoguera y pensar en la cena. Las chuletas, perfectamente asadas, les parecieron deliciosas, y los jóvenes boers, animados por los acontecimientos del dia, estaban de muy buen humor, como ya he dicho antes. El tema de la conversacion fueron naturalmente los leones, y las alegres y ruidosas carcajadas se cruzaban de una á otra parte, al recordar la estratagema que habia permitido á Congo conseguir la victoria.

Escepto Klaas y Jan, todos tenian su aventura que contar. Arend y el grueso Willem habian asistido mas de una vez á las grandes cacerías del leon, pues este animal se encuentra hasta en las cercanías de Graat-Reinet. Hans y Hendrick lo habian encontrado con frecuencia durante una espedicion que habian hecho en busca de elefantes, y el bushman era un viejo cazador de toda clase de animales.

Sin embargo, el zoulou parecia saber en este punto mas que el mismo Facetanné, aun cuando este último se hubiera enfurecido si hubieran insinuado semejante cosa; ambos contaron alternativamente infinidad de aventuras de caza á cual mas interesantes.

Algunos de nuestros amigos habian oido hablar de la manera de cazar el leon que usan los bechuanas y aun los zoulous, método sin embargo que no es nuevo. Cierto número de cazadores, casi desnudos como la mayor parte de los salvajes, atacan al leon, sea en la espesura ó en el llano, y concluyen por matarle; para conseguir este resultado no llevan mas que sus venablos, y por toda arma defensiva un manojo de plumas de avestruz puesto en el estremo de un palo. Este objeto, que se parece mucho á un mosquero, está destinado á engañar al leon cada vez que se precipita sobre el cazador; se clava el palo en el suelo en el momento en que se revuelve el furioso animal, y tomando al plumero por el cazador, se lanza sobre aquella especie de maniquí, aprovechando el negro aquella oportunidad para escapar de sus zarpas. Esta estratagema no es tan buena como la del escudo, pero este último medio no lo emplean mas que los cazadores de una grande habilidad.

Ya he dicho que este método no es nuevo y su singularidad consiste en la imprudencia de los que lo practican. En vez de arrojar á distancia el venablo, como hemos visto hacer á Congo, los cazadores de que se trata lo tienen en la mano y se sirven de él como de una lanza, lo que les obliga á aproximarse al leon; resulta de este método, que en cada uno de estos encuentros mueren siempre algunos cazadores, quedando otros gravemente heridos.

No comprendian nuestros amigos cómo pueden esponerse aquellos hombres con tanta indiferencia á los golpes de semejante animal; suponiendo que los mismos salvajes tengan tanto cariño á la vida como los hombres civilizados, cuestionó sobre esto á Congo uno de los boers, preguntándole cómo era posible que se empleara aquel método para cazar al leon.

La respuesta fue afirmativa; pero el zoulou añadió la esplicacion siguiente:

—Los cazadores de que hablamos, dijo, no atacan al leon voluntariamente; no lo cazan para divertirse, sino para obedecer al jefe que les gobierna.

Esto acontecia en el pais natal de Congo, donde el mónstruo Chaaka ejercia un poder absoluto. Todos los súbditos del déspota le pertenecian como esclavos, y algunas veces se le antojaba al tirano condenar á muerte á un millar de individuos en una sola mañana, para satisfacer uno de sus caprichos ó para buscar una distraccion; una vez se le ocurrió ordenar que se atormentaran algunos de aquellos desgraciados antes de ejecutarlos, á fin de hacer mas variada la diversion. Los horrores que se cuentan á propósito de aquellos déspotas africanos, parecerian increibles si no estuvieran confirmados por testigos que no tienen recusacion, y aunque no hay razones que puedan justificar la esclavitud, semejante estado de cosas aminora el disgusto que nos inspira la posesion de negros por los americanos. La misma trata de esclavos, con su cortejo de miserias y de dolores, con todas las atrocidades de la sentina, parece suave en comparacion de los tormentos que sufren los súbditos de horribles déspotas, tales como Chaaka, Dingaan ó Mosilicatsé.

Congo manifestó á sus amos que cada vez que una cabeza de ganado era arrebatada por un leon de los rebaños innumerables del indigno Chaaka, los desgraciados á quienes estaba confiada la custodia de aquellos rebaños recibian la órden de ir á cazar el leon y llevar al jefe la cabeza, y si no lo conseguian eran condenados á muerte.

Este hecho esplica suficientemente la conducta de los cazadores, cuya aparente indiferencia habia sorprendido á los jóvenes boers.

Congo añadió que él se habia visto obligado muchas veces á tomar parte en aquellas cacerías, en las que habian sido sacrificadas sin escrúpulo las vidas de muchos hombres. Un dia entre otros hubo diez cazadores muertos antes de que se pudieran *apoderar* de la fiera, pues el sanguinario tirano habia tenido el capricho de mandar que le llevaran el *leon vivo*. ¡Para obedecerle fue necesario no solamente que el animal respirara, sino que ni aun estuviera herido! El menor arañazo hubiera sido una infraccion de las órdenes del déspota, y en caso de desobediencia to-

dos los que se habian visto obligados á asistir á esta cacería debian sufrir la pena de muerte. Los desgraciados, sabiendo que la sentencia seria ejecutada al pie de la letra, se precipitaron sobre el leon, y sujetándolo con sus desnudos brazos, consiguieron atarlo despues de haber muerto diez, víctimas de su celo involuntario.

CAPITULO IX.

EL UNICORNIO.

Despues de hablar de los leones durante mucho tiempo, recayó la conversacion sobre el gemsbok. Facetanné entendia respecto de este particular mas que ningun otro: la region que frecuenta principalmente el oryx está al Oste del país de los cafres, y el bushman estaba mas al corriente que el zoulou respecto de las costumbres de este magnífico antílope, cuya comarca favorita es el país de los namaquas, situado precisamente sobre la costa opuesta á la de la Cafrería.

El oryx es un antílope del desierto, que puede vivir en las comarcas desprovistas de agua y que se apacenta con las dispersas plantas que se encuentran en los terrenos áridos y desecados. Es un noble animal, lleno de audacia, que hace huir con frecuencia al leon por su amenazadora actitud, ó que le atraviesa con sus cuernos como habian visto aquella tarde nuestros cazadores. Cuando se persigue un oryx, en vez de buscar una espesura ó huir hácia el lado del agua, como hacen otras muchas especies de antílopes, se dirige en línea recta hácia el desierto, fiando en la rapidez de su carrera para escapar de sus enemigos, siendo muy raro que no lo consiga. Un caballo muy lijero y de resistencia puede únicamente forzarlo, á menos que el antílope esté muy gordo, lo que le hace fatigarse mucho pudiendo cogérsele con mas facilidad.

Continuando la conversacion sobre el mismo asunto, llegaron á un punto de discusion muy interesante.

Algunos de nuestros amigos habian leido en muchos libros de viajes que este antílope era el unicornio fabuloso, en cuya existencia se habia creido á causa de las esculturas egipcias, por lo que preguntaron al naturalista lo que debian pensar en aquel asunto.

A los ojos de Hans no tenia fundamento esta suposicion; segun decia, era una ilusion de algun antiguo viajero que hubiera esplorado el Africa Meridional y cuyas palabras habrán sido repetidas en los escritos de muchos sabios de gabinete. Se ha creido que el oryx habia dado lugar á esta creencia, porque efectivamente, cuando se le mira de costado parece no tener mas que un cuerno, y de perfil está representado siempre el unicornio en los monumentos egipcios; pero esta observacion puede aplicarse tambien á otros antílopes, y no particularmente al oryx, cuyos rasgos difieren de los del animal en cuestion. Sus formas, y particularmente el corte de la cabeza, no se parecen en nada á las esculturas que nos representan á este cuadrúpedo fabuloso; sus cuernos, aun mirados de perfil, no tienen relacion ninguna con los del unicornio, pues los del gemsbok se dirigen hácia atrás, tocando á veces sus costillas, mientras los del animal fabuloso se proyectan hácia adelante.

—Si el unicornio egipcio ha querido representar algun animal que existe, añadió nuestro amigo Hans, y este animal es un cuadrúpedo africano, no puede ser mas que el gnou, no el rayado, sino la especie ordinaria, y me estraña que los naturalistas no hayan indicado hace tiempo la semejanza que tiene con el tipo del unicornio; la misma conformacion de la cabeza y el cuerpo, la misma elegante morbidez de los miembros, el mismo atrevimiento en la curva del cuello, la misma flotante crin y la misma cola terminada por un penacho de pelos. Verdad es que el gnou tiene dos cuernos, pero están colocados de tal modo, que con frecuencia no parecen mas que uno; su punta no se eleva sobre el nivel del cráneo, y de la manera que tiene el animal de llevar la cabeza resulta que el segundo cuerno desaparece confundido con el color oscuro de la cara y la crin; el que se ve, y cuya mitad únicamente se distingue, se dirige hácia adelante como el del unicornio.

Los grabados modernos nos representan este último como completamente recto, pero en las esculturas del antiguo Egipto está encorvado precisamente como el del gnou, y aun cuando fuera tal como nos lo representan, no quedaria destruida mi teoría, pues el gnou tiene los cuernos rectos cuando es pequeño, y podemos suponer que los antiguos lo han representado en esta época de su vida.

«No considero, sin embargo, la cuestion bajo este punto de vista, continuó el naturalista; los egipcios conocian perfectamente los animales que representaban sus pinturas y no es probable que grabaran un animal que no estaba todavía desarrollado. El carácter singular del gnou, sus estrañas costumbres así como su aspecto particular han debido llamar la atencion del hombre desde los tiempos mas remotos y no es estraño que los egipcios lo hayan representado en sus bajo-relieves. Si no le han puesto mas que un cuerno es necesario atribuirlo á una observacion poco detenida del animal ó mejor aun á la poca habilidad del artista. La escultura egipcia es un arte en la infancia y la curba particular de los cuernos del gnou es difícil de copiar; creo finalmente, haberos demostrado que si ese animal misterioso, cuya celebridad ha llegado hasta nuestros dias, es la representacion de un tipo real, debe ser el gnou el original del unicornio.

—¿Pero el que se menciona en la Biblia es un antílope igualmente?

—De ningun modo,—respondió Hans;—el unicornio de la Sagrada Escritura no tiene la menor relacion con el animal de los monumentos egipcios. Cuando Job esclama: «¿Puedes poner el unicornio bajo el yugo? Rastrillará el valle detrás de tí? Descansarás sobre él porque su fuerza es grande? Le emplearás en labrar tu campo?» no cabe duda de que es el rinoceronte el que designa el poeta hebreo.»

Volviendo al oryx, nuestro sabio dijo á sus compañeros que aquel animal formaba el tipo de un género de antílopes que encierra tres especies, el *addax*, el *abu-harb* y el *algazel*.

El addax es originario del centro de Africa, que habita generalmente; su estatura es la del oryx del Cabo, pero sus cuernos, en vez de formar una línea recta, describen una espiral: son mas pequeños en la hembra que en el macho, al contrario de lo que hemos notado en los gemsboks. El addax es blanco ceniciento por el cuerpo, de un rojo oscuro en la cabeza y el cuello y tiene una mancha blanca que le atraviesa la cara. Vive en parejas solitarias, no forma nunca rebaños y habita los desiertos arenosos, que sus anchos y ahorquillados pies le permiten recorrer sin hundirse en la arena. El addax era conocido de los antiguos y Plinio, que habla de este animal, le designa con el nombre de (*Strepsiceros*).

El abu-harb (*oryx leucoryx*) es igualmente un antílope de gran tamaño, cuyos cuernos largos y puntiagudos se encorban ligeramente hácia atrás. Su color es de un blanco de leche con una mancha oscura en la frente y la cara, y el cuello y la garganta de un color rojo oscuro. Su forma general es la del gemsbok y era el que llevaba el nombre de oryx entre los griegos y romanos, nombre que en la actualidad se aplica especialmente al oryx del Cabo.

El abu-harb es indígena del Sennaar y del Kordofan, por cuyo motivo está tambien representado en las esculturas de la Nubia y de Egipto. En lugar de vivir en parejas solitarias, como el addax, vive en sociedad y forma rebaños considerables.

En cuanto al algazel (*oryx algazella*), que es originario del centro de Africa, son menos conocidas sus costumbres que las de las dos especies precedentes: algunos naturalistas lo han considerado como una simple variedad del abu-harb.

Cuando Hans terminó esta esplicacion era ya hora de descansar; se deslizaron todos en el interior de los wagones y no tardaron en quedarse dormidos.

CAPITULO X.

EL PÁJARO-CAMELLO.

Despues de vadear el Orange se habian dirigido nuestros cazadores hácia el Nordeste; si hubieran caminado directamente hácia el Norte hubiera llegado muy pronto á los límites del Kalahari, que es el Sahara del Africa austral. Verdad es que no pudiendo penetrar en aquella region desierta se hubieran visto obligados á volverse dirigiéndose al Este ó al Oeste; pero su plan de campaña estaba formado hacia mucho tiempo y nuestros cazadores habian resuelto dirigirse hácia la comarca que forma el límite oriental del desierto; allí se encuentran en abundancia los búfalos, los elefantes y las girafas y sus rios están poblados de hipopótamos y cocodrilos gigantescos.

No se crea que nuestros amigos marchaban á la casualidad. Congo era su guia, les habia prometido conducirles á un parage poblado de grandes animales y ninguno de los cazadores dudaba de que cumpliria su promesa.

Al dia siguiente del combate de Congo con la leona se puso la caravana en marcha muy temprano y despues de una larga jornada se detuvo cerca de un bosquecillo de mokhalas situado en el límite de una llanura árida que se perdia de vista en el horizonte. La única vegetacion que aparecia en la superficie de aquella tierra abrasada por el sol, se componia de aloes arborescentes, cuyos hermosos ramilletes de flores encarnadas se veian de distancia en distancia, de zamias parecidas á palmeras, de euforbios semejantes á los cactus y de matorrales de *acacia horrida*, vulgarmente llamada *espera un poco* á causa de sus encorvadas espinas que se os enganchan en las ropas y os detienen, si por desgracia pasais por su lado.

Todas estas plantas, diseminadas por la llanura dejaban entre sí anchos espacios donde la tierra desnuda presentaba á la vista fatigada un color oscuro cuya monotonía no alteraba ningun pliegue del terreno. Era una especie de cabo, una lengua del desierto que penetraba en la region fértil y que nuestros cazadores tenian que atravesar antes de llegar á la tierra prometida; es decir, que tenian que recorrer un espacio de mas de 80 kilómetros sin encontrar un rio, ni una fuente ni una cisterna; ¡80 kilómetros sin encontrar una gota de agua!

Habian establecido su campamento cerca de un límpido manantial, el último que debian encontrar antes de haber atravesado aquella lengua de tierra árida; su intencion era pasar por lo menos 48 horas al lado de aquella fuente, á fin de tener tiempo de secar la carne de los dos oryx y que sus animales recobraran fuerzas para la penosa travesía que tenian necesidad de hacer.

Iba á ponerse el sol cuando nuestros viajeros estuvieron completamente instalados en medio del bosquecillo de mokhalas, cuyo follaje protegia la fuente.

Hans, que por naturaleza era inclinado á la contemplacion, se habia alejado de sus compañeros para ir á sentarse en la linde del bosque al pie de un árbol cuya frondosa copa le envolvia en su sombra. Sus miradas vagaban por la árida llanura cuando llamaron su atencion tres bípedos que aparecian á algunos centenares de metros del punto en que estaba sentado. Los últimos rayos del sol inundaban la llanura de luz y era fácil distinguir los bípedos en cuestion, viéndolos perfectamente nuestro amigo. Eran avestruces. Ni un niño hubiera podido equivocarse; ¿quién no reconoce al avestruz á la primera ojeada? Tiene una estatura y un aspecto muy característicos para que pueda engañarse nadie; pudieran tomarse el nandou y el emou por un indivíduo pequeño de la especie, pero cuando el avestruz está completamente desarrollado es imposible confundirlo con sus parientes de la Australia ó de América; es el mas grande y el mas grueso de los animales de pluma.

Al distinguir Hans los tres bípedos conoció que el grupo se componia de un macho y dos hembras, pues en los avestruces existe tanta diferencia entre los dos sexos como entre un pavo real y su humilde compañera. La estatura mas elevada del avestruz macho el negro de las plumas del cuerpo contrastando con las plumas color de nieve de la cola y de las alas le hacen distinguir á la primera ojeada de su esposa cuyo color es de un blanco ceniciento y que no tiene las hermosas plumas que los salvages y los pueblos civilizados desean igualmente.

Como ya hemos dicho, los que habia visto el naturalista eran un macho y dos hembras. Las tres aves marchaban lentamente, sin demostrar la menor inquietud; era evidente que ignoraban la presencia de los boers, ocultos en el bosquecillo de árboles. Al marchar alargaban el cuello á derecha é izquierda para coger una hoja ó una semilla, continuando despues su camino: seguian una línea recta lo que hizo creer al naturalista que se dirigian á un punto determinado, quizás al sitio en que acostumbraban pasar la noche.

Pasaron por delante de Hans, alejándose en la misma direccion y pronto medió una distancia considerable entre ellos y nuestro sabio observador.

Hans pensó en un principio llamar á sus jóvenes camaradas, que completamente ocupados en el interior del campamento no habian podido ver á los avestruces, calculando la posibilidad de matar ó coger aquellas tres aves que parecian venir espresamente á que las cazaran.

Pero un instante de reflexion fue suficiente para hacerle abandonar aquel proyecto; la vista de los avestruces no tenia nada de curioso para sus compañeros, esceptuando Klaas y Jan, y estos últimos estaban muy fatigados; apenas habian bajado del caballo se habian tendido en la yerba los pobres niños, durmiéndose inmediatamente; mejor era no turbar su sueño.

En cuanto á cazar los avestruces no habia que pensar en ello; la llanura era muy descubierta para que pudieran sorprenderlos y el naturalista conocia perfectamente la velocidad de aquellas aves para confiar en alcanzarlas con caballos fatigados.

Hans se quedó inmóvil, contentándose con seguir con la vista la silueta por momentos menor de aquellos enormes bípedos.

Pronto las hubiera perdido de vista nuestro naturalista si antes de que hubieran recorrido un kilómetro no hubiera llamado la atencion de Hans un nuevo objeto.

CAPITULO XI.

EL CAAMA.

Lo que llamaba la atencion de Hans era un cuadrúpedo; un animalito del tamaño de un gato regular pero de una forma completamente diferente: en lugar de tener la cabeza redonda como la de los gatos, era alargada y terminaba en un hocico puntiagudo; la cola era larga y poblada y á proporcion era mas largo de piernas que los felinos. Pero lo que verdaderamente tenia de notable eran sus orejas, cuya dimension no guardaba relacion con el resto de su cuerpo; con dificultad tendria 30 centímetros desde la punta del hocico al nacimiento de la cola, y sus orejas tenian al menos 15 de longitud; eran completamente rectas, muy anchas y rígidas y formaban en su estremidad un ángulo escesivamente agudo.

Hans se sentó al pie de un árbol.

Era de un hermoso amarillo isabela en toda la parte superior del cuerpo y tenia el pecho y el abdómen de un blanco mate: no era gato ni tenia tampoco la forma y el aire de estos. Tampoco era un perro, aunque se aproximaba mas á estos que á los gatos. Formaba parte de la raza canina y era en efecto el zorro mas pequeño que se conoce, el *caama* del Africa austral, y para hablar mas correctamente no era un zorro sino un *fennec*.

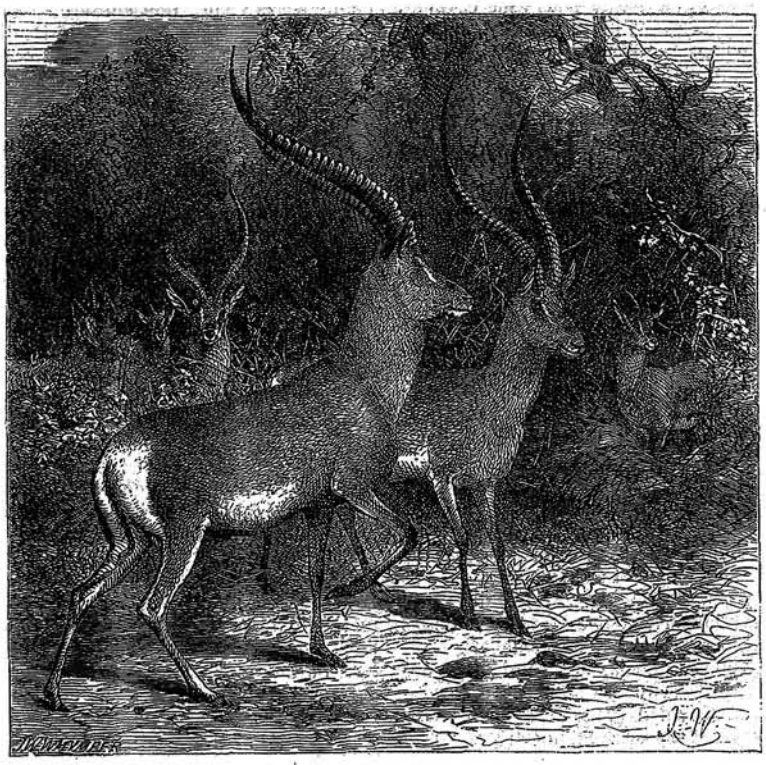
¿Qué es un fennec? me preguntareis. La pregunta es bastante embarazosa y mas de un naturalista se ha fatigado el cerebro sin poder contestarla. El fennec es un animal del cual se encuentran muchas especies en Africa y que por primera vez ha sido citado por el viajero Bruce. Todo el mundo creyó entonces que aquel hombre célebre habia dado rienda suelta á su fantasía á propósito de este cuadrúpedo. «Para mentir bien venir de lejos,» repetian los incrédulos; pero ha sido necesario despues modificar esta opinion y hacer justicia á la veracidad del viajero.

El fennec está clasificado entre los zorros, de los que difiere, sin embargo, en muchos detalles, principalmente en la forma de los ojos. La pupila de los zorros es elíptica mientras la del fennec es redonda, lo que indica una diferencia de hábitos entre las dos especies. Efectivamente, los zorros son animales *nocturnos* y los fennecs animales *diurnos*. Hay tambien zorros y fennecs crepusculares, siendo muy difícil establecer entre ellos una demarcacion bien precisa.

Se ha formado espresamente un género separado para clasificar los fennecs, género que lleva el nom-

bre de *megalotis*, á causa de sus grandes orejas. Es de esperar que este partido decisivo habrá terminado la cuestion que tanto ha atormentado á los sabios de gabinete. Cada uno de estos señores, apoyándose en la anatomía de dicho animal le habia clasificado á voluntad: uno hacia de él un perro, otro un gato; este un zorro, el cuarto un gato de algalia, el quinto una hiena y el sesto le habia clasificado entre los galagos (1).

Nosotros le llamaremos sencillamente un fennec, añadiendo que existen muchas especies en Africa, donde se encuentran igualmente chacales y verdaderos zorros. Tres especies de fennecs se conocen principalmente: el *fennec de Bruce* (*Megalotis zerda*), el primero que ha sido descrito por este viajero, que lo encontró en Abisinia y que es indígena del Mediodia de Africa; el *zabora* (*Megalotis famélicus*), que es originario de Nubia y del Kordofan.



Antílopes de las orillas del Orange.

Se supone que es el que los egipcios han representado en las paredes de sus templos y cuya figura se habia tomado hasta ahora por la de un chacal; por último el *caama* del cual estámos hablando.

Una cuarta especie, el *zerda* de Lalande, formaba tambien parte del género megalotis y ha sido separado despues para formar el género *agriodus*, no porque sus costumbres difieran en nada de las del megalotis, sino porque se ha notado una ligera variacion en la disposicion de sus dientes.

El que acababa de distinguir Hans era el caama, el animal mas pequeño de la tribu de los fennecs y de los zorros.

Unas veces tendiéndose y arrastrándose como un zorro y otras trotando con ligero paso ó deteniéndose como si tuviera miedo de ser notado, seguia el animalillo una direccion evidentemente marcada.

¿A dónde iba? ¿Cuál era la presa que queria coger?

Examinándole con cuidado descubrió con gran sorpresa el naturalista que el fennec arreglaba todos sus movimientos á los de los avestruces. Habia tomado el mismo camino que estos, sin perderlos de vista. Cuando los avestruces se detenian se agachaba inmediatamente á fin de ocultarse á sus miradas y volvia á correr cuando las aves empezaban de nuevo á marchar. Si encontraba una mata se escondia detrás, sin perder de vista los tres bípedos que marchaban delante de él. Indudablemente seguia la pista de los avestruces, ¿pero qué se proponia? No era atacarlos, aunque parecia querer sorprenderlos, como hace un zorro con una bandada de perdices. Sabia muy bien que el avestruz podia lanzarlo á 50 pasos de una patada, como una pelota con una pala. Evidentemente no les seguia con intenciones hostiles, pobre pigmeo en comparacion de aquellos enormes bípedos.

¿Por qué les seguia entonces? Aunque lo hacia con la vista y no con el olfato, lo cierto es que el fennec perseguia á los avestruces y que el naturalista ignoraba completamente el objeto que se proponia aquel zorro microscópico al querer aproximarse á un animal del cual tanto tenia que temer.

Sacó Hans de su bolsillo un anteojo que llevaba habitualmente y cuyo auxilio era indispensable para saber el resultado de la aventura, pues los avestruces se hallaban ya á una distancia considerable y el fennec era ya invisible á la simple vista. Con ayuda del anteojo pudo Hans distinguir perfectamente al pequeño cuadrúpedo, que continuaba la misma ma-

(1) Mamíferos cuadrumanos que viven sobre los árboles y cuyos hábitos son nocturnos.

niobra. De pronto se detuvieron los avestruces y despues que se hubieron consultado durante algunos instantes se acurrucó el macho, desaparecieron sus largas patas y se hubiera dicho que su cuerpo era de aquel modo mas grueso y mas ancho que antes. Parecia que estaba empollando. ¿Habia un nido en el sitio en que se habian detenido? El aspecto del terreno permitia esta suposicion. Una ligera prominencia del suelo rodeaba al ave y parecia el borde de un nido; pero el avestruz se contenta con hacer un hoyo en la arena para depositar sus huevos y es casi imposible distinguir desde lejos esta cavidad, que no ofrece nada de notable. Sin embargo, habia muchos objetos blancos diseminados alrededor del ave que examinaba el naturalista y probaban que habia un nido en aquel sitio. Aquellos objetos parecian del tamaño de bolas de billar, pero teniendo en cuenta la distancia dedujo nuestro jóven que eran huevos de avestruz. Sabia que ordinariamente se encuentran huevos diseminados alrededor del nido de esta ave, que los deposita, segun se dice, para servir de alimento á sus pequeñuelos durante los primeros dias de su existencia.

Las dos hembras, despues de haber rondado alrededor durante algunos minutos se agacharon ó mas bien se arrodillaron á su vez, mientras el macho tenia el pecho apoyado en el suelo. Esta circunstancia acabó de convencer á Hans de que efectivamente estaba empollando, mientras las dos hembras se preparaban para dormir.

No habia nada en aquel estraño hecho que pudiera sorprender al naturalista, pues entre los avestruces se acostumbra que el macho tome parte en los trabajos de incubacion, siendo regularmente su turno por la noche; el aire mas frio entonces exige un pecho y un abdómen mas anchos á fin de conservar á los huevos el calor de que tienen necesidad, y es indispensable además que el defensor del nido tenga mas fuerza para protegerlo contra los ataques de los merodeadores nocturnos. Al amanecer deberia relevar al macho cualquiera de las dos hembras, pues ambas eran madres de la futura manada: el avestruz macho es un mormon (1) que tiene á veces hasta una docena de esposas. El nuestro era muy moderado respecto de este particular puesto que se contentaba con dos, aunque á decir verdad tan culpable es la bigamia como la poligamia.

Hans dedujo de todos los detalles que acababa de observar que los avestruces tenian el nido en aquel sitio, suponiendo que la incubacion de los huevos habia comenzado hacia algun tiempo. Aun cuando las aves se habian alejado durante el dia nada probaba este detalle contra la última opinion; los avestruces tienen la costumbre, principalmente cuando hace mucho calor, de abandonar el nido á la mitad del dia, pues cuanto mas ardiente es la comarca que habitan menos obligados están á empollar sus huevos y en la zona tórrida es raro que tengan que acudir á este procedimiento general de incubacion, contentándose casi siempre con depositar sus huevos en la arena abandonando al sol el cuidado de empollarlos.

¿Qué se ha hecho del fennec? se preguntó el naturalista, que examinando los avestruces habia olvidado completamente al cuadrúpedo.

Hans paseó por la llanura su anteojo y despues de buscar durante algunos minutos concluyó por descubrir el cuerpecillo isabela del fennec tendido en tierra al abrigo de un matorral, donde parecia haberse instalado para pasar la noche. Si hubiera habido algun agujero en las cercanías hubiera preferido aquel asilo introduciéndose en él, pues el fennec es un animal de madriguera.

La oscuridad se estendió rápidamente por la llanura, y no pudiendo Hans continuar sus observaciones en medio de las tinieblas se metió el anteojo en el bolsillo y fué á reunirse con sus compañeros.

(1) Secta americana cuyos partidarios admiten la poligamia.

CAPITULO XII.

LAS AVES SIN ALAS.

La primera cosa que hizo el naturalista al llegar al vivac fue relatar lo que habia visto. Todos prestaron grande interés á sus palabras y particularmente Klaas y Jan, que sintieron mucho no haber sido testigos de la aventura. Pretendian que Hans debia haberles llamado: la cosa merecia la pena, pues no todos los dias se ven avestruces, sobre todo á tan poca distancia; son unos animales tan desconfiados que es muy difícil aproximarse á ellos. Hans habia sido muy feliz; ¿por qué no habia ido á informar á sus compañeros de lo que ocurria? le era indiferente que los otros no vieran nada.

Así murmuraban Klaas y Jan porque el naturalista no habia creido necesario turbar su sueño para hacerles ver unos avestruces que marchaban tranquilamente en línea recta, lo que despues de todo no tenia nada de particular.

Pero los niños son siempre los mismos y no atienden mas que á sus deseos, sin comprender las bondades que se tienen con ellos. Verdad es que los muchachos son estremadamente curiosos de todo lo que tiene relacion con los pájaros, sobre todo cuando estos tienen, como los avestruces, mas de tres metros de altura y pesan 150 kilógramos.

Si se hubiera tratado de un búfalo, de una girafa ó de un elefante no se hubieran preocupado tanto los dos muchachos; animales de semejante tamaño pueden interesar á grandes cazadores, tales como Hendrick y Willem, pero para colegiales que no tienen mas que una escopetita y perdigones del número cinco la verdadera caza son las aves. Aun cuando poco daño hubieran podido hacer con sus perdigones á un avestruz sintieron mucho no haber visto al pájaro-camello. Hans debia habérselos enseñado. «¡Siempre hace lo mismo!» esclamaba Jan, y Klaas apoyaba esta asercion.

No podemos calcular cuanto hubieran durado aquellas quejas si la conversacion, que naturalmente giraba sobre los avestruces, no les hubiera llamado la atencion: cesaron de murmurar para prestar atencion á lo que se decia y olvidaron su resentimiento tanto mas fácilmente cuanto que era el naturalista el que cautivaba la atencion de todos con sus interesantes palabras.

Facetanné el hotentote sabia respecto de este particular casi tanto como nuestro amigo Hans; habia pasado los primeros años de su vida en el desierto, verdadera comarca del bushman y del avestruz, y era muy dichoso con tener aquella ocasion de adquirir alguna importancia, apresurándose á decir todo lo que sabia respecto del ave en cuestion. Las proezas de Congo le habian oscurecido algo y sufria enormemente con el triunfo de su rival.

Como á la erudicion del jóven sabio se unia la esperiencia del bushman, nuestros cazadores supieron los hechos principales de la historia del gigante de pluma.

Hans empezó de la siguiente manera:

«El avestruz es un ave de Africa, aun cuando se le encuentra igualmente en ciertas comarcas del Asia.

»Los viajeros han dado tambien el nombre de avestruces á unas aves de la misma familia que habitan la América del Sud, la Australia y las islas del archipiélago indio.

»En Siria, en Persia, en Arabia y en todas las partes de Africa en que hay grandes llanuras areno-

sas se encuentra el avestruz; es un habitante del desierto, y no habita jamás en las regiones accidentadas, en los terrenos pantanosos ni en las comarcas fértiles.

»Fue muy conocido desde las primeras edades de la historia, y es preciso que fuera muy numerosa la especie en la época de la dominacion romana, puesto que en una sola comida del emperador Heliogábalo se sirvieron 600 sesos de avestruz.

—¡Espantoso gloton! esclamó Klaas.

—¡Qué tragaldabas! respondió Jan, pues los dos amigos eran el eco uno del otro.

—Despues de semejante festin debia tener mas sesos en el estómago que en la cabeza, observó Arend sonriéndose.

—No lo pongo en duda, añadió Willem.

—El avestruz, prosiguió el naturalista, tenia entre los antiguos el nombre de *struthio camelus*, que quiere decir *pájaro-camello*, á causa del parecido que tiene con el último animal. En efecto, su pié tiene dos dedos, como el de los rumiantes, y su gran cuello desnudo, sus piernas desprovistas de plumas y el cogin que lleva en el pecho y que corresponde á la callosidad pectoral del camello le dan un gran parecido con este: los dos han sido creados para el desierto y Plinio, lo mismo que Aristóteles, describe el avestruz mitad como cuadrúpedo y mitad como ave.»

Cuando Hans terminó la parte científica del avestruz tomó la palabra Facetanné, diciendo á su vez lo que personalmente conocia de las costumbres de este animal.

En pocas líneas reasumiremos los detalles que describieron el jóven sabio y el viejo bushman.

El avestruz vive en sociedad; se le vé en bandadas de cincuenta individuos mezclarse tranquilamente con los rebaños de cebras, de couaggas y de diversas especies de antílopes que frecuentan las llanuras áridas.

Los machos son poligamos, teniendo desde dos hasta seis hembras; estas últimas ponen cada una de doce á diez y seis huevos. Su nido está escavado sencillamente en la arena y podrá tener un metro ochenta centímetros de diámetro; únicamente la mitad de los huevos están en el nido; los demás quedan diseminados en los alrededores y no son empollados. Segun el bushman, aquellos huevos dispersados á la casualidad, están destinados al alimento de los pequeños durante los primeros dias que siguen á su salida del cascaron: pero los naturalistas no participan de esta opinion; pretenden que aquellos huevos no están colocados en el nido porque seria imposible que el ave pudiera empollar todos los que ponen las hembras del macho, y una vez en el nido la cantidad que puede cubrir un avestruz, queda fuera el resto.

Es cierto que los últimos que ponen las hembras son los que se quedan diseminados alrededor del nido y que continúan poniendo despues de comenzada la incubacion, pero esto no prueba que estén destinados al alimento de los polluelos. Sin embargo, tampoco prueba que los naturalistas tengan razon, y este hecho continúa siendo inesplicable.

Los huevos del avestruz están colocados de punta y agrupados, pudiendo el ave empollar de treinta á cuarenta. Facetanné pretendia haber encontrado con frecuencia nidos que contenian esta última cantidad, pero lo comun es encontrar una treintena nada mas.

Ya hemos dicho que el macho toma parte en los trabajos de incubacion, correspondiéndole el turno por la noche; una de las hembras le reemplaza al amanecer, relevándose alternativamente, y cuando hace mucho calor se alejan de sus huevos, que confian á los rayos del sol. Tambien hemos indicado que en la region tropical abandonan completamente al calor atmosférico el cuidado de empollar sus huevos, de lo que resulta que la duracion de la incubacion es, segun las circunstancias, de treinta á cuarenta dias.

Los pollos saleu del cascaron perfectamente desarrollados, y al dia siguiente ó á los dos dias de su nacimiento abandonan el nido y van en busca del alimento acompañados de sus padres: tienen entonces el tamaño de una pintada.

Los padres demuestran una estremada solicitud por su pollada; si se aproxima un enemigo, la hembra, que está encargada de dirigir la bandada, hace toda clase de esfuerzos por atraer sobre sí todo el peligro; figura que está herida, arrastra una pata, vacila y cae á cada paso, mientras el macho lleva á los pequeñuelos en direccion opuesta. El ánade salvaje, la perdiz y otras muchas aves emplean la misma estratagema para salvar la pollada.

Los huevos del avestruz son de un blanco empañado; difieren entre sí por el tamaño y los pollos que resultan son tambien diferentes. Un huevo de avestruz de un volúmen ordinario tiene quince centímetros de longitud y pesa aproximadamente un kilógramo y medio; cocido en la ceniza es un escelente bocado que puede satisfacer á un hombre. Algunos pretenden que hay suficiente para dos personas y aun para tres, mientras hay otros que aseguran que no hay bastante racion para un hombre; esto depende del apetito del individuo y de la capacidad de su estómago. Para formarse una idea mas precisa del volúmen de un huevo de avestruz diremos que equivale á veinte y cuatro huevos de gallina.

La cáscara es estremadamente fuerte y sirve de botella á los bushman y á los diferentes indígenas del desierto, que regularmente no usan otras vasijas.

Un avestruz macho que ha llegado al máximum de su desarrollo tiene tres metros de altura y pesa 150 kilógramos; sus piernas son gruesas y musculosas y el muslo tiene el grueso de un cuarto de carnero.

El avestruz es, segun dicen, el mas rápido de todos los animales aun cuando hay algunas personas que manifiestan dudas respecto de este particular. Lo cierto es que un ginete montando un caballo de carrera no puede dar alcance al avestruz siguiéndole la pista, viéndose obligado para conseguirlo á cortarle en línea recta las curvas que describe y poder de este modo tirarle al paso. El avestruz tiene tanta resistencia como velocidad, y aun los árabes, cuyos caballos parecen tener alas, confiesan que es muy difícil forzarlo.

Cuando corre producen sus cascos un ruido seco parecido al trote de un caballo, lanzando violentamente gruesas piedras, y cuando huye á toda velocidad estiende sus plumas blancas sobre el lomo, pero únicamente para que le sirvan de balancin, pues le seria imposible franquear un metro al vuelo.

El avestruz se defiende con las patas; de una coz puede romper la pierna á un hombre y aun matarlo, como podria hacer un caballo.

Su principal seguridad consiste en el poder de sus facultades visuales; como habita en llanuras completamente descubiertas su penetrante vista le permite distinguir un enemigo de menos talla que la suya á una distancia en que él no es perceptible.

Por estas causas y por su escesiva desconfianza es muy difícil aproximarse á este animal y muy raro que se le pueda enviar una bala, á menos de encontrar un sitio á propósito para esperarle al acecho. Se consigue algunas veces matarlo de un tiro colocándose cerca de los sitios á donde acude á beber.

Muchos viajeros han creido que el avestruz no bebe jamás porque se le encuentra generalmente muy lejos de los rios y manantiales, pero la distan-

cia que parece considerable al viajero fatigado es insignificante para un animal tan veloz. Algunas personas han observado, por el contrario, que los avestruces van á beber todos los dias á un sitio determinado, y en cuanto á los que existen cautivos no cabe duda de que absorben una gran cantidad de agua. Cuando han satisfecho su sed no pueden correr con la misma rapidez, aprovechando los cazadores para perseguirlos el momento en que se alejan despues de beber.

En los desiertos que habita el avestruz hay muchos hombres dedicados á la caza de este animal, cuyos despojos son de un valor considerable; la piel del avestruz es muy fuerte y se rasga difícilmente; por medio del curtido se la transforma en un cuero de muy buena calidad, del que se hacen diversas clases de vestidos. La piel despojada de las plumas se vende próximamente en una libra esterlina (95 reales), y las plumas de la cola y de las alas (estas últimas son las mas apreciadas) que son en número de treinta á cuarenta, se compran algunas veces á cinco reales en el pais mismo en que se cogen.

Willen observó que el avestruz podria domesticarse fácilmente, añadiendo que con frecuencia los habia visto rondando muy mansos alrededor de los kraals de la frontera. Es un animal inútil, que introduce la confusion en los corrales, estropeando con los pies las aves, engulléndose algunas veces los polluelos de gallina y de ánade, no porque sea carnívoro sino porque traga todo lo que encuentra; un trapo viejo, un pedazo de madera ó de metal le parece tan escelente como una fruta.

El verdadero alimento del avestruz se compone de los tallos tiernos de los arbustos y matorrales, de sus simientes y botones, lo que no impide á este animal voraz el engullir las sustancias menos á propósito para comer. Como la mayor parte de los animales salvages tiene una aficion estremada por la sal, por cuyo motivo se le vé con frecuencia en bandas numerosas en las cercanías de las salinas, innumerables en las estériles llanuras de Africa.

La carne de los pollos de avestruz es buena para comer, pero la de los adultos es coriacea y de un tufo desagradable. Ya hemos dicho al principio de este capítulo que los huevos son muy estimados, aunque algo pesados para ciertos estómagos.

En circunstancias ordinarias deja oir el avestruz un cocleo grave y sonoro, pero algunas veces ruge absolutamente como un leon, y cuando está herido ó se le acosa silba como un pato enfurecido.

El avestruz está representado en la América del Sud por el género *rhea*, que recientemente se ha dividido en dos especies; el *nandou* y el *petise* ó rhea de Darwin. Estos dos rheas se parecen completamente en cuanto á la forma, el color y las costumbres, pero son de diferente tamaño y habitan distintas regiones. El nandou recorre las inmensas pampas de la Plata y es mas grande que el petise, cuya zona está limitada á la parte meridional de la Patagonia.

La forma del nandou es la misma que la del avestruz africano; su color ceniciento se aproxima al plumaje de la hembra del avestruz, pero es mucho menor y no tiene mas que un metro sesenta centímetros de altura; las plumas de sus alas no son tan notables y apreciadas como las de su congénere africano y se usan para hacer plumeros y otros utensilios de menage.

Las costumbres del nandou tienen una gran semejanza con las del avestruz y ha sido un disparate formar un género aparte. Vive como aquel en sociedad, es polígamo, hace el nido en la arena en el que deposita de veinte á treinta huevos, dejando cierto número de ellos alrededor, demuestra una grande velocidad cuando se le persigue, es estremadamente desconfiado, cocea violentamente y silba cuando se le ataca.

Ya hemos visto que estas costumbres pertenecen igualmente al avestruz.

El nandou presenta, sin embargo, algunos rasgos particulares; se alimenta de yerbas y raices y se come los pececillos que despues de la estacion de las lluvias quedan en las orillas pantanosas de los rios. Se arroja al agua, sin verse obligado á ello, y atraviesa á nado las corrientes mas rápidas.

Los gauchos lo cazan, apoderándose de él por medio del *lazo* ó de las *bolas*.

El rhea de Darwin es menor que el nandou, como ya hemos indicado, pero se le parece completamente en cuanto á la forma, el color y las costumbres; es igualmente buen nadador y frecuenta las llanuras próximas á los rios; la única diferencia que tiene con el nandou consiste en que habita una region infinitamente mas fria.

Ningun miembro de esta familia se encuentra en la América del Norte, donde la naturaleza se ha olvidado de dar representacion al avestruz en los inmensos desiertos conocidos con el nombre de praderas.

Aun en la América del Sud es muy limitada la region del nandou, á pesar de que este animal se acerca mas al ecuador de lo que generalmente se cree; recientemente se le ha encontrado en las sabanas que atraviesa el Madeira, mucho mas al Norte que el territorio de la Plata.

Existe además otro pariente del avestruz, que se llama *emen* ó *dromanis. Novæ Hollandiæ.* Manifiesto el nombre que los sabios de gabinete han proporcionado á esta ave, aun cuando no puedo comprender el motivo que ha impulsado á estos señores á separarla del avestruz ó del rhea, como no sea para aumentar la confusion que reina en la historia natural.

El emen tiene exactamente la misma conformacion é idénticas costumbres que sus parientes de Africa y América y por el color es perfectamente parecido al nandou, aun cuando es mayor que este: un macho adulto de la especie tiene dos metros diez centímetros, acercándose por el tamaño á la hembra del avestruz. El emen tiene todos los caractéres de la familia; se une en bandadas, hace su nido en la arena, es polígamo, desconfiado, veloz en la carrera; se defiende á coces, nada tan bien como el nandou, produce un ruido análogo al del tambor y pone unos huevos casi tan gruesos como los del avestruz, aunque de un verde oscuro, mientras los del rhea son azulados.

Se cree que existen tambien dos especies del emen, de las cuales debe habitar la menor la region septentrional de la Australia.

Se encuentra igualmente en la península de Malaca y en el archipielago indio un pájaro llamado el casoar (1), tambien de la familia del avestruz, aun cuando difiere mucho mas de este que el nandou y el emen; su cuerpo esta recubierto de un tupido manto negro, que tiene mas parecido con el pelo que con la pluma: tiene el cuello y la cabeza desnudos y la piel de un hermoso azul mezclado de escarlata.

No es un habitante del desierto como el avestruz; el casoar se encuentra en los valles fértiles y se alimenta de las yerbas mas suculentas; á pesar de esto sus costumbres son las mismas que las de las aves precedentes; como ellas, se defiende á coces, deposita sus huevos en la arena abandonándolos al calor del sol, es rápido en la carrera, valiente cuando se le ataca y puede ser considerado como uno de los animales mas interesantes.

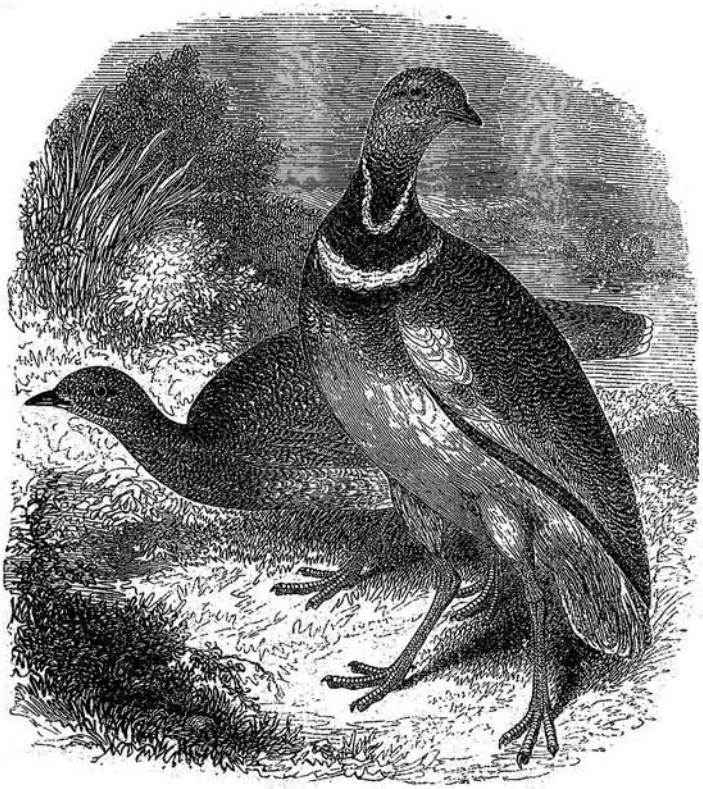
(1) *Cassuarius Cassoar.*

Hans terminó su esplicacion sobre los pájaros sin alas citando el *apterix* ó *kiwi-kiwi*, del que existen dos especies muy parecidas; ambas pertenecen á la Nueva-Zelanda, son nocturnas y viven en madrigueras, pero segun nuestro amigo se alejan tanto de la familia de los avestruces como los pájaros bobos y los pinguinos.

CAPITULO XIII.

EL FENNEC Y LOS HUEVOS DE AVESTRUZ.

Antes de retirarse á sus wagones para pasar la noche decidieron los jóvenes cazadores perseguir al dia siguiente á los avestruces, concertando el plan que debian seguir para conseguir su objeto. Hendrick y el grueso Willem debian partir los primeros



Abutardas.

y describiendo un ancho circuito ir á colocarse á una grande distancia al otro lado del nido de los avestruces; Hans y Arend marcharian el uno por la derecha y el otro por la izquierda, mientras que Klaas y Jan irian directamente desde el vivac al nido. De esta manera estarian los avestruces rodeados por los cazadores y cualquiera que fuera la direccion que quisieran emprender encontrarian siempre uno de los boers para arrojarlos al centro. Tal es el método que emplean los africanos del Sud y el único posible para coger al avestruz. Si la operacion se hace bien, el ave, perseguida sin descanso, pierde la serenidad y despues de haber corrido de uno á otro se deja coger ó matar de un tiro; es muy peligroso, sin embargo, aproximarse mucho al animal aun cuando esté gravemente herido. Mas de un cazador ha sacado un brazo, una pierna ó las costillas rotas por una coz que estaba muy lejos de esperar, y nuestro amigo Hans, siempre prudente, no olvidó recomendar á sus compañeros que estuvieran en guardia contra las patadas del avestruz.

Despues de este último consejo del naturalista marcharon todos á acostarse y se durmieron, soñando con los placeres del dia siguiente. Nuestros jóvenes amigos esperaban coger el macho, arrancarle sus hermosas plumas y unirlas á sus trofeos.

La única inquietud de nuestros cazadores era producida por su escaso número; ¿podrian seis personas rodear á tres avestruces y fatigarlos, cuando entre los seis habia dos niños montados en jaquitas?

Resolvieron por tanto que el bushman y el zoulou tomarian parte en la cacería del dia siguiente: verdad es que no tenian caballos, pero eran ágiles é infatigables y podian correr lo mismo que las jacas, y el uno armado con sus azagayas y el otro con su arco y sus flechas eran dignos de figurar en el círculo de nuestros cazadores. Si se añaden media docena de sabuesos, cuya ayuda no sería inútil, se verá que eran fundadas las esperanzas de los jóvenes boers.

Un incidente ridículo vino á destruir aquella esperanza, impidiendo la ejecucion de un proyecto concebido con tanta habilidad.

Una hiena, que durante la noche se habia deslizado en el campamento de los cazadores, se habia comido el pelote y parte de la silla del caballo de Hendrick; era indispensable reparar el desperfecto,

y antes de que estuviera terminado aquel trabajo habian abandonado el nido los avestruces. Aun estaban en él cuando los boers salieron de los wagones, pero hacia un calor tan sofocante que se alejaron del nido en el instante mismo en que nuestros amigos montaban á caballo.

Los avestruces tomaron una direccion opuesta á la de los ocho cazadores y muy pronto desaparecieron á la vista de Hans, que los seguia con el auxilio de su anteojo.

Todos los que habiendo montado á caballo con la esperanza de una buena cacería se hayan visto obligados por la lluvia ó la nieve á volver sus caballos á la cuadra comprenderán la contrariedad que esperimentaron nuestros cazadores; Hendrick principalmente maldecia su fortuna. ¡Qué triste desenlace por una miserable silla! Estaba exasperado y si por alguna parte hubiera aparecido una hiena lo hubiera pasado mal. Los demás participaban mas ó menos de la irritacion de Hendrick.

—«Vamos sin embargo hácia allí, dijo Arend; los huevos no se han marchado y los cogeremos. Por mi parte no me vendrá mal una tortilla, pues comienza á cansarme el antílope y el biltong.

—Soy de tu parecer, añadió Willem; comeria de buena gana un huevo para almorzar, con tal que esté aun fresco.»

Y los dos jóvenes se disponian á partir.

—¡Deteneos! gritó Hans, ¡deteneos! no está perdida toda esperanza.

—¿Qué ves? le preguntaron sus camaradas; vuelven los avestruces?»

El naturalista guardó silencio durante algunos instantes; su anteojo estaba en direccion del nido pero los pájaros no aparecian en la llanura.

—«¡El es! ¡no me engaño! esclamó por fin.

—¿Qué se vé? preguntaron los cazadores.

—El zorro, respondió Hans.

—¿Qué zorro?

—El fennec, el que he visto ayer; no se le distingue á la simple vista y con dificultad lo veo con el anteojo; está cerca del nido de los avestruces y parece muy ocupado; me presumo lo que está haciendo.

—Estará allí por los nuevos, replicó Willem.

—¡Una cacería de zorros! esclamó Hendrick, cuyo mal humor se disipó como por encanto.

—¡La cacería de un zorro! repitieron Klaas y Jan.

—Vaya por la caza del zorro,» dijo á su vez el naturalista, y los seis ginetes lanzaron sus caballos en la llanura, silbando á los perros que acudieron al llamamiento.

Nuestros amigos se dirigieron en línea recta al nido de los avestruces: no habia necesidad de dar un rodeo para sorprender al fennec, pues el pobre animalillo no podia escaparse mas que ocultándose en algun agujero y era muy probable que estuviera muy lejos del suyo. Habia seguido á los avestruces sin inquietarse de la distancia á fin de llegar hasta su nido.

El fennec prefiere los huevos á ningun otro alimento, sobre todo los de avestruz, y Facetanné afirmaba que camina sin cesar para encontrar el nido de esta ave; como es muy difícil descubrirlo, aun para un zorro, cuando el fennec supone que han hecho ya la postura, sigue á los avestruces durante muchas millas para averiguar el punto en que tienen el nido. Por esta causa habia sorprendido la víspera el naturalista al fennec sobre la pista de los bípedos, no porque el animalillo tuviera intencion de atacar á aquellas enormes aves sino para procurarse sus huevos.

Sin embargo, habia en este asunto un punto misterioso que el bushman no podia aclarar; ¿cómo un animal tan pequeño como el fennec conseguia romper un huevo de avestruz, cuya cáscara es tan dura que se necesita una fuerza considerable para partirla? Ninguno de nuestros cazadores podia resolver aquella cuestion que interesaba á todos y especialmente al naturalista. Nuestro jóven sabio conocia perfectamente los fennecs, los habia visto muchas veces en cautividad y sabia algo de su anatomía; no ignoraba que su cráneo no tiene union alguna con los músculos temporales, y que por consecuencia tienen mucha menos fuerza en la mandíbula que el verdadero zorro, y esto era una razon mas para que no pudiera romper la cáscara de un huevo de avestruz con los dientes. Le es igualmente difícil romperla con las patas; como el zorro polar, tiene la parte inferior de los dedos forrada con un pelo suave y lanoso, circunstancia estraña en un animal que habita la zona tórrida y que los naturalistas no han esplicado aun.

De la conformacion del fennec deducia el naturalista que seria tan imposible á aquel pequeño cuadrúpedo romper un huevo de avestruz para comer el contenido como partir una bomba para sacar la pólvora.

La esperiencia de Facetanné no alcanzaba á resolver aquella dificultad; sabia que el fennec era muy aficionado á los huevos de avestruz y que se los comia sin desperdiciar nada de la clara ni de la yema, pero nuestro salvaje ignoraba el medio de que se valia para conseguir aquel resultado, y los cazadores tampoco estaban mas adelantados respecto de aquel particular. Sin embargo, la cuestion debia resolverse muy pronto, y el fennec mismo se encargó de ello.

Al llegar á 300 metros del nido de los avestruces, se detuvieron los ginetes á fin de espiar los movimientos del fennec, que ya veian perfectamente. El animalillo, ocupado en su negocio, no advirtió la presencia de los cazadores; aun cuando la delicadeza de su oido está en proporcion del tamaño de sus orejas, no habia percibido las pisadas de los caballos, apagadas por la arena. Su única inquietud era inspirada por los propietarios del nido, pues en medio de su ocupacion levantaba de vez en cuando la cabeza para mirar á lo lejos en la direccion que habian tomado los avestruces.

Facetanné y Congo contuvieron á los perros, y nuestros cazadores quedaron inmóviles como estátuas.

¿Cuál era la ocupacion del fennec?

En un principio hubiera sido difícil á los espectadores el contestar, pero algunos minutos despues todo quedó esplicado.

El animalillo, en el momento en que lo distinguieron los cazadores, estaba al lado opuesto del nido, y volvia la espalda á estos. Tenia el pecho y la cabeza un poco altos, como si estuvieran apoyados sobre un objeto cualquiera; era un huevo de avestruz que empujaba con sus patas, que usaba alternativamente como los desgraciados condenados al tread-mill (1), con la diferencia de que por parte del fennec era un ejercicio completamente voluntario.

¿Cuál era el proyecto del fennec? ¿Tenia intencion de conducir aquel huevo á su madriguera? El trabajo hubiera sido muy rudo, pues el animal estaba probablemente á muchas millas de su habitacion. No pensaba en ello, y su intencion era hacer una tortilla y almorzar inmediatamente. La mesa del fennec estaba dispuesta y los cazadores se acordaron de una historia bastante estraña que les habian contado con motivo del caama, historia que les hizo sospechar que sus conjeturas eran ciertas.

En frente del animalito, y á 2 ó 3 metros de su hocico, habia una gruesa piedra de unos 30 centímetros de altura, y mucho mas ancha que alta; era

(1) Molino puesto en movimiento con los pies y que constituye uno de los castigos del sistema penitenciario inglés.

evidente que aquella piedra entraba por algo en los proyectos del cuadrúpedo, pues hácia ella dirigia su huevo. Los que habian sospechado la intencion del zorro adquirieron la certidumbre de haber adivinado.

En efecto, cuando estuvo á un metro de distancia, se precipitó el fennec hácia la piedra, empujando el huevo con un rápido movimiento que lo puso en contacto con el guijarro: se oyó un chasquido y quedó roto el huevo de avestruz.

El fennec tenia ya dispuesto su almuerzo, y sin perder un minuto, se preparó á lamer su tortilla, pero nuestros cazadores, que tenian tambien un hambre devoradora, no le dieron tiempo para comérsela, y hundiendo sus espuelas en los hijares de sus caballos, soltaron los perros y salieron á escape.

La cacería no fué de larga duracion. Apenas habia recorrido el pobre animal 200 metros cuando le alcanzaron los sabuesos, y fueron necesarios todos los esfuerzos del bushman para impedir con el sambock (1) que destrozaran la hermosa piel del fennec.

Los cazadores recogieron inmediatamente los huevos de avestruz. Como temia Willem, los que estaban en el nido se hallaban ya empollados, pero entre los que se encontraban alrededor los habia muy frescos, que proporcionaron á nuestros amigos un escelente almuerzo.

El bushman se encargó de asarlos, enseñando al mismo tiempo á los cazadores la mejor manera de hacerlo; este método consiste en hacer un agujero en el huevo, colocar éste por el otro estremo sobre las cenizas calientes, y por medio de un palito remover la clara y la yema hasta estar perfectamente cocido.

CAPITULO XIV.

LOS BLAWBOKS.

Si el zorro del Mediodía de Africa no procura ningun placer al cazador por su falta de medios, el mismo dia de la muerte del fennec debian encontrar nuestros amigos la ocasion de hacer una de esas cacerías en regla que tanto tiempo hacia estaban deseando.

Habia al lado opuesto del bosquecillo en que acampaban una inmensa pradera separada del desierto por una línea de grandes árboles, y cuyo verde parecia mucho mas fresco por el contraste que hacia con los tonos amarillentos de la árida llanura que se estendia al Oeste.

Aunque aquella pradera era inmensa, no carecia de límites; un bosque de acacias de girafa se desplegaba en el horizonte, y algunos grupos de estos árboles, dispersos por la llanura, daban al paisaje un hermoso aspecto. Parecia un parque cuyos prados de fina yerba habian sido sembrados de bosquecillos dispuestos con arte.

Tan magníficos pastos no podian estar sin propietarios: no se veia granja, casa ni nada que anunciara la presencia del hombre, y sin embargo, aquella fecunda tierra tenia numerosos habitantes; pájaros de varias especies y ligeros cuadrúpedos de formas graciosas y pies ágiles habian tomado posesion de aquella admirable pradera.

El secretario, destructor de serpientes, buscaba por la yerba su venenosa presa. Sin necesidad de hacer uso de sus alas, no tiene nada que temer este noble pájaro de los carnívoros, sus largas piernas son suficientes para salvarle de las hienas, leopardos y chacales; tan veloz como el avestruz, es tan rápido en su carrera, que los árabes le llaman el *caballo del diablo*.

Próximo al secretario se veia otro pájaro casi del mismo tamaño, pero de forma y costumbres muy diferentes: era la gran abutarda, que los boers llaman *pavos salvajes*, y que los sabios designan con el nombre de *otis kori*.

Comiendo por los prados ó vagando de mata en mata se veian bandadas de gallinazas ó pintadas con su ropaje de perlas, dejando oir su charla incesante que produce un chirrido parecido al ruido de una lima afilando una sierra.

Cotorras de vivos colores, pichones verdes y arrulladoras palomas volaban de un árbol á otro, y numerosos y diminutos pajarillos, que representan en Africa la familia de los colibrís, revoloteaban entre los arbustos cargados de flores.

Algunos árboles tenian suspendidos de sus ramas nidos del pájaro tejedor, llamado *ploceus*, mientras el gorrion republicano (*loscia socia*) habia establecido sobre la acacia de la girafa el enorme techo de bálago, al abrigo del cual vive en sociedad.

Pero no eran las aves los únicos habitantes de aquel sitio encantador; hermosos cuadrúpedos recorrian las verdes praderas ó descansaban á la sombra de los bosquecillos de acacias.

A cada momento se encontraban rebaños de springboks (2), reunidos en la llanura, y que á la menor alarma daban unos saltos de prodigiosa altura; el artebeest anaranjado, el sesebé, color de púrpura, y el estraño gnou de crin poblada y canosa recorrian aquellas verdes praderas, describiendo anchos círculos; se veian bandas de couaggas y rebaños de cebras hermosísimas: el leopardo se ocultaba en la yerba ó se arrastraba por los tallares, y tambien se descubria la rojiza melena del leon, ese espantoso tirano que tan sangriento diezmo impone á los inofensivos rebaños.

¡Qué contraste con el monótono desierto que se estendia por el otro lado de los mokhalas hasta los últimos límites del horizonte!

Nuestros cazadores, irritados por la aventura de los avestruces, y poco satisfechos de la cacería del zorro que apenas habia durado algunos minutos, resolvieron resarcirse persiguiendo algunos de los animales que recorrian la pradera; estaban seguros de cazar por lo menos springboks. La víspera por la noche habian llevado sus bueyes á pacer en la linde del bosquecillo de árboles en que estaba situado su vivac, y al ver aquella fecunda llanura habian pensado con razon que debia ser muy abundante en caza.

Despues que concluyeron de almorzar montaron otra vez á caballo, y seguidos de los perros, se dirigieron hácia la pradera, dejando al bushman y al zoulou la custodia de los bueyes.

No tuvieron que andar mucho para encontrar caza. Apenas habian dado cien pasos, cuando el que marchaba á la cabeza detuvo su caballo bruscamente, haciendo señas á los demás para que se detuvieran; todos obedecieron, y empinándose sobre los estribos y mirando por entre el follaje, pues aun no habian salido del bosquecillo, se presentó á sus ojos un cuadro que hubiera sorprendido al mismo Nemrod.

Precisamente en frente de los bóers, se encontraban en la pradera algunos antílopes de una especie admirable; no eran kaamas, springboks ni gnous; ninguno de nuestros cazadores habia visto jamás aquellos magníficos animales, y únicamente por el conjunto y por la naturaleza de los cuernos que tenian pudieron conocer la familia á que pertenecian aquellos herbívoros.

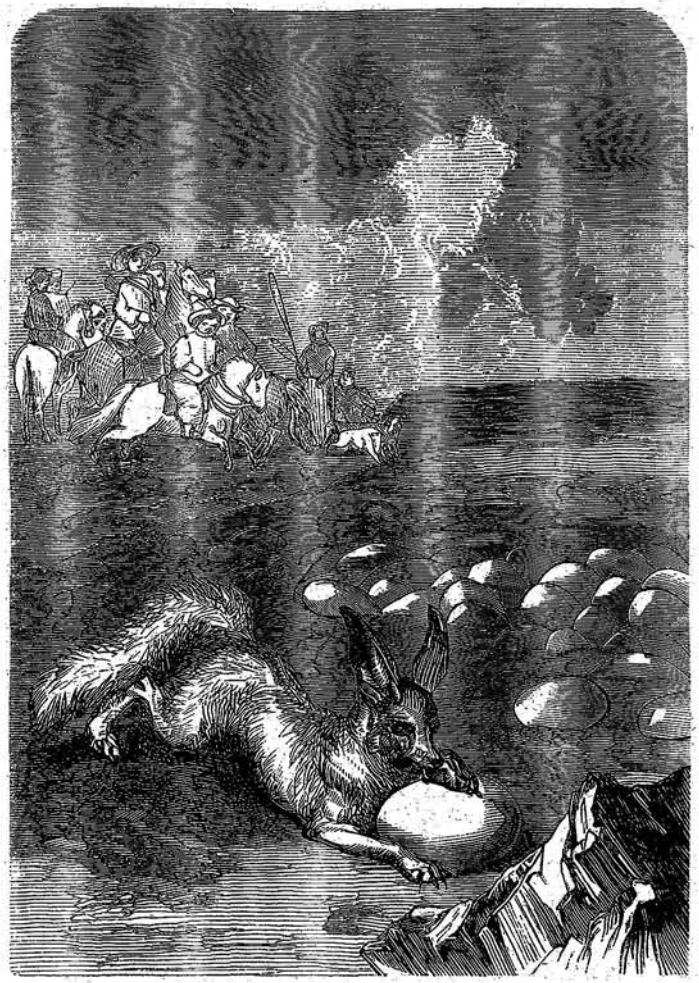
Tenian 1 metro, 20 centímetros de altura, y sus cuernos en forma de sable, se encorvaban ligeramente hácia atrás, presentando una série de anillos hasta unos 15 centímetros de su estremidad. El co-

(1) Látigo indígena hecho con la piel del rinoceronte.

(2) Especie de gacela.

lor general de aquellos encantadores cuadrúpedos era gris ceniciento con un reflejo azul parecido al de las alas del cuervo, reflejo que provenia de la epidermis, cuyo color negro y lustroso brillaba á través del pelo del animal.

Aun cuando era la primera vez que tenian ocasion de ver aquel antílope, no ignoraban su nombre Hans, Hendrick y Willem. Recorria antes el territorio de Graaf-Reinet, y bajaba hasta los alrededores del Cabo, donde sin embargo no ha sido jamás muy comun. En aquella época no habian venido aun al mundo nuestros jóvenes, pero se acordaron entonces de haber oido á sus padres hablar muchas veces de aquella especie de antílopes, de su color y reflejos azules, de sus grandes cuernos encorvados hácia atrás, de la belleza de sus líneas, de su valor y su altivez. La descripcion de los viejos cazadores era exacta, y los animales que veian nuestros amigos no



El fennec tenia dispuesto su almuerzo.

podian ser mas que *blawboks*, como llaman los boers al *egocero azul*.

Hans confirmó la opinion de Willem y Hendrick, añadiendo que los sabios modernos han dado al blawbok el nombre de *egocerus leucophea*.

Cinco especies de antílopes constituyen el grupo que se ha designado con el nombre de *egocerus*; las cinco, formadas por animales llenos de elegancia y de nobleza, habitan el Mediodía de Africa, principalmente la region atravesada por el Orange.

El primero es el waterbok (*egocerus ellipsiprymnus*), que tiene próximamente 1 metro 20 centímetros de altura, y cuyo color es gris azulado; frecuenta las orillas de los rios y se lanza voluntariamente al agua, de donde le viene el nombre de *waterbok* (*antílope acuático*). Animal de mucha fuerza y de un atrevimiento que se exalta hasta el furor, es muy peligroso aproximarse á él cuando está herido ó cercado.

Viene despues el tahetsé (*egocerus barbatus*), que tiene poco mas ó menos la talla del waterbok, del que se distingue por su crin y su larga barba; participa de la audacia y la violencia del precedente, y ambos son muy rápidos en la carrera. El tahetsé, sin embargo, se aleja del agua mucho mas que el waterbok, y frecuenta las regiones accidentadas, comiendo como las cabras las hojas de acacia.

La tercera especie del género es el egocero caballar (*egocerus equinus*), animal lleno de vigor, de un carácter violento y cuyos cuernos se encorvan hácia atrás como los del blawbok, con una curva mas pronunciada y mas brusca. Habita los paises montañosos y no se le encuentra en la llanura.

La mas hermosa especie del género es seguramente el antílope negro (*egocerus niger*). Descubierto en el Mediodía de Africa por un hábil cazador inglés, hace muy pocos años que es conocido del mundo científico. Es una de las mayores especies de toda la familia de los antílopes; su talla es de 1 metro 35 centímetros, y sus cuernos, encorvados como una cimitarra, tiene mas de 90 centímetros de longitud. Es de un negro lustroso en toda la parte superior del cuerpo, blanco por el abdómen y el pecho, y manchado de blanco en el cuello y la cabeza.

Es muy raro encontrar una ú otra de estas especies de antílopes, aun en su pais natal; generalmente no viven en sociedad, ó por lo menos no se reunen jamás en rebaños numerosos como los springboks, los gnous, los bonteboks ó los hartebeests; sin embargo, algunos forman pequeñas hordas compuestas de una docena de familias, pero lo mas frecuente es verlos en parejas separadas ó bien individuos solitarios.

De todos los *egocerus*, el blawbok es en la actualidad uno de los mas raros, hasta el punto de que ciertos naturalistas han creido que habia desaparecido la raza, pero es probable que no; ¡el Africa es tan grande y encierra todavía tantas regiones inesploradas!

Todos estos detalles fueron trasmitidos á nuestros cazadores por el jóven naturalista, pero no precisamente en el momento en que los blawboks aparecieron á la vista de los boers: supongo que no elegiria ocasion tan poco oportuna, y lo indudable es que nadie le hubiera escuchado en aquel instante.

CAPITULO XV.

ATAQUE DE LOS BLAWBOKS.

Los egoceros azules que pacian en la pradera eran en número de siete; uno de ellos, un viejo macho, mayor que los otros seis, y cuyos cuernos tenian próximamente un metro de longitud, marchaba el primero como el jefe de la familia; se dirigian á los mokhalas, quizás con la intencion de llegar al manantial que habia en el bosquecillo. Creyéndolo así nuestros cazadores se consultaron precipitadamente con el fin de ponerse de acuerdo, pero á pesar de su apresuramiento en combinar su ataque, se vieron obligados á interrumpir el consejo antes de haber decidido nada, pues uno de sus perros, jóven aturdido, cuya educacion no estaba terminada aun, salió de la espesura antes del final de la conferencia, y se lanzó á la pradera ladrando á los antílopes.

Los egoceros, obedeciendo á la señal del viejo macho, se volvieron inmediatamente huyendo á toda velocidad.

Era necesario renunciar al empleo de una estratagema cualquiera y perseguir á los blawboks por la pradera, procurando alcanzarlos á toda costa.

Durante algunos minutos fue una magnífica cacería: los antílopes huian delante, seguidos de los perros apoyados por los cazadores, corriendo todos con una rapidez vertiginosa que formaba un admirable cuadro.

No tardaron los ginetes en desbandarse; los poneys de Klaas y Jan no podian seguir á los demás, y quedaron distanciados los primeros. El naturalista, cuyo pacífico caballo, escelente para el viaje, no servia para carrera, quedó á su vez á retaguardia. Venia despues el hermoso Arend, que hubiera podido conservar mejor posicion gracias á la bondad de su caballo, pero que esperimentando por la caza una aficion muy moderada, sobre todo cuando era necesario correr á escape con un calor abrasador, permitió á su caballo aflojar el paso y concluyó por detenerse á la sombra de una acacia de girafa, donde empezó á abanicarse tranquilamente con uno de sus guantes de uniforme.

En cambio Hendrick y Willem seguian á los perros con un ardor que aguijoneaba el sentimiento de rivalidad que hemos indicado al principio de esta historia, y tenian intencion de no descansar hasta despues de haber terminado la caza.

Los dos montaban escelentes caballos, aunque de razas diferentes. El animal montado por Hendrik era un hermoso caballo negro, de regular alzada, cruzado de árabe, un caballo, en fin, perteneciente á la mejor de todas las razas, perfecto en todas ocasiones escepto para los juegos de carrera, superior al mismo caballo árabe. Un caballo de caza.

El caballo del grueso Willem difiere completamente del que acabamos de describir, y el retrato que hicimos del ginete puede aplicarse á su palafren. Es un animal de gran alzada, cuyos miembros parece que no se han hecho para él. Su gran cuerpo es aplastado y descarnado, sus piernas largas y huesosas; su cuello descomunal no presenta la menor curva, y su angulosa cabeza se parece á la de la girafa; tiene otros puntos de semejanza con este cuadrúpedo, y su marcha es tan estraña y fea, la cola del pobre animal es tan larga, tan delgada y tan pelada, que nuestros jóvenes amigos le llamaban la *gran girafa*. Seria imposible encontrar un caballo mas feo en todo el país de los boers, y sin embargo, el grueso Willem no lo cambiaria por el mas elegante de todos los caballos de la colonia.

A pesar de su estremada fealdad es un escelente animal; malo á la vista, bueno en la carrera, como dicen los jockeys. El grueso Willem por su parte no es tampoco muy bello en su especie; cumple mas que promete. La gran girafa, que no promete absolutamente nada, hace cosas maravillosas: ha forzado antílopes y couaggas, reventando mas de un sabueso famoso y pasado infinidad de veces como un relámpago por en medio de los cazadores, llevando á su grueso amo como si fuera una pluma. No es de estrañar que Willem tuviera por aquel escelente animal un cariño que tan bien merecia.

No tenia Hendrick menos pasion por su bonito caballo, y el valor respectivo de sus monturas era un motivo perpétuo de discusion entre los dos primos. Como la belleza del de Hendrick era indisputable, únicamente eran debatidas la resistencia y la velocidad, pero Willem no podia menos de burlarse de los que consideran la belleza como una buena cualidad en un caballo.

Hasta aquel momento no habian tenido ocasion los dos rivales de poner á prueba la resistencia de sus caballos y se iba á fallar el pleito; los blawboks huian por la llanura y no debian detenerse hasta muchas millas (1) de distancia del punto de partida. No podia presentarse mejor ocasion para demostrar la superioridad de la girafa sobre su competidor, y Willem estaba seguro de conseguir la victoria. Hendrick tenia la misma pretension formal de alcanzar los antílopes antes que el jaco desgarbado de Willem. Ambos eran muy hábiles, y en vez de forzar á sus caballos procuraban reservarlos para el último momento. Si se hubiera tratado de una ó dos millas, sabia Hendrick que hubiera llegado primero su caballo; pero los blawbocks llevaban mucha delantera, y era probable que no fueran alcanzados antes de recorrer un espacio considerable: por este motivo moderaba la impaciencia de su animal, temiendo que si se fatigaba se le adelantaria la girafa, cuyo vigor conocia.

Durante algun tiempo galoparon juntos los dos rivales, siguiendo de lejos á los sabuesos, que á su vez estaban muy distanciados por los blawboks. Aun

(1) La milla es una medida inglesa que equivale á 1609 metros

cuando estos últimos pasaron cerca de un bosquecillo de regular estension no intentaron esconderse en él. Lo mismo que los ciervos, corrian directamente hácia el sitio en que pudieran arrojarse al agua, como hacen en semejante caso todos los *egocerus*.

Los sabuesos concluyeron por ganar terreno; algunos, jóvenes y de resistencia, siguieron acercándose cada vez mas y llegaron á forzar de tan cerca á los blawboks que estos se desbandaron y corrieron en todas direcciones.

La cacería tomó entonces un aspecto diferente; los perros se dividieron, persiguiendo cada cual el antílope que tenia mas próximo, y en menos de un minuto sabuesos y blawboks estaban diseminados por la llanura.

Cada uno de los dos cazadores podia elegir su pieza, pero ni uno ni otro queria alejarse de su camarada, como no fuera para dejarle atrás. Aunque silencioso, el espíritu de rivalidad les animaba demasiado para permitirles renunciar á la lucha; los caballos parecian participar de aquella ardiente emulacion y desafiarse con la mirada, galopando juntos.

No dudaron los dos primeros en la eleccion de su antílope; el viejo macho que hasta entonces habia conducido el rebaño continuaba huyendo en línea recta, seguido por dos robustos sabuesos; sus cuernos fueron el punto de mira de nuestros cazadores y sin tener necesidad de cambiar una palabra se lanzaron ambos en persecucion de aquel blawbok.

CAPITULO XVI.

PERSECUCION DEL BLAWBOK.

La caza tenia entonces grande interés; era una lucha de velocidad entre los perros, el antílope y los cazadores. El viejo macho continuaba corriendo en la misma direccion y no habia tenido necesidad de torcer para escapar de los sabuesos; si las hembras y antílopes pequeños se habian desbandado espantados, él habia conservado la serenidad y se dirigia hácia el agua, que se apresuraba á alcanzar.

Unos árboles apretados formaban en el horizonte una línea oscura y bordeaban algun rio; hácia aquel punto se apresuraba á correr el viejo blawbok, pero la llanura era grande, necesitaba atravesarla antes de poder ocultarse en los cañaverales y los que le perseguian se deslizaban sobre la yerba de la pradera con la rapidez del viento.

Lo mismo que la girafa y el hermoso caballo negro, eran igualmente rivales los dos sabuesos. Uno pertenecia á Hendrick y el otro á Willem; ambos eran favoritos de sus amos, cada uno de los cuales pretendia que su perro era el mejor, y habian escogido aquella oportunidad para buscar el triunfo. Caballos, sabuesos y cazadores hacian toda clase de esfuerzos para conseguir la victoria.

No se crea que pudiera haber entre los dos primos la sombra de un mal sentimiento; no eran celos, era emulacion; cada cual estimaba á su caballo y su perro y deseaba establecer su superioridad: ellos tambien deseaban sostener su reputacion de cazadores y ambos querian regresar al campamento con la cabeza y los cuernos del *egocerus* como trofeo de la victoria.

El blawbok seguia huyendo, atravesando con rápida carrera el espacio que tenia delante; á cada salto que daba formaban sus miembros una línea horizontal; llevaba la cabeza alta y sus encorvados cuernos se apoyaban en sus costados. ¡Qué hermoso estaba, corriendo de aquella manera.

Cuando la naturaleza del suelo favorecia su carrera, ganaba terreno y distanciaba á los cazadores, pero pronto recobraban los perros la ventaja y se colocaban á diez pasos de sus jarretes, en tanto que los caballos galopaban á cien metros apenas de los dos valientes sabuesos. El sudor que corria por su piel les daba un color mas oscuro y anchas manchas de espuma se veian en su cuello y sus hombros; su roja lengua salia por entre sus belfos y los cazadores les hubieran oido soplar penosamente si la anhelosa respiracion de sus caballos no se lo hubiera impedido.

Ocho kilómetros fueron recorridos con esta vertiginosa rapidez, sin cambiar de direccion ni de velocidad y apresurando mas cada vez, por el contrario, aquel desenfrenado galope.

Se aproximaban á los bosques ó quizás á un rio, y el blawbok llegaria el primero si los cazadores no conseguian alcanzarlo antes; la corriente podia ser ancha y profunda, el *egocerus* nada como un cisne, se lanzaria como una flecha en medio de la corriente y pronto estaria perdido para Hendrick y Willem.

Bajo el imperio de este temor espolearon nuestros amigos á sus caballos á fin de obtener un último esfuerzo mas rápido: hasta entonces habian llevado igual velocidad y habia llegado el momento de demostrar cual de los dos animales era mas vigoroso.

A aquel nuevo castigo se precipitaron los dos nobles caballos hácia el objeto que era preciso alcanzar; pero la tercera vez que los pies de la girafa tocaron al suelo le faltó el terreno repentinamente y el enorme animal cayó en la yerba con su pesado ginete.

Hendrick, cuyo ardiente caballo marchaba dos ó tres cuerpos delante, oyó detrás de sí un ruido sordo que interrumpió el de los precipitados pasos de la girafa; pero el egoceros, que estaba próximo ya al bosque, le arrastró. Sin detenerse ni inquietarse por su compañero, negligencia que le perdonarán todos los sportmen, apretó aun mas á su caballo negro, que á pesar de la fatiga redobló su velocidad.

Algunos minutos despues estaba acorralado el antílope en la linde del bosque y los perros se precipitaban sobre él.... ¡Pobre Willem! Decididamente estaba en desgracia; su hermoso sabueso que tanto queria, cogido por los agudos cuernos del viejo blawbok, caia sobre la yerba lanzando un grito supremo, y quedó sin movimiento á algunos pasos del *egocerus*.

Es probable que hubiera tenido la misma suerte el perro de Hendrick si llegando éste á tiempo no hubiera espantado al antílope, que dando la vuelta se precipitó en el bosque, donde desapareció tambien el sabueso.

Hendrick no vió nada mas, pero oyó romperse las ramas bajo los esfuerzos del *egocerus* y ladrar su perro, cuya voz le indicaba la direccion que habia emprendido el animal. Moderó el paso de su caballo, y penetrando en la espesura, siguió como pudo la pista del blawbok, esperando á cada segundo conocer por los ladridos del sabueso que de nuevo estaba acorralado el antílope; pero en vano aguzaba el oido, pues ningun ruido respondia á su ansiedad.

Comenzaba á creer que el perro habia perdido la pista del *egocerus* y que despues de haber tenido todas las probabilidades en su favor tendria que regresar al campamento con las orejas bajas y tan desgraciado como Willem, sin poder como este justificar su derrota. Deploraba el aspecto que habia tomado la caza, cuando con gran pesar oyó un fuerte ruido como si alguna cosa pesada hubiera caido en el rio. Era el antílope que se arrojaba al agua; en otro ruido que siguió se conocia que el perro se lanzaba en persecucion del blawbok.

Este nadaba mejor que el sabueso y Hendrick estaba seguro de haber perdido ya al antílope. Sin embargo, el agua estaba próxima, se veia la orilla y

un sendero seguia aquella direccion; quizás llegaria antes de que el antílope ganara la otra orilla y con un tiro de su carabina terminaria la lucha en su favor.

Sin vacilar un segundo espoleó Hendrick á su caballo, galopando hácia el rio; algunos instantes despues estaba en la orilla, en un sitio en que el agua era profunda, pero la corriente poco rápida; anchos círculos rizaban la superficie del agua, que hendian rápidamente los cuernos del blawbok y la cabeza del sabueso.

El cazador no tuvo tiempo para bajar del caballo; antes de que hubiera podido detenerle habia atravesado el agua el blawbok y subia por la opuesta orilla. Apenas quedaba al jóven el tiempo indispensable para descargar su carabina, pero los hermosos hombros del antílope presentaban un ancho blanco y en menos de un segundo volaban por el oire muchos pelos y un caño de sangre que salia de la herida corria por el costado azul del viejo blawbok: la detonacion que se habia oido esplicaba aquel fenómeno, y antes de que el eco se hubiera desvanecido por el bosque estaba el antílipe inmóvil en la orilla.

Sus hermosos cuernos pertenecian á Hendrick.

CAPITULO XVII.

LUCHA DESESPERADA.

Al ver al blawbok rodar hasta la orilla y caer precisamente al lado del sabueso, nuestro jóven creyó ya tener en su poder los hermosos cuernos del antílope.

Pronto conoció que estaba en un error; el viejo blawbok no tardó en levantarse y de una cabezada alejó al perro, arrojándose de nuevo al agua. El perro se lanzó detrás del antílope y alcanzándole en medio de la corriente le cogió por la grupa; el vigoroso animal envió á su enemigo á diez pasos de distancia y revolviéndose atacó á su perseguidor con desesperada energía. Dos ó tres veces le alcanzaron sus cuernos, pero deslizándose en el agua, el favorito de Hendrick escapó felizmente de la muerte, aunque varias veces se vió obligado á zambullirse profundamente para huir del furor de su antagonista.

El punto del rio en que tenia lugar la lucha empezaba á enrojecerse, pues los dientes del sabueso habian desgarrado los costados y la grupa de su enemigo y la sangre corria por todos los miembros del animal; tambien el perro estaba herido en diferentes partes por los cuernos del antílope y su negra piel enseñaba diferentes manchas sangrientas.

Despues de descargar su arma habia desmontado Hendrick, no con la intencion de volver á cargar su carabina, sino para apoderarse del egocerus, que creia haber muerto. Ató su caballo á una rama sin apresurarse, cuando antes de concluir la operacion le hizo soltar la brida el ruido de la lucha que hemos descrito. Cogiendo la carabina la cargó apresuradamente y corrió á la orilla del agua.

Esta orilla estaba cubierta de sauces, que habia dominado mientras estuvo á caballo, pero que á pié le ocultaban el agua, y todo lo que pudo descubrir fue que estaba rizada y llena de espumosas burbujas. Oia el ruido de la lucha que continuaba entre el blawbok y el sabueso, pero los combatientes estaban cerca de los sauces, cuyo follaje les ocultaba á la vista de Hendrick.

Sin embargo, algo mas lejos quedaba cortada la alameda por un sendero que habian abierto indudablemente los animales salvages para ir á beber; los arbustos que habia á uno y otro lado de este estrecho pasillo reunian sus ramas á cierta altura, formando como un túnel de verdura.

Al descubrir el cazador aquel paso penetró por él inmediatamente.

El antilope, que tambien habia visto aquella brecha en la densa cortina de sauces, se dirigió hácia aquel punto que le pareció de fácil acceso. Precisamente en el momento en que el cazador entraba en el sendero salia del rio el blawbok y penetraba en él.

Cazador y animal corrian á toda velocidad y en pocos minutos se encontraron frente á frente. El paso, demasiado estrecho, no permitia al animal continuar su marcha y la espesura del tallar impedia que ninguno de los dos pudiera, separándose, ceder el paso al otro. No habia retirada posible y además la impetuosidad de la carrera imposibilitaba todo movimiento de retroceso; necesariamente tenian que encontrarse y esta colision inevitable era favorable al antílope y mortal para el cazador.

Hendrick no tenia tiempo para buscar un sitio favorable para herir al animal, y estaba demasiado cerca para apuntarle cómodamente.

Apuntó al bulto; la bala no hizo mas que rozar al antílope y aumentar el furor de este, que con la cabeza baja y presentando los cuernos se precipitó sobre el jóven.

Un momento mas y el pobre Hendrick era atravesado por las cimitarras del blawbok, pero guiado por el instinto de conservacion soltó el cazador la carabina, se lanzó hácia el enfurecido cuadrúpedo, y cuando estuvo á un metro de sus amenazadores cuernos saltó con tanta elasticidad como un springbok y cayó pesadamente sobre la grupa del egocerus.

El animal flaqueó bajo el peso del cazador, que cayó al suelo; ágil como una gacela, se encontró Hendrick de pié en un abrir y cerrar de ojos, pero mas rápido que él le cargó el animal antes de que hubiera recobrado el equilibrio.

A encontrarse solo nuestro amigo hubiera perecido; pero en el instante en que el viejo blawbok se precipitaba hácia él cogió fuertemente el sabueso al animal por la garganta.

El peso del perro, paralizando la fuerza del antílope, amortiguó el golpe que recibió Hendrick. Toda la cólera del blawbok se dirigió contra el perro, que despidió hácia delante con los pies y que iba á rematar á cornadas, pero el cazador, no menos furioso que el antílope, no estaba de humor de ver matar á su perro favorito á su vista sin procurar salvarle, y lejos de pensar en huir, sacó su cuchillo de caza, se lanzó hácia el egocerus que le presentaba un costado, cogió con la mano izquierda la base de uno de los cuernos del animal y hundió la acerada hoja entre las costillas del viejo blawbok.

El cuchillo del jóven penetró hasta el corazon del antílope, y antes de que Hendrick abandonara el cuerno que cogió, caia el animal muerto á sus pies.

Calmada la agitacion producida por esta escena pensó Hendrick en Willem, que no habia ido á su encuentro. Empezaba á temer que el pobre muchacho estuviera herido gravemente y resolvió volverse inmediatamente, dejando al blawbok en medio del sendero; mas tarde volveria á buscarlo con los demás, pues lo que urgia en aquel momento era correr al sitio en que habia quedado Willem.

Se recordará que Hendrick, sorprendido por la lucha empeñada entre el perro y el antílope, habia soltado la brida del caballo antes de atarlo á un árbol; no habia huido, sin embargo, el pobre animal, y pronto estuvo el ginete en el camino que emprendió al perseguir al blawbok.

Una cosa inquietaba vivamente á Hendrick; mientras se batia con el antílope habia oido la detonacion del fusil de su primo y se preguntaba á qué podia

haber tirado Willem. ¿Habia sido á uno de los egocerus que corrian por la llanura, ó habia sido mas bien una señal de apuro? La ansiedad de nuestro amigo aumentaba con este pensamiento.

Cuando salia del bosque, el primer objeto que se ofreció á sus miradas fue el grueso Willem montado en la girafa, que acudia hácia él. Era la mejor prueba de que ni uno ni otro habian sufrido mucho con la caida.

Hendrick quiso asegurarse de ello al reunirse con su camarada; este no tenia ni un arañazo en tanto que él se encontraba con un brazo algo estropeado por los cuernos del blawbok; sin embargo, Willem estaba de un humor endemoniado, y Hendrick, á pesar de la gana de reir que le causaba el desastroso aspecto del desgraciado cazador, guardó una seriedad conveniente por respeto al amor propio de su amigo.

¿El arma de fuego cuya detonacion tanta inquietud le habia causado era el enorme fusil de Willem? Este último respondió sencillamente por un signo afirmativo é indicó con el dedo á Hendrick un animal estraño, tendido en la pradera y que segun toda apariencia acababa de morir hacia algunos minutos.

Hendrick se dirigió al sitio en que estaba el cuadrúpedo é inclinándose en la silla le miró con grande atencion.

Era efectivamente un animal singular, próximamente del tamaño de un gran podenco, pero de una forma completamente diferente; tenia esa depresion de los cuartos traseros que caracteriza á la hiena y algo del aspecto de este animal. Sin embargo, su hocico era mas afilado y puntiagudo, su lomo mas redondeado y sus miembros mas débiles que los de las hienas. Su piel, de un gris rojizo, señalaba con fajas negras y transversales aumentaba aun su parecido con estas, por lo menos con la *hiena rayada*.

No era una hiena, sino uno de esos animales que no perteneciendo á ninguna familia de la historia natural forman un eslabon que parece destinado á reunir muchas clases de animales. Estos productos estraños abundan principalmente en el Mediodia de Africa, donde se encuentran á la vez entre las aves y entre los cuadrúpedos; citaremos como ejemplos el hienoides, el hirax, el zerda, el fennec, el gnou, el secretario, etc. La mayor parte de estos estraños animales están representados por una sola especie y no se encuentran mas que en el Africa austral.

El animal que nuestro cazador tenia á sus pies era precisamente uno de esos enigmas zoológicos, cuyo sitio no han podido determinar aun de una manera satisfactoria los naturalistas; los unos han clasificado al *protele* entre los perros y los otros entre las hienas, y no ha faltado quien lo ha tomado por un zorro. Hay efectivamente en su estructura anatómica y en sus costumbres puntos de semejanza con todos estos animales, á los que no se aproxima de una manera bastante completa para que se le pueda colocar en una ú otra de sus familias; por este motivo se ha creado para él el género *protele*. El que nuestro cazador tenia delante era un animal de esta especie, un *protele Delalandii*, llamado así en honor del viajero Lalande, el primero que lo ha descrito.

Para Hendrick y Willem era sencillamente un *aard-wólf*, es decir, un lobo de tierra, nombre bajo el cual es conocido este animal por los habitantes de la colonia del Cabo y que ha recibido porque vive en una madriguera que socava con sus patas. Es comun en todo el Mediodia de Africa, aun en las partes habitadas de esta region, donde sin embargo es difícil encontrarlo por ser un animal nocturno que pasa el dia en su madriguera. Aunque casi nunca se le vé en pleno dia, sus depredaciones revelan su presencia á los boers, y el cultivador puede conocer perfectamente los destrozos que hace en sus ganados este ladron nocturno.

Los carneros de la parte meridional de Africa son de una raza particular, cuyo carácter distintivo es una gruesa cola formada por una masa de grasa que pesa frecuentemente muchas libras y que las cocineras de la colonia usan para guisar; justamente esta masa de grasa, que llega al suelo, es el bocado favorito del protele, cuyas mandíbulas, mas débiles que las de la hiena, prefieren las sustancias blandas. Con frecuencia encuentra el boers por las mañanas sus mas hermosos carneros desprovistos de su preciosa cola por la voracidad del *aard-wolf*.

No era la primera vez que Hendrick tenia ocasion de ver un protele; habia muerto muchos y si miraba aquel animal con tanta atencion era para ver por qué sitio habia entrado la bala.

—«¿De dónde venía? preguntó á su primo.

—«De su madriguera,» respondió Willem. Añadió que precisamente la boca de su escondite habia ocasionado la caida de la girafa, y que el animal habia salido asustado de su madriguera en el momento en que acababa de levantarse; que furioso contra el protele, que era la causa de su desgracia, le habia atravesado el cuerpo con una bala, lo que no hubiera hecho en otra circunstancia, porque segun él no valia aquel innoble animal una carga de pólvora.

Estas palabras esplicaban la detonacion del fusil de Willem.

Los dos jóvenes se dirigieron entonces hácia el sitio en que Hendrick habia dejado al viejo blawbok; su intencion era descuartizar el animal y llevarse la carne, y mientras estaban en esta operacion se les reunieron Hans y Arend, que habian seguido sus pasos.

Cada uno puso en la grupa de su caballo un cuarto y todos cuatro regresaron al vivac.

Jamás habian estado mas alegres y espansivos, escepto Willem, que no estaba de buen humor por dos motivos: la pérdida de su perro favorito y la derrota que habia sufrido su reputacion de sportman; tanto mas cuanto que si Hendrick tuvo la delicadeza de abstenerse de toda alusion á la caida del pobre jóven, Hans y Arend no fueron tan caritativos y embromaron á su desgraciado primo por la ridícula aventura que le habia detenido en su carrera.

CAPITULO XVIII.

FLECHAS ENVENENADAS.

Klaas y Jan, así que entraron en el vivac, desensillaron sus poneys y no volvieron á alejarse de los wagones.

No se crea, sin embargo, que se quedaron sin hacer nada; siempre habia algo que ocupaba su imaginacion y además estaba allí Facetanné: los dos niños profesaban una verdadera adoracion por aquel buen negro. No existia en toda el Africa un solo pájaro que el bushman no supiera coger en el nido ó con un lazo, y cuando los bueyes estaban encerrados en el kraal y por consecuencia en seguridad, enseñaba á los dos primos á fabricar infinidad de artimañas para apoderarse de toda clase de volátiles. Era siempre un placer nuevo para Klaas y Jan asistir á las operaciones del bushman, y jamás habian tenido los proyectos de este tanto interés para nuestros dos pajareros como el dia en que Hendrick y Willem cazaron el blawbok, cuya muerte hemos referido en el capítulo precedente. Esta vez era cuestion tambien de un pájaro, pero no de un habitante del aire sino de un animal terrestre: ya adivinareis que se trataba de un avestruz.

En efecto, el bushman habia resuelto apoderarse

de las plumas del viejo macho, que habia pasado la víspera por delante del naturalista y de cuyos huevos se habian apoderado el fennec y los boers.

¿Cómo conseguiria Facetanné apoderarse del avestruz? No habia esperanza de cogerlo vivo. Ya dijimos lo difícil que es apoderarse de este bípedo cuya velocidad es prodigiosa: no es posible alcanzarlo mas que con buenos caballos, siendo la persecucion larga y penosa.

No era este medio el que intentaba emplear el bushman para coger al avestruz; toda la ambicion del negro se limitaba á matar al macho para apoderarse de las plumas y la piel, á fin de cambiarlas á su regreso por los risdales (1) que le valiera el botin.

¿Qué medio, volvemos á preguntar, pensaba emplear el bushman? Pediria prestada la carabina de Hendrick ó el gran fusil de Willem? ¿Tenia la intencion de matar al avestruz con una bala? Nada de esto. Facetanné era el peor tirador que se pueda encontrar, y si con un arma de fuego era incapaz de acertar á un elefante mucho menos mataria con ella un pájaro. Pero si no sabia qué hacer con un fusil el bushman era en cambio un arquero de primer órden. Con su pequeño arco, que no tenia mas de un metro de longitud, podia lanzar una flecha con tanta seguridad como otros una bala de carabina, y herir mortalmente, lo mismo que el roer de Willem.

Hendrik cayó sobre la grupa del egoceras.

Al ver aquella asta tan ligera y aquel hierro dentado tan pequeño no se podia suponer que un arma tan débil fuera suficiente para derribar un animal del tamaño y la fuerza del avestruz, y sin embargo con aquella caña habia matado Facetanné mas de una girafa, tan peligrosa es la flecha del bushman.

No es la dimension ni la fuerza con qué puede ser lanzada con un arco tan débil lo que la hace tan peligrosa; hay otra cosa mas que la fuerza del arco ó el peso de la flecha para que esta arma sea tan mortífera; hay el veneno que se inocula por la herida, y las flechas del negro de los Von Bloom, como las de todos los verdaderos bushmanes, estaban emponzoñadas.

El uso que todos los salvajes de la tierra hacen del arco y las flechas, que en todos los paises afectan la misma forma, puede ser considerado como uno de los hechos mas curiosos de la historia de la raza humana. Esta arma universal se encuentra en pueblos completamente aislados del resto de los hombres; está construida segun los mismos principios

(1) El risdale ó rixdale vale en Holanda 22 reales próximamente.

y difiere únicamente por algunos detalles que tienen relacion con circunstancias locales. Se han visto tribus cuyos usos, costumbres, aficiones y carácter eran enteramente opuestos no tener de comun entre sí mas que este instrumento de destruccion.

¿El resultado de la misma necesidad ha producido por todas partes idéntico efecto? La existencia de esta arma primitiva en las naciones mas alejadas unas de otras es suficiente prueba de que todos los pueblos han tenido el mismo orígen ó que han comunicado entre sí en una época cuyo recuerdo se ha borrado?

Por mucho interés que pueda tener esta cuestion no es de este lugar y nos llevaria demasiado lejos.

Un hecho no menos curioso es la costumbre de envenenar las flechas; se encuentra tambien en pueblos de razas diferentes, diseminados por todos los puntos del globo, y en todos estos pueblos el uso y la preparacion de la materia venenosa son poco mas ó menos los mismos.

Añadiremos que esta costumbre pertenece á tribus alejadas de tal modo las unas de las otras que no es probable, ó por mejor decir es imposible que hayan podido comunicar jamás entre ellas. No podemos admitir que haya habido relaciones en ninguna época entre los chunchos del Amazonas y los bushmanes de Africa y menos aun entre estos y los pieles rojas de la América del Norte: sin embargo, en todos estos pueblos envenenan las flechas y se sirven para ello de sustancias completamente análogas. Todos emplean una mezcla de veneno vegetal y del flúido sutil que segregan las glándulas maxilares de las serpientes cuya mordedura es venenosa. El crótalo (1) y el mocason, así como muchas raices de diferentes especies suministran á los indios de la América del Norte los elementos del veneno para las flechas: los de la América del Sud emplean para el mismo uso, con el nombre de *wourali* ó de *curare* un jugo ponzoñoso mezclado con el veneno de diferentes serpientes, sea del coral (*echidna ocellata*), de la culebra de cascabel-diamante (*crótalus horridus*) de la víbora trigonocéfala (*trigonocephalus lanceolata*) ó de la serpiente de los matorrales (*lachesis rhombeata*). En el Mediodia de Africa obtienen los mismos efectos mezclando con el jugo de la raiz bulbosa de una amarilis el veneno de la víbora hinchada ó de muchas variedades de *najas*, que son las *cobras* de esta region.

Nuestro bushman era precisamente uno de los mas hábiles de su raza para preparar esta mortífera sustancia, y todas las veces que nuestros cazadores habian muerto una víbora hinchada ó cornuda, lo que ocurria con frecuencia, tenia cuidado Facetanné de abrir las glándulas colocadas detrás de los colmillos de estos reptiles y de estraer la gota de veneno que encierran, recogiéndola preciosamente en un frasquito. Llevaba tambien como ingrediente necesario para la composicion de su droga una especie de betun que sudan las rocas de diferentes cavernas, no para dar mas fuerza al veneno sino para espesarlo y hacerlo menos resbaladizo á fin de que pudiera adherirse al hierro de la flecha. Los indios de la América del Sud obtienen el mismo resultado empleando una goma vegetal.

No habia dificultad en procurarse el amarilis cuyo jugo era indispensable para la composicion de Facetanné, pues esta venenosa planta abundaba en las cercanías del campamento, pero el bushman no habia querido correr el riesgo de que le faltara en el momento preciso y desde los primeros dias de la espedicion habia arrancado muchas, guardándolas en uno de los cofres de la carreta de los Von Bloom, donde habia tambien otros muchos cachivaches cuyo uso solo él conocia.

(1) Serpiente de cascabel.

Klaas y Jan tuvieron la buena suerte de ver fabricar la droga que sirve á los bushman para envenenar sus flechas. Facetanné machacó una de las cebollas de amarilis, poniéndola en una pequeña vasija que colocó sobre el fuego donde empezó á hervir lentamente; tomó despues el frasquito que encerraba el precioso veneno de las serpientes y vertió el contenido en la vasija en que estaba la cebolla, agitando la mistura con un palito, y cuando estuvo de un color muy oscuro la probó como una salsa para conocer su fuerza.

Juzgad de la sorpresa de nuestros dos espectadores cuando vieron al bushman tragar impunemente algunas gotas de aquella horrible mezcla, de la cual era suficiente una dósis mas pequeña para matar á un elefante.

Hay que tener presente que no todos los venenos obran de la misma manera: una débil cantidad de arsénico introducida en el estómago causará la muerte del imprudente que la absorba, y sin el menor inconveniente podeis comer la cabeza de una serpiente de cascabel con las glándulas que segregan el veneno de este reptil.

Si por el contrario, penetrara en vuestras venas un átomo de este flúido venenoso aun cuando no uera mas que por la picadura de un alfiler, moriríais indudablemente, mientras el arsénico, así como otras muchas sustancias venenosas, seria en semejante ocasion completamente inofensivo.

Nuestro bushman sabia perfectamente que no habia en su droga mas que cosas que podia digerir; no era un veneno para el estómago y con tal de que no tuviera la mas insignificante cortadura en los labios podia probarlo sin peligro.

El betun fué el último ingrediente que puso en la vasija Facetanné, continuando agitando la mezcla durante algunos minutos, y cuando estuvo convenientemente espesa sacó nuestro bushman de un carcax cierto número de flechas, cuyo hierro mojó en el veneno; cuando se secó este tenia ya sus armas dispuestas para el uso que deseaba hacer de ellas.

CAPITULO XIX.

MANIOBRA DEL BUSHMAN PARA ATRAER AL AVESTRUZ MACHO.

Klaas y Jan se interesaban mucho menos en la composicion de la mezcla venenosa que en el uso de aquella droga mortífera; sabian que el bushman tenia intencion de ensayar aquel mismo dia el poder de sus flechas y estaban impacientes por verlo. Facetanné les habia prometido que asistirian á la caza del macho y aquella perspectiva les habia alegrado en estremo.

Era necesario esperar á que el sol fuera á ponerse á fin de dar tiempo á los avestruces para volver al nido, en cuyas cercanías debia tener lugar la escena.

Nuestros dos amigos engañaban su impaciencia hablando de la aventura prometida; ni uno ni otro dudaban del éxito y estaban seguros de que la envenenada flecha del bushman mataria al ave; ¿pero como conseguiria Facetanné acercarse lo bastante al avestruz para enviarle una flecha tan pequeña y tan delgada? Era para ellos un enigma. Aun habria luz cuando los tres bípedos volvieran á su nido y al ver los destrozos de aquella mañana emprenderian la fuga los pobres animales y se irian Dios sabe donde.

El bushman debia aprovechar el momento en que volvieran confiados, ignorando la desaparicion de sus huevos; ¿pero cómo ocultarse á la penetrante vista de los avestruces? ¿Cómo aproximarse á ellos á la distancia necesaria para que una flecha despedida

por el débil arco del hotentote pudiera herir á un avestruz?

¿Se proponia Facetanné colocarse en acecho y esperar el regreso de las aves? Era necesario entonces que se colocara cerca del nido, única manera de encontrar á los avestruces, puesto que no conocia la direccion que traerian. Parecia imposible poder ocultarse en aquella árida llanura, donde no se distinguia ni un matorral ni una piedra que pudiera cubrir á un gato en un radio de un kilómetro alrededor del desvastado nido. En cuanto á colocarse en un agujero del terreno para aguardar la llegada de las aves no habia que pensar en ello; es un medio que puede producir buenos resultados con un leon, un elefante ó un rinoceronte, pero que jamás engañará á un avestruz; á despecho de las apariencias de estupidez que tiene este animal, es á la vez prudente y astuto; distingue los menores accidentes del terreno que recorre y cuida de no aproximarse á su nido sin haber hecho antes un reconocimiento de los sitios que pudieran servir para los proyectos del bushman.

Pero tampoco pensaba en ocultarse en la llanura.

¿Qué medio, pues, queria emplear? Klaas y Jan no podian adivinarlo á pesar de su preocupacion y Facetanné, como todas las personas hábiles, no se ocupaba en divulgar sus proyectos; queria mejor revelarlos por sus actos que por sus palabras. Como los dos amigos eran cazadores y además muchachos bien educados no dirigieron preguntas indiscretas al bushman, contentándose con mirar en silencio todos los preparativos de este.

Entre estos preparativos habia principalmente uno que escitaba la curiosidad de los colegiales; Facetanné habia cogido el pequeño fennec, aquella especie de zorro de grandes orejas que habian matado los boers por la mañana y por medio de unos palitos lo habia colocado de tal modo que á muy poca distancia parecia un animal vivo.

Terminada esta operacion y notando el bushman que el sol estaba ya bastante bajo, se puso el fennec bajo el brazo y con su arco en la mano se dirigió hácia la llanura por donde debian llegar los avestruces.

Ya hemos dicho que los dos colegiales debian asistir á esta caza interesante, pero debian seguir desde lejos sus diversos incidentes; habia dos anteojos en los wagones y cuando Facetanné les prometió que serian espectadores de sus proezas habia pensado en ellos para que Klaas y Jan vieran todo lo que pasara en la llanura sin que tuvieran necesidad de acompañarle.

El bushman no podia llevarlos consigo; hubiera sido un medio seguro de hacer huir á los avestruces, cuya vista, como ya hemos dicho, es tan penetrante que descubren al cazador antes que este haya podido verlos.

Durante estos preparativos entraron en el vivac todos los cazadores, que interesándose en la empresa de Facetanné tanto como los colegiales, estaban tambien deseosos de conocer los detalles: como Klaas y Jan no quisieron abandonar los pequeños telescopios de que se habian apoderado se decidió que subieran á un árbol desde donde irian diciendo todo lo que vieran en la llanura. De esta manera, los que quedaran debajo gozarian del espectáculo por una especie de *segunda vista*, segun la espresion de Arend.

Klaas y Jan, subidos á una acacia y colocándose en medio de las ramas, prepararon los dos anteojos.

Desde aquel punto elevado, no solamente descubrian el nido de los avestruces sino que sus miradas abrazaban la llanura en una estension considerable y les era fácil ver todas las operaciones del bushman y las aves.

Se recordará que alrededor del nido de los avestruces y en un radio de mas de quinientos metros no habia ni una mata, detrás de la cual pudiera un gato disimular su presencia y que á escepcion de algunos gruesos guijarros la arenosa llanura estaba unida como un espejo.

Nuestros cazadores lo habian ya notado, y principalmente Hendrick y Willem, que habian tenido en un principio la intencion de ponerse en acecho para esperar á los avestruces y que abandonaron aquel proyecto por ser imposible ocultarse de la vista de aquellas vigilantes aves en una llanura descubierta.

Sin embargo, en la circunferencia del círculo, cuyo diámetro hemos indicado, habia una mata que podia en rigor servir de escondite á un hombre. Hendrick y Willem habian visto aquella mata, pero estaba tan lejos del nido que consideraron inútil ocultarse allí; ¡quinientos metros de distancia! tanto valia decir cinco kilómetros. Aun si hubiera estado sobre la pista de los avestruces, en la direccion que tomaron por la mañana y que era probable que siguieran al volver, se hubieran escondido con la esperanza de poder enviarles una bala al paso; pero se encontraba precisamente al lado opuesto, es decir, entre el vivac y el nido, por lo que Hendrick y Willem renunciaron á la empresa.

En aquella mata fundaba por el contrario toda su esperanza el hotentote, y hácia aquel lado se dirigió lo mas velozmente posible.

¿Queria ocultarse detrás de la mata para esperar á los avestruces? Tal parecia ser su intencion.

¿Pero para qué podrian servirle sus flechas, por envenenadas que estuvieran, á una distancia de quinientos metros?

Las palabras de los dos colegiales, que desde su observatorio no perdian uno solo de los movimientos del viejo negro, contestarán por nosotros.

«Facetanné acaba de llegar á la mata, gritó Jan desde lo alto de la acacia; deja su arco y sus flechas en el suelo. Ahora se aleja y se dirige al nido de los avestruces con el fennec bajo el brazo, se detiene; está á la mitad del camino... no, está mas cerca de la mata que del nido de los pájaros....

—Ya lo creo, interrumpió Klaas, todo lo mas está á veinte pasos de la mata.

—Poco importa la distancia; ¿qué está haciendo? preguntó Hendrick, parece que está agachado.

—Ciertamente, respondió Klaas; ha puesto el fennec en la llanura; el animalillo se mantiene derecho y parece que está vivo.

—Tiene razon Facetanné, replicó el naturalista; ahora conozco el medio que quiere emplear para atraer hácia él los avestruces.

—¡Yo tambien! ¡yo tambien! esclamaron á la vez Hendrick y Willem.

—Ahora, continuó Klaas, continúa dirigiéndose hácia el nido de los avestruces; llega y dá una vuelta alrededor; de cuando en cuando se baja y empuja alguna cosa con el pié, pero no conozco lo que es.

—Me parece, respondió Jan, que cubre las cáscaras de huevo que hemos dejado alrededor del nido.

—Tienes razon, dijo Klaas, ¡eso es! ha cogido uno de los huevos que han quedado en el nido y me parece que lo tiene en la mano.»

Se recordará que los jóvenes boers no se habian llevado mas huevos que los que estaban sin empollar, sin tocar á los otros, á escepcion de dos ó tres que habian roto para ver si aun se podian comer.

«Ya vuelve Facetanné, esclamó Jan; lleva en la mano el huevo que ha cogido. Si no me engaño, Klaas, lo pone en el suelo precisamente debajo del hocico del fennec.

—¡Ah! esclamaron todos, ¡qué astuto es nuestro viejo bushman!

—Ya está otra vez en la mata, continuó Jan, y se encoje detrás de ella.

Despues de esperar algunos instantes, interrogó Hendrick al vigía para saber lo que se veia; Klaas y Jan respondieron que Facetanné seguia en cuclillas y completamente inmóvil.

Todo el secreto de las maniobras del bushman estaba basado en un hecho de historia natural que habia observado hacia mucho tiempo; conocia la antipatía que el fennec *ovívoro* (1) inspira al avestruz *ovíparo* (2), y sabia por esperiencia que es tan profundo el odio del ave hácia el pequeño merodeador que así que el avestruz distingue un fennec se dirije hácia él inmediatamente para romperle los riñones. En este caso es inútil que el pequeño cuadrúpedo intente huir; por rápida que sea su carrera no tiene mas probabilidad de salvacion que meterse en un agujero, esconderse en un matorral ó deslizarse por una hendidura de una roca que no pueda invadir su enemigo, pues de otro modo es suficiente una patada del bípedo para poner fin á sus rapiñas.

Por esta causa habia llevado el bushman el fennec y lo habia colocado en evidencia; era imposible que los avestruces no le vieran y corrieran hácia él, con tanto mas apresuramiento cuanto que al ver la desvastacion de su nido tomarian al fennec por el autor del desastre.

—«¡Ya vienen los avestruces! esclamó Jan despues de un largo silencio.

—¿Por dónde los ves? le preguntó Klaas, cuya vista no era tan buena.

—Por el lado opuesto al nido, muy lejos, muy lejos, respondió Jan.

—Es verdad, dijo Klaas; vuelven por el mismo camino que emprendieron esta mañana. Veo tres, un macho y dos hembras; indudablemente son los mismos de ayer.

—Se aproximan, esclamó Jan; ya llegan al nido... ¿Pero qué es lo que hacen? los ves correr en círculo como locos? Agitan la cabeza como un caballo y patean la arena.

—Creo, Dios me perdone, que rompen sus huevos, respondió Klaas.

—No tiene la menor duda, respondió el naturalista; los avestruces rompen siempre sus huevos cuando al llegar se aperciben de que los ha tocado un hombre ó un animal.»

Hendrick y Willem confirmaron estas palabras.

»Han abandonado el nido y marchan en línea recta hácia el sitio en que está oculto Facetanné, esclamó Jan. ¡Dios mio! ¡cómo corren! ¡Ah! ya han derribado de una patada el fennec! ¡qué enfurecidos están! ¡Le picotean y le cocean! ¡Qué divertido es verlos!

—¿Pero qué hace ese viejo Facetanné? Ya están los avestruces al alcance de sus flechas.

—Paciencia, respondió Klaas; ya se mueve, prepara su arco...

—Ha soltado una flecha; los avestruces huyen y esta vez no volverán mas.»

El pequeño Jan estaba en un error; si bien es cierto que los avestruces, al oir vibrar la cuerda del arco, habian escapado inmediatamente, apenas habian franqueado 400 metros dejó caer el macho sus alas y se puso á correr describiendo círculos que seguian las hembras; sus movimientos eran estraños y no quedó duda de que estaba bajo la influencia del veneno de Facetanné: el pobre animal vaciló como un hombre embriagado, se arrodilló dos ó tres veces, se levantó, dió algunos pasos corriendo, batió las alas, agitó su largo cuello de derecha á izquierda, cayó y quedó estendido en la arena.

(1) Que se alimenta de huevos.
(2) Que pone huevos.

Continuó durante algunos minutos lanzando vigorosas coces que levantaban la arena, como hubiera hecho un búfalo; despues perdieron sus músculos el vigor, sus convulsiones terminaron y su cadáver quedó sin movimiento en el mismo sitio en que habia caido.

Las dos hembras no se alejaron del macho, demostrando tanto espanto como sorpresa; no pensaron en huir hasta que vieron al bushman que salia de su escondite y se dirigia hácia ellas; así que notaron su presencia huyeron velozmente y no tardaron en desaparecer.

Klaas y Jan dijeron entonces que el bushman estaba inclinado sobre el macho y que probablemente se ocupaba en despojarlo.

En efecto, al cabo de una hora regresó Facetanné al vivac, llevando sobre sus hombros los despojos del avestruz y pasó con aire de triunfo por delante del zoulou como queriendo decirle:

«¿Cuándo podrás tú hacer otro tanto, pobre Congo?

CAPITULO XX.

PERSECUCION DE UN GNOU RAYADO.

Nuestros cazadores resolvieron pasar todavía dos dias, por lo menos, cerca de la fuente de los Mokhalas, á fin de esperar á que la escelente carne del blawbok se convirtiera en biltong. No sabian si encontrarian caza durante las cinco ó seis jornadas siguientes y aquella carne seca podia serles de grande utilidad.

El camino que iban á emprender era completamente desconocido aun para el zoulou, que no tenia mas que nociones muy generales respecto de aquella comarca. Se dirigian hácia el Molopo, cuya posicion y orillas conocia perfectamente su guia, pero jamás habia recorrido el territorio que los separaba de aquel rio é ignoraba totalmente si el pais era abundante de caza ó desprovisto de animales.

Facetanné sabia aun menos, si era posible, respecto de aquel particular, por lo muy alejados que estaban del pais de los bushmanes. Se encontraban entonces en una region habitada por miserables tribus de la gran familia de los bechuanas y jamás se habia alejado tanto de su pais Facetanné.

Por este motivo decidió Hans, el de mas edad y sobre todo el mas razonable de la banda, que no se pondrian en camino hasta despues de haber secado convenientemente toda la carne del blawbock. Esta provision, unida á las que les quedaba de los dos oryx, les daba la seguridad de no carecer de carne, aun suponiendo que el pais que iban á recorrer no tuviera caza alguna. Era asunto de 24 horas, tiempo suficiente para que el sol secara la carne, pudiendo emprender el viaje sin temor.

La carne del blawbok y del oryx, que pendia en rojos festones de las ramas de las acacias, tomó un color oscuro, se endureció y estuvo en las condiciones apetecidas para guardarla durante cinco ó seis semanas.

Nuestros jóvenes boers no tenian necesidad de quedarse todo el dia en el campamento; el biltong no exigia gran vigilancia; estaba suspendido muy alto para que hubiera nada que temer durante la noche de los chacales y las hienas y por el dia era suficiente la presencia de Congo y Facetanné para alejar las aves de rapiña.

Despues de decidir quedarse dos dias, montaron á caballo los jóvenes cazadores y se dirigieron los seis hacia la pradera en la que habian cazado el blawbok y donde esperaban encontrar egocerus ó cualquiera otra especie de antílope.

No quedaron defraudadas sus esperanzas; apenas llegaron á la pradera distinguieron muchos animales de tres especies diferentes. A una gran distancia se

veia un rebaño considerable de pequeños antílopes, cuyos cuernos en forma de lira y cuyo color amarillento oscuro demostraban que eran springboks (1); á la primera ojeada se les conocia. A cada minuto saltaba uno de los individuos del rebaño como impulsado por un resorte y desplegaba aquella parte de la piel que forma una bolsa en la grupa del antílope saltador, dejando ver los largos pelos blancos de que está forrado aquella especie de saco.

Próximos á los springboks y mezclándose algunas veces con ellos habia muchos animales de mayor tamaño, que era imposible desconocer por su aspecto particular. Pertenecian á la especie llamada por los naturalistas *cebra de Burchell* (*equus Burchellii*), y que se designa vulgarmente con el nombre de *dawn*. Es fácil distinguir esta especie de la verdadera cebra. El fondo de la piel del dawn parece del color de la tierra de Siena y las rayas que la surcan son oscuras, mientras en la cebra el fondo es casi blanco y las rayas de un hermoso negro. Pero lo que principalmente caracteriza las dos especies es que las rayas de la cebra forman anillos alrededor de las piernas y descienden hasta el pie, mientras el dawn tiene blancas las piernas; la cola y las orejas de la cebra se parecen

El Dawn.

á las del asno; la cola del dawn es mucho mayor y el cuerpo mas alargado.

Ambos son admirables y quizás no hay en toda la creacion cuadrúpedos mas hermosos, á no ser un buen caballo; bajo este aspecto es superior la cebra al dawn.

Las costumbres de estas dos especies son mas diferentes aun que el color y la disposicion de la piel. La cebra es un animal de las montañas y el dawn se encuentra esclusivamente en las llanuras descubiertas, en los mismos parajes que el couagga. Aunque no se reune nunca con este último, se le parece mucho mas que á la cebra en la manera de vivir; los boers, admirados de esta semejanza le designan con el nombre de couagga pintado ó rayado.

En cuanto á la tercera especie de animales que vagaban por la pradera, era tan notable por su estraña forma y por la singularidad de sus movimientos que era imposible no reconocerla desde el primer momento. Nuestros cazadores no habian tenido jamás ocasion de verle, pero conocian el *gnou*, que escepto en el color y algunas pequeñas diferencias de detalle se parece mucho á los animales de que hablamos; estos no eran, efectivamente, otra cosa que los *gnous rayados* ó *blaun wildebeest* de los colonos del Cabo.

El gnou rayado es mayor y mas grueso que los de la especie ordinaria; sus formas son mas pesadas y su cabeza y su cuello mal dibujados; el cuello es recto y no se redondèa como en la especie comun; su crin y su barba son mas espesas, así como el mechon de pelos que tiene sobre la testera; su color, completamente diferente del que tiene el gnou comun, es de un tono azulado y sucio, pintado de fajas irregulares, por lo cual se le llama gnou azul ó rayado.

Jamás se encuentran las dos especies de gnous en las mismas llanuras; el rayado habita mas el Norte; es raro encontrarlo solo en las praderas que frecuenta y generalmente acompaña al dawn. Lo mas singular es que se vé casi siempre á la especie comun en sociedad con el couagga, y mientras no se reunan entre sí, se mezclan con frecuencia las dos especies con los springboks, los hartebeests y los avestruces. Es un espectáculo curioso y lleno de interés ver un

(1) Antílopes saltadores.

rebaño de gnous, de antílopes y de asnos salvajes galopar en la llanura, describir anchas órbitas, encabritarse y saltar, formarse en línea y precipitarse como un regimiento de caballería que da una carga, mientras los avestruces, deteniéndose á poca distancia ó marchando con paso grave, dominan á los cuadrúpedos por su gran estatura y parecen ser los generales que mandan las maniobras. Este curioso cuadro se presenta con frecuencia en las estepas del mediodía de Africa, conocidas con el nombre de *Karrous*.

Así que entraron en la pradera detuvieron los cazadores sus caballos, fijando durante algunos instantes sus miradas en la animada escena que se presentaba á su vista. Los springboks pastaban tranquilamente, aun cuando habia constantemente en sus numerosos rebaños muchos individuos que se ponian á saltar como bajo la influencia de una estremada alegría. Los dauns vagaban por todas partes, galopando repentinamente para detenerse mas lejos, sea que quisieran jugar ó que les alarmara alguna cosa. Las hembras de los gnous pacian reunidas en número de treinta ó cuarenta, mientras los machos las rodeaban en grupos de tres ó cuatro individuos, sin moverse y vigilándolas con solicitud. De vez en cuando daban un resoplido, gruñian fuertemente y arrojaban un grito agudo y de un género particular, como para advertir á los otros y trasmitirles sus órdenes. Los machos suelen estar horas enteras formando así pequeños conciliábulos, velando por la seguridad de los antílopes y de los dauns, del mismo modo que por los individuos de su familia.

Los cazadores, despues de haber deliberado durante algunos minutos, decidieron dirigirse hácia los gnous. Creian poder cansar alguno de aquellos animales ó aproximarse lo bastante para tirarles. Como no se trataba mas que de perseguirlos á la casualidad para procurar alcanzarlos, era inutil toda maniobra estratégica. Se convino en no perseguir á los animales que se encontraban en la pradera; los daws, á pesar de su belleza, no tienen valor alguno como caza, y lo que necesitaban los boers era carne. Bajo este aspecto les interesaban poco los springboks; lo que deseaban era comer una tajada de gnou, cuya carne se parece mucho á la del buey; el gnou pertenece mas bien á la raza bovina que á la familia de los antílopes.

«¡Un rosbif para cenar!» Tal fue el grito de guerra que lanzó Hendrick, y repitiéndolo con entusiasmo los demás cazadores se precipitaron todos hácia los wildebeests.

No intentaron ocultarse y corrieron en línea recta, llevando los sabuesos por delante, reducido el número de cinco por la muerte del favorito de Willem y guiados por el de Hendrick, mas ardiente y vigoroso que nunca.

En el instante en que partieron los cazadores huyeron todos los animales que habia en la pradera, obedeciendo cada uno á las costumbres que carecterizan su especie; los dauns se reunieron y corrieron en línea recta, los springboks se dispersaron en todas direcciones, mientras los gnous, despues de reunirse en tropa irregular, siguieron en un principio una línea recta y separándose despues algunos de la banda, se dirigió la mitad por la derecha y la otra mitad por la izquierda y describiendo un círculo fueron á colocarse á retaguardia de los cazadores.

Algunos minutos habian sido suficientes para que la llanura cambiara completamente de aspecto; los dauns y los springboks habian desparecido ya, y unicamente quedaban los gnous en la pradera. Se les veia por todas partes, corriendo delante de los perros, huyendo á 200 metros de los caballos, dando repentinamente la vuelta y cargando con impetuosidad. Sus ojos pequeños y feroces, sus cuernos agudos y encorvados, su espesa crin, los pelos negros que caian sobre su cara, les daban un aspecto amenazador y revelaban un enemigo cuyo ataque es peligroso.

El gnou herido es temible hasta para el ginete que le persigue, y seria muy difícil para el que le cazará á pie escapar de su furor.

Uno de los rasgos mas singulares que observaron nuestros amigos fue que los machos, en vez de huir como el resto del rebaño, no solamente se volvian contra los perros y los cazadores sino que entablaban tambien combates entre sí; los dos combatientes parecian luchar con increible encarnizamiento; se precipitaban con furia uno contra otro, se arrodillaban en la yerba y se golpeaban con la cabeza con tal fuerza que el duro hueso que protege su cabeza como un casco, sonaba ruidosamente con los golpes.

Sin embargo, á pesar del ardor con que parecian combatir, los duelistas se separaban siempre antes de la llegada de los boers, y aun cuando huian negligentemente era tan difícil enviarles una bala que sin los perros hubieran regresado nuestros cazadores al campamento con las manos vacías.

Los perros se habian reunido y en poco tiempo separaron de los demás un hermoso macho, que persiguieron con toda la velocidad de sus jarretes de acero. Hendrick y Villem espolearon sus caballos y galoparon siguiendo los perros, y seguidos á su vez por el resto de la banda, que se escalonaba á retaguardia.

No habia recorrido el animal perseguido tres kilómetros cuando, sintiendo flaquear sus ligeras piernas, se volvió repentinamente y arremetiendo á sus perseguidores lanzó á lo lejos á los dos primeros que alcanzó con sus cuernos.

Es probable que se hubiera librado igualmente de los tres sabuesos que quedaban, pero asustado á la vista de los cazadores que se aproximaban, huyó de nuevo velozmente hácia un bosque bajo que se veia á mas de kilómetro y medio. Siempre delante de los perros, conservó la ventaja bastante tiempo, pero á 100 metros del tallar que deseaba ganar le faltó la respiracion, sintió las dentelladas de los sabuesos y en su desesperacion se volvió segunda vez para hacer frente á sus antagonistas.

Los perros se precipitaron sobre el desgraciado gnou, que durante algunos minutos consiguió tenerlos á distancia, pero cogido por la garganta por uno de los sabuesos mientras los otros cuatro le desgarraban la grupa ó se le colgaban de los costados, iba á ser derribado cuando Hendrick y Willem terminaron su agonía, enviándole dos balas que le atravesaron el pecho.

CAPITULO XXI.

UN RINOCERONTE.

Hans y Arend habian seguido la caza y llegaron á tiempo para asistir á la muerte del animal. Klaas y Jan, que habian podido seguir desde lejos todas las peripecias del drama, espolearon sus caballitos y se reunieron con sus hermanos algunos minutos despues.

Desmontaron los seis cazadores para que descansaran los caballos mientras desollaban al gnou.

Generalmente era Arend el que se encargaba de guisar; Hendrick y Willem desempeñaban las funciones de carniceros, desollando los animales y cortando la carne, mientras Hans podia ser nombrado con justicia frutero de la comunidad, pues sus conocimientos en botánica le permitian surtir la mesa de los cazadores de una infinidad de tubérculos, raices y legumbres que crecen en estado salvaje en las llanuras del Africa austral.

Hendrick y Willem desollaron el animal con tanta actividad como destreza y mientras tanto preparaban Hans y Arend la cabeza y los cuernos para que pudieran conservarse; el deseo de unir aquel nuevo trofeo á los que adornaban ya las grandes salas de los Von-Bloon y de los Van Wyk escitó el celo de nuestros ca-

zadores tanto como la necesidad de procurarse carne. No es difícil, para los habitantes de Graaf Reinet, adquirir los cuernos de un gnou ordinario, pero los del gnou rayado son mas raros y preciosos en razon á que habita una region mas apartada en el interior de Africa.

Klaas y Jan servian de ayudantes á los cuatro operadores, alargando un cuchillo á este, prestando el concurso de sus pequeñas manos á aquel para sostener uno de los miembros del animal, y sabiendo como siempre hacerse útiles á los demás.

Completamente absorbidos los seis por su trabajo no volvian la vista una sola vez, cuando un sonido estraño que llegó á sus oidos les hizo estremecer y levantarse precipitadamente. Era una especie de ronquido, seguido de un resoplido fuerte, algo parecido al gruñido del cerdo pero mucho mas fuerte; oian al mismo tiempo romperse las ramas y parecia que alguno se entretenia en partirlas.

A pesar de todo su valor temblaron los seis cazadores, aumentando su emocion el objeto que se ofreció á su vista á poco tiempo. Ciertamente se hubieran alarmado tambien individuos de un valor mas esperimentado que nuestros jóvenes cazadores.

Rompiendo todo lo que se encontraba á su paso salió del tallar un enorme cuadrúpedo. En el gran cuerno recto que llevaba sobre la nariz, en su pesada masa y sus miembros toscos y vigorosos era imposible no conocer un rinoceronte en el animal que llegaba.

Existen en Africa cuatro especies diferentes de estos monstruosos cuadrúpedos, pero el que tan repentinamente aparecia no podia equivocarse con los otros por su color oscuro y el doble cuerno que tenia en medio de la cara: era un rinoceronte negro, que los indígenas llaman *borelé*, y que es el mas feroz y el mas peligroso de los cuatro.

En el momento en que los cazadores volvian la vista al bosquecillo salia el animal de los matorrales y emprendiendo un rápido galope se dirigia hácia nuestros amigos; llevaba la cabeza levantada, las orejas en movimiento y su pequeña é insolente cola se agitaba con aire de suficiencia. La malignidad brillaba en sus ojos negros, su brutal fisonomía anunciaba la cólera, y el espanto que inspiraba su vista se aumentaba por sus gritos y el sonoro resoplido que se escapaba de sus inflamadas narices.

Los boërs comprendieron inmediatamente que se dirigia hácia ellos con la intencion de atacarles; sabian además que el rinoceronte negro se precipita sobre todo lo que encuentra sin ser provocado, sea un hombre, un cuadrúpedo, un árbol ó un pájaro.

Inútil es decir que nuestros boers se encontraban en una posicion peligrosa; se comprende todo el peligro que hay en estar á pié en medio de una pradera y á 100 metros apenas de un rinoceronte negro que se acerca á toda velocidad.

Por fortuna no habian desensillado los caballos y los ginetes habian tenido la precaucion de atar las bridas de manera que pudieran desatarse inmediatamente, ó por mejor decir no habia necesidad de desatarlas; las ramas escogidas para impedir que los animales se alejaran ofrecian bastante resistencia para retener un caballo pacífico durante algun tiempo y debian, sin embargo, romperse con facilidad al primer esfuerzo de los cazadores en el caso en que quisieran montar apresuradamente. Esta precaucion habia sido recomendada á nuestros amigos por sus padres, y nunca les fué mas útil.

Como puede suponerse el gnou fue abandonado inmediatamente que vieron al rinoceronte: los seis cazadores, lanzando gritos de espanto, soltaron todo lo que tenian en la mano, corrieron á sus caballos, rompieron las ramas que los retenian y de un salto se encontraron en las sillas. No emplearon diez segundos en ejecutar esta maniobra y sin embargo el rinoceronte estaba ya tan cerca de ellos que los caballos dieron una espantosa huida al partir; algunos de los boers estuvieron á punto de ser despedidos por la violencia del movimiento, lo que hubiera sido muy grave en aquella ocasion.

Conservaron, sin embargo, los estribos y huyeron á toda brida por la pradera, persiguiéndoles el rinocerente que gruñia con furor.

Seguros ya de escapar de aquel odioso animal, se sentian nuestros boers dispuestos á reirse de la aventura; los de mas edad de la banda sabian que el rinoceronte, á pesar de toda su velocidad, es menos rápido que un buen caballo y nuestros cazadores podian contar con los suyos. Hendrick y Willem, principalmente, que habian distanciado en un instante al borelé, volvieron la cabeza con intencion de gozar del cuadro que debia presentar aquella desenfrenada carrera, pero una ojeada fue suficiente para disipar su buen humor y adquirir la mas viva inquietud.

Los seis ginetes formaban tres parejas, escalonadas de distancia en distancia; como ya hemos dicho, Hendrick y Willem habian puesto entre ellos y el rinoceronte un espacio que podia tranquilizarlos; Hans y Arend tampoco tenian nada que temer, pero Klaas y Jan estaban muy retrasados y el rinoceronte estaba á 30 metros de ellos, todo lo mas.

Una idea terrible atravesó en aquel momento por la imaginacion de los cuatro cazadores; si un escelente caballo puede ganar al rinocerente en velocidad, un poney no tiene la misma ventaja, y si el borelé alcanzaba á los dos colegiales, lo que no le era difícil, la muerte de los dos pobres niños era casi segura: el enfurecido animal destrozaria sus caballitos, les atravesaria de una cornada y se cebaria en los pequeños ginetes, estropeados ya por la violencia de la caida.

Todo confirmaba esta alarmante prevision; la distancia que separaba á los dos niños del rinoceronte disminuia poco á poco; ¡la fiera avanzaba siempre y ganaba terreno!

Pero en aquel instante de horrible angustia para los cuatro cazadores, tuvo Hendrick una inspiracion luminosa, ejecutando una de las maniobras mas hábiles de todas las que fueron concebidas en aquellas memorables vacaciones; dió media vuelta repentinamente, é invitando á Willem á imitarle, corrió al encuentro del rinoceronte negro.

Willem obedeció instintivamente las palabras que le gritó Hendrick y emprendiendo por la izquierda mientras aquel lo hacía por la derecha, se detuvieron al cabo de algunos segundos y montaron sus carabinas; Hans y Arend pasaron entre ellos á toda velocidad y despues Klaas y Jan, seguidos de cerca por el rinoceronte.

Hendrick y Willem, apuntando al hombro de la fiera le tiraron al paso y siguiéndola á su vez cargaron sus armas.

Aun cuando no se habia perdido ninguna de las dos balas, el rinoceronte continuó persiguiendo á los dos poneys, pero su carrera era mas lenta y la sangre corria abundantemente por las dos heridas que habia recibido; sin embargo, tambien empezaban á flaquear los poneys y es difícil saber lo que hubiera acontecido si Hans y Arend, imitando la maniobra de Willem y Hendrick, no hubieran enviado otras dos balas á la cabeza del rinoceronte.

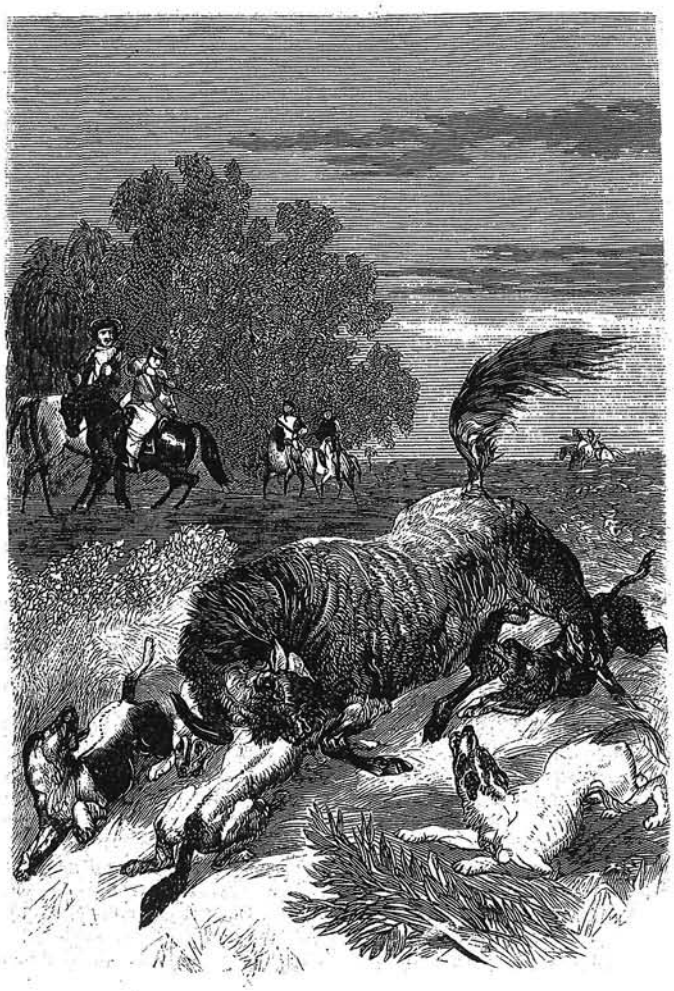
Herido de nuevo, aunque no mortalmente, abandonó el animal los dos poneys para precipitarse rabiosamente sobre el adversario que tenia mas próximo.

Los ginetes, que daban el frente al enfurecido animal, podian entonces escapar fácilmente desviándose, pues el rinoceronte marcha siempre derecho.

Durante mas de un cuarto de hora se sostuvo la lucha con el mismo encarnizamiento de una y otra parte; los boers tiraban y cargaban sus armas con toda la velocidad que les permitian las circunstancias y el rinoceronte continuaba precipitándose hácia sus antogonistas con la misma furia. Por ultimo, una bala de Willem penetró profundamente en el cráneo de la enorme bestia, que cayó esta vez para no volverse á levantar.

Ruidosas aclamaciones proclamaron la victoria y los seis cazadores desmontaron y se aproximaron al rinoceronte que estaba sobre la yerba sin movimiento y sin vida.

Willem corrió al campamento á buscar un hacha para cortar el cuerno anterior del animal, y aquel glorioso trofeo fué á reunirse con todos los que se habian recogido desde el principio de la espedicion.



Los perros se precipitaron sobre el desgraciado gnou.

Los cuartos del gnou fueron tambien atados á la grupa de los caballos y transportados al vivac.

CAPITULO XXII.

EL AZMUERZO INTERRUMPIDO.

Los boers se levantaron muy tarde al dia siguiente; debian partir al otro y lejos de tener proyectos de caza quisieron por el contrario dejar descansar á sus caballos.

Se levantaron, pues, mas tarde que de costumbre, y prepararon para su desayuno la lengua del gnou, añadiendo el café y pan que habian llevado de Graaf-Reinet.

Verdad es que su pan estaba algo duro, pero aun cuando les hubiera faltado les hubiera sido poco sensible esta privacion.

Hay en el Mediodia de Africa infinidad de gente para quien el pan es un lujo casi desconocido; la mayor parte de los naturales no lo han probado nunca y millares de colonos que habitan en las fronteras de la provincia del Cabo viven perfectamente sin comerlo.

Los habitantes del Africa meridional, boers é indígenas, se dedican principalmente á la vida pastoral sin ocuparse del cultivo de la tierra, empleando todo su tiempo con sus rebaños de bueyes, caballos, cabras y carneros de colas gruesas. Sin embargo, los colonos ricos siembran algunos acres de tierra de *maiz cafre*, que es una variedad del comun, y hacen para su uso particular una pequeña recoleccion de alfor-

fon; cultivan igualmente muchas especies de legumbres, melones, cohombros y calabazas; tienen tambien la viña y poseen grandes huertos que les proporcionan muchas frutas; peras, manzanas, abridores, granadas y membrillos.

Entre las clases pobres, principalmente en la frontera, apenas se conocen todos estos productos, y los kraals para el ganado son los únicos cercados que se existen en las propiedades de los ganaderos. Es muy raro encontrar pan en las casas de los habitantes de esta region, cuyo alimento cuotidiano es el biltong, el buey ó el carnero frescos, guisados de diferentes maneras que no son de desdeñar.

En muchas comarcas, el principal alimento de los pastores lo constituye la caza (hablo de los distritos en que ésta no ha sido destruida), y en los parages de la provincia del Cabo donde son abundantes los gnous y los springboks se ven montones de cuernos de estos animales alrededor de los kraals de cada granja.

La carne del gnou, como ya hemos dicho en una de las páginas precedentes, se parece mucho mas á la del buey que á la del antílope, y cuando está asada con su grasa ó con la escelente de las enormes colas de carnero de que hemos hablado, es verdaderamente deliciosa.

Los boers cazan tambien, para procurarse carne, el couagga, que es muy comun en esta region, pero la carne de este animal es dura y aceitosa, y no la comen más que los hotentotes que hacen el servicio de criados.

Como nuestros jóvenes amigos pertenecian á familias ricas tenian la costumbre de comer pan, pero no hubieran sufrido nada por verse obligados á privarse de él; habian llevado muchos sacos de galleta y á la mañana siguiente del combate con el rinoceronte comian con buen apetito su pan duro y un pedazo de lengua para saborear despues una taza de café.

Los seis estaban de escelente humor y hablaban de la aventura de la víspera, que pasado el peligro les parecia muy divertida.

Almorzaban con calma, como personas á quienes nada apremia, pues tenian la intencion de quedarse descansando hasta la tarde; todo lo mas que pensaban hacer eran algunas composturas en las bridas y las sillas para estar dispuestos á atravesar la parte del desierto que les quedaba por recorrer.

Estaban á la mitad del desayuno cuando Congo, que hacia algunos instantes rondaba por la linde de los mokhalas, se les reunió apresuradamente diciendo que se veian en la llanura cierto número de avestruces.

Nuestros cazadores, y principalmente Klaas y Jan, acogieron aquella noticia lanzando gritos de alegria; un cambio brusco se operó en su manera de comer; las mandíbulas trabajaron con rapidez, los pedazos de lengua desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, el café se tragó apresuradamente y la última mitad del almuerzo fue despachado en la décima parte de tiempo que la primera.

Ocho minutos despues de la llegada de Congo, estaba concluido el almuerzo, ensillados los caballos y montados los ginetes. ¡Quién pensaba ya en que descansaran los caballos! La marcha del dia siguiente fue olvidada y una sola cosa absorbía todos los ánimos; cazar avestruces y tomar la revancha de la decepcion que habian sufrido algunos dias antes.

¿Pero dónde estaba Facetanné para tomar parte en la espedicion y dar su consejo? Todos los cazadores reconocian que el bushman sabia respecto de avestruces mas que ninguno de ellos, sin esceptuar á Congo. No tenia esto nada de particular, pues los cafres forman un pueblo pastor que posee un enorme número de animales, y si bien el zoulou conocia la manera de matar leones, leopardos, hienas y todos los grandes carnívoros de aquella parte de Africa, no era tan hábil en el arte de apoderarse de otros animales menos temibles, cuya importancia es muy secundaria para los que tienen grandes rebaños.

Los bushmanes no tienen ganados, á no ser los que roban á los griquas (1) y á los boers nómadas ganados que no conservan y que matan para alimentarse asi que llegan á sus casas. La ausencia de animales domésticos, unida á la necesidad de comer carne, obliga á los bushmanes á usar todos los recursos de su imaginacion para procurarse *caza*, en cuya palabra comprende aquel pueblo errante todos los animales de la creacion, desde la oruga y la langosta hasta la girafa y el elefante.

Resulta de esto que los que llevan semejante género de vida concluyen por adquirir un conocimiento perfecto de los animales salvajes que pueblan aquella region, de sus costumbres, de los terrenos que habitan y de los medios para matarlos ó cogerlos. Precisamente Facetanné era de los mas hábiles entre sus compatriotas para estos ejercicios y habia sido siempre considerado en su pais como un gran cazador.

¿Pero dónde estaba en aquel momento en que hacia falta para probar su superioridad? Hacia mas de una hora que no se le veia; segun decia Congo habia llevado los bueyes á pacer en la pradera y probablemente estaria allí todavía.

Propuso uno enviarlo á buscar, pero los demás se opusieron diciendo que aquello les retrasaria; Congo aseguraba que los bueyes estaban muy lejos del campamento, seria necesario media hora para que Facetanné regresara y cuando llegara habrian desaparecido ya los avestruces.

Era imposible esperar á Facetanné y tenian que pasarse sin él; dando Hendrik la señal de marcha, lanzó su caballo en la desierta llanura, seguido de todos los cazadores.

CAPITULO XXIII.

CAZA DEL AVESTRUZ.

Al llegar á la linde del bosque se detuvieron nuestros amigos, ocultándose en medio de los árboles, para reconocer la situacion; la noticia de Congo era cierta; se veia en la pradera una banda de avestruces, reunidos en número de siete y que parecian ser cinco hembras y dos machos; algo mas lejos habia otro macho. He dicho *que parecian* ser cinco hembras, palabra que sorprenderá, sabiendo que el macho difiere esencialmente de la hembra por la talla y el color: la pluma de los dos sexos es completamente diferente, pero es necesario para esto que hayan llegado á cierta edad; en su primera juventud no tienen aun los machos las hermosas plumas que mas adelante les caracterizan y durante mucho tiempo es difícil distinguirlos de sus madres, sobre todo cuando están lejos.

No era este motivo lo que hacia dudar á los cazadores respecto del sexo de los avestruces; estaban estos colocados al este del punto de observacion, recibiendo de lleno la luz, mientras á nuestros amigos les daba el sol en los ojos.

A pesar de este inconveniente habian podido los jóvenes boers contarlos y creian de una manera casi cierta que de los ocho bípedos habia cinco hembras y tres machos.

Los siete avestruces que habia reunidos no parecian dispuestos á marcharse. Algunos de ellos iban y venian con tranquilo paso, bajando la cabeza de vez en cuando para picar la arena ó un guijarro, segun pensaban los cazadores, pues en el sitio en que se encontraban no se percibia la menor señal de vege-

(1) Se llaman griquas todos los mulatos de origen holandés que habitan las cercanías del Cabo.

tacion. Los demás estaban sentados sobre las piernas, replegadás bajo el vientre, ó bien tendidos en la arena, levantándola como hacen las gallinas y pavas en la primavera; fácil es comprender que la nube de polvo que flotaba á su alrededor aumentaba aun la dificultad de reconocer su sexo.

No estaban muy lejos de la linde del bosque, y el macho separado estaba aun mas próximo; se dirigia hacia sus semejantes, comiendo al marchar; este detalle confirmó las palabras del zoulou, que al llevar la noticia de la presencia de los avestruces habia dicho que un macho viejo estaba apenas á 200 metros del vivac, del que se iba alejando.

Quizás se habia acercado tanto, que hubieran podido tirarle antes de salir del bosque. ¡Qué lástima que nos hayan avisado tan tarde! pensaban Klaas y Jan.

La intencion de los cazadores era cercar los avestruces, y para concertar el medio de conseguirlo examinaban los movimientos de los bípedos. Estos se encontraban muy lejos del nido saqueado y no era probable que tuvieran el menor parentesco con los desgraciados á quienes pertenecia, pues hubieran oido hablar de la catástrofe y obligados á volver á aquel sitio no tendrian aquella calma y seguridad que demostraban en aquel momento. Era seguro que las hembras del macho muerto por la envenenada flecha del bushman no estaban entre las que veian nuestros cazadores, siendo imposible que volvieran al teatro de aquella reciente tragedia.

Nuestros boers se felicitaban de ver aquellos avestruces en un sitio diferente de los anteriores, no porque se inquietaran por los lazos de familia que pudieran tener, sino porque el sitio que los últimos ocupaban era mucho mas favorable para la ejecucion del plan que habian combinado. Era una especie de ancha bahía, rodeada de arbustos y de matorrales de acacias, en donde entraba un pico del desierto y que por consecuencia no se unia mas que por un lado á la inmensa llanura por donde se trataba de cerrar el paso á los avestruces.

Esta disposicion del terreno permitia á los cazadores recorrer por el bosque una parte del circuito que tenian que formar para cercar las aves, decidiendo inmediatamente las medidas necesarias.

Hendrik y Willem, cuyos caballos eran los mas rápidos, debian ganar las dos estremidades de la bahía, salir de la espesura, marchar al encuentro el uno del otro y detenerse de manera que cortaran la retirada á los avestruces.

Hans y Arend recorrerian el mismo camino y quedarian escondidos hasta el momento que los primeros aparecieran en la llanura, saliendo entonces y arrojando á las aves en el caso de que marcharan hacia ellos.

Klaas y Jan debian á su vez seguir los pasos de sus hermanos á fin de completar el círculo y esperar en el sitio que les habian indicado las órdenes posteriores.

Los seis ginetes partieron al mismo tiempo, unos por la derecha y otros por la izquierda. Congo habia recibido la órden de no salir de la espesura hasta que Hendrik y Arend desembocaran en la llanura; debia imitar los movimientos de los cazadores, con la única diferencia de que no tenia mas montura que sus jarretes de salvaje.

Si los avestruces daban tiempo á Hendrik y á Willem para llegar á su puesto era probable que la caza fuera interesante y que se conseguiria la muerte ó captura de uno de los pájaros gigantes. Cuando el avestruz es atacado por todas partes pierde la cabeza, se vuelve estúpido y se deja coger fácilmente por los cazadores puestos en acecho.

Como se vé era una cuestion de tiempo; la parte del desierto donde estaban las aves tenia unas tres millas de ancho, cerca de cinco kilómetros; era necesario que Hendrick y Willem recorrieran dos veces aquella distancia antes de ganar la llanura, y además tenian que andar por entre los matorrales, que les obligarian á marchar al paso.

Durante mucho tiempo fue Congo el único de los cazadores que pudo seguir los movimientos de los avestruces; los boers estaban en medio de la espesura y no distinguian las aves mas que de tiempo en tiempo, cuando un claro les permitia por casualidad el verlos; tenian además demasiada prisa por llegar á sus puestos respectivos para detenerse en el intervalo que les separaba de él. Los instantes eran preciosos, pues si los animales que deseaban sorprender se asustaban y ganaban el desierto seria inútil intentar perseguirlos y todo el trabajo que se habian tomado seria completamente perdido. Ninguno de ellos pensaba en mirar á los avestruces mas que de vez en cuando para asegurarse de que no habian huido y todos se apresuraban por llegar al sitio que les estaba designado.

CAPITULO XXIV.

UN AVESTRUZ SINGULAR.

Durante aquel tiempo espiaba Congo, como ya hemos dicho, los movimientos de los avestruces, en cuanto se lo permitia el sol.

Observó que el macho que estaba separado se habia aproximado á la banda y no estaba ya mas que á distancia de algunos metros; cuando le vieron tan cerca se levantaron los demás, alargaron el cuello, parecieron considerarle como un intruso y se alejaron, manifestando algun temor; el solitario les habia seguido sin unirse á ellos completamente.

Cuando la banda dió una veintena de pasos se detuvo de nuevo como si se hubiera tranquilizado.

El solitario continuó yendo y viniendo, picoteando en un lado una semilla, en otro un guijarro y aproximándose poco á poco al rebaño. Nuevo espanto de este, que fué á colocarse 20 metros mas allá. Evidentemente la presencia de aquel estranjero parecia disgustar á la familia.

El solitario se aproximó de nuevo sin ser mas feliz esta vez, pero entonces los avestruces, en lugar de huir describieron un círculo alrededor del importuno que deseaban evitar y se volvieron á reunir en el sitio que ocuparon en un principio; sin embargo, unicamente las cinco hembras ejecutaron esta maniobra; los dos machos quedaron en su sitio, preocupando vivamente al zoulou por su conducta y su actitud.

Uno de ellos se habia agachado en la arena mientras su camarada giraba sobre sí mismo, agitaba las alas é imitaba en todos sus movimientos á un hombre embriagado.

Al cabo de algunos minutos, el que estaba agachado pareció estenderse y quedar inmóvil mientras el segundo iba á sentarse á poca distancia del sitio en que se habia tendido el primero; una de sus compañeras vino inmediatamente á sentarse cerca de él, de suerte que no quedaban de pie mas que un macho y cuatro hembras.

El zoulou, originario de un pais que no frecuentan los avestruces, y que tenia muy escasos conocimientos de las costumbres de estos animales, no comprendia nada de la escena que pasaba á su vista. «Probablemente, decia, es un juego por el estilo del que acostumbran las perdices.»

Pero no era Congo unicamente el preocupado por aquel juego de los avestruces. Los dos colegiales, cuyos sitios estaban muy próximos y que por consecuencia habian llegado los primeros á su puesto, habian podido observar los ademanes de los bípedos y estaban tan sorprendidos como el zoulou. Un poco mas tarde

participaron de aquel asombro Hans y Arend, y se preguntaron tambien, sin poderlo adivinar, cual podia ser el motivo de la escena estraña que pasaba en la llanura.

Estos últimos, sin embargo, no tuvieron tiempo para examinar á los avestruces. Esperaban á cada segundo ver salir á Hendrick y Willem de la espesura y su vista estaba fija en el sitio por donde debian desembocar.

Efectivamente, algunos minutos despues aparecieron Hendrick y Willem por las dos estremidades del bosque, y espoleando á sus caballos galoparon el uno hacia el otro aproximándose á los avestruces, como habian convenido.

En el mismo instante aparecieron los cinco cazadores, comprendiendo al Zoulou, en la linde del tallar, dirigiéndose hacia el punto en que estaban las aves.

Entonces llegó á su colmo la sorpresa de nuestros amigos. Al aproximarse á los avestruces, que veian distintamente, notaron que muchos de ellos estaban tendidos ó tranquilamente sentados; era probable que se estuvieran calentando al sol, ¿pero en qué consistia que aquellos animales, cuya prudencia es escesiva, no hubieran emprendido ya la fuga? Debian haber visto á los cazadores y oido el paso de sus caballos, y sin embargo, de los ocho avestruces no habia mas que dos hembras que parecieran alarmadas, las cuales habian corrido en un principio hacia el desierto, pero al distinguir á Hendrick y Willem volvieron al punto de partida. Uno solo de los tres machos se encontraba aun de pie; era precisamente el solitario, y cosa increible, no pensaba en huir. Hendrick y Willen corrieron á escape, en menos de un minuto estarian á su lado y aquel estraño animal no manifestaba temor alguno.

No estaba mas que á 300 pasos del ave y con la culata apoyada en el hombro se disponian á enviarle una bala cuando quedaron aterrados por el grito de espanto que lanzó el avestruz; en el mismo instante se abrió la piel del enorme bípedo y salió de ella en vez del cuerpo de un pájaro el de un negro cuyas piernas estaban blanqueadas con cal hasta el principio de los muslos y en el cual reconocieron nuestros cazadores al bushman.

Era el favorito de Klaas y Jan vestido con la piel del macho que habia matado dos dias antes; era Facetannè, que por medio de cinco ó seis de sus envenenadas flechas habia sido la causa de la misteriosa conducta de los avestruces; cinco de estos estaban muertos ó moribundos y si los otros dos habian podido huir antes de recibir el pasaporte lo debian á la llegada de Hendrick y de Willem, que habian obligado al bushman á despojarse de su trage prestado.

Poco faltó para que el ingenioso Facetannè participara de la suerte de sus víctimas. Confesó que se habia asustado horriblemente; preocupado con su caceria no pensaba en otra cosa y como ignoraba que sus jóvenes amos estuvieran advertidos de la presencia de los avestruces, los creia en el vivac; el disfraz que llevaba le impedia ver bien lo que pasaba á su alrededor, y sus orejas ocultas por la piel cubierta de plumas no le prestaban servicio alguno; por casualidad habia distinguido á los ginetes en actitud amenazadora y habia necesitado un violento esfuerzo para desembarazarse del trage que llevaba y aparecer en persona.

Los cazadores, reunidos alrededor del negro, viéndole blanqueado desde las caderas hasta los talones no pudieron contener la risa.

Facetanné, orgulloso por su victoria, paseó por ellos una mirada de triunfo y deteniendo la vista sobre su rival, le dirigió sencillamente estas espresivas palabras:

—«¡Que tal! viejo zoulou!»

—La piel de avestruz habia eclipsado el escudo de Congo.

CAPITULO XXV.

BLESBOKS Y BONTEBOKS.

Al dia siguiente por la mañana penetró en el desierto la pequeña caravana, dirigiéndose al Nordeste. Empleó dos dias en atravesar aquella region completamente árida, en la que no encontraron los bueyes una sola gota de agua para apagar su sed. En cuanto á nuestros amigos, llevaban en sus wagones dos pequeños toneles que podian contener 80 litros y que habian cuidado de llenar en el manantial de los mokhalas.

Uno de aquellos barriles estaba destinado esclusivamente á los caballos, cuya racion debia ser de 4 á 5 litros por dia, racion mas que insuficiente en semejante comarca. Los boers hubieran bebido tambien mas, lo que no es de estrañar viajando por abrasadas llanuras bajo un sol devorador. El aire es tan seco en ellas, el calor tan grande, que la sed mortifica continuamente y la bebida mas copiosa no logra apaciguarla sino por algunos minutos. Si el viajero pudiera procurarse agua no la beberia por vasos sino por veintenas de litros.

Despues de sufrir esta ruda prueba entraron nuestros cazadores en un pais completamente diferente de aquella árida llanura.

Era una vasta region cubierta de montañas de formas estrañas y diversas: unas tenian la cúspide redondeada y otras eran cónicas; se veian algunas cuya cima era chata como una mesa, al lado de esbeltos picos que desgarraban las nubes. La elevacion no era menos variada que la forma; algunas tenian todo el aspecto de grandes montes, y la mayor parte se elevaban directamente sin que mediara un solo escalon entre la superficie de la llanura y sus inclinados costados ó sus ásperas vertientes. Esta region tiene mucha semejanza con las mesetas que se encuentran en las Cordilleras de los Andes y presentan, en cuanto á su formacion geológica, una semejanza completa con muchos parages del territorio mejicano.

Entre estas montañas, casi todas las que tienen la forma de un cono ó de una pirámide, están completamente aisladas. Algunas de estas últimas no presentan la menor señal de vegetacion desde la base hasta la cúspide, mientras hay otras cuyos picos de cuarzo blanco brilla al sol destacándose sobre una capa de espesos bosques que llegan hasta la mitad de su falda.

Las llanuras que las separan tienen algunas veces tanta estension que las montañas que las limitan aparecen de una manera confusa á la vista del viajero; varian igualmente por la forma y la dimension y la yerba de que están cubiertas difiere por completo de la que cubre las llanuras que habian atravesado nuestros amigos. Forma una capa espesa é igual como la de una pradera que acaba de ser guadañada ó pastada por un rebaño. Efectivamente, aquellas llanuras son recorridas por los numerosos rumiantes salvajes que hacen de ellas su residencia habitual. En vez de parecerse á las praderas que limitan la orilla meridional del Orange y cuya yerba es suave y flotante, aquellas llanuras están tapizadas por un pasto quebradizo y rizado, cuyo gusto es ligeramente salado; en muchos sitios está cubierto el suelo de una corteza salina cuyas eflorescencias blanquean los tallos de yerba como la escarcha, y se encuentran depósitos de sal que tienen á veces muchas millas de superficie.

La estraña region á que acababan de llegar nuestros cazadores es conocida entre los boers con el nombre de *Zuur Veldt*, que significa comarca donde

la yerba es ácida y constituye la residencia favorita del *blesbok* y del *bontebok*.

¿Que animales son estos?

Dos especies de antílopes, notables por sus graciosas formas, la rapidez de su carrera y la vivacidad de sus colores.

Pertenecen al género *gacela*, de las que difieren esencialmente por sus costumbres; los dos tienen tanta semejanza entre sí que los viajeros y naturalistas los han considerado frecuentemente de la misma especie.

Creemos que estos últimos están en un error; se distinguen perfectamente el uno del otro, aun cuando habitan el mismo pais y es idéntica su manera de vivir. El blesbok (*gazella albifrons*) es menor y pintado de una manera menos brillante que el bontebok (*gazella pygarca*). Sus cuernos son casi blancos, mientras los del otro son negros y sus piernas blancas únicamente en el interior, mientras el bontebok tiene de este color los cuatro miembros desde el pie á la rodilla.

Además de ser uno de los mas hermosos antílopes que se encuentran, es el bontebok el mas rápido quizás, segun la opinion de algunos viajeros. Es tan grande como el ciervo de Europa, aunque mas esbelto y gracioso. Sus cuernos tienen 38 á 40 centímetros y son negros, como ya hemos dicho, muy fuertes en su base y divergentes; se elevan verticalmente de la frente, se encorvan hácia la espalda y vuelven despues hácia adelante.

El color de la piel es lo que esencialmente caracteriza este gracioso antílope. Respecto de este particular se aproxima, lo mismo que el blesbok, al hartebeest y al sesebé.

El violeta, el púrpura y otros tonos oscuros son los colores del bontebok; lejos de confundirse ó mezclarse al azar están estas tintas dispuestas regularmente como por un pincel, por cuyo motivo ha recibido este animal de los holandeses, primeros colonos de la provincia del Cabo, el nombre de bontebok, que quiere decir *antílope pintado*.

La cabeza y el cuello son de un color casi negro, lavado de rojo (1); una raya blanca parte de sus cuernos, desciende hasta los ojos y se ensancha de tal modo que cubre toda la cara hasta la estremidad del hocico. Esta mancha, comun á las dos especies de antílopes de que nos ocupamos, ha dado á la menor el nombre de blesbok (2), con que la conocen los boers, y el de *albifrons* por algunos naturalistas.

El bontebok tiene en el lomo una gran mancha de color de lila con reflejos azules y como barnizada; esta mancha cubre una parte de los costados y afecta la forma de una silla; está además rodeada de una ancha franja de un rojo muy oscuro, que desciende hasta el vientre; el interior de las piernas y el abdómen son de un blanco puro y una mancha bastante ancha se estiende por la grupa (3).

El blesbok, aparte de las diferencias que hemos señalado, lleva los mismos colores, aunque menos vivos y sobre todo de un dibujo menos marcado.

La piel de estas dos bonitas gacelas es muy estimada por los indígenas, que hacen con ella *kaross*, vestido que les sirve de capa durante el dia y de manta por la noche.

Blesboks y bonteboks tienen absolutamente las mismas costumbres; viven en las llanuras del Zuur-Veldt, donde forman rebaños de muchos millares de individuos, que cubren el suelo con una masa compacta y purpúrea.

En este particular se parecen á los springboks, aunque difieren en otros muchos detalles. Cuando están asustados se dispersan los springboks en todas direcciones, mientras los antílopes de que hablamos corren invariablemente contra el viento, llevando las narices á flor de tierra, como los sabuesos que siguen la pista de un ciervo.

Mas rápidos que los springboks, son igualmente mas desconfiados y astutos, como si la esperiencia les hubiera demostrado que siendo su piel la mas codiciada por los cazadores tienen necesidad de mas habilidad para escapar de estos últimos.

En otro tiempo eran muy comunes estos dos antílopes en todos los puntos del mediodia de Africa, en donde los europeos han fundado sus establecimientos y sus correrías llegaban hasta la punta del Cabo; en la actualidad se limitan á las llanuras del *Zuur-Veldt*, situadas al Norte del rio Orange.

Se encuentran algunos bonteboks en el distrito de Swellendan, dentro de las fronteras de la colonia del Cabo, gracias á una medida protectora del gobierno, que castiga con una multa de seis rixdales al que mata uno de estos animales sin estar autorizado.

CAPITULO XXVI.

BATIDA DE BLESBOKS.

Cuando nuestros jóvenes boers entraron definitivamente en el pais de los blesboks, resolvieron detenerse durante un dia ó dos, con la intencion de procurarse muchos de aquellos brillantes animales, no para aprovechar la carne, sino para adquirir las hermosas pieles que los cubren á fin de depositarlas con los cuernos en las espaciosas salas de Graaft-Reinet.

Despues de recorrer muchas millas por la llanura que hemos descrito en el capítulo precedente, hicieron alto los cazadores y escogiendo las orillas de una laguna para establecer su vivac procedieron á su instalacion.

Al dia siguiente por la mañana estaba á caballo toda la banda, poniéndose en busca de los antílopes purpúreos.

No es difícil encontrar aquellos animales, que se reunen en número de muchos millares en los paises que habitan, y no tardaron nuestros cazadores en descubrir sus gacelas.

¿Pero como se caza el blesbok? Ninguno de los boers podia responder á esta pregunta. ¿Debian enviar los sabuesos en medio del rebaño y galopar detrás ó deslizarse astutamente hasta ponerse á tiro? Nuestros cazadores ignoraban lo que debian hacer y sus guias tampoco sabian nada sobre este particular; los blesboks son desconocidos en el pais de Facetanné; jamás visitan la zona occidental del mediodia de Africa y los boers no los conocian mas que por tradicion; sus padres los habian muerto en otro tiempo, pero desde aquella época no atravesaban los blesbloks y los bonteboks el rio Orange.

En cuanto al zoulou, aunque estas dos especies de gacelas frecuentan ciertos parajes del pais de los cafres, no habia cazado jamás en la region en que se encuentran.

La cuestion se discutia únicamente entre los cazadores, pues Facetanné y Congo se habian quedado en el vivac, cuya custodia les estaba confiada.

El grueso Willem opinaba que debian obrar de la misma manera que con los springboks, es decir, ponerse á la espera y estar inmóviles mientras uno de los ginetes ojearia los antílopes hácia los cazadores, como se hace en la América del Norte para cazar el gamo y el ciervo.

Hendrick pretendia por el contrario, que se debia cargar al rebaño, persiguiéndolo con los perros.

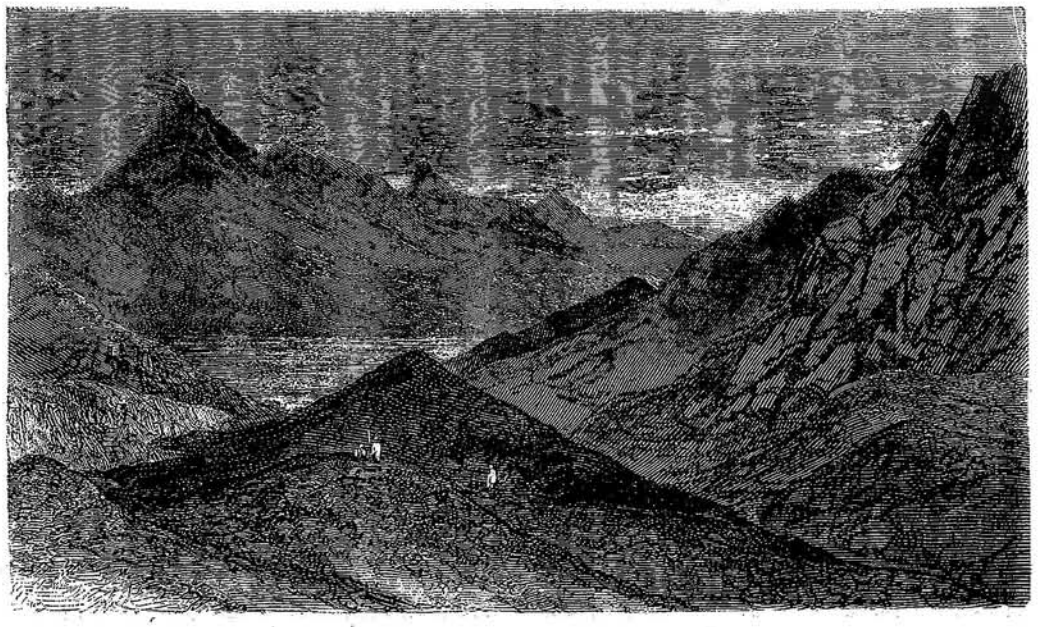
Hans proponia que se aproximaran sin ruido á los

(1) Este antílope se llama tambien *gacela purpúrea*.
(2) De *bles*, sustantivo que sirve para designar la estrella que tienen en la frente algunos caballos.
(3) Esta última mancha es la que ha motivado el nombre de gacela *pygarca*, con el cual designan los sabios al bontebok.

blesboks para tirarles á poca distancia, participando Arend de esta opinion. Los dos colegiales no tomaron parte en el consejo; sin embargo, si en vez de antílopes se hubiera tratado de pájaros hubieran insistido Klaas y Jan en obtener la palabra, terciando en el debate; pero á pesar de su rápida carrera, por la que pudiera suponerse que tienen alas, los blesboks son cuadrúpedos y no aves.

Como ojeándolos con habilidad tenian mas probabilidades nuestros cazadores de no ver desaparecer los antílopes, se decidió que se intentaria primero este método. Si ninguno conseguia aproximarse al rebaño lo bastante para poder tirarles se adoptaria la proposicion de Willem y si tampoco producia resultados siempre habria tiempo para seguir el consejo de Hendrick y lanzarse en persecucion de los blesboks.

Los cazadores echaron pie á tierra, pues no habia medio de ojear á caballo sin ser vistos por las gacelas. Hay animales que permiten fácilmente aproximarse á un ginete y que huyen siempre de un hombre á pie, pero los blesboks son de una naturaleza diferente.



Entraron nuestros cazadores en un país completamente diferente.

Klaas y Jan quedaron custodiando los caballos y los perros, y los cuatro restantes cazadores se dirigieron hácia las gacelas.

Los blesboks se encontraban en medio de una llanura tan estensa que difícilmente se distinguian las montañas que la limitaban en el horizonte; ni un arbusto, ni una roca aparecian en aquella pradera; como ya hemos indicado, la yerba era corta y el suelo no ofrecia el menor accidente. Era imposible ocultarse en semejante terreno; ¿cómo conseguir el objeto que se proponian los cazadores? No hay animal salvaje, por estúpido ó indiferente que sea, que les permitiera en aquellas condiciones aproximarse á bastante distancia para enviarle una bala. ¿De qué medio valerse para aproximarse á los blesboks, cuyo oido y prudencia igualan á la rapidez?

Este punto importante exige algunas palabras de esplicacion.

Aunque no se descubrian en la llanura ni rocas, ni árboles, ni matas de ningun género, ni aun un manojo de yerbas altas ó un pliegue del terreno, podian encontrar, sin embargo, el medio de disimular su presencia; pobre medio, es verdad, pero del cual podia sacar partido un cazador hábil, lo que era suficiente para animar á nuestros boers á perseverar en su proyecto.

A 200 ó 300 metros unos de otros se elevaban en la llanura singulares montículos de alturas diferentes. Su forma era la de un cono obtuso; habia algunos hemisféricos y su color de un gris claro tenia el tono de la tierra pisada que ha desecado el sol. En la base y sobre uno de los lados de la mayor parte de aquellos estraños montículos, se veia un agujero que evidentemente no habia sido practicado por los hábiles constructores de aquellos curiosos edificios; estaban hechos por sus enemigos, los asesinos de su raza, los ladrones que habian saqueado sus casas. No hay necesidad de decir que aquellos humerosos edificios eran hormigueros y que las aberturas de que se trata estaban hechas por los cuadrúpedos hormigueros, conocidos con el nombre de *pangolines*.

Los hormigueros, en forma de cúpulas, tendrian de 30 á 90 centímetros de altura, lo que es muy poca cosa relativamente á los que se encuentran en Africa y cuyo estremo alcanza algunas veces á cinco ó seis metros de elevacion. Existen muchas especies de hormigas de la misma familia que ejecutan aquellos monumentos, adoptando cada especie una arquitectura diferente; una hace un cono aislado y otra reune muchos que agrupa con arte; unos edificios afectan la forma de un cilindro mientras otros tienen un domo casi hemisférico.

De esta última clase eran los hormigueros que nuestros cazadores tenian á la vista, hormigueros edificados por las *Termes mordax*, cuyas habitaciones se encuentran en todas las llanuras del Zuur-Veldt.

Nuestros amigos marchaban hácia los blesboks,

con las miradas fijas en el rebaño y fundando su esperanza en los hormigueros.

Cuando estuvieron á unos 400 metros de los blesboks, comprendieron que era indispensable ocultarse; las gacelas parecieron no apercibirse de su presencia y continuaron pastando sin manifestar la mas ligera inquietud; sin embargo, cada vez que uno de los cazadores avanzaba hácia ellas se alejaba toda la banda maquinalmente, como impulsada por un resorte y manteniendo siempre la misma distancia entre ella y los que deseaban acercarse.

Cada uno de nuestros amigos se arrastró por la yerba de un hormiguero á otro, pero sin éxito. Tomaron los cazadores una direccion diferente y no fueron mas felices. Las gacelas, pastando siempre, evitaban, sin parecer buscarlo, todos los hormigueros que escogian sus enemigos, y conservaban una distancia que no permitia alcanzarlas ni aun al gran fusil de Willem.

Despues de dos horas de esfuerzos completamente inútiles, renunciaron nuestros amigos á aquella caza infructuosa.

Era imposible batir de aquel modo á los blesboks; Hans y Arend fueron implacablemente bromeados por Hendrick y Willem: ¡qué sabian ellos de caza! Habia que intentar un éxito mas feliz siguiendo los consejos de los últimos.

CAPITULO XXVII.

CONTINUACION DE LA CAZA DE LOS BLESBOKS.

Los cuatro cazadores volvieron al sitio en que habian dejado sus caballos para poner en práctica el plan de Willem.

Todos montaron á caballo; no solamente les fue permitido esta vez á los colegiales participar de la cacería, sino que se les encargó de encaminar al rebaño hácia el lado de sus hermanos mayores para que estos tiraran á los blesboks al paso.

Todos los ginetes corrieron en la direccion de los antílopes, que habian atravesado ya un espacio de muchas millas. Al llegar á la distancia conveniente para no asustar á las gacelas fueron enviados Klaas y Jan á la izquierda mientras los otros formaban á la derecha un semicírculo de un diámetro considerable, lo que gracias á sus caballos fue negocio de un instante. Cuando los cazadores llegaron á sus puestos se ocultaron detrás de los hormigueros, en tanto que Klaas y Jan daban la vuelta, teniendo cuidado de no promover la huida de los machos.

Los dos colegiales eran bastante hábiles para conseguir su objeto y los que estaban arrodillados detrás de los hormigueros esperando á los antílopes no dudaron del éxito de la empresa; la caza debia necesariamente correr hácia ellos, como en semejante caso hacen los springboks, y entonces sonarian las detonaciones de las carabinas y el estampido mas grave del gran fusil de Willem.

Este estaba estremadamente alegre; no solamente porque su método era mejor que el de Hans y Arend, pues tenia en poco aprecio la ciencia cinegética de estos últimos, sino porque Hendrick habia combatido su proyecto y esta oposicion duplicaba la alegría que le causaria el buen éxito. ¡Qué triunfo y qué supremacía tan manifiesta!

No cabia dudar del resultado; todos los cazadores estaban admirablemente colocados; Klaas y Jan estaban ya de la otra parte del rebaño, aproximándose poco á poco y cumpliendo admirablemente el encargo que les habia sido confiado. Las gacelas pacian marchando hácia el sitio á que habian llegado los dos colegiales; iban á volverse por instinto y dirigirse del mismo modo en la direccion de los cazadores. Siempre hacen lo mismo los springboks, decia Willem.

Pero los blesboks no son springboks; son diferentes por el carácter lo mismo que por el color y el tamaño, y precisamente la primera diferencia debia ser para Willem una causa de decepcion.

Los blesboks tienen una costumbre singular de que participan pocos animales de su familia ó de los plenicornios. En vez de volverse á la aproximacion de Klaas y Jan, aquellos tercos animales no quisieron de ningun modo seguir la direccion á que se les queria obligar; si bien es verdad que se desviaron algo de la línea recta para no tropezar con los colegiales, la volvieron á emprender así que hubieron rebasado á Klaas y Jan.

Se habian alejado de los cazadores en vez de ir á su encuentro, y cuando hubieron corrido durante algunos minutos detuvieron el paso y comenzaron á pacer como hacian anteriormente.

Este imprevisto resultado causó gran pesar á Willem, que tuvo que sufrir á su vez las bromas de sus compañeros; lo que hacia aun mas amarga su decepcion era la desdeñosa flema de su rival.

«Bien sabia yo que esto no podia tener buen éxito, decia Hendrick. ¿Creeis que los blesboks son carneros para suponer que van á dejarse ojear por dos muchachos montados en poneys?»

Willem intentó responder diciendo que habian ejecutado mal sus recomendaciones, que él estaba seguro de que los blesboks pacen siempre contra el viento y que los tiradores y no los ojeadores, debian haber estado delante del rebaño. A pesar de todo lo que dijo, quedó herido en lo mas vivo su amor propio.

«Intentemos lo que digo y respondo del éxito, añadió el grueso Willem. Si no se consigue adoptaremos el método que propone el *maestro* Hendrick y veremos lo que resulta de ese plan que consiste en no tener ninguno.»

Estas palabras, pronunciadas con toda la ironía que era posible en el buen Willem, fueron acogidas sin la menor oposicion, disponiéndose nuestros cazadores á seguir el nuevo plan que se acababa de proponer.

Estaba demostrado que los blesboks tienen la costumbre de huir contra el viento, sin lo cual hubieran retrocedido á la aproximacion de los ojeadores en vez de precipitarse hácia Klaas y Jan, como acababan de hacer. Colocándose los cazadores á favor del viento y escogiendo un buen puesto no podian dejar de tirar á los animales que avanzaran por su lado.

Si la esperiencia no confirmaba esta teoría, se intentaria entonces, siguiendo el consejo de Hendrick, el forzar uno de los blesboks persiguiendo el rebaño.

Adoptado este proyecto, describieron los cuatro tiradores un ancho circuito y fueron á colocarse delante de los antílopes, mientras Klaas y Jan quedaron detrás del rebaño con la mision de hacerlo avanzar.

Los cazadores llegaron á su puesto en pocos minutos y desde el sitio en que estaban ocultos acechaban con ávida mirada á los antílopes, cuyo rebaño se aproximaba poco á poco.

La raya blanca que tienen los blesboks en la cara iba siendo por momentos mas distinta y los boers veian brillar su hocico; algunos pasos mas y estarian los antílopes al alcance de las balas de los tiradores. Levantando la cabeza repentinamente y arrojando un grito estraño, saltaron los primeros de la banda y empezaron á correr en línea recta, seguidos de todos sus compañeros.

—«¡Ahí vienen!» pensó cada uno de nuestros amigos, y arrodillándose con la culata en el hombro

detrás del montecillo que les servia de escondite.

—¡«Gracias á Dios! murmuró Willem, ¡ahora voy á reirme yo!»

Pero le estaba reservada una nueva decepcion; cada vez que los blesboks se hallaban bajo el viento de un hormiguero que ocultaba á uno de los cazadores daban un rodeo y pasaban á una distancia en que hubiera sido ridículo un tiro; Willem tenia el dedo en el disparador, cuando pensando que una bala perdida aumentaria su humillacion, dejó caer su arma y permitió á los antílopes que pasaran.

Un instante despues estaban los antílopes muy lejos de los cazadores para que tuvieran nada que temer; como no eran perseguidos y en realidad no se les habia atacado, se detuvieron y empezaron á pastar como habian hecho antes.

Hendrick estaba orgulloso por su triunfo; á él le correspondia enseñar como se cazan los blesboks, forzando él solo media docena.

—«¡Adelante!» esclamó.

Todos los cazadores montaron á caballo, se lanzaron hácia los antílopes y detuvieron sus cabalgaduras en el momento en que se aproximaban al rebaño, á fin de no asustarlo.

Así que llegaron á la distancia de 400 metros se pusieron en marcha los blesboks, como hicieron la primera vez. «¡Adelante!» gritó de nuevo Hendrick. Soltaron los perros, espolearon á los caballos y la caza corria por la llanura con la rapidez del viento.

No habian recorrido los boers una milla cuando conoció Hendrick que se habia engañado. Sabuesos y cazadores estaban distanciados por los antílopes, y cada segundo aumentaba la distancia que los separaba del rebaño.

Los ginetes se escalonaron á su vez, castigando á sus caballos, cubiertos de espuma, y veinte minutos despues de la partida, solamente Hendrick con uno ó dos perros continuaba galopando sobre la pista de los blesboks.

Hans y Arend, comprendiendo que era imposible que sus caballos continuaran semejante cacería, habian renunciado casi en un principio y Willem *no deseaba poder continuar*. Los dos colegiales formaban la retaguardia y reuniéndose á los tres que habian quedado retrasados vieron, lo mismo que sus camaradas, desaparecer por en medio de los hormigueros que se desvanecian en el horizonte la masa purpúrea de los antílopes y los hombros de Hendrick.

CAPITULO XXVIII.

CARRERA DESENFRENADA DE HENDRICK.

Los blesboks volaban por la unida superficie de la llanura, y Hendrick los seguia siempre al rápido galope de su caballo, al que precedian los dos sabuesos. A pesar de la velocidad de su noble cabalgadura, el cazador no ganaba terreno á los antílopes, los perros no conseguian tampoco ventaja alguna, y no habia medio de emplear la astucia, cortándolos y esperándolos por una hábil evolucion. Los blesboks no duplican sus huellas, no hacen ángulos ni curvas, van siempre adelante, y no se apartan de la línea recta. Era, pues, para el cazador, cuestion de velocidad, entre su caballo, sus perros y el rebaño de antílopes.

Al fin se cansaron los únicos perros que seguian al cazador; pronto quedó únicamente el favorito de Hendrick, despues fue dejado atrás por el ginete, y algunos minutos mas tarde, solo este perseguia á los blesboks.

Hendrick habia andado mas de 10 millas, el sudor corria por los hijares de su caballo, cuya boca estaba cubierta de espuma, y los antílopes continuaban huyendo, sin que hubiese podido acercarse lo bastante para enviarles una bala. Si hubiese podido cambiar de caballo, quizás los hubiera alcanzado, porque evidentemente los blesbock acortaban su carrera; tal vez, aun con su fatigado corcel, lo hubiera conseguido en otro terreno, pero á cada instante encontraba hoyos de hormigueros, y ya dos ó tres veces, en el momento de acercarse á los antílopes, habia tropezado su caballo en alguno de estos malditos hoyos, y los blesboks habian recobrado su ventaja.

Se le resistia, sin embargo, renunciar á la empresa; se acordaba de la seguridad con que se habia jactado de conseguirla; se imaginaba las burlas que acogerian su vuelta, y pensando en el grueso Willem, espoleaba á su caballo.

Si lógraba traer la piel y los cuernos de un blesbok, el burlon seria él.

Empezaba á desesperar del éxito. Los antílopes corrian con la misma velocidad, mientras que su caballo saltaba con esfuerzo y respiraba con dificultad. Tuvo compasion del pobre animal, pero en el momento en que iba á tirar de la brida, apercibió una cadena de montañas que se levantaban ante él y parecian cortar la llanura, ó mejor dicho, formar un ángulo cuyo vértice constituia un callejon sin salida, hácia el cual se dirigian los blesboks.

Esta barrera detendria el rebaño; al fin iba á alcanzarle, y ocultándose detrás de una roca ó entre la maleza que crecia en la falda de la montaña, podria acercarse y tirar á un macho.

Mientras hacia estas reflexiones, paseaba Hendrick sus miradas por las dos líneas que se dibujaban ante él, reconociendo con alegría que estaban formadas por ásperas rocas, que segun toda apariencia, era imposible franquear; los antílopes iban á encontrarse acorralados entre aquellas dos murallas, donde quedarian encerrados como en una trampa. No tendrian mas remedio que retroceder, y tirando en medio de aquella multitud sin medio de dispersarse, no podia dejar de matar muchos animales: con uno solo se contentaba.

Su esperanza se reanimó ante aquella perspectiva, y dirigiendo á su caballo algunas palabras de ánimo, continuó persiguiendo á los blesboks. ¡Una milla nada mas y terminaba su carrera!

No estaba mas que á 500 metros de la montaña y á 300 pasos de los antílopes, que seguian huyendo en línea recta hácia el ángulo de las murallas que tenia en frente.

Hendrick estaba seguro del éxito; antes de transcurrir un minuto, tendria el rebaño que detenerse ó volver sobre sus pasos necesariamente.

Ya era tiempo de preparar su arma, y como se trataba de tirar sobre una masa compacta, buscó nuestro amigo entre sus balas muchas postas, que se apresuró á meter en el cañon de su fusil; examinando despues el piston para asegurarse de que estaba en su sitio y convenientemente puesto, levantó la vista para saber dónde estaban los blesboks. *Todo el rebaño habia desaparecido.*

¡Dónde podia estar! ¿Habian escalado la montaña los antílopes? ¡Imposible! Los hubiera visto además trepar por sus costados. Detuvo Hendrick su caballo, dejó caer su fusil sobre el cuello del animal, y con la boca abierta fijó sus asombrados ojos en la muralla, que se elevaba á 400 ó 500 pasos de él. Si hubiera tenido un carácter supersticioso, semejante acontecimiento le hubiera hecho esperimentar una penosa emocion, pero aunque no pudo evitar una viva sorpresa, no dudó de que aquella desaparicion maravillosa tenia una causa completamente natural.

No estuvo mucho tiempo sin indagar la prueba; las pisadas de los blesboks le suministraban el medio, y cuando hubo recorrido 300 metros, quedó esplicado completamente el misterio.

El ángulo, que de lejos parecia formar un callejon

sin salida, no estaba cerrado en el vértice, como habia creido en un principio el cazador; las dos rocas se cruzaban simplemente, dejando entre ellas una salida que comunicaba la llanura recorrida con otra llanura semejante que se estendia por el otro lado de la montaña. Era evidente que los antílopes conocian aquel paso, pues en caso contrario, no se hubieran dirigido con tanta seguridad hácia un ángulo en que podian quedar acorralados.

Hendrick franqueó á su vez la estrecha garganta que se ensanchaba inmediatamente, y vió con pesar el purpúreo lomo de los blesboks á una distancia que hacia inútil toda persecucion.

Vivamente contrariado, echó pie á tierra nuestro cazador, dió algunos pasos vacilando, y fué á sentarse sobre una roca. No se tomó el trabajo de atar á su caballo, y arrojándole la brida sobre el cuello, dejó al pobre animal, jadeante y cubierto de espuma, en libertad de hacer lo que quisiera.

CAPITULO XXIX.

CAZADO POR UN KEITLOA.

Fácil es imaginarse la naturaleza de las impresiones de Hendrick; se sentia humillado, horriblemente vejado, y hubiera deseado no haber encontrado blesboks jamás; ¡malditas bestias! ¿Qué cara pondria al llegar al campamento? ¡Se habia burlado tanto de los otros! Hans y Arend se cobrarian con usura. ¡Y Willem, cuyos consejos habia ridiculizado tanto! El Gordo, como él le llamaba, se vengaria de todos sus desprecios.

A esto se añade que habia estropeado su caballo, que no podria volver al vivac á su amo, y gracias que pudiera marchar de la brida.

Sumido se hallaba Hendrick en estas tristes reflexiones, cuando fue sacado de ellas por un ruido estraño que le hizo saltar de la roca en que estaba sentado: aquel ruido singular habia producido el mismo efecto en su caballo. Al oirlo este último, habia levantado la cabeza, enderezado las orejas, relinchado con fuerza, y despues de haber caracoleado durante algunos segundos, franqueó á toda velocidad el estrecho paso que separaba las dos llanuras.

Hendrick no le siguió con la vista ni aun pensó en él; su mirada y su pensamiento estaban completamente absorbidos por un animal que venia del lado opuesto y cuya voz era la causa de aquel súbito espanto. Aquel gruñido profundo y aquella respiracion que parecia el soplo de un fuelle de fragua, eran muy conocidos del cazador, y nuestro amigo sabia que al volver la vista veria aparecer un rinoceronte negro.

El enorme cuadrúpedo desembocaba efectivamente por el estrecho paso que se abria en la montaña. Al principio no se asustó mucho Hendrick. Habia cazado el rinoceronte muchas veces, y no creia que aquella caza fuera tan peligrosa como es en realidad; habia conseguido siempre escapar de aquel animal, y esto le tranquilizaba.

Nuestro cazador olvidaba que en semejante circunstancia, en vez de estar sentado en una roca, se encontraba montado en un buen caballo, y que á este habia debido su salvacion.

En aquella ocasion estaba á pie, solo en la llanura, sin nada que le separara del feroz cuadrúpedo, y todo lo mas á 20 metros de distancia, y pronto comprendió que estaba su vida sériamente amenazada.

La primera idea que se le ocurrió fue la de subir á la montaña y librarse de este modo del rinoceronte, pero ni un gato hubiera podido escalar aquellas ásperas rocas, cuyos flancos eran lisos como una pared.

Imposible era ocultarse en la estrecha garganta de que ya hemos hablado. No se veia ningun accidente del terreno, y las rocas eran lo mismo de inaccesibles. Algunos árboles se elevaban diseminados por la pradera, pero eran mas bien simples arbustos que hubieran sido derribados al primer choque.

Era inútil intentar huir. Hendrick sabia perfectamente que el rinoceronte es mas rápido que el caballo mas ágil. Para colmo de desgracia, habia dejado Hendrick su fusil sujeto en la silla del caballo, el cual estaba ya al otro lado de la montaña. La única arma que poseia nuestro amigo, era un cuchillo de caza; pero ¿de qué podia servirle para la dura piel del rinoceronte? Tanto valia una aguja.

Una sola esperanza tenia el desgraciado Hendrick, y consistia en que no le viera el animal que causaba su terror. El sentido de la vista está poco desarrollado en el rinoceronte; sus ojos son pequeños, y aunque bastante penetrantes cuando se trata de un objeto que se encuentra directamente en frente de ellos, están colocados de tal modo, que el enorme cuadrúpedo, gracias á la rigidez de su cuello y á la masa de su cuerpo, no pueden ver nada de lo que está por los costados.

Hendrick esperaba que el feroz animal no le viera; á juzgar por sus movimientos, aun no le habia descubierto, pues no hubiera tardado tanto en precipitarse hácia él.

El rinoceronte negro no tiene necesidad de provocacion para arrojarse sobre el objeto que divisa; su carácter feroz es un móvil suficiente para impulsarle al ataque, y su furor se dirige habitualmente contra los mas inocentes é inofensivos animales.

A fin de alejarse lo mas posible del camino que habia emprendido el animal, se aproximó Hendrick á la montaña, colocándose cerca de las rocas.

Si el rinoceronte es un animal de poca vista, en cambio es de los que poseen el olfato mas delicado: puede olfatear aunque sea un raton á una distancia considerable, y su oido es de una delicadeza estremada; el mas insignificante roce de las hojas, el ruido del paso mas ligero, son suficientes para guiarle hácia el enemigo cuya destruccion desea. Si el rinoceronte tuviera la vision tan perfecta como el oido y el olfato, seria el animal mas peligroso del mundo. Tal como es, constituye un vecino poco tranquilizador, y con frecuencia acontece que son víctimas de su carácter feroz y de su fuerza brutal los pobres indígenas del país que habita. Es felizmente una ventaja que no tenga mejor vista (1).

Lo cierto es que los ojos del que nos ocupa eran bastante grandes para descubrir á Hendrick y bastante penetrantes para distinguirlo en la montaña. El viento, que daba de frente en las dilatadas narices del rinoceronte, le habia advertido de la presencia del cazador, y no se necesitaba mas para que la mirada del animal se dirigiera hácia aquel lado.

Cuando el mónstruo distinguió al jóven, se detuvo repentinamente, lanzó un gruñido significativo, movió sus orejas, y agitó su pequeña cola azotando su enorme grupa. Pronto tomó una actitud amenazadora, sopló violentamente, y se precipitó hácia Hendrick con la misma rábia que si se tratara de un antiguo enemigo.

Nuestro cazador tenia necesidad de la mayor sangre fria, y procuró armarse de toda la serenidad que poseia; en el momento en que el animal se precipitaba sobre él á gran velocidad, dió un salto y se alejó de la roca. Cinco segundos mas tarde, le hubiera atravesado el pecho el cuerno del rinoceronte.

(1) El rinoceronte es mas brutal y estúpido que malvado; como todos los herviboros, no es feroz por naturaleza, puesto que no tiene necesidad de matar para vivir. Precisamente su poca vista es la que, sumiéndole en una perpétua inquietud, le hace arrojarse sobre todo lo que encuentra, sospechando un enemigo en todo lo que percibe. Una mala vista y muy poca inteligencia, tal es la verdadera causa de la malignidad del rinoceronte. Si viera tan bien como oye, seria un animal generoso como todos los seres fuertes, cuyos ojos abarcan un vasto horizonte, y cuya mirada es penetrante.

No intentó huir, pues felizmente sabia que esto era inútil; entrando en el estrecho desfiladero que unia una llanura á otra, se detuvo en frente de su terrible adversario. El rinoceronte emprendió á su vez el camino que habia seguido el cazador; Hendrick le esperaba á pie firme hasta el momento en que el cuerno amenazador estuvo á punto de tocarle, y dando un nuevo salto, se deslizó cerca del rinoceronte, corriendo en la direccion opuesta.

El animal se volvió vivamente para cargar de nuevo á su antagonista, que se habia detenido y que repitió la misma maniobra. Hendrick habia oido decir que en un terreno descubierto no habia otro medio de huir del rinoceronte, y felizmente para él, se acordaba de que es indispensable esperar al último instante para saltar, á fin de ponerse fuera del campo de vision del animal, sin lo cual seria el perseguido inmediatamente empalado; á pesar de su

El leon se habia engañado al creer desgarrar aquel animal.

estructura maciza, el rinoceronte es mucho mas ágil de lo que se cree, y con dificultad puede evitarle un caballo.

Hendrick habia recorrido unos 200 metros del desfiladero que se abria entre las dos montañas, pero la distancia que le separaba de su terrible enemigo no era aun bastante, y se vió obligado por tercera vez á esquivar el ataque de su odioso perseguidor.

Consiguió pasar detrás del rinoceronte, pero este pareció comprender por fin la táctica del jóven, y en vez de continuar su carrera durante algunos instantes, como habia hecho hasta entonces, se volvia cada vez que veia desaparecer el objeto de su cólera, disminuyendo las probabilidades de salvacion que tenia nuestro pobre amigo, que estaba obligado á correr siempre y á saltar á derecha ó izquierda, amenazado de un peligro por momentos mas inminente. Una caida, un paso en falso, un instante de descuido, ocasionaba la muerte del cazador, ó mas bien del cazado.

Hendrick estaba desesperado, sin aliento, cubierto de sudor y rendido de fatiga; sus piernas empezaban á flaquear, era imposible que pudiera continuar mucho tiempo semejante defensa, y no tenia probabilidad alguna de que el rinoceronte abandonara la partida. Era para él un juego, y las decepciones que esperimentaba á cada nuevo ataque habian exasperado su cólera.

Nuestro desgraciado amigo pensaba en su familia, en sus padres, su hermana y sus hermanos; se acordaba de Wilhelmina y de Graaf-Reinet, que ya no veria mas. Muerto en aquella estrecha garganta por

el horrible mónstruo que le perseguia con tanto encarnizamiento, siempre se ignoraria su desgraciado fin... ¡Ah! esclamó de pronto Hendrick. Era un grito de alegría que se escapaba de sus labios, en medio de los tristes pensamientos que le asaltaban.

Hacia ya un cuarto de hora que duraba aquella lucha desigual, y los dos campeones estaban en medio del desfiladero, en un sitio en que el cazador no habia penetrado aun. La casualidad hizo que levantara los ojos y distinguiera una especie de plataforma formada por un saliente de la montaña, á dos metros del suelo, y cuya anchura podia ser igualmente de dos metros; aquel descubrimiento le habia arrancado aquella alegre esclamacion. Parecia haber una caverna en la estremidad de la plataforma, ó por lo menos una grieta en la roca, pero Hendrick no se paró en este detalle, y sin detenerse á mirar segunda vez, se agarró al borde y subió precipitadamente á aquel milagroso refugio.

En un abrir y cerrar los ojos, estuvo instalado en él y pudo examinar sin temor al furioso animal que tenia á sus pies.

CAPITULO XXX.

HENDRICK EN ESTADO DE SITIO.

Una vez en la plataforma, respiró Hendrick libremente, aun cuando estaba muy sofocado, en la seguridad de que el rinoceronte no conseguiria alcanzarle. Todo lo que podia hacer aquel horrible animal era poner su hocico en el borde de la plataforma donde estaba el jóven, y aun para esto tenia que sostenerse con las patas traseras únicamente; soplaba con rábia, procurando coger á su enemigo con el labio superior, que es estensivo y prensil.

Hendrick no le permitió continuar por mucho tiempo aquellos esfuerzos amenazadores; estaba mas irritado que su agresor y con mas justos motivos: aprovechando la seguridad que le daba su posicion, dió un taconazo con su pesada bota en el hocico del mónstruo.

El rinoceronte retrocedió en seguida, arrojando gritos de furor; pero á pesar de la rábia que le animaba, no intentó escalar la plataforma, y se contentó con ir y venir á la base de la roca, con la evidente intencion de sitiar á su enemigo.

Hendrick pudo entonces examinar cómodamente aquel terrible animal; notó que el rinoceronte que estaba de centinela á sus pies era de una especie nueva, es decir, que no la habia visto nunca, pero que la conocia por haber oido hablar de ella. Hans le habia dicho que se encuentran en Africa, en toda la parte que se estiende desde el trópico de capricornio hasta el cabo de Buena Esperanza, cuatro especies de rinocerontes, y que probablemente existe una quinta en el Norte de aquella region.

De estas cuatro especies, dos son blancas y dos negras; los rinocerontes blancos se llaman el *kobaoba* y el *mouchocho*, y los negros son conocidos con el nombre de *borelé* y de *keitloa*.

Los rinocerontes blancos son de mayor tamaño que los negros y de un carácter mas dulce que estos; se alimentan principalmente de yerba, mientras los otros comen los retoños tiernos y las hojas de los arbustos. Los blancos son *unicornios*, ó por mejor decir, su cuerno anterior está muy desarrollado: el del mouchocho llega á tener á veces hasta 90 centímetros, y el del kobaoba suele ser aun mas largo, mientras que el cuerno posterior queda reducido á las proporciones de una simple protuberancia. Los blancos y los negros difieren no solamente por el color, sino que tambien por sus costumbres.

Puesto que el rinoceronte que sitiaba á Hendrick tenia la piel negra y no era un borelé tenia que ser un keitloa. El borelé, como ya hemos visto en uno de los capítulos precedentes, tiene únicamente grande el cuerno anterior, aun cuando no llegue nunca á la dimension del correspondiente del rinoceronte blanco, y el cuerno posterior, mas ó menos desarrollado, segun los individuos, no es nunca mas que una punta insignificante.

El rinoceronte que sitiaba á Hendrick tenia los dos cuernos del mismo tamaño poco mas ó menos y de unos 30 á 40 centímetros de longitud. El cuello era mas largo y el labio mas puntiagudo y mas elástico que el del borelé, lo que sabia nuestro amigo perfectamente, porque esta última especie es muy comun en las fronteras de la colonia.

El keitloa, que habita mucho mas al Norte, es infinitamente menos conocido; pero Hendrick habia oido decir á viejos cazadores que es aun mas feroz que el borelé y que en los parajes en que es mas numerosa la especie, es el animal que mas temen los indígenas, sin esceptuar el leon y el búfalo.

No estaba Hendrick asombrado del furor con que le habia atacado su enemigo, y se felicitaba en estremo de haber descubierto aquella banqueta, desde donde podia contemplar sin temor los terribles cuernos de su adversario.

—«¡Qué buen observatorio para Hans! se decia interiormente; ¡qué bien estaria aquí para estudiar la forma y los movimientos de este espantoso animal!»

En el mismo instante, como si hubiera querido responder al pensamiento del jóven, le hizo testigo el keitloa, por una repentina humorada, de una de las costumbres que caracterizan su especie.

Habia precisamente en frente del sitio en que estaba el cazador un espeso matorral y contra aquel nuevo adversario dirigió el rinoceronte todo su furor. Se precipitó con la cabeza baja sobre el objeto que acababa de llamar su atencion y rompió las ramas con sus cuernos, lo pisoteó todo y demostró una cólera tan grande como si se hubiera tratado de combatir á un encarnizado enemigo. Continuó este furioso ataque hasta que no quedó mas corteza en las ramas ni mas ramas en el matorral, dejándolo todo roto y arrasado.

La escena era tan curiosa que Hendrick no pudo contener la risa. Aquel estúpido furor le recordaba el combate de Don Quijote con los molinos de viento, pero no fue de larga duracion su alegre humor; las miradas que le dirigia el rinoceronte le probaban que tenia debajo un implacable enemigo.

Efectivamente, cuando no quedó el menor vestigio de matorral, volvió el keitloa al pie de la cornisa y fijó en el jóven sus pequeños ojos donde brillaba un fuego siniestro. Nuestro amigo empezó á inquietarse de semejante vigilancia; era evidente que el rinoceronte no pensaba en alejarse y la situacion iba siendo crítica.

Transcurrió una hora sin ocurrir ningun cambio en su posicion respectiva; el rinoceronte no se movia y la ansiedad del cazador aumentaba por momentos. Hendrick habia sufrido por la sed desde el primer momento de la caza de los blesboks, y el desgraciado hubiera dado todo lo que poseia en el mundo por un vaso de agua. Era medio dia, sin nada que le cubriera de los rayos del sol, con la espalda apoyada en una muralla abrasada, atormentado por la sed y sin poder calcular cuando concluiria su suplicio.

Mientras el rinoceronte continuara haciendo centinela y espiando sus movimientos era imposible que pudiera el cazador abandonar su refugio; volver á la llanura era buscar una muerte cierta y era necesario seguir en aquel horno hasta que á la fiera se le antojara marcharse.

¿No pensarian Hans y los demás cazadores que se

habia perdido y no seguirian sus huellas para encontrarle? Era probable; pero esta idea no se les ocurriria hasta la noche: ocurria con frecuencia que uno de ellos se alejaba del vivac desde por la mañana hasta la noche y este hecho no escitaba ya la menor inquietud. ¿Cómo soportaria el pobre Hendrick hasta el dia siguiente la horrible sed que abrasaba sus entrañas?

Podia además llover durante la noche, borrando el agua los pasos de su caballo; nada indicaria á sus amigos el sitio en que estaba cautivo, ¿y qué seria de él en semejante caso?

Tales eran las reflexiones que atravesaban por la imaginacion de Hendrick, mientras miraba colérico á su espantoso carcelero.

Poco le importaba al keitloa la rabia de su víctima; continuaba guardando el puesto, yendo y viniendo al pie de la plataforma ó deteniéndose para fijar en el cazador sus ojillos llenos de ira.

CAPITULO XXXI.

SORPRESA DEL RINOCERONTE.

A medida que pasaba el tiempo iba siendo mas ardiente la sed de Hendrick y mas viva su exasperacion. Habia examinado la montaña que se elevaba detrás de él con la esperanza de que podia escalarla y se convenció de que era una cosa completamente imposible. Habia algunos salientes de la roca por encima de su cabeza, ¿pero cómo llegar á ellos? La plataforma que le servia de refugio tenia alguna longitud, pero se iba estrechando de tal modo que por los estremos no era bastante ancha para que se pudiera andar. Hendrick no se habia movido del sitio en que habia puesto los pies por primera vez. Era la parte menos estrecha de la plataforma y por consecuencia donde estaba mas seguro contra el elástico labio del rinoceronte.

De pronto se acordó de haber notado desde abajo una sombra en el estremo de la cornisa, sombra que habia tomado por la entrada de una caverna ó por una hendidura de la roca. Aunque no le serviria de nada penetrar en aquella gruta y su posicion no seria menos crítica, se encontraria, sin embargo, resguardado de los rayos del sol, lo que no era de desdeñar.

Una consideracion mas importante impulsaba á Hendrick á ver si podia entrar en aquella caverna. Era posible que el rinoceronte le olvidara no viéndole mas; el borelé, el leon y otros animales peligrosos para el hombre lo hacen así, aunque lo que Hendrick habia oido decir del keitloa le dejaba pocas esperanzas. En todo caso bueno era probar, pues la cosa era fácil, y aun suponiendo que no produjera el resultado deseado, siempre tendria una ventaja descansando en una caverna cubierta de los rayos del sol, donde debia encontrar fresco.

Con los ojos fijos en el rinoceronte se deslizó nuestro amigo á lo largo de la roca hácia el sitio donde recordaba haber notado la abertura en cuestion.

El animal le siguió paso á paso y redobló su vigilancia; parecia que temia que se le escapara su víctima. La cornisa por donde marchaba Hendrick se iba estrechando cada vez mas, y nuestro cazador tenia que tomar mil precauciones, no porque se pudiera caer sino para escapar en aquel sitio del amenazador labio del rinoceronte. A pesar de todos los esfuerzos de su adversario consiguió Hendrick ganar la abertura de la gruta.

Era una caverna profunda y por consecuencia tenebrosa, cuyo orificio era bastante ancho para que pudiera pasar un hombre encorvado.

Ya estaba nuestro amigo bajo la bóveda de aquella caverna cuando un ruido particular que llegó hasta él le hizo estremecer como si le hubieran aplicado en los hombros un hierro candente. Un rugido formidable sucedió á este ruido y en su espanto tuvo la idea nuestro desgraciado Hendrick de huir saltando á tierra, á pesar de los cuernos del rinoceronte, que brillaban debajo de la cornisa á medio metro de sus pies.

La voz que habia oido no tenia nada de misteriosa; era imposible confundirla con ningun ruido de la tierra; ¡la caverna estaba habitada por un leon!

Los rugidos continuaban y se aproximaban por momentos; las enormes patas del felino removian ruidosamente los guijarros que habia en el suelo de la caverna; el leon se apresuraba á llegar.

Hendrick saltó con la ligereza de un gamo y corrió al otro estremo de la plataforma, mirando aterrorizado detrás de sí.

Su adversario no le acompañó en su huida. Sea que estuviera aterrado por el rugido del leon ó que absorbiera toda su atencion aquel nuevo actor, quedó inmóvil el rinoceronte, conservando la actitud que habia tomado al querer coger al cazador; tenia la barba apoyada en la cornisa y los ojos dirigidos hácia la gruta.

Un instante despues aparecia á la entrada de la caverna la poblada cabeza del rey de los animales, encontrándose frente á frente el leon y el rinoceronte.

Quedaron algunos segundos con los ojos fijos el uno en el otro; despues el keitloa, intimidado probablemente por la mirada del leon, retrocedió, bajando sus patas delanteras de la rampa en donde las tenia colocadas: sin duda no tenia deseo alguno de luchar con aquel nuevo antagonista. El leon, que habia sido sin duda turbado en su reposo, no estaba de humor para dejar impune semejante ofensa; mirando fijamente al rinoceronte y azotándose los costados con su poderosa cola se arrastró por el saliente de la roca y se lanzó en el aire yendo á caer sobre el enorme lomo del keitloa.

Pero se habia engañado al creer desgarrar aquel animal. Sus cortantes garras, á pesar de la prodigiosa fuerza de sus músculos, arañaron apenas la piel del enorme paquidermo. Si se hubiera tratado de un antílope ó de una girafa los hubiera matado sin esfuerzo, pero un rinoceronte no se destroza como una gacela y lejos de conseguir lacerar las carnes del monstruoso cuadrúpedo no consiguió el leon ni aun conservar la posicion que habia tomado.

Al sentir el paquidermo el peso de su feroz ginete se habia alejado de la montaña é imprimiendo á su cuerpo una sacudida que fue para el leon como un temblor de tierra, se libró de este arrojándolo en la llanura.

El leon se arrastró de nuevo, queriendo sin duda recobrar la posicion que habia perdido, pero el rinoceronte se volvió antes de que hubiera podido realizar este proyecto, cargándole con furor. La impetuosidad de la carrera y el peso de aquella masa gigantesca hubieran hecho indudablemente penetrar los dos cuernos del keitloa en la piel del animal mas duro que pueda existir.

El felino pareció apreciar la fuerza de aquel argumento, pues en vez de aguardar á pie firme el ataque de su enemigo escondió cobardemente la cola y atravesó la garganta que separaba la montaña perseguido por el rinoceronte, que le seguia como si se tratara de un gato.

Desde el sitio en que estaba colocado habia podido Hendrick seguir todos los detalles de esta interesante lucha, pero no pudo averiguar jamás si habia quedado vencedor el rinoceronte ó si se habia salvado el leon de la cólera del paquidermo. Cuando vió á los dos antagonistas pasar por delante de él remontando el desfiladero á toda velocidad, saltó de

la plataforma y se puso á correr con todas sus fuerzas en direccion opuesta.

Al llegar á la llanura dudó de la direccion que debia seguir. ¿Recorreria el camino que llevó al perseguir á los blesboks, ó seguiria la pista de su caballo á fin de encontrarle? Despues de un instante de reflexion prefirió seguir el primer medio y empezó á correr por la pista de los antílopes, mirando de tiempo en tiempo por encima del hombro para ver si le perseguia el rinoceronte. Con gran satisfaccion descubrió en vez del rinoceronte á su caballo, que habia vuelto tambien á la pista y que pastaba tranquilamente al abrigo de un matorral.

El escelente animal se dejó coger sin la menor dificultad y muy pronto estuvo Hendrick á caballo, dirigiéndose al vivac. Para llegar á él directamente no tenia mas que seguir las señales de los blesboks; como estos marchan siempre contra el viento no se separan de la línea recta. Nuestro amigo no tuvo dificultad alguna en seguir la pista del rebaño y despues de dos horas de marcha llegó al campamento, llevando á los perros, que habia encontrado en el camino.

Hans y Arend no escasearon las bromas al pobre Hendrick, pero Willen se abstuvo de chancearse; se acordaba de la delicadeza con que habia obrado Hendrick respecto á él cuando ocurrió su desgraciada caida, y en esta ocasion no quiso aparecer menos generoso que su rival. Era de presumir que Hendrick y Willem llegarian á ser grandes amigos.

CAPITULO XXXII.

UN INMENSO REBAÑO DE ANTÍLOPES.

Al dia siguiente fueron testigos nuestros amigos de un espectáculo de los mas estraordinarios; figuraos un número tan prodigioso de blesboks que la llanura se encontraba literalmente cubierta con sus purpúreas masas.

Aquella multitud, como el rebaño que habian cazado nuestros amigos la víspera, huia contra el viento, perseguido sin duda por algun enemigo formidable. Ocupaba un espacio de unos 800 metros de anchura, pero hubiera sido difícil apreciar la estension que hubiera podido cubrir; desfiló durante mas de una hora por delante de los boers en apretadas oleadas, unas veces tranquilo como un manso rio y otras veces agitado como un torrente impetuoso. Todos los miembros de esta innumerable multitud huian con el cuello tendido y las narices rozando el suelo, como sabuesos sobre una pista, saltando de vez en cuando por encima de las filas que se encontraban delante.

Entre aquellas masas compactas habia intervalos en que marchaban mas anchos los machos y un espacio completamente libre separaba de vez en cuando aquellas legiones distintas, parecidas á las columnas de un ejército en marcha.

La causa de aquellos intervalos provenia de que la inmensa legion de que se trata se componia de una infinidad de bandas particulares que obedecian al mismo impulso. Todas las veces que un rebaño de blesboks ó de bonteboks corre por un motivo cualquiera todos los de la misma especie que se aperciben de ello emprenden la fuga igualmente, y como todos tienen la costumbre de marchar contra el viento toman necesariamente la misma direccion, de donde resulta que el rebaño va engrosando con todos los que encuentra al paso. Aquel espectáculo maravilloso recordaba á nuestros cazadores lo que habian leido respecto de los rebaños de bisontes que recorren las praderas americanas y de aquellas miriadas de pichones viajeros que ocultan la luz del sol y que desgarran los árboles en que paran por la tarde.

Era imposible que nuestros amigos vieran pasar todos aquellos antílopes sin desear indemnizarse de sus desastres de la víspera; la esperiencia les habia demostrado como deben cazarse los blesboks y esta vez fueron mas felices que el dia precedente. En lugar de perseguir el rebaño ó de querer hacerle frente comprendieron que era necesario galopar á su lado; como los antílopes corrian contra el viento podian los cazadores mantenerse á la distancia de 200 á 300 metros, siendo fácil aproximarse de vez en cuando para enviarles una bala.

Habiendo adoptado este método corrieron nuestros amigos paralelamente al rebaño, al que se aproximaban por turno; á pesar de su constante tiroteo las víctimas eran escasas; media docena de blesboks cayeron únicamente, pero como entre ellos habia tantos machos como hembras quedaron nuestros cazadores completamente satisfechos. Habian matado aquellos antílopes únicamente para coger los cuernos y la piel y tres despojos eran mas que suficientes para contentar su ambicion.

La cacería habia sido de corta duracion, pero los caballos se encontraban muy fatigados despues de aquella rápida carrera y nuestros cazadores regresaron al vivac llevando del botin únicamente la cabeza, los cuernos, la piel de los antílopes y la cantidad de carne necesaria para uno ó dos dias.

Al desollar los blesboks quedaron nuestros amigos sorprendidos del agradable olor que despedia la piel de aquellos hermosos animales, producido sin duda por las plantas aromáticas que constituyen sus pastos.

Emplearon la tarde en limpiar aquellas hermosas pieles purpúreas de la grasa que tienen pegada y en estenderlas al sol, y cuando estuvieron bien secas las empaquetaron y guardaron en los wagones.

Willem y Hendrick fueron como siempre los directores de esta operacion. En cuanto á la preparacion de las cabezas, que era mucho mas difícil y exigia no solamente habilidad sino ciencia, correspondia de derecho al naturalista, que ayudado por Arend quedó satisfecho de aquella operacion. Hans llevaba con aquella intencion una caja de productos químicos, tales como jabon arsenical y otras materias de que se sirven los disecadores, y por la noche del mismo dia habia cuatro cabezas de blesboks con sus cuernos y su piel, montadas y en disposicion de clavarse en la pared.

Habia dos de macho y dos de hembra, formando dos parejas, de las cuales estaba destinada una á los Von Bloom y otra al salon de los Van Wyk.

La única diferencia que existe entre la cabeza del macho y la de la hembra del blesbok consiste en que los cuernos de la segunda son mas cortos y mas delgados. La hembra es igualmente mas pequeña y los colores de su piel son menos vivos. Las mismas diferencias se aplican á los bonteboks, de los cuales tuvieron la suerte nuestros amigos de procurarse los cuernos y las cabezas al dia siguiente.

En esta ocasion emplearon los cazadores el método que habia recomendado Willem con motivo de los blesboks, produciendo esta vez buenos resultados. Se recordará que dicho método consistia en escoger un puesto hácia el cual ojearan los bonteboks los dos colegiales.

Hans, Hendrick, Arend y Willem se colocaron á la espera y todos cuatro tuvieron la fortuna de matar un macho desde el sitio en que estaban colocados. Nuestro jóven sabio alcanzó la palma matando dos cabras pintadas, como suelen llamar tambien á los bonteboks.

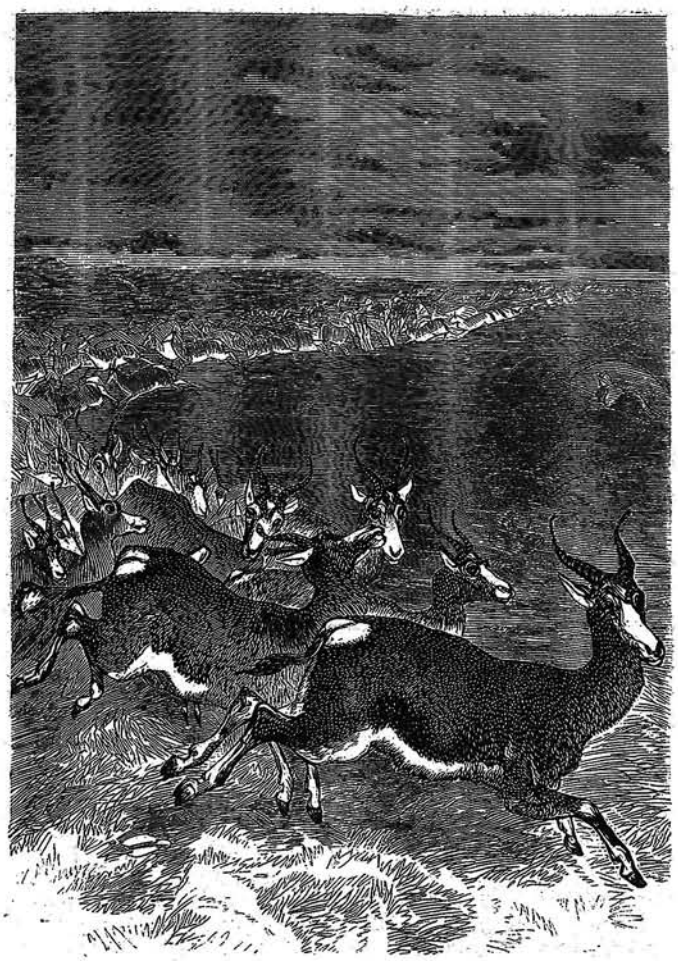
El éxito que obtuvieron con el método que tan malos resultados produjo con los blesboks no prueba

que estas dos especies de antílopes sean de diferente naturaleza; sus costumbres, por el contrario, son casi iguales.

Pero esta vez no habia la mas insignificante brisa y el aire estaba completamente inmóvil, lo que no solamente impedia que los bonteboks se reunieran contra el viento sino tambien que descubrieran los hormigueros que ocultaban á sus enemigos.

Resultó de esto que Klaas y Jan pudieron conducirlos hácia el sitio en que los esperaban nuestros cazadores, que pudieron tirarles cómodamente.

No hubieran podido sorprender el rebaño dirigiéndose hácia él. Los bonteboks se fian mas en su olfato que en sus ojos y estando tranquilos les hubiera sido imposible á los cazadores aproximarse. Es muy difícil, además, tirar bien en las llanuras del *Zuur-Veldt*, donde existe casi siempre el espejismo, impidiendo apuntar con precision; es á veces tan



Un inmenso rebaño de antílopes.

pronunciado que todos los objetos que se aperciben á cierta distancia aparecen completamente desfigurados. Un secretario parece tener el tamaño de un hombre y un avestruz adquiere las proporciones de un campanario. Los colores se desnaturalizan igualmente, hasta el punto de que unos viajeros tomaron una vez los dos leones por toldos blancos que cubrian sus carretas y se dirigieron hácia los dos felinos en la persuacion de que volvian á su campamento.

Despues de preparar los despojos de sus bonteboks, como hemos descrito ya á propósito de los blesboks, levantaron nuestros cazadores el campo y continuaron su espedicion por el *Zuur-Veldt*.

CAPITULO XXXIII.

LA MONTAÑA AISLADA.

Ya hemos dicho anteriormente que se encuentran en la comarca por donde viajaban los boers montañas cuya altura y forma varian singularmente. Se encuentran domos, masas cuadradas, conos, rocas de arista aguda como el techo de una casa, esbeltos picos que suben hasta las nubes como la flecha de una iglesia y rampas que parecen las murallas de una plaza fuerte, con masas cuadradas parecidas á las torres de la Edad Media que cortan de vez en cuando aquella línea de fortificaciones.

Esta diversidad de formas interesaba vivamente á nuestros jóvenes amigos. Unas veces les conducia el camino que habian emprendido al pie de una muralla de mas de 300 metros de altura, que se desplegaba en el espacio de muchas millas sin presentar la menor brecha. Otras veces era una garganta estrecha donde apenas podian penetrar las carretas y mas allá era un espolon que les interceptaba el paso y les obligaba á describir un circuito de muchos kilómetros.

Una mañana que recorrian nuestros amigos una llanura inmensa llamó su atencion una montaña por su singularidad. Apenas se elevaba á 250 metros sobre el nivel de la pradera, pero era imposible designarla con el nombre de colina. Ninguna eminencia, ninguna ondulacion rodeaba su base; surgia bruscamente de la superficie de la llanura, cuya verdura contrastaba de una manera chocante con el tinte sombrío de sus flancos de granito.

Aquella montaña afectaba la forma de una pirámide y de lejos parecia tan regular como si fuera obra de la mano del hombre. Al aproximarse parecia como un cono obtuso del cual salia una roca de unos nueve metros de altura y que desde abajo parecia terminar en una punta tan fina como una aguja.

Aquella roca suplementaria era lo que llamaba la atencion de nuestros viajeros; hacia ya algunos dias que habian visto otras montañas cónicas, pero aquella, que segun hizo notar Jan parecia un embudo del revés, diferia totalmente de todas las que habian visto hasta entonces. Se notaba desde lejos porque se encontraba aislada en medio de la llanura, de donde se destacaba tanto por su color como por su forma.

—«¿Por qué no vamos hasta allí? dijo Arend; no nos separamos mucho del camino y pronto nos reuniremos con los bueyes, que andan como tortugas. ¿Qué os parece? ¿es una buena idea?

—Ciertamente, respondió Hans, que se imaginaba que sobre una montaña tan estraña debia haber alguna planta nueva.

—¡Convenido!» esclamaron todos los cazadores, pues jamás proponia una cosa el naturalista sin que fuera aceptada.

Dirigieron sus caballos hácia la montaña, dejando á las carretas y los bueyes continuar su camino hácia el punto en que debian acampar por la noche.

En el momento en que la notaron por primera vez calcularon nuestros viajeros que la montaña se encontraba á kilómetro y medio todo lo mas. Hans pretendia que distaba 7 ú 8, pero ninguno participaba de esta opinion. Solo contra cinco, fue bromeado y contradicho en todos los tonos nuestro pobre naturalista: en medio de aquella desierta llanura ocurrió lo que acontece todos los dias en el mundo, parafraseando los cinco cazadores los argumentos conque los contemporáneos de Galileo acogieron las palabras de este hombre ilustre.

Voy á daros un consejo á propósito de esto: todas las veces que se emita delante de vosotros una idea de que no participeis, no os pronuncieis jamás contra ella por el sólo hecho de que difiere de las nociones que hayais adquirido. La mitad de las cosas que sabeis son erróneas; hablo principalmente de los preceptos en virtud de los cuales obran los hombres. Cuando se examinan los proverbios, esa pretendida sabiduría de las naciones, se ve que hay una buena parte que rechazan el raciocinio y la conciencia como falsos ó perjudiciales.

Hay desgraciadamente un hecho que viene en ayuda de los perversos, cuya intencion es estraviar á los demás para hacerlos sus víctimas, y deseo que no olvideis esta particularidad; no pretendo haberlo descubierto, pero creo que hasta el presente no se ha formulado esta ley, que se aplica lo mismo á los hechos del órden moral como á los del mundo material, á saber: que *toda verdad está velada por un sofisma mas verosimil que la verdad misma.*

No puedo citaros aquí los hechos que confirman esta asercion ni esplicarlos, pero confio en que un dia podamos abordar esta cuestion y tratarla frente á frente.

Me dirijo á la juventud que me lea, y le afirmo con la sinceridad de mi alma, que si reflexiona en las palabras que anteceden, y consigue comprender toda su importancia, habrá adquirido mas con esta frase que con todos los volúmenes que he publicado hasta ahora; en ella encontrará el secreto de la mayor parte de los errores y de los infortunios que afligen al género humano.

Volviendo á nuestra historia, esta frase os esplicará la diferencia de opinion que existia entre el naturalista y los otros cinco cazadores. Ninguno de estos últimos se tomaba el trabajo de reflexionar, y todos se referian completamente al testimonio de sus sentidos, sin razonar, y si por casualidad no hubieran metido nunca un baston en un agua trasparente, hubieran afirmado que el baston que les enseñaban de aquel modo estaba doblado de manera que formara un ángulo: hubieran sostenido tenazmente aquella opinion y se hubieran burlado del que hubiera osado contradecir *aquel hecho evidente que veian con sus propios ojos*, absolutamente del mismo modo que ponian en ridículo á nuestro pobre naturalista; ¡pobre muchacho, que pretendia que un objeto se encontraba á 8 kilómetros cuando era claro como la luz del dia que la distancia en cuestion no escedia de kilómetro y medio!

Ciertamente, la montaña no *parecia* estar mas lejos de los cazadores que lo que pretendian los cinco opositores del naturalista, que tenian la costumbre de medir las distancias con la vista en un país de tierras bajas. Pero nuestro jóven sabio, que no juzgaba nunca sin haber reflexionado, recordaba que estaban en una region situada á mas de 1,000 metros sobre el nivel del mar, y sabia por sus lecturas y por su propia esperiencia que á aquella altura suele el hombre ser juguete de una ilusion de óptica, de que no querian ni aun oir hablar nuestros cinco amigos. Hans admitia de buena voluntad que la montaña parecia todo lo mas á kilómetro y medio y les esplicaba la causa, pero todos persistian lo mismo en su primera opinion.

Por mucha que fuera la dulzura del jóven naturalista, concluyó por impacientarse por las burlas de sus camaradas, y deteniéndose repentinamente propuso medir la distancia, objeto de la disputa, proposicion que fue inmediatamente aceptada. Nuestros viajeros no tenian metro ni cadena, pero no tenian necesidad de estos instrumentos para medir la distancia que les separaba de la montaña, y fiando en el jóven naturalista, volvieron nuestros amigos al sitio en que habia comenzado la discusion.

¿Qué medio podia emplear nuestro sabio? ¿Iba á servirse de la trigonometría? Nada de esto; hubiera podido hacer uso de este procedimiento científico, pero el plan que queria seguir era mucho mas sencillo; ¿no era conducido por un escelente viametro?

Aquel fuerte caballo, de paso igual, sobre el cual viajaba nuestro amigo, poseia todas las cualidades necesarias para semejante esperiencia, y poniéndola á cierto aire, podia su dueño saber la distancia que habia recorrido con tanta exactitud como si tomara la medida por un medio matemático. Todas las veces que Hans abandonaba el caballo á sí mismo, tomaba éste aquel paso particular, andando por minuto cierta cantidad de pasos cuyo número sabia el naturalista; aquellos pasos eran iguales, y era suficiente contarlos ó marcar el tiempo que tardaba de un punto á otro para conocer la distancia que habia recorrido.

Con esta intencion habia acostumbrado el naturalista á su caballo á aquel paso regular; pero esta vez sacó su reló para arreglar la velocidad de su animal con mas exactitud, dirigiéndole á la montaña en línea recta.

Los demás le siguieron en silencio á fin de no distraerle de sus cálculos; sin esta causa hubieran continuado sus bromas, pero sólamente por algunos minutos, pues seguian marchando, y la montaña no

parecia mas próxima, empezando á poner la cara seria.

Cuando despues de media hora parecia aun la montaña á kilómetro y medio, los contradictores de Hans llevaban las orejas bajas.

Por último, cuando despues de la segunda media hora llegaron los caballos al pie de la montaña, ninguno de los cazadores se sorprendió de oir al naturalista esclamar con voz firme:

—¡Ocho kilómetros y medio!

Nadie intentó esta vez contradecir este aserto. Hans no se burló de sus camaradas, pero mirándoles fijamente les dijo estas palabras:

Toda verdad está velada por un sofisma mas verosímil que la verdad misma.

CAPITULO XXXIV.

ESPLORACION DE LA MONTAÑA.

Aunque de lejos parecia la montaña tener una superficie completamente lisa, cuando se aproximaron los viajeros presentó un aspecto completamente diferente. Enormes fragmentos de roca cubrian sus costados hasta la cúspide y la hacian parecer un cairn (1) gigantesco, parecido á los que se ven en algunas montañas de Inglaterra. Estos últimos han sido hechos por los hombres, mientras el monton de rocas que veian nuestros amigos, parecia obra de gigantes.

Habia, sin embargo, algunas señales de vegetacion entre todos aquellos restos; plantas de la familia de los cactus y algunos euforbios crecian en los intersticios de aquellas piedras; habia algunos árboles diseminados, con follaje parecido al del mirto y cuyo olor se estendia por los costados de la montaña, y el áloe arborescente elevaba por encima de las rocas sus flores de coral, cuyo color contrastaba vivamente con el del granito.

Cuando nuestros amigos estuvieron durante algunos minutos en la base de esta montaña, propuso uno de ellos trepar hasta su cúspide; no era alta ni muy empinada, y en un cuarto de hora escaso podian llegar á la cima; ¡qué panorama tan hermoso contemplarian desde aquel magnífico observatorio! Dominaba un espacio que nuestros amigos tardarian tres dias en atravesar, y quizás descubririan un camino diferente del que tenian la intencion de seguir, evitando de esta manera los obstáculos que pudiera oponerles la cordillera que tenian que atravesar.

—Decididamente, ¿trepamos por la montaña? preguntó el autor de la proposicion.

—¡Sí! ¡sí! replicaron sus camaradas, no menos deseosos que él de escalar aquel monton de piedras, los unos para gozar de su vista, los otros por el placer de trepar, y Klaas y Jan, porque habian visto un gran pájaro que volaba por los alrededores: era probablemente un águila, y nuestros colegiales tenian grandes deseos de hacer conocimiento mas íntimo con el rey de los aires.

El naturalista esperimentaba por su parte el mas vivo deseo de estudiar los vegetales que crecian en medio de aquella rocas, y que diferian esencialmente de todos los que habia encontrado hasta entonces en la llanura; ansiaba principalmente ver de mas cerca aquel árbol de hojas de mirto que llamaba su atencion.

Bajaron nuestros cazadores de sus caballos, pues hubiera sido imposible hacer montados aquella ascension, atando juntas por las bridas á todas sus monturas. Era el medio que empleaban cuando no habia árboles en donde sujetarlos, y ya estaban acostumbrados sus animales á este método, pues vivian en muy buena inteligencia y no tenian que temer de sus camaradas ni coz ni bocado. En cuanto á huir, hubiera sido necesario el consentimiento de toda la banda, y nuestros cazadores estaban completamente tranquilos respecto de este particular; los seis caballos no conseguian jamás entenderse, y aunque cinco de ellos hubieran consentido vagar á la aventura, se hubiera opuesto el caballo de Hans con todas sus fuerzas al proyecto de los conspiradores; su dueño le habia acostumbrado á esperarle sin moverse del sitio en donde le dejaba. ¡Cuántas veces le habia arrojado la brida al cuello el naturalista para ir á buscar una planta rara en la vertiente de una montaña ó en la espesura de un tallar!

Dejando, pues, sus caballos en la llanura, empezaron los viajeros su ascension. Pasaron primero entre enormes pedazos de granito y franquearon las cimas de las rocas; fue necesario que desplegaran mucha fuerza y habilidad. La mayor parte de ellos suponian en un principio que en cinco minutos podrian llegar al término, pero hacia tiempo que habian trascurrido los cinco minutos y quedaba aun tanto camino como el recorrido.

Nada hay mas engañoso que el aspecto de una montaña, y es raro no esperimentar esta decepcion cuando se trata de subir á ella. Hans, que lo sabia, perfectamente habia dicho á sus compañeros que necesitarian por lomenos media hora para ganar la cúspide del cono; mas de uno tuvo tentaciones de contradecirle, pero todos guardaron silencio por el temor de sufrir una nueva humillacion, contentándose con pensar que en cinco minutos llegarian al término de su ascension.

Al cabo de cinco minutos empezaron á cambiar de opinion, y ya habia trascurrido un cuarto de hora cuando aun estaban á mitad del camino.

Al llegar allí se detuvieron los viajeros á fin de cobrar aliento, lo que proporcionó ocasion al botánico para examinar el árbol de que hemos hablado, á cuya sombra se habian sentado nuestros amigos.

De un grueso regular y una altura poco elevada, aquel árbol, que parecia insignificante, tenia mucho valor á los ojos del naturalista; estaba cargado de ramas cubiertas de hojas pequeñas de un verde pálido, cuyo efecto general se aproximaba al de los mirtos; sus flores eran pequeñas y poco vistosas, procurando al botánico el medio de reconocer la familia á que pertenecia aquel árbol. Era una especie de *sándalo* que tenia mucha relacion con el *santalum album* (2) que nos envian de las Indias.

Todos nuestros cazadores conocian una infinidad de objetos fabricados con madera de sándalo, pero no sabian de dónde procedia aquella preciosa madera. Dirigieron muchas preguntas al naturalista, y éste, aprovechando esta circunstancia, les dió los detalles siguientes:

El árbol que produce la madera de sándalo y que pertenece á la familia de las *santaláceas*, crece en las partes montañosas del Malabar y en las islas del archipiélago indio. Crece poco y son muy escasos los que alcanzan un metro de circunferencia. La madera de sándalo es muy estimada á causa del agradable olor que despide, y principalmente porque este olor, que le impide pudrirse, preserva á los objetos que están inmediatos de los ataques del orin y de los insectos. Por este motivo es muy buscada para hacer cajas y mueblecitos de todas clases, y por su buen olor hacen con ella abanicos y collares que se venden á veces muy caros. Los brahmas lo emplean en los sacrificios que ofrecen á Vishnou, para perfumar el aceite de que hacen uso en estas ocasiones.

—¿No hay dos especies de madera de sándalo? preguntó Klaas, mi hermana tiene una cajita y un

(1) Monton de piedras que los pueblos del Norte depositaban sobre las tumbas de sus jefes.

(2) Sándalo blanco, llamado tambien sándalo de hojas de mirto.

collar que mi tio le trajo de las Indias y que son diferentes: la cajita es blanca y las cuentas del collar son de un hermoso amarillo; quizás están teñidas.

—No, respondió el botánico, es el color que tienen naturalmente. Hay dos especies de madera de sándalo; el blanco y el amarillo. Durante mucho tiempo se ha creido que estas dos especies eran producidas por árboles diferentes, pero es un error. Es verdad que existen muchas especies de sándalos blancos, pero el blanco y el amarillo son producidos por el mismo árbol: sólamente la parte que forma el corazon del árbol, que es mas vieja, y sobre todo cerca de la raiz, es de un amarillo oscuro, mientras la madera mas jóven y próxima á la corteza es blanquecina; la amarilla es mas dura y mas perfumada, y por consecuencia tiene mas valor.

Cuando se corta uno de estos árboles, se le despoja de su corteza y se le entierra durante unos dos meses, operacion que aumenta su perfume y lo hace mas agradable.

Mientras escuchaban estos detalles habian sacado sus cuchillos nuestros cazadores, y cortando cada cual una rama de sándalo, la aproximaron á sus narices, mascando la estremidad.

Notaron en aquellas ramas un perfume pronunciado, pero sin el menor sabor. Hans les dijo que lo mismo acontecia con el sándalo de las Indias, que tiene un olor muy fuerte y es completamente insípido.

Añadió que el nombre de esta madera preciosa no proviene de que se hagan con ella sandalias, sino que por el contrario este calzado tan incómodo ha sacado su nómbre del sándalo.

La palabra *sandal* viene del persa; su etimologia es *sandul*, que significa *útil*, calificacion aplicada al sándalo á causa del valor de su madera.

Hans dijo que las islas Sandwich suministran madera de sándalo, que proviene de unos árboles que no pertenecen á la misma familia del *santalum album*.

Despues que hubieron descansado nuestros amigos de una manera suficiente, emprendieron otra vez su ascension y llegaron, al cabo de un cuarto de hora, á la cima de la montaña.

CAPITULO XXXV.

EL HYRAX.

No era precisamente en la cima de la montaña en donde se encontraban los cazadores; estaban en la cima del cono principal, pero sobre ellos se elevaba siempre aquella aguja cuya singularidad les habia chocado, atrayéndoles hasta allí.

Aquella estraña flecha tenia de 9 á 10 metros de elevacion; sus costados estaban desgarrados y hendidos como si hubieran sido surcados por las lluvias é iban disminuyendo gradualmente, concluyendo en una punta que tenia todo lo mas 30 centímetros de circunferencia; pero en aquellos costados, desde la base hasta la cima se elevaban muchas agujas semejantes, de modo que aquel edificio, si así podemos llamarlo, ofrecia mucha semejanza con una torre gótica rodeada de torreones pequeños.

En cuanto á subir este último escalon de la montaña, ninguno de los cazadores pensó en ello; la empresa hubiera sido peligrosa escepto para un gato ó un pájaro.

Cuando hubieron examinado durante algun tiempo aquel fenómeno geológico, comenzaron nuestros amigos á esplorar la base. No era cosa fácil dar vuelta á aquella flecha, á causa de las rocas que obstruian la plataforma sobre la cual se elevaba, rocas que era necesario escalar, ó por en medio de las cuales se veian obligados nuestros cazadores á deslizarse con grandes esfuerzos.

De pronto se detuvieron sus miradas sobre un objeto que interrumpió su marcha y les hizo quedar inmóviles en la actitud de personas que observan alguna cosa.

A una mitad de la vertiente de la montaña habia una enorme roca cuya cima angulosa sobresalia de las demás y dominaba una gran parte del cono de que formaba parte. Un gran pájaro estaba posado en la punta de aquella roca de granito: su plumaje era negro á escepcion de una mancha blanca como la nieve que le cubria los hombros; tenia unas plumas oscuras que descendian hasta los dedos, que parecian de un amarillo brillante.

Su forma general, lo encorvado de su pico, la redondez de su cola, la dimension de sus alas, sus emplumadas patas, que parecian llevar pantalones, decian bastante cuál era su especie.

—¡Un águila! esclamaron los cazadores así que la vieron.

Era un águila, en efecto, una de las mayores que se conocen, el *águila buitre de Verreaux*, la que nuestros dos colegiales habian visto en el momento que se propuso escalar la montaña.

Estaba á unos 200 metros de nuestros cazadores y no habia oido sin duda los gritos y las risas de la alegre banda, que habia hecho mucho ruido al subir por las rocas, pues no parecia notar aquella vecindad. El hecho hubiera parecido estraño de parte de un animal tan huraño como un águila, si la atencion de ésta no hubiera estado absorbida por un objeto cualquiera.

Con las garras fijas en el pico de la roca, el cuello estendido, y la mirada dirigida hácia el sol, era evidente que espiaba alguna cosa con el mas vivo interés.

¡Qué blanco tan incitante para nuestros cazadores la mancha blanca del águila! Desgraciadamente estaba muy lejos para que la alcanzara una bala; únicamente el fusil de Willem podia alcanzar hasta allí, y aun así seria una casualidad matar el águila. Willem no disimulaba que habia muy pocas probabilidades, pero queria intentarlo no obstante. El naturalista le rogó que esperara un momento; estaba cierto de que el ave de rapiña meditaba algun atentado, y Hans tenia el mas vivo deseo de ser testigo de aquel curioso episodio.

Pronto apareció la víctima sobre una plataforma estrecha situada á unos 25 metros debajo de la roca en que estaba posada el águila. Era un pequeño cuadrúpedo de un gris oscuro, mas claro en el abdómen que en el lomo; parecia un conejo, aunque era mayor, mas esbelto, mas corto de patas y de orejas; su piel suave y lanosa como la de aquel roedor, estaba sembrada de largos pelos que sobresalian bastante de los de la piel. No tenia cola; los cuatro dedos de sus patas delanteras tenian cascos, en los miembros posteriores no tenia mas que tres igualmente con cascos, á escepcion del interno, que terminaba en una uña ordinaria.

Como se puede suponer, no repararon nuestros amigos todos aquellos detalles en el momento en que el pequeño cuadrúpedo apareció á su vista; estaba demasiado lejos para poderlo examinar tan detalladamente, pero mas tarde les comunicó todas estas particularidades Hans, que conocia perfectamente aquel animal. Si el cuadrúpedo de que se trata no tenia nada de notable por su aspecto, por su conformacion interior era uno de los animales mas interesantes del globo.

En aquel animalillo de pelo fino y sedoso, de formas redondeadas, de carácter dulce y tímido, que corria á la vista de nuestros viajeros, deteniéndose de vez en cuando para roer una hoja, en aquel pe-

queño cuadrúpedo inofensivo veian nuestros amigos á un próximo pariente del rinoceronte. A pesar de la falta de cuerno sobre la nariz, de su carácter, su piel, su tamaño y sus costumbres, era un verdadero paquidermo, segun Federico Cuvier. Sus dientes, su cráneo, sus dedos provistos de cascos son una prueba irrecusable.

¡Qué triunfo para la anatomía! esclama M. Cuvier, ¡qué triunfo demostrar que este animal que se creia un roedor es un rinoceronte!

—¿No es esto, continuó Hans, que acababa de hacer aquella cita, no es esto mas bien la prueba de la debilidad de las teorías anatómicas de M. Cuvier? A pesar de sus dientes de rinoceronte tiene ese animalillo todos los caracteres de un conejo.

—En vez de ese animal estúpido y monstruoso, que se precipita sin ser provocado sobre todos los objetos que encuentra, tenemos ahí un animal tímido y dulce que huye á la menor alarma y que tiene miedo hasta de su sombra. Veo en él por el contrario, como decia anteriormente, una prueba de la insuficiencia de la osteologia para indicar la manera de vivir de un animal; no creo que haya en toda la creacion ejemplo que demuestre de una manera mas victoriosa el error de los argumentos de Cuvier como este pequeño cuadrúpedo, que lleva el nombre de *hyrax*, y á pesar del ilustre sabio, persisto en decir que el hyrax es mas bien de la familia del conejo que de la del rinoceronte.

Tales fueron las palabras del jóven Von Bloom, palabras audaces para un naturalista de su edad. Verdad es que hay muy buenas razones para sostener que el hyrax no es un paquidermo; ¡se parece tan poco á esos animales acorazados con una piel impenetrable y su manera de vivir es tan diferente de la de un elefante ó un rinoceronte!

Es bien sencilla y puede contarse en pocas palabras. El hyrax vive en sociedad; habita las montañas y las regiones mas pedregosas; se esconde en las cavernas ó en las hendiduras de las rocas, de donde sale para ir á comer ó calentarse al sol: corre tímidamente, con aire asustado y receloso; se alimenta de yerba y de hojas de ciertas plantas, buscando ávidamente las que tienen cualidades aromáticas. Favorecido por los sitios escarpados que habita, se libra de la mayor parte de los cuadrúpedos carniceros, pero es presa de las aves de rapiña, y sobre todo de las águilas-buitres que hemos descrito antes. Tal es la historia del hyrax, que se llama además *daman*, *tejon de roca*, *conejo de montaña*, etc.

Es uno de esos animales anómalos que es imposible colocar en una clasificacion regular, y del que se ha hecho un género particular. Se conocen dos especies de damanes que difieren poco entre sí, y que son el hyrax de Siria y el del Cabo.

Ya hemos dicho que el naturalista no tuvo tiempo para dar todos estos detalles hasta mas tarde, pues apenas habia dejado su escondite el animalillo, seguido de dos ó tres de sus compañeros, cuando el águila se precipitó sobre la plataforma en donde estaban los hyrax.

Un grito agudo partió del grupo que cubria con su sombra el ave de rapiña, y nuestros amigos esperaron ver remontarse al águila llevando un daman entre sus garras.

Pero esperaron inútilmente, pues quedó chasqueada el ave; los damanes se dispersaron antes de que su enemigo pudiera coger ninguno de ellos y habian ganado su escondite, en donde estaban completamente seguros.

No era probable que salieran ya en todo el dia y tal debia ser la conviccion del águila porque elevándose en el aire y lanzando un grito de impaciencia se dirigió hácia el otro lado de la montaña.

CAPITULO XXXVI.

LOS SALTADORES DE ROCAS.

Nuestros cazadores se encogieron detrás de las rocas, apuntando sus carabinas, con la esperanza de matar el ave al vuelo, pero el águila pasó muy lejos de ellos para que pudieran tirar. Era sin duda un águila vieja hambrienta que habia llegado hasta allí cazando y que se dirigia con la misma intencion á las montañas próximas. Se habia elevado ya á una altura considerable y se alejaba ya, cuando detuvo repentinamente su vuelo, se balanceó algunos instantes en el aire y pareció examinar alguna cosa que llamaba de nuevo su atencion en la base de la montaña.

¿Se habian aventurado los damanes á salir de su escondite? No era probable, además de que el águila fijaba sus miradas en el lado opuesto; quizás la montaña contenia otros hyrax, pero en este caso no hubiera estado el águila cerniéndose sobre ellos como lo hacia entonces. No acostumbra esta especie á caer desde alto sobre el daman; se posa en los alrededores y queda en acecho, precipitándose sobre el hyrax así que abandona este su escondite, como habian visto hacer antes los cazadores.

El hyrax, en semejante ocasion, entra en su cueva con tal rapidez que se escaparia siempre de las garras del águila si esta cayera sobre él desde una altura considerable, y en caso de haber algun otro daman sobre cualquiera de las rocas inmediatas no hubiera dejado de distinguir al ave de rapiña y de huir inmediatamente. Era imposible que fuera un hyrax lo que llamaba la atencion del águila.

Hans, que con la esperanza de matar al ave ó por lo menos de enviarle una bala, habia trepado delante de sus compañeros y se encontraba ya del otro lado, veia muy bien que no era un daman lo que detenia el vuelo del águila, sino muchos animales de una especie completamente diferente.

A la mitad de la pendiente crecia un sándalo de los mas poblados y mayores que habia en la montaña; precisamente debajo del sándalo y cubierta por su sombra habia una peña chata cuya lisa superficie tenia muchos metros cuadrados. Aquella plataforma, que estaba á la sombra mientras el sol bañaba los alrededores, formaba un encantador sitio de reposo desde donde la vista dominaba la llanura y descubria un magnífico horizonte; era uno de esos deliciosos retiros que desea una imaginacion contemplativa para abandonarse á sus meditaciones.

Creo que la mayor parte de los animales salvajes tienen en cuenta la belleza del sitio en la eleccion que hacen de su residencia habitual. A la primera ojeada descubro la roca en que se establece el águila, el valle que frecuenta el ciervo y el gamo y el árbol bajo el cual prefieren descansar; la preferencia por estos sitios favoritos me parece que depende más bien de la belleza de ellos que de la seguridad que ofrezcan á los que los habitan.

Es difícil representarse aquella masa de rocas graníticas y aquella plataforma protegida contra los rayos del sol por un sándalo embalsamado sin pensar al mismo tiempo en encontrar en ella un ser viviente para gozar de aquella perfumada sombra, del encanto de aquella soledad y para animar la escena, que sin él estaria incompleta.

No estendia inútilmente el sándalo su sombra sobre la plataforma; Hans acababa de ver un grupo de animales que parecian creados espresamente para dar vida á aquel cuadro, á la vez gracioso y salvaje, y para animarle.

Aquel grupo encantador se componia de tres individuos pertenecientes á una especie que aun no

habian encontrado nuestros amigos desde que empezaron su espedicion.

Eran tres cuadrúpedos de color aceitunado con tonos amarillos, de diferente tamaño. El mayor era apenas del grueso de un perro perdiguero y el mas pequeño de la dimension de un cabrito; el que habia entre estos dos era casi de la talla del primero, solamente que no tenia cuernos mientras el otro sí; á pesar de esta diferencia era evidente que aquellos tres animales pertenecian á la misma especie. Eran efectivamente una familia de *klipspringers* ó saltadores de rocas (*oreotragus saltatrix.*)

Hans los reconoció en seguida é igualmente sus compañeros, pues aquel antílope se encuentra en el territorio de la colonia del Cabo, en todos los sitios donde las rocas inaccesibles y las montañas peñascosas le proporcionan un refugio contra los perros, los cazadores y las hienas.

Entre los numerosos representantes de la tribu de los antílopes que se encuentran en el Africa meridional el klipspringer es uno de los mas interesantes. Aunque de pequeño tamaño y de un valor insignificante se separa de tal modo de sus congéneres por su manera de vivir que es un objeto de curiosidad aun en la region que frecuenta. Jamás se le encuentra en las llanuras donde pacen el gnou, el oryx, el alce, el blesbok y tantos otros animales de la misma familia. Habita esclusivamente la montaña y sobre todo los precipicios, que le protegen contra los grandes carniceros; el leopardo mismo no puede perseguirle á pesar de sus uñas que le permiten trepar como un gato.

El klipspringer no tiene rival en el Mediodía de Africa para escalar las peñas, para saltar sobre las crestas de los precipicios de vertiginosa altura, donde no llegaria cuadrúpedo alguno; los únicos enemigos que puede temer son el águila de Verreaux, el águila cafre y el gipaeto.

Tiene unos 50 centímetros de altura, su cuerpo es vigoroso y sus miembros mas robustos que los de los pequeños antílopes de la pradera. Sus cuernos, cuya longitud no es mas que de 10 centímetros, suben verticalmente sobre su cabeza, se inclinan un poco hácia adelante en su parte superior, y tienen arrugas en la base y anillos en el centro. El pelo del saltador de rocas es largo, espeso, rudo, y está erizado, lo que da á este animal la apariencia de un puerco-espin. Cada uno de sus pelos es gris ceniciento en la base, oscuro en el medio y amarillo en la punta, de donde resulta que el tono general de su piel es aceitunado amarillento.

Uno de los rasgos mas característicos de este antílope es tener los pies conformados de una manera particular; sus cascos, en vez de ser alargados y puntiagudos como los de la mayor parte de los animales de su familia, son cilíndricos y colocados verticalmente sobre su base y dentados en los bordes, lo que permite al klipspringer agarrarse á la superficie de las rocas mas lisas y sujetarse fuertemente. Como sucede siempre con las obras de la naturaleza, el pie de este animal está perfectamente adaptado al terreno que frecuenta.

Este antílope no vive en rebaños; se le ve únicamente en parejas aisladas ó por familias, como la que habia llamado la atencion de nuestros cazadores.

En el momento en que el naturalista descubrió el grupo de que hablamos estaba el macho de pie en la roca, examinando la llanura que se desplegaba á su vista; la espesa copa del sándalo le impedia ver al águila, y la hembra, tendida en la plataforma, daba de mamar á su hijo, arrodillado á su lado.

De pronto se dibujó en la llanura la sombra del ave, agitándose á la vista del macho, que se estremeció y lanzó una especie de silbido, dando una patada en la roca; la hembra se levantó inmediatamente, imitándola su cria, y todos tres dirigieron sus inquietas miradas hácia la sombra que se deslizaba por la pradera; empezaron á saltar sin abandonar la roca que les servia de observatorio y por último distinguieron el ave de rapiña, que habiéndose alejado de la montaña no estaba ya oculta por la copa del sándalo.

Entonces fue cuando detuvo el águila su vuelo y pareció clavada en el cielo; habia descubierto á su vez á los antílopes y queria coger el pequeñuelo que procuraba ocultarse detrás de su madre. En un abrir y cerrar de ojos se aproximó á la montaña y cuando hubo disminuido la distancia que la separaba de la roca se precipitó sobre su presa. Pero á pesar de la rapidez de su caida no consiguió coger á su víctima y se elevó sin nada entre las uñas.

De los tres antílopes no quedaba ni uno en el sitio en que los habian visto nuestros cazadores; tan rápidos como el ave, habian escapado saltando de la plataforma y se hubiera creido que se habian precipitado en las hendiduras de la montaña, como habian hecho los hyrax; pero en vez de esto se les veia de pie en la cima de una peña desde donde acechaban al ave de rapiña; era evidente que esperaban un segundo ataque. En efecto, despues de haber calculado de nuevo la distancia se precipitó el águila sobre la víctima que habia designado.

El cervatillo saltó á su vez de roca en roca como una pelota de goma y consiguió salvarse como la primera vez de las garras del águila, pero esta, continuando la lucha, fue estrechando cada vez mas las órbitas que describia alrededor del pequeño saltador cuyos delicados miembros empezaron á temblar y flaquear por la fatiga. Los padres del pequeñuelo corrian mientras tanto por la cima de las rocas, escalando y descendiendo sus ásperas pendientes con tanta facilidad como si tuvieran alas. Deseaban atraer al águila, salvando de este modo á su hijo, pero el enemigo no prestaba la menor atencion á sus maniobras y se encarnizaba persiguiendo al cervatillo; habia sin duda en la montaña próxima algunos aguiluchos que esperaban su regreso y tenian necesidad de carne fresca.

Continuó cazando al animalillo hasta el momento en que este no tuvo ya bastante fuerza para saltar de la roca en que acababa de caer. El águila se precipitó por última vez sobre la montaña, hundió sus terribles garras en el lomo del pequeño cuadrúpedo y se elevó para huir con su presa.

Un valido agudo y doloroso salió del cono de granito y fue ahogado por la detonacion de muchas carabinas que se repitió de eco en eco, y el alado raptor, llevando aun á su víctima, cayó como una masa inerte.

CAPITULO XXXVII.

LA CAZA.

Los cazadores descendieron corriendo hasta el sitio en que habian caido los dos cadáveres; las garras del águila habian penetrado profundamente en la carne hasta la espina dorsal del antílope y no habian soltado su presa aun despues de muerta el ave.

Hay muchas personas que consideran la muerte del águila como un justo castigo; ¿pero cuál es su crímen? Es verdad que acababa de matar la cria de un antílope, un animal inofensivo y el mas inocente de todos los seres, pero la naturaleza ha querido que no tenga otro medio de existencia. Es posible que tuviera en su nido de rocas dos hambrientos aguiluchos cuyo insaciable estómago esperara con ansia al cervatillo, y de no llevarles alimento hubieran muerto de hambre. ¿Qué podia hacer aquella pobre águila sino proveer á las necesidades de su familia, aun á espensas de un padre y de una madre tan amantes

de su hijo como ella misma? ¿Quién puede imputarle aquella accion como un crímen? No habia matado el águila al cervatillo por divertirse, sino para satisfacer las exigencias del hambre y para obedecer á una de las leyes mas imperiosas de este mundo.

Esta ley parece cruel, pero si los hechos que impone son crímenes, la naturaleza únicamente es la responsable. No podemos comprender por qué los seres que habitan la tierra han sido creados para vivir los unos de los otros; es un enigma indescifrable para el corazon humano semejante cadena de destruccion.

Matar sin objeto y simplemente por destruir es una falta si no es un crímen, y nuestros cazadores podian acusarse de haberla cometido si al tirar al águila no hubieran obrado por honrosos motivos; aquel ave pertenecia á una especie rara y poco conocida, y el deseo de apoderarse de ella con un objeto científico habia motivado su muerte; dos balas del naturalista habian causado aquella catástrofe.

Los antílopes se encontraban vengados, pero no habia sido este el móvil de los cazadores al tirar al águila; no se habian propuesto proteger á los saltadores de rocas, y por el contrario cinco minutos despues de la muerte del ave todos los cazadores, seguidos de los perros perseguian á los dos antílopes con tanto afan como habian demostrado en destruir el ave de rapiña.

Tampoco era sin motivo y puramente por amor á la caza por lo que los boers querian matar aquellos antílopes, aun cuando habia entre los seis uno ó dos que no hubieran podido dar otra esplicacion de su conducta. La mayor parte esperimentaba el deseo de examinar de mas cerca aquellos curiosos animales y añadir sus despojos á los trofeos que ya poseian.

Me preguntareis qué interés podian tener en apoderarse de los cuernos de aquellos antílopes, puesto que los saltadores de rocas son bastante comunes en ciertos distritos de la provincia del Cabo. Es verdad que estos animales son numerosos en muchas regiones de la colonia, pero es raro que alguno de ellos sea muerto por la bala de un cazador; son tan tímidos y asustadizos como las gamuzas y habitan los sitios mas inaccesibles, de donde resulta que se considera como un hecho notable matar uno de estos antílopes y que sus cuernos, á pesar de su pequeñez, tienen bastante valor en un trofeo de caza.

Por este motivo querian nuestros amigos procurarse los del macho, que saltaba de roca en roca.

La primera cosa que tenian que hacer era combinar un método para cogerle.

Asustados por los tiros que habian muerto al ave de rapiña se precipitaban los saltadores de peña en peña y se encontraban ya en un pedazo de roca situada cerca de la base de la montaña.

Hendrick proponia perseguirlos inmediatamente y cazarlos en la llanura, donde pronto serian alcanzados por los perros, puesto que en buen terreno son aquellos antílopes malos corredores.

La proposicion parecia escelente; bastaba con que bajaran de la montaña los boers para que los dos saltadores emprendieran la fuga. Una vez en la pradera era negocio de los sabuesos, y desde el sitio en que estuvieran colocados no perderian los cazadores el mas insignificante detalle de aquella cacería interesante.

Convenido el método soltaron los perros y cazadores y sabuesos empezaron á correr. Marchaban con cuanta velocidad permitia la naturaleza de aquellos parajes y hubieran llegado á tiro de los antílopes en diez minutos si estos se hubieran quedado en el mismo sitio; pero apenas estaban nuestros amigos á la mitad del camino cuando aquellos ágiles animales habian dado vuelta á la montaña y volaban como pájaros de roca en roca.

Lo que habia de estraño en aquel modo de correr era que en vez de pasar por los claros que dejaban entre sí las peñas saltaban por encima de las rocas, de suerte que su carrera era una serie de saltos prodigiosos, cayendo á veces sobre unos picos tan estrechos que apenas habia el sitio necesario para poner los pies.

Los cazadores creyeron en un principio que no esperimentarian ninguna dificultad en alcanzar á aquellos animales. La montaña era tan pequeña que nada parecia tan sencillo como obligar á los dos saltadores á huir por la llanura; pero aquella empresa fracasó por completo; los antílopes evitaron sin esfuerzos la aproximacion de sus enemigos de los que se alejaban cada vez mas.

Los cazadores llamaron á los perros, pasaron al otro lado de la montaña y vieron otra vez á los antílopes sobre la aguda punta de una roca. Se dirigieron segunda vez hácia ellos procurando cercarlos, pero los dos saltadores empezaron la táctica que habian empleado antes y saltando sobre el abismo se encontraron en un abrir y cerrar de ojos al otro lado de los cazadores. Los perros, poco acostumbrados á semejante terreno, eran inútiles para la caza que perseguian, y aun suponiendo que los antílopes se hubieran encontrado por casualidad á tiro de los cazadores, el más hábil de estos no hubiera podido apuntarles, tal era la rapidez de los movimientos de aquellos animales: herirlos con perdigones hubiera sido mas difícil que matar una chocha al vuelo y con bala.

Los cazadores intentaron por tercera vez obligar á los antílopes á salir á la llanura, pero sin resultado. Imposible era decidir á aquellos astutos animales á que salieran de sus rocas y fue necesario buscar otro medio de llegar hasta ellos. No habian podido forzar á los antílopes á que bajaran de la montaña, pero si en vez de dirigirse hácia la llanura subian por el contrario desde la base del cono hasta la cúspide era probable que no se escaparan los antílopes.

—Los tenemos seguros, decia el autor de la proposicion, pues si continúan subiendo llegará á faltarles el terreno, y si bajan será necesario que pasen bastante cerca de nosotros para recibir una bala.

Fue adoptado este plan; se separaron nuestros amigos para cercar la montaña, acompañado cada uno de un perro, escepto Klaas que se vió obligado á marchar solo, á causa de que desde la aventura del blawbok constaba la jauría de cinco perros únicamente.

Colocados de este modo comenzaron nuestros amigos su ascension; subian lentamente sin perder de vista á sus vecinos de derecha é izquierda y advirtiéndose de vez en cuando de la posicion de los antílopes. Estos huian delante de los cazadores, describiendo zig-zags ó dirigiéndose en línea recta á la cima de la montaña.

Cuando los boers estuvieron á la mitad empezaron á alarmarse los antílopes; se veian cercados por todas partes y saltaban á un lado y otro como dos langostas.

Cada vez mas inquietos, resolvieron franquear el círculo de cazadores y se precipitaron audazmente hácia el naturalista. Aunque Hans no tenia grandes pretensiones en materia de caza era un escelente tirador, y echándose la carabina á la cara hizo fuego sobre los dos animales.

La hembra cayó sobre la roca y el macho, haciendo una pirueta continuó su carrera; durante este tiempo habian ganado terreno los perros y perseguian al antílope, al que se iban acercando. Parecia que el pobre animal no podria escapar de los cazadores. Se habia colocado sobre un pedazo de granito situado cerca de la base de la torrecilla que termina-

ba la montaña; los cinco sabuesos se precipitaron hácia él con la boca abierta, enseñando sus brillantes dientes que parecian iban á devorarle, cuando de pronto, como empujado por un resorte, llegó el animal al estrecho borde de una roca que se elevaba verticalmente delante de la jauría y donde no podian subir los perros: con dificultad hubiera podido sostenerse una comadreja sobre aquella rampa en que el antílope parecia estar cómodamente. No estuvo mucho tiempo en aquel sitio; asustado por los gritos de los cazadores, que se aproximaban cada vez mas, continuó su marcha ascendente, aprovechándose de las mas insignificantes desigualdades de la roca y no se detuvo hasta llegar á la misma punta de granito cuya finura tanto habia llamado la atencion de los viajeros.

A la vista de aquel prodigioso salto se escapó un grito de sorpresa de los labios de los boers. Ya he-

El águila cayó como una masa inerte.

mos dicho en una de las páginas precedentes que la punta de aquella aguja no tenia mas de diez centímetros de diámetro, y allí, replegado sobre sí mismo, con las cuatro patas unidas y los pelos erizados, se sostenia el pobre saltador, que habia llegado al término de su carrera.

Aunque estaba ya bastante cerca de los boers para que pudieran enviarle una bala, el espectáculo que ofrecia les habia admirado de tal modo que ninguno de ellos pensó en apretar el disparador de su arma. No tenian tampoco necesidad de apresurarse; el animal estaba en su poder y los perros rodeaban la base de la aguja en que estaba colocado: podian contemplarle cómodamente y estaban bien seguros de que no se escaparia.

No conocian los recursos de este curioso antílope. Mientras se felicitaban de haberlo acorralado se lanzó en el espacio y hendió el aire con el ruido del águila que se arroja sobre su presa, yendo á caer sobre un pedazo de granito que estaba detrás de los cazadores, y saltando de peña en peña como una pelota se encontró en algunos segundos en la base de la montaña.

Esta huida habia sido tan rápida y tan imprevista que los cazadores no pensaron en tirar hasta que estuvo ya demasiado lejos. Miraban con una sorpresa mezclada de estupor aquella retirada imposible cuando apareció un poco de humo en la base de la montaña; casi en el mismo instante se oyó la detonacion de un arma de fuego y cayó el antílope de cabeza de la roca en que estaba parado.

«¿De quien es ese tiro?» esclamaron los asombrados cazadores. Se contaron y vieron que no estaban mas que cinco; faltaba Klaas. Nuestro colegial habia demostrado que el premio de la carrera no pertenece necesariamente al mas ágil.

Klaas, un poco pesado por naturaleza y fatigado

de todas aquellas idas y venidas, subiendo y bajando la montaña, descansaba sentado en una peña aguardando á sus compañeros, cuando vió al antílope delante de él; el animal no le veia y creyéndose en seguridad tomaba aliento y estaba inmóvil. Nuestro colegial apuntó al antílope con su carabina cargada con postas y cayó el animal para no levantarse mas.

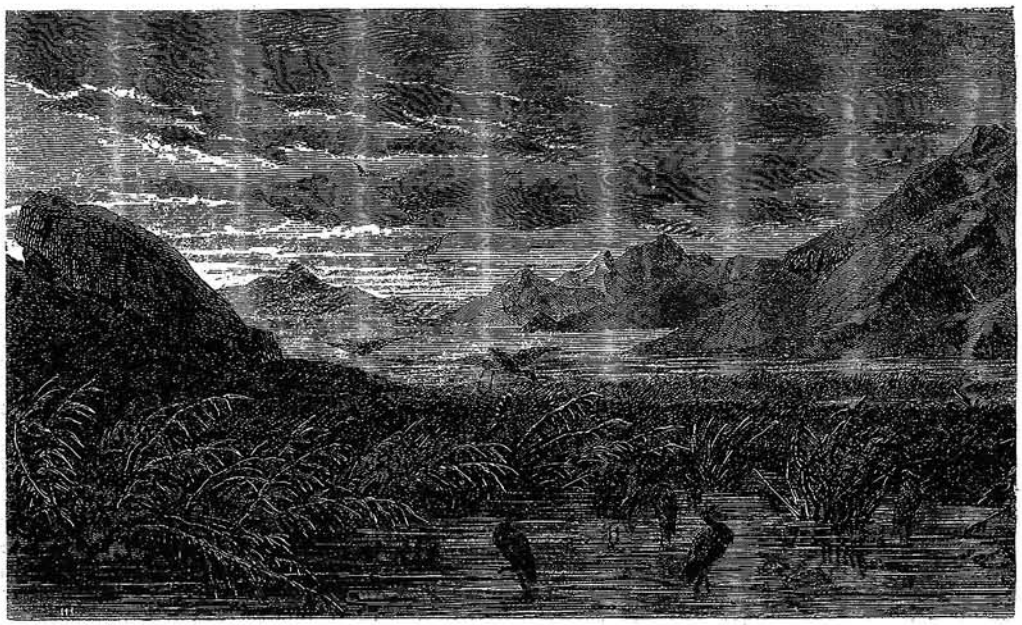
Jan, cuya rivalidad despertaba aquella hazaña, insinuó que aquel tiro era una casualidad de que no debia vanagloriarse, pero fuera suerte ó habilidad lo cierto era que Klaas habia muerto el antílope y que estaba orgulloso con su victoria.

CAPITULO XXXVIII.

LOS PÁJAROS ATREVIDOS.

Hacia ya tres dias que caminaban nuestros viajeros por las llanuras del Zuur-Veldt cuando llegaron cerca de un rio cuyas orillas siguieron, remontando la corriente.

El paisaje que se desplegaba á su vista diferia completamente del que dejaban á su espalda. Sauces y cañaverales cubrian las orillas del rio y por el lado opuesto se estendia una vasta pradera sembrada de



La yerba que tapizaba la orilla del rio era hermosisima.

bosquecillos de árboles, cuyo verdor parecia tanto mas hermoso á nuestros amigos por la escesiva aridez de las llanuras que acababan de atravesar. La aparicion de aquellos árboles y aquellas aguas trasparentes no era ya un efecto de espejismo, y cuadros tan amenos como variados recreaban á cada paso la vista de los viajeros.

La yerba que tapizaba la orilla del rio era hermosísima. Deseando nuestros amigos que sus bueyes se aprovecharan de ella se detuvieron temprano, estableciéndose en una praderita situada en la orilla del agua, cortando algunos sauces para mantener el fuego.

Durante todos estos preparativos observaron Klaas y Jan una considerable bandada de pájaros que se cernian sobre el rio, rozando de vez en cuando la superficie del agua, como hacen las golondrinas en las tardes del verano.

Aquellos pájaros no eran muy grandes; todo lo mas serian como pichones, y el color de sus plumas no tenia nada de notable; eran de un rojo oscuro, mezclado con gris y blanco, lo que formaba un matiz bastante pálido para unos pájaros del trópico, pero si hubieran estado mas cerca de los colegiales hubieran visto Jan y Klaas que tenian el pié y las patas de un anaranjado brillante. Presentaban además una particularidad que aun desde lejos llamó la atencion de nuestros jóvenes amigos: todos aquellos pájaros tenian la cola ahorquillada, propia de las golondrinas, y aunque las dos puntas caudales eran mucho menos pronunciadas que en estas últimas, este rasgo distintivo, unido á la forma del cuerpo y al color de su plumaje, era lo bastante para determinar la familia á que pertenecian y reconocer que eran milanos.

Quedaba por saber qué especie de milanos eran, puesto que hay muchos. Nuestros dos colegiales habian visto en un principio que eran aves de rapiña; Hans, á quien habian interrogado respecto de este particular, les habia respondido que eran milanos, añadiendo despues que era el *milano parásito*, (*Milous ater*) que se encuentra en toda el Africa y cuyo tamaño es algo menor que el del milano real.

Estos detalles doblaron el interés que inspiraban á los dos niños aquellas aves de ahorquillada cola, y deslizándose por la orilla del rio con la carabina en la mano acecharon con la mayor atencion todos los movimientos de la bandada.

En un principio parecia que estaban jugando los milanos; flotaban suavemente en el aire y se detenian como suspendidos por un hilo invisible, precipitándose de cuando en cuando sobre el rio, rozando unas veces su superficie y metiéndose otras en el agua. Pronto se conocia cual era la intencion de los milanos; cada vez que salia uno de ellos del agua era fácil ver que llevaba entre sus uñas un pececillo cuyas escamas brillaban al sol; aquellos parásitos se dedi-

caban á la pesca, no por placer, como lo hacen ciertas aves pescadoras, sino por necesidad.

No es el pescado el único alimento del milano parásito; es casi omnívoro y come cuadrúpedos pequeños pájaros y reptiles, sin desdeñar la carroña cuando no encuentra otra cosa, pero como es muy aficionado á los peces, cuando habita comarcas en que son abundantes se dedica al oficio de pescador.

Klaas y Jan confiaban en matar algunos de aquellos pájaros, pero despues de haber esperado inútilmente á que los parásitos se aproximaran á la orilla, renunciaron á su esperanza y regresaron al vivac donde les llamaba la comida.

Nuestros viajeros, sentados alrededor de las cajas que habian sacado de las carretas, comian con buen apetito una gran abutarda que los boers llaman *pavo real salvaje*; el grueso Willem habia matado aquella misma mañana aquella escelente pieza, gracias al alcance de su enorme fusil, pues hay pocas aves tan circunspectas como la gran abutarda y es muy raro que se aproxime á un sitio en que pueda estar oculto un cazador. A pesar de su volúmen es una de las aves del mediodia de Africa mas estimada por su carne. No creo que haya nada mas delicado, á no ser el pavo salvaje de la América del Norte.

Nuestros cazadores asaron aquella hermosa pieza con el mayor esmero. Arend acababa de trincharla y todos nuestros amigos tenian en la mano su parte, felicitándose cada cual por el pedazo que le habia caido en suerte.

Mientras los viajeros se dedicaban á aquella dulce ocupacion empezaron los milanos á revolotear á su alrededor. Jan y Klaas quedaron tanto mas sorprendidos cuanto que durante mas de una hora se habian esforzado inútilmente en aproximarse á aquellas aves. Entonces era fácil tirarles; aquellos atrevidos se posaban á algunos pasos de los cazadores, se detenian en el aire, hacian una pirueta, se ponian de espaldas y concluyeron por ejecutar tan estrañas evoluciones que nuestros amigos soltaron la carcajada, y no solamente Facetanné sino aun el grave zoulou les hizo coro.

Pero no concluyeron en esto los milanos; cada vez mas audaces se aproximaban á los cazadores siempre que hacian una cabriola, concluyendo muchos de ellos por arrebatar los pedazos de abutarda que nuestros amigos tenian en la mano, probando de este modo la verdad del adagio «de la mano á la boca se pierde la sopa.»

Los mismos perros fueron víctimas de aquellos imprudentes ladrones, que llegaron hasta á arrebatarles de la boca los huesos que estaban royendo.

Si no hubieran contenido á Klaas y Jan no hubiera durado mucho tiempo la insolencia de los parásitos. Al aproximarse aquellas aves habian cogido sus carabinas los dos colegiales, pero sus compañeros les impidieron hacer uso de ellas, y principalmente Hans, que deseaba observar los movimientos de aquellos curiosos parásitos.

Permitieron despues á los colegiales que tiraran á los milanos y mataron muchos sin conseguir alejar á los demás; muchos de los que estaban únicamente heridos volvian cerca del vivac y fijaban sus ávidas miradas en los pedazos de carne que habian sobrado de la comida.

Un curioso incidente vino á aumentar la alegría de los cazadores.

El naturalista habia muerto aquella mañana un pichon que habita únicamente el interior del mediodia de Africa, que tiene las alas y el cuerpo de un verde oscuro. La especie es bastante rara y Hans tenia intencion de conservar la piel para empajarla; despues que hubo comido cogió su pichon, le quitó la piel, arrojó la carne á los perros y se preparó á estraer los sesos del ave. Klaas y Jan, fatigados de tirar habian abandonado sus armas, por lo que los parásitos se apresuraron á volver, desplegando mas audacia que nunca.

Uno de ellos, viendo al naturalista ocupado con su pichon y suponiendo que el cuerpo del ave continuaba dentro de la piel, se arrojó sobre el brillante despojo, lo cogió con sus uñas y lo arrebató instantáneamente. Nuestro preparador, absorbido en su trabajo, no habia visto aproximarse al ave y pensó que uno de los dos colegiales le daba aquella broma, pero al levantar la vista distinguió al verdadero culpable, y aunque todos los cazadores corrieron á coger sus armas quedó perdida para siempre la piel del pichon; el milano, despues de elevarse á grande altura se dirigió á la otra orilla del rio, llevándose aquella piel vacia en la que no quedaba ni un átomo de carne.

CAPITULO XXXIX.

EL ANTÍLOPE ACUÁTICO.

El sitio en que estaban acampados nuestros cazadores se elevaba unos dos metros sobre el nivel del agua. La orilla opuesta dominaba igualmente la superficie del rio, pero habia por los dos lados una brecha que se inclinaba en suave pendiente hasta el lecho. Aquellas dos brechas, que se encontraban una en frente de otra no eran la obra de la naturaleza; estaban hechas sin duda alguna por grandes cuadrúpedos, tales como el rinoceronte, que acostumbraban ir á beber ó vadear el rio por aquel sitio. Se veian en las dos orillas las señales de numerosos animales que confirmaban aquella opinion.

Era probable que despues de ponerse el sol acudieran muchos animales salvajes á aquel abrevadero, decidiendo Willem y Hendrick colocarse al acecho y esperar á los animales que fueran á beber. Contaban nuestros cazadores con una noche magnífica; habia luna llena y el cielo estaba desde por la mañana de una pureza sin igual, pero no tuvieron necesidad de aguardar á la noche para comenzar la caza.

Ocupados estaban nuestros dos amigos en sus preparativos para la noche cuando llamaron su atencion ciertos movimientos que se notaban en la otra orilla. El ribazo se abria de una manera igual en aquel sitio por ambas orillas, y una de aquellas aberturas correspondia al punto en que estaba situado el vivac. Alrededor de la brecha crecia una espesa muralla de enormes cañas mezcladas con sauces y árboles poco elevados; allí tenian lugar los movimientos que habian despertado la atencion de los cazadores.

Algunos minutos despues salió de la espesura un hermoso animal y avanzando atrevidamente, por el claro en que la yerba córta permitia verle desde los cuernos hasta los cascos, pudo conocerse que pertenecia á la familia de los antílopes.

Era un animal de formas elegantes y marcha magestuosa que no habian visto jamás los boers.

Podria tener 1 metro 50 centímetros de altura y mas de 2 metros 60 centímetros de largo. El color general de su piel era de sepia oscura con tonos grises, cuyo color era mas oscuro alrededor de la base de los cuernos y en la frente, donde estaba mezclado con rojo; el hocico era blanco y una mancha del mismo color se estendia por la garganta; una raya de idéntico color se dibujaba en cada ojo y una banda oval, igualmente blanca se veia alrededor de la cola, cuya longitud era de 40 á 45 centímetros y que terminaba en un manojo de pelos. La piel de aquel animal era ruda y tenia mas semejanza con raspaduras de ballena que con el pelo ordinario; en el cuello era mas largo y estaba derecho como la crin de ciertos animales. Los cuernos, de un verde blanquecino, tendrian unos 90 centímetros; se inclinaban un poco

hácia atrás y tenian muchos anillos desde la base hasta unos 15 centímetros de su estremidad.

En la elegante figura de aquel antílope, en la forma é inclinacion de sus cuernos, como tambien en el pelo rígido que cubria el cuello de aquel noble animal reconoció el naturalista al antílope acuático, llamado por los sabios *egocerus ellipsiprymnus*, y que es celebrado como uno de los mas hermosos de la tribu.

Pudiera creerse, por el nombre que lleva este animal, que vive habitualmente en el agua, pero no hay nada de esto; se le llama antílope acuático ó antílope de agua porque no se aleja nunca de los rios ó de los lagos, donde se baña con delicia y donde pasa las horas mas calurosas del dia.

Es un escelente nadador y es tal su confianza en aquel medio de salvacion que cuando es perseguido por un enemigo cualquiera se dirige inmediatamente hácia el rio y se precipita en él sin inquietarse de la profundidad del agua ó de la rapidez de la corriente. Esta costumbre pertenece igualmente á muchos plenicornios; pero el objeto de estos al arrojarse al agua es el de estraviar á los perros y cuando han atravesado el rio ó el estanque que encuentran entran otra vez en el bosque y prosiguen su carrera. El antílope de que hablamos no se limita á atravesar el rio; desciende por él nadando mas ó menos tiempo y si sale á la orilla opuesta vuelve otra vez al agua despues de un pequeño rodeo por el bosque. El agua es para él un asilo, un refugio donde se encuentra mas seguro que en otra parte, y cuando los que le persiguen están á punto de alcanzarle en medio del rio hace frente al enemigo.

Habita con preferencia las orillas pantanosas cubiertas de cañaverales ó de grandes yerbas acuáticas, y es raro verle en la época del año en que se desbordan los rios porque vive entonces en medio de pantanos donde no puede penetrar el cazador. Sus largos pies, cuyos cascos adquieren enormes dimensiones, le permiten correr sin peligro por el fango donde otros antílopes desaparecerian por completo.

El antílope de agua ha sido clasificado por los naturalistas con los *egocerus* (1), pero difiere de todos los animales de este grupo, tanto por los cuernos como por sus costumbres, y merece formar un género aparte donde no estaria aislado, pues recientemente se ha descubierto una segunda especie de antílope acuático en las orillas del lago Ngami. Esta especie, que los indígenas llaman *leché* se aproxima bastante por la forma de sus cuernos y por su manera de vivir al *egocerus ellipsiprymnus*.

Se ha encontrado tambien, en las orillas del lago Ngami una tercera especie de antílope acuático, pero aunque se parece á las dos anteriores por sus costumbres, difiere por sus caracteres esteriores. Sus cuernos en espiral, por ejemplo, ofrecen gran semejanza con los del condou, y los naturales lo han colocado entre los *tragelaphos*. Los naturalistas del pais que habita le llaman *Nakong*.

Ya hemos dicho que nuestros cazadores no conocian el antílope de agua, á causa de que este animal no se encuentra en ninguna de las comarcas que habian recorrido. Es un habitante de los climas cálidos y sus dominios empiezan en los trópicos y concluyen antes de las fronteras de la colonia del Cabo. Es posible que haya otras especies del mismo género en las orillas de los rios que bañan el centro del continente; ¡cuántos paises y animales curiosos hay aun completamente desconocidos para los geógrafos y naturalistas, desde el punto donde han penetrado los últimos esploradores del Africa austral hasta el desierto de Sahara!

Si algun dia deseais adquirir la gloria de los Bruce, de los Mungo-Park, de los Denham, de los Clapperton, de los Caillé, de los Lander, de los Livingstone ó de los Barth, no temais que os falte ocasion. Quedan aun en Africa bastantes regiones desconocidas para emplear durante un siglo los espíritus aventureros. Garantizo en todo caso al naturalista inteligente una abundante recoleccion de descubrimientos hasta el año 2000, que es mas de lo suficiente para llenar vuestra existencia.

(1) Antílopes de cuernos de cabra.

CAPITULO XL.

EL REPTIL VORAZ.

Todos los cazadores tenian fijos los ojos en aquel hermoso animal que se aproximaba al rio. Avanzó con paso magestuoso, descendió la pendiente que conducia al rio y entró en el agua sin la menor vacilacion.

Los jóvenes esperaban que el antílope atravesaria el rio; si se quedaba en la orilla opuesta la distancia era muy grande para que alcanzara una bala, pero si atravesaba el agua seria diferente; para asegurar mejor el tiro se deslizaron Hendrick y Willem en medio de los cañaverales y llegaron hasta la brecha que hemos indicado.

Pero el antílope no tenia intencion de pasar á la otra orilla; habia ido únicamente para beber, dió algunos pasos por el rio, se detuvo y metió el hocico en el agua para apagar su sed.

Habia por casualidad una especie de viga en el sitio por donde habia entrado el antílope en el rio; estaba tendida paralelamente á la orilla y parecia flotar, aun cuando no se distinguia mas que la parte superior; saturada de agua era sin duda muy pesada, por cuyo motivo se hundia tanto. Nuestros amigos no dieron importancia alguna á aquel madero, que seria algun tronco de árbol, quizás el de una acacia, cuya corteza es negra, y que arrastrada por la corriente en la época de la inundacion se habia detenido al pié de la rampa de que hemos hablado. Como semejantes encuentros son muy frecuentes no se inquietó por él el antílope. ¡Fatal seguridad! mas le hubiera valido que impulsado, por el temor hubiera examinado aquella viga medio sumergida en el agua, pues á pesar de su corteza negra no era el tronco de una acacia.

Con gran asombro de nuestros cazadores y sin duda con mayor sorpresa del antílope, se agitó repentinamente aquel tronco inmóvil y se lanzó como una flecha hácia el sitio en que bebia el pobre animal. No era un madero inerte sino un repugnante cocodrilo de agudos dientes y escamosa piel.

Hendrick y Willen esperaban ver huir al antílope y ciertamente lo hubiera hecho á ser mas torpe el reptil, pero el espantoso mónstruo habia cogido el hocico de su víctima con sus poderosas mandíbulas y procuraba arrastrar al pobre animal.

El antílope se defendia valientemente; se sumergió en el rio, volvió á la superficie y se esforzó en escapar de la presion de su horrible enemigo; tres veces se arrodilló dominado por el cocodrilo y otras tantas consiguió levantarse, concluyendo por arrastrar al cocodrilo hasta la orilla.

El pobre animal no cesaba de golpear á su verdugo con toda la fuerza de sus brazos vigorosos; ¡pero qué daño podia hacer en la gruesa coraza de su horrible adversario! Cogido por el hocico, le era imposible hacer uso de sus cuernos, que constituyen sus armas defensivas.

El cocodrilo no era de los mas grandes de la especie, sin lo cual hubiera durado la lucha mucho menos. Algunos de estos reptiles tienen 6 metros de longitud y su fuerza es bastante para arrastrar al fondo del agua un búfalo, que es cuatro veces mas fuerte que el antílope que nos ocupa. El que habia cogido á este no tenia mas que 3 metros, y su víctima hubiera podido escaparse si el mónstruo no la

hubiera cogido por el hocico. El reptil lo comprendia sin duda y se guardaba bien de abrir sus mandíbulas, en las cuales estaba cogido el hocico del antílope como con tenazas.

Como el antílope habia logrado sacar fuera del rio la mitad del cuerpo del mónstruo, distinguian los cazadores su pecho y sus patas de delante, estendidas como una mano, pudiendo observar todos los incidentes de la lucha. El reptil se servia de su poderosa cola como de un punto de apoyo, y consiguió arrastrar la cabeza del antílope debajo del agua, manteniéndola asi durante algun tiempo, sin que el pobre animal cesara de revolverse en medio de las olas de espuma y las burbujas que indicaban la escena del combate.

La lucha iba siendo mas débil; el egocerus fue arrastrado por el reptil á cierta distancia de la orilla y cuando perdió pie, le fue imposible defenderse por mas tiempo. A pesar de su habilidad como nadador, no podia rivalizar en este ejercicio con el repugnante anfibio; sus cuernos se hundieron poco á poco, el agua se agitó por los últimos esfuerzos que hacia el cocodrilo para triunfar del antílope, y el verdugo y la víctima desaparecieron en el fondo del rio.

Los cazadores se quedaron por algunos instantes en la orilla del agua con los ojos fijos en el sitio en donde habia desaparecido el egocerus. Una espuma sangrienta enrojeció la superficie del agua, pero la corriente la arrastró en seguida, y el rio se deslizó tranquilo y silencioso como si en su seno no hubiera ocurrido acontecimiento alguno.

Hendrick y Willem regresaron al vivac, y la conversacion recayó naturalmente sobre los cocodrilos de aquella parte de Africa. El zoulou tomó parte en ella; habia cazado durante mucho tiempo en las orillas del Limpopo, que se encuentra al Nordeste del punto en que estaban acampados los cazadores, y los cocodrilos son muy numerosos en aquel rio, donde hay algunos de proporciones monstruosas. Segun Congo, hay reptiles de esta especie que tienen hasta 9 metros de longitud y cuyo cuerpo es tan grueso como el de un rinoceronte; atacan á los búfalos, á los que acechan en los sitios donde estos acuden á beber, y los cogen por el hocico de la misma manera que hemos descrito á propósito del antílope, asfixiándolos debajo del agua.

Entre las costumbres de estos mónstruos relató una el zoulou, que entretuvo mucho á su auditorio. Segun él el cocodrilo no devora jamás su presa hasta que está completamente en descomposicion. Cuando uno de estos reptiles mata un búfalo ú otro animal de gran tamaño, decia Congo, lo arrastra hasta la orilla y lo deja espuesto á la accion del sol hasta que la carne está *podrida á punto*. Nuestros amigos lo habian oido ya decir, y no querian creerlo, á pesar de las protestas del zoulou, que les aseguraba que aquella costumbre del cocodrilo es perfectamente conocida de los ribereños del Limpopo.

A pesar de las burlas de ciertos naturalistas, que sin embargo no tienen ningun interés en negar el hecho, el negro tenia razon y pronto vieron la prueba los cazadores.

Ya hemos dicho que el cocodrilo y su víctima habian desaparecido en el fondo del agua, pero no para siempre. Al poco tiempo volvieron á verlos los boers, el grueso Willem mató al anfibio, y Congo, Facetanné y los perros tuvieron una escelente cena con la carne del antílope.

Hé aquí cómo aconteció la cosa. Hans habia empezado una disertacion sobre los cocodrilos en general. A propósito de las nuevas especies que han sido descubiertas recientemente, hablaba á sus compañeros de los progresos que las ciencias han hecho desde hace medio siglo, y volviendo á los saurios que habian ocasionado aquella digresion, les decia que los naturales modernos han dividido los cocodrilos en muchos géneros; que comprendiendo los gaviales de Asia, los aligatores y caimanes de América, tiene esta familia una docena de especies vivientes, mientras que hace algunos años no se conocian mas que tres. Añadió que independientemente de los aligatores posee la América verdaderos cocodrilos, y que el número de especies americanas escede del que tienen juntas Asia y Africa. Hacia notar á sus oyentes que estos grandes reptiles no existen en Europa ni en Australia, y se estendia sobre las dificultades que ofrece la determinacion de los géneros y las especies de esta familia cuando el zoulou, que tenia fijos los ojos en el rio, se volvió hácia el jóven sabio y le indicó un grupo de cañas, cuyas puntas se elevaban sobre el agua.

Todos los cazadores miraron en la direccion indicada y vieron que las cañas se agitaban, separándose y rompiéndose como por efecto de una violenta presion. ¿Cuál podia ser la causa de semejante desórden? Un animal salvaje se desliza por en medio de las grandes yerbas sin hacer todo aquel ruido y procurando ocultar en todo lo posible los movimientos que se ve obligado á efectuar. Alguna cosa estraña pasaba en aquel sitio, y deseando nuestros cazadores saber lo que era, se aproximaron á la orilla. Se deslizaron por entre las yerbas guardando un profundo silencio, á fin de no asustar al individuo que querian reconocer.

Por fortuna no estaban las cañas tan apretadas que no se pudiera ver lo que en ellas pasaba, y cuando nuestros amigos llegaron cerca del rio, distinguieron en el sitio en que tenia lugar todo aquel ruido, un gran objeto de color oscuro, que debia ser un cocodrilo.

¿Era el mismo que habia muerto al antílope? Los cazadores no hubieran podido decirlo, pero al cabo de algunos instantes no les quedó la menor duda respecto de este particular; el cocodrilo arrastraba el cadáver del antílope con la evidente intencion de sacarlo del rio. Empleaba, para conseguir su objeto, sus mandíbulas, sus brazos y su hocico, unas veces arrastrando el cuerpo del animal y otras empujándolo hácia la orilla.

Los boers contemplaban en silencio aquella maniobra para no interrumpirle, pero Willem, que habia llevado su fusil, se aprovechó de un momento en que el saurio descansaba y le metió por el ojo una bala que le atravesó el cráneo.

El reptil se sumergió inmediatamente dejando una señal sangrienta. Pronto volvió á aparecer en la superficie del agua, salió á medias del rio, agitado por las convulsiones de una espantosa agonía, ocultó la cabeza bajo las oleadas que levantaba, azotó el aire con su cola, enseñó de nuevo sus abiertas fauces, y cayó despues en el fondo del agua como una piedra, esta vez para no volver á aparecer mas.

Los dos negros corrieron al cañaveral y se apoderaron del antílope, algo estropeado por los dientes del reptil, y lo arrastraron hasta el vivac lanzando gritos de triunfo.

CAPITULO XLI.

LAS PINTADAS.

Facetanné y Congo cenaban medianamente con un pedazo de antílope acuático, cuya carne no es muy delicada. En cambio nuestros jóvenes amigos tenian una cena deliciosa; comian un escelente asado de pintadas, que no tienen nada que envidiar á la perdiz ni al gallo silvestre.

La pintada, que es conocida hace mucho tiempo, se cita frecuentemente en las obras de los autores antiguos con el nombre de *meleagris* y de *gallina*

numídica. Todo el mundo ha visto esta bonita ave, que los alemanes llaman *gallina perlada*, á causa de su plumaje salpicado de blanco, y que por la misma razon es designada con el nombre de *pintada* por los españoles y los franceses. Es originaria de Africa, y se llama en Inglaterra *gallina de Guinea*, porque en estos últimos tiempos se han traido el mayor número de este pais. En la actualidad se ve domesticada en casi todos los corrales. En los Estados-Unidos, principalmente en el Sud, donde el clima le conviene maravillosamente, es muy estimada la pintada, no solamente como alimento, sino por lo mucho que pone; además de esta ventaja la carne del pollo de esta clase es preferible á la del pollo ordinario.

Llevada de Africa á la mayor parte de las Antillas, se ha hecho salvaje, y los habitantes de la Jamáica persiguen la pintada como cualquiera otra caza; se multiplica muy rápidamente en aquellas islas y en los

Antílope acuático.

parajes en donde abunda, es un verdadero azote para los plantadores, que le han declarado una guerra activa, no tanto para comerla como para destruirla.

La pintada se encuentra en casi todas las partes de Africa y existen muchas especies; la pintada comun, que es la *numida meleagris*, difiere poco en el estado salvaje de la especie doméstica; sin embargo, varía de las que hay en nuestras granjas, donde las hay muy pálidas, sin manchas y de un blanco puro. Esta diversidad de plumaje es el resultado de la domesticidad, y ocurre generalmente con el pavo, el pato y todas las demás aves que pueblan nuestros corrales. La misma naturaleza se entretiene con frecuencia en variar la piel de los animales salvajes, y no hay especie en la cual no se encuentren de vez en cuando albinos.

Se encuentra en el Mediodia de Africa la *numida cristata*, ó pintada de cresta; es algo menor que la otra, de un color mas oscuro y mas manchada que la precedente; las plumas de sus alas son de un negra amarillento y los bordes de las demás son de un blanco puro que entona agradablemente el resto del plumaje, cuyo tinte general es oscuro.

El adorno de la cabeza es lo que establece entre estas dos especies una diferencia real. La pintada comun tiene sobre el pico una membrana con berrugas en forma de casco y dos carónculas unidas á la parte inferior del pico. Estos adornos no existen en la *numida cristata* y están reemplazados por una cresta de un azul casi negro, compuesta de plumitas lineales que parecen pelos y que aumentan estraordinariamente la elegancia de esta ave.

Las pintadas viven en sociedad y forman algunas

veces inmensas bandadas; están casi siempre en tierra, pero se posan en los árboles asi que se las asusta y duermen sobre las ramas. Su principal alimento se compone de semillas, bayas y gusanos.

En la mañana del dia en que los cazadores asistieron á la muerte del antílope, se preguntaban recíprocamente de qué se compondria su cena, cuando apareció en la llanura en que estaban acampados una bandada de pintadas de cresta. Corrieron á coger sus armas y se prepararon para cazar aquellas aves.

Pero es mas difícil de lo que se cree matar uno de aquellos animales. Es raro que vuelen, á no ser que estén estrechadas muy de cerca por un perro ó un animal ágil, y sin embargo es tan rápida su carrera, que en un terreno llano le es imposible á un hombre el alcanzarlas, tanto mas, cuanto que se asustan pronto y no permiten que nadie se les aproxime.

Hay no obstante un medio de cazar la pintada con buen éxito, sirviéndose de un perro que las persiga como á un conejo ó una liebre: cuando conocen que van á ser cogidas, vuelan y se colocan en las ramas de un árbol próximo. Cuando el perro está bien enseñado, empieza á ladrar al pie del árbol hasta que el cazador tira. Las pintadas están muy tranquilas sobre la rama, dónde saben que nada tienen que temer de aquel animal que ladra debajo de ellas, y mientras se felicitan de estar en seguridad su verdadero enemigo, á quien no ven por estar mirando al perro, se acerca silenciosamente y puede apuntar con comodidad.

Todos nuestros viajeros conocian aquella manera de cazar la pintada, y como precisamente tenian un perro enseñado para aquel objeto, se pusieron á perseguir las aves con la seguridad de cenar alguna.

Todo pasó como habian previsto. Las pintadas volaron al verse perseguidas, y los ladridos de los perros condujeron á los tiradores al sitio donde estaban las aves, que eran unas acacias de girafa situadas á orillas del rio. Los cazadores tuvieron tiempo de tirar muchas veces, regresando al vivac con siete pintadas; era lo suficiente para cenar aquel dia y comer al siguiente.

El bosquecillo de acacias en que se habian refugiado las pintadas, parecia ser el sitio favorito de las aves, pues durante los pocos instantes en que estuvieron en él los cazadores, vieron gran número de diferentes especies. Crecian en los alrededores de aquel bosquecillo una infinidad de plantas, cuyas semillas sirven de alimento á una multitud de pajarillos de todas clases.

Entre todos aquellos pájaros habia uno que el naturalista hizo observar á sus camaradas y que volaba por la pradera pronunciando de vez en cuando la palabra *edolio*, de lo que proviene su nombre, como el cuco de Europa se nombra á sí mismo.

Precisamente el edolio del Mediodia de Africa es el cuco (1) de Europa, y aunque difiere en algunos detalles de este último, tiene sin embargo muchos puntos de semejanza.

Como el cuco, deposita sus huevos en el nido de otros pájaros que se encargan de empollarlos, y su manera de vivir es parecida á la del cuco ordinario.

Sin embargo, tiene rasgos bastante curiosos que le son peculiares. Los boers, que le llaman *pájaro de primero de año*, están persuadidos de que no se deja ver mas que en los primeros dias de enero, y añaden que grita cuando tiene hambre, y que los pajarillos de las cercanías se apresuran á llevarle comida.

Todos los cazadores, comprendiendo al bushman y al zoulou, habian oido contar esta historia mas de una vez, y todos, escepto Hans, creian en su autenticidad; pero el naturalista, que sabia á qué atenerse respecto de este particular, esplicó aquel estraño hecho á los que le rodeaban.

El pájaro de primero de año, dijo, no es otra cosa que el pollo del edolio; los boers no lo quieren creer, porque no se parece á sus padres ni por el tamaño ni por el plumaje, por lo cual hacen de él una especie distinta. Es verdad que se le ve el primer dia del año, puesto que poco mas ó menos es la época en que los pollos del edolio salen del nido y comienzan á volar por los alrededores. Nada tiene de particular que grite cuando tiene hambre, y yo no lo pongo en duda, pero que todos los pajarillos de las cercanías se apresuren á acudir á aquel llamamiento, hé aquí lo que no es exacto ó mas bien es exagerado. Los padres del edolio acuden á su voz y le llevan de comer; tal es el orígen de una fábula que tan acreditada está en la provincia del Cabo.

Los hindous participan de la misma creencia con respecto á otro cuco, el *eudynamis*, y lo deben á la misma causa.

El edolio, añadió Hans, pone sus huevos en los nidos de los pajarillos, y consigue colocarlos cogiéndolos con su largo pico, como hacen todos los cucos, para introducirlos en la cuna que han elegido para sus pequeñuelos.

(1) Edolio, *cuculus serratus*.

CAPITULO XLII.

EL ANTÍLOPE ROJO.

Al remontar el rio se iba estrechando gradualmente la llanura que recorrian los viajeros, concluyendo por formar una estrecha faja por las dos orillas, estendiéndose paralelamente por las márgenes del rio dos montañas cubiertas de árboles. En diferentes intervalos avanzaban hasta el ribazo las estribaciones de aquella doble cordillera, dividiendo la llanura en una serie de vallecitos que se escalonaban unos detrás de otros.

Casi todos aquellos valles estaban poblados de numerosos animales de la misma especie que los que ya hemos encontrado, y hubiera sido fácil hacer una abundante cacería; pero á escepcion de algunos animales que era indispensable matar para tener carne fresca, no se detuvieron los viajeros en perseguir la caza que veian todos los dias. Congo les habia dicho que mas allá de aquellas montañas empezaba la region en que se encontraba el búfalo, el elefante y la girafa, y esta idea hacia que nuestros cazadores no prestasen mas interés á la vista de los springboks, los gnous, los blawboks y hasta de los alces, que si hubieran encontrado en su camino bueyes ó carneros.

Sin embargo, al llegar á un valle mas alto que formaba una especie de terrado sobre el rio, se encontraron súbitamente en frente de un rebaño de antílopes que por la forma y el color diferian de una manera notable de todos los que habian visto hasta entonces. Era lo bastante para decidir á nuestros amigos á detener las carretas y prepararse para la caza.

No quedaba duda alguna de que los animales en cuestion, pertenecian á la familia de los antílopes; tenian la gracia y ligereza que caracterizan aquellos encantadores animales, y sus cuernos hacian imposible toda equivocacion.

Eran de mediana estatura, poco mas ó menos de la del ciervo, y por consecuencia mucho mas pequeños que el blawbok y el alce; median unos 90 centímetros desde el casco hasta encima del hombro y un poco mas sobre la grupa. Hay algunos antílopes, tales como el tsesebé, el kaama, y todos los que en-

cierra la especie de los *acronontinos*, cuya grupa es á mas baja que los hombros; pero lo mas frecuente es ver lo contrario, y los antílopes que estaban á la vista de nuestros amigos tenian, como la mayor parte de sus congéneres, la parte posterior mas elevada que la cruz.

Aquella especie era nueva para nuestros cazadores, y sin embargo, á la primera ojeada esclamaron Hendrik y Willem:

—¡Rooyeboks (1)! Asi llaman los boers á aquellos animales.

—¿En qué los conoceis? les preguntó el naturalista.

—En su color, respondieron los dos jóvenes.

La piel de aquellos antílopes, es efectivamente de un rojo claro en la cabeza, el cuello y las partes anteriores del cuerpo, mas pálida en los costados y de un blanco puro en el abdómen. Una raya negra desciende hasta la primera mitad de la cola y otra sobre cada anca; el tono general de aquellos animales, es de un rojo brillante que les ha valido el nombre con el cual le conocen los boers, y que hizo que los reconocieran Hendrik y Willem.

El color de un animal no es un carácter infalible, hizo observar el naturalista á los dos cazadores. Es muy variable y muy indeterminado para que pueda servir de criterio. En el color del pelo hubiérais podido muy bien creer esos animales grisboks ó steinboks, pero veo sin embargo, por sus cuernos, que no os habeis equivocado. Son efectivamente rooyeboks ó *pallahs*, como les llaman los indígenas, y segun los sabios *antílopes melampus*.

Todos los cazadores examinaron atentamente los cuernos de los pallahs, puesto que era el carácter distintivo de aquellos animales; tenian 50 centímetros, poco mas ó menos, de longitud y parecian una lira como los del springbok, aunque de una forma menos regular; se separan el uno del otro mas de 30 centímetros por el centro y casi se tocan en su estremidad; estaban seguros de no olvidar aquella curba particular, gracias á la cual habia reconocido el naturalista la especie de aquellos antílopes.

En todo el rebaño no se distinguia mas que un par de cuernos enteramente desarrollados, lo que probaba que no habia mas que un macho adulto; el pallah no vive en sociedad sino en familia, y las hembras de aquella especie no tienen cuernos. El grupo de que se trata estaba compuesto de un macho viejo con sus hembras y de cervatillos de ambos sexos, que formaban en junto una docena de individuos.

Nuestros cazadores habian oido decir que los pallahs son desconfiados y rápidos, de donde resulta que es muy difícil aproximarse á ellos y alcanzarlos, siendo necesario emplear la astucia para apoderarse de ellos.

Nuestros jóvenes se propusieron unir á sus trofeos los cuernos del viejo pallah y se consultaron sobre los medios de conseguirlo.

Detuvieron las carretas, como ya hemos dicho, pero los bueyes no debian desuncirse mas que en el caso de que la cacería fuera feliz. Acamparian en este caso en el valle á fin de tener tiempo de secar la carne y preparar los cuernos del animal.

Los cazadores habian visto los pallahs desde la cima de la montaña que cerraba el valle. Desde aquella eminencia dominaban la llanura en que pacian los antílopes y descubrian toda su superficie, escepto una banda estrecha que se encontraba inmediatamente debajo de ellos y que les ocultaba un repliegue de la montaña.

Diseminados por el valle habia varios bosquecillos de árboles: una yerba larga y espesa crecia en los intervalos que separaban aquellos grupos y permitirian los cazadores deslizarse unos detrás de otros sin que les vieran los antílopes.

Decidieron que Hendrick y Willem irian á colocarse al otro lado del valle, al que darian la vuelta deslizándose por la yerba y ganando sucesivamente los bosquecillos, desde donde acecharian á los pallahs sin escitar su desconfianza.

Una vez en su puesto atacarian los dos cazadores á los antílopes, que colocados entre dos fuegos intentarian inútilmente escapar. A la derecha se elevaban los abruptos costados de la montaña y á la izquierda corrian las profundas aguas del rio; no era probable que los pallahs emprendieran una ú otra de estas direcciones y el plan de campaña de los viajeros parecia infalible.

Nuestros amigos ataron sus caballos á algunos árboles situados en la rampa en que estaban, y descendieron al valle.

Marchaban apresuradamente y poco despues descubrieron la parte del valle que no habian visto desde lo alto: ¡cuál fue su sorpresa al ver otros animales diseminados y tendidos en las altas yerbas! La piel de estos últimos era leonada y parecia por el color á la de ciertos antílopes, pero su cabeza redonda, su cuerpo alargado, sus miembros cortos y robustos y su nerviosa, cola terminada por un manojo de pelos, revelavan á primera vista que no era un rebaño de pacíficos rumiantes sino una banda de terribles carniceros.

CAPITULO XLIII.

LOS CAZADORES BURLADOS.

Doce leones tenian á la vista nuestros amigos; ¡machos viejos, leones y leoncillos de diferentes edades! Terrible espectáculo para visto á 600 metros sin estar protegido por barras de hierro ó paredes.

No tengo necesidad de decíros que nuestros cazadores se detuvieron repentinamente, bastante asustados. Aunque los leones no suelen atacar al hombre sin ser provocados era posible que obraran de otro modo estando reunidos. ¡Doce leones! No tenian para un bocado con nuestros viajeros. No es de estrañar el temor que se apoderó de los jovenes á la vista de aquel formidable congreso; la rampa descendia bruscamente hasta la llanura y en algunos saltos estarian los felinos á su lado.

Pasado el primer susto reflexionaron los boers en la determinacion que debian tomar, á pesar de que ninguno tenia necesidad de reflexion; no pensaban en los pallahs y toda idea de caza se habia borrado de su imaginacion. Descender al valle hubiera sido buscar la muerte y cazadores mas aguerridos hubieran huido sin vergüenza, por lo que nuestros jóvenes se dirigieron hacia donde tenian los caballos.

Diez minutos despues estaban todos montados y sin temor por aquel terrible encuentro. Los matorrales que habia en la montaña impedian que les vieran desde abajo y el viento soplaba hacia ellos viniendo del valle; en caso contrario hubiera advertido á los leones su olfato, pero gracias á las dos circunstancias que favorecian á nuestros amigos no sospecharon los felinos la proximidad de los cazadores.

Una vez á caballo olvidaron nuestros amigos su temor; sabian que sus monturas les llevarian en un abrir y cerrar de ojos lejos del alcance del enemigo y que aun los poneys de Klaas y Jan podrian escapar por la huida del mas rápido de todos los leones.

Sin embargo, Hendrick y Willem sentian abandonar la partida sin saber lo que iba á acontecer. ¿No podian desde lo alto de la rampa y sin bajar de los caballos, examinar los peligrosos animales de que no tenian ya nada que temer? Hans tenia tambien curiosidad de estudiar los movimientos de los leones bajo el punto de vista de la historia natural y Arend

(1) Rooye-bok, red-buck, antílope rojo.

participaba de aquel deseo por simple curiosidad.

En cuanto á los dos colegiales, no era prudente comprometerlos en semejante aventura y los enviaron sin mas ceremonias al sitio en que esperaban los bueyes.

Los cuatro mayores volvieron en silencio á la altura desde la cual habian visto los leones.

Los pallahs seguian paciendo tranquilamente enmedio del valle sin tener la menor sospecha de la presencia de sus enemigos. La direccion del viento, que habia preservado á los cazadores de ser olfateados por los felinos impedia á los antílopes, que se encontraban en la misma posicion relativamente á estos últimos, el conocer la presencia de sus enemigos, ocultos á sus miradas por un espeso bosquecillo.

Era evidente que los leones habian visto á los pallahs y que codiciaban su carne. De vez en cuando se arrastraba uno de ellos hasta la linde del bosque, acechaba á los antílopes y volvia cerca de sus compañeros, como un centinela avanzado que se retira para dar noticias. Los adultos, machos y hembras, estaban reunidos en un pequeño espacio como si tuvieran consejo. Nuestros cuatro espectadores no dudaron un instante de que estaban poniéndose de acuerdo y que el rebaño de antílopes era el objeto de sus deliberaciones.

La sesion terminó por fin, y los miembros del consejo se separaron, tomando cada uno de ellos un camino diferente. Unos se dirigieron hacia el fondo del valle mientras los otros se acercaban á la montaña; cuando estos últimos llegaron al bosquecillo de árboles de que hemos hablado antes, cambiaron de direccion y ganaron sucesivamente todos los grupos de árboles, arrastrándose por la yerba con la evidente intencion de ocultarse á la vista de los pallahs.

Su proyecto era fácil de adivinar; remontaban el valle para asustar á los antílopes hacia sus camaradas, y seguian exactamente el mismo método que nuestros cazadores habian querido emplear para conseguir el mismo objeto. Los boers quedaron asombrados de aquella singular coincidencia y no podian menos de admirar la habilidad con que sus rivales ejecutaban su táctica.

Los tres leones que hacian de ojeadores desaparecieron en el bosquecillo que estaba enfrente de nuestros amigos. Durante aquel tiempo se habian diseminado los otros nueve por el fondo del valle, y oculto cada cual en sitio conveniente esperaban á sus víctimas.

Por espacio de algunos minutos no hubo ningun movimiento por parte de los leones ni de los antílopes, que continuaban paciendo tranquilamente.

De repente parecieron los pallahs concebir sospechas del peligro que les amenazaba; levantó el macho la cabeza y mirando á su alrededor lanzó un silbido parecido al del gamo y dió dos ó tres fuertes patadas en el suelo. Los otros pallahs se detuvieron y algunos saltaron como los springboks.

Acababan de olfatear á los tres leones que estaban en la parte alta del valle, y cuyos efluvios les llevaba la brisa.

El viejo macho repitió la señal que habia dado antes á su familia, saltó á muchos pies de altura y emprendió la fuga seguido por todos los miembros del rebaño, que mezclaban con saltos su rápido galope.

Como habian calculado los leones, los antílopes descendieron por el valle y corrieron hacia el sitio en que estaba oculto el enemigo; huian con el viento y nada podia advertirles de aquella peligrosa emboscada. Pronto llegaron á los matorrales que ocultaban á los leones y cuando estuvieron en la linde del bosquecillo salieron las nueve fieras como impulsadas por un resorte y cada una de ellas se apoderó de la víctima que habia designado. Una sola zarpada fue suficiente para detener á los pallahs y tenderlos en tierra. El ataque habia sido tan imprevisto y la muerte tan pronta que dos segundos despues de su salida del bosquecillo estaba cada leon sobre el cadáver de un antílope, cuya carne destrozaba con sus uñas y sus dientes.

Tres pallahs habian escapado del degüello y huian hacia el otro estremo del valle, pero cada uno de ellos debia ser á su vez la presa de un leon emboscado en el bosque donde creia encontrar un asilo.

De aquellos doce antílopes que hacía un momento saltaban por la llanura, confiados en la rapidez de su carrera ni uno solo habia podido atravesar la línea que sus enemigos habian trazado con tanta astucia á su alrededor.

Los viajeros contemplaron durante algunos instantes á los doce felinos comiendo la carne de sus víctimas. Hendrick y Willem esperimentaban el deseo de aproximarse al valle y enviar sus balas á una pareja de leones, pero el naturalista se opuso enérgicamente.—Jamás es el leon mas peligroso para el cazador, dijo, que en el momento en que se sacia de sangre. Desgraciado del que le incomode entonces; —la prudencia mas elemental exigia no solamente no turbar la sangrienta orgía de los felinos sino alejarse apresuradamente de aquella escena de carnicería.

Hendrick y Willem cedieron á pesar suyo á los consejos del naturalista, apoyados por las instancias de Arend, y todos cuatro regresaron al sitio en que aguardaban los wagones.

Al llegar á él deliberaron nuestros amigos sobre el partido que les convenia tomar. Era peligroso entrar en aquel estrecho valle, defendido por semejante guarnicion. Lo mejor que podian hacer era buscar un vado y pasar al otro lado del agua. Los cazadores descubrieron lo que buscaban y acamparon en la otra orilla, por estar muy avanzado el dia para continuar su camino.

Mucho se alegraron de haber atravesado el rio, pues durante toda la noche estuvieron oyendo numerosos rugidos en la otra orilla, donde probablemente habian fijado los leones su domicilio.

CAPÍTULO. XLIV.

LAS VIUDAS.

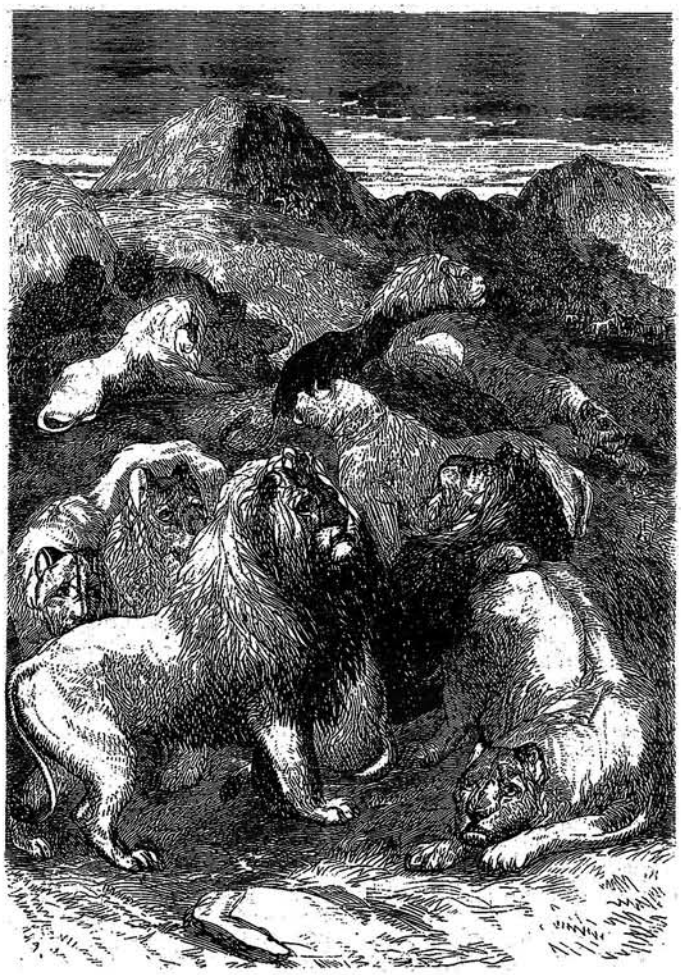
Nuestros amigos se apresuraron á abandonar aquella peligrosa vecindad y al amanecer del dia siguiente estaban en marcha remontando la orilla del rio.

Del mismo modo que en la otra márgen, tenian que franquear una sucesion de valles sembrados de bosquecillos de árboles y que se iban estrechando cada vez mas. A medida que avanzaban los viajeros, las estribaciones de la montaña se acercaban con mas frecuencia á la orilla del agua y multiplicaban las dificultades del camino. Una ó dos veces se encontraron con una pendiente tan inclinada que los bueyes se negaron á subirla y nuestros amigos creyeron por un momento que no podrian ir mas lejos. Congo concluyó por triunfar de la resistencia de los bueyes y los wagones llegaron sanos y salvos al otro lado de la colina, no sin grandes esfuerzos de parte de sus conductores, que habian enronquecido á fuerza de gritar y habian gastado completamente la tralla de sus grandes látigos.

El medio que habia empleado el zoulou para obligar á andar á sus bueyes es un procedimiento muy sencillo: consiste en marchar delante de aquellos animales y ensuciar con el escremento de estos las piedras del camino; creyendo entonces que otros bueyes han pasado por allí poco tiempo antes deduce

el tiro que el camino es practicable puesto que lo han recorrido otros individuos de su especie, y cobrando ánimo á aquella vista que les tranquiliza, franquean los bueyes los malos pasos, de donde no creian poder salir.

El valle en que penetraron los viajeros, despues de subir aquella pendiente áspera y pedregosa, tenia apenas dos acres (1) de estension, y como en aquel sitio no era el rio mas que un arroyo podian atravesarlo en toda la longitud de la pradera en donde se establecieron los jóvenes. Una punta de la montaña que cerraba aquel vallecito atravesaba al otro lado del rio, cuyas aguas torrenciales se habian abierto paso á través del granito: el único medio de franquear aquella muralla era meterse en el lecho del torrente y remontarlo hasta el valle siguiente. A estar el rio crecido hubiera sido necesario abandonar aquel proyecto, pero apenas llevaba bastante agua



Doce leones tenian á la vista nuestros amigos.

para bañar los guijarros que cubrian su lecho; les era fácil á nuestros viajeros seguir aquel canal que les conduciria al otro lado de la montaña, donde encontrarian grandes llanuras fáciles de recorrer. Como encontraban en aquel vallecito un escelente pasto para sus bestias, un agua cristalina y leña en abundancia, tres cosas que en semejantes casos son de primera necesidad, se instalaron allí nuestros amigos para pasar la noche.

Aquel pequeño valle en que acampaban los viajeros, era un sitio muy curioso; la forma era casi circular y los ásperos flancos de la montaña se elevaban por todas partes á una altura de 300 ó 400 metros. No habia un árbol en el fondo del valle, aunque habia muchos de especies diferentes al pie de las vertientes de la montaña. Se veian en la orilla del torrente algunos arbustos mezclados con cañas, pero eran tan bajos que sobresalia por encima la cabeza de un hombre.

En medio de aquel hermoso anfiteatro establecieron su vivac nuestros viajeros, deteniendo unicamente los wagones, pues los caballos y bueyes quedaron sueltos vagando á la aventura.

Era seguro que los pobres animales no pensarian en escaparse, primeramente porque estaban rendidos de fatiga y despues porque el camino que servia de salida al valle no era fácil de descubrir y la yerba era tan fina y tan tierna, el agua tan pura y fresca que bueyes y caballos no tenian motivos para alejarse de un sitio en que tan bien se encontraban.

Klaas y Jan, siguiendo su costumbre, así que echaron pie á tierra empezaron á registrar los ma-

(1) El acre equivale á poco mas de 40 areas.

torrales en busca de nidos. Habian visto al entrar en el valle muchos pájaros de especies raras, cuyos nidos no debian estar lejos.

En efecto, toda una colonia de pájaros se habia instalado en medio de los matorrales que habia á lo largo del rio. Parecian gorriones, y se introducian en sus nidos, que tenian la forma de un riñon, por una abertura circular análoga á la que el reyezuelo comun hace en los suyos. Estos nidos estaban hechos con la yerba y forrados de una substancia algodonada que procedia indudablemente de alguna planta de las cercanías que nuestros colegiales no veian, sin embargo, por ninguna parte.

No eran desconocidos aquellos pajarillos para nuestros viajeros; los habian encontrado mas de una vez y sabian que formaban parte de la familia de los tejedores, familia que encierra muchos géneros, ó mas bien especies, cuyo tamaño, color y costumbres son diferentes, pero que todos tienen la misma estraña manera de hacer sus nidos; se puede decir que los *tejen* y á esta particularidad deben su nombre vulgar. No tienen la misma forma todos los nidos de tejedores; hay unos esféricos y otros que parecen retortas de químico; unos describen una espiral y otros parecen un riñon, como ya hemos dicho: por último, el tejedor social construye una especie de colmena enorme que cubre á veces la copa de una gran acacia y que parece una hacina de heno puesta sobre las ramas de un árbol.

Los tejedores que veian nuestros colegiales eran *amadinas squamnifrons*, y este descubrimiento alegró en estremo á los pajareros, no por el interés de la curiosidad, puesto que habian tenido frecuentes ocasiones de observar sus nidos, pero la substancia algodonada que sirve de forro al nido de la amadina es escelente para tacos de carabina y como precisamente nuestros dos tiradores habian agotado su provision estaban contentísimos con la esperanza de renovarla. Era necesaria nada menos que aquella imperiosa necesidad para que el naturalista les permitiera saquear á las pobres amadinas. Como los tacos eran para los cazadores un objeto indispensable, los dos colegiales se dedicaron sin remordimientos á la apetecida recoleccion.

La cosa parece muy sencilla; sin embargo, era necesario deshacer los nidos para obtener la materia algodonada de que estaban forrados, y no sin dificultad consiguieron Klaas y Jan destruir la obra de aquellos tejedores; los tallos de yerba que formaban el esterior del nido estaban tejidos con tanta habilidad como hubiera podido hacerlo el mas hábil obrero.

Le fue imposible á Jan introducir su pequeña mano por la abertura que servia de puerta á la amadina, tan estrecha era, y cosa estraña, cuando el pájaro no estaba en su nido aquella puerta se quedaba tan perfectamente cerrada que era imposible descubrirla.

Así que los dos pajareros hicieron su provision de tacos, para la que fueron suficientes dos nidos, no quisieron estropear los demás y regresaron al lado de sus camaradas. A poco tiempo distinguieron un pájaro mas raro y curioso que la amadina, del que tenia el tamaño pero no el color.

No solamente llamó la atencion de los colegiales aquel pájaro, sino la de todos los boers; tenia, en efecto, un detalle muy notable; ya hemos dicho que su tamaño era el de la amadina, pero las plumas de su cola, cuya longitud escedia muchas veces á la de su cuerpo, le hacian parecer mucho mayor de lo que era en realidad.

Tenia la cabeza de un color casi negro, muy lustroso, que se estendia por toda la parte superior del cuerpo y llevaba un collar anaranjado rojizo que palidecia por el pecho, donde formaba una mancha y se confundia con el color de gamuza oscuro que cubria el abdómen y las piernas.

Las plumas caudales caracterizaban principalmente aquel pájaro singular. Dos de estas plumas, de una longitud enorme y que se encorvaban á la vez hacia abajo y hacia afuera, estaban colocadas verticalmente, es decir, que el corte era paralelo al manto. Sobrepuestas á estas tenia otras dos plumas mas cortas y colocadas como las precedentes; muy anchas en su base, pues no tenian menos de 7 ú 8 centímetros, terminaban en una punta aguda formada por el tronco únicamente, que sobresalia de las barbas de 8 á 10 centímetros. Además de aquellos dos pares de plumas verticales habia otras cuatro á cada lado de la cola, de unos seis milímetros y de hermoso color negro.

Klaas y Jan estaban al lado de sus hermanos y desde el mismo vivac habian visto el pájaro que acabamos de describir; este no estaba solo, pues le acompañaba por todas partes un pajarillo, vestido á medias de color blanquecino y de negro rojizo. Era la hembra de aquel brillante personaje de collar anaranjado y largas plumas caudales.

Como los cazadores no conocian aquel pájaro recurrieron á la ciencia del naturalista, preguntándole á que familia podia pertenecer. Hans les respondió que era un tejedor de la especie que los ornitologistas han llamado *vidua*, es decir *viuda*. Todos nuestros amigos se miraron sorprendidos; no podian comprender la relacion que pudiera haber entre aquel nombre y el pájaro que lo llevaba. Afortunadamente podia Hans darles respecto de aquel particular todos los detalles que deseaban, lo que no hubiera podido hacer jamás el sabio Brisson, que ha bautizado á la viuda.

«Brisson llama á este pájaro *vidua*, respondió nuestro jóven naturalista, porque habia oido decir que los portugueses le llamaban así á causa de su color y de su cola. Brisson y Buffon no se quedan nunca cortos, y siempre tienen escelentes motivos para justificar su opinion. Desgraciadamente, la cola de la viuda y el color de su plumaje, no tienen nada que ver en este asunto; los portugueses, que fueron los primeros que descubrieron este pájaro, le llamaron *widah* sencillamente, porque se lo enviaron del reino de este nombre, situado en la parte occidental de Africa. El carácter alegre de la viuda, y principalmente la singularidad de su cola, le hacen ser muy buscado por los aficionados á pájaros; se le vé en la jaula, saltando siempre alegremente por los palos y agitando la cola con rápido movimiento. Se le alimenta generalmente con grano y diferentes clases de yerbas. Es aficionadísimo á bañarse, y muda dos veces al año.

»En una de estas épocas del año, se despoja el macho de sus grandes plumas caudales, y cambia tan completamente de color, que es muy difícil en semejante circunstancia, distinguirle de la hembra. En el momento en que se aparea, recobra la viuda (1) su hermosa cola y el color anaranjado y negro que hermosea su plumaje.»

Los naturalistas conocen dos especies de viudas: la del Paraiso (*vidua paradisea*), que acabamos de describir, y la viuda de pico rojo (*vidua erythrorhyncha*), mas pequeña que la precedente, y cuya cola está dispuesta de un modo distinto. Su pico es de un rojo oscuro, está vestida de un negro azulado en las partes superiores y lleva un collar blanco; sus alas son igualmente blancas y blanquecina la parte inferior del cuerpo.

A pesar de esta diferencia de plumaje, sus cos-

(1) Mas propio seria llamarle el viudo, puesto que únicamente el macho lleva el trage al cual se atribuye el origen de su nombre, y aun así no se le llamaria con propiedad si se considera que aquel pretendido trage de duelo es su trage de bodas.

tumbres son idénticas á las del paraiso, y los dos habitan la misma region, es decir, el Africa occidental. Jamás descienden hasta la provincia del Cabo, pero suelen encontrarse algunas de ellas en las comarcas que hay al Norte del rio Orange.

Como la viuda es muy rara en el Mediodia de Africa, nuestros amigos, y principalmente el naturalista, tenian el mayor deseo de coger uno, por cuyos motivos fueron muertas sin piedad las dos viudas por uno de los viajeros.

CAPITULO XLV.

EL CARRETERO.

Hans, ayudado por sus camaradas, vació inmediatamente las dos viudas, con intencion de prepararlas. Tenia en Arend un ayudante inmejorable, muy diestro, y además escelente taxidermista. Arend no se ocupaba de saber á qué especie pertenecia tal ó cual pájaro, pero se le daba uno de estos y lo disecaba sin que se estropeara la mas insignificante pluma.

De pronto hirió los oidos de nuestros viajeros un ruido insignificante en sí, y que, sin embargo, hizo caer de manos de los dos naturalistas las pieles de viudas.

Era el grito de un pájaro, y de un pájaro pequeño, el que alarmaba á los preparadores. Parecia el silbido de un tordo, y sin embargo, al oirlo quedaron sobrecogidos de espanto los viajeros, y los perros se levantaron saltando y lanzando espantosos aullidos.

Causará estrañeza el que un pájaro del tamaño de un mirlo pudiera asustar hasta aquel punto á unos jóvenes tan valientes como nuestros cazadores, pero no hay nada mas natural.

Ya hemos dicho que hombres y perros estaban asustados por el silbido que acababan de oir, y añadiremos que los caballos y los bueyes se alarmaron tambien estremadamente. Asi que oyeron aquella estraña nota, sacudieron los caballos la cabeza y corrieron como locos, relinchando con espanto, mientras los bueyes mugian demostrando un terror no menos vivo. Facetanné, Congo, Hendrick, Willem y todos nuestros amigos estaban aterrorizados; algunos detalles sobre este pájaro singular descifrarán el enigma. Describiremos primero el esterior del carretero.

Es un pájaro poco mas ó menos del tamaño del estornino; el color de su plumage es ceniciento, con la cola algo mas oscura, y sus alas son cortas. Tiene los pies conformados para coger y las uñas deprimidas y ganchudas; lo mas notable del carretero es la forma del pico; es cuadrangular, con la mandíbula inferior mucho mas fuerte que la superior, y ambas se ensanchan en la punta de modo que constituyen unas tenajas. No es de estrañar esta forma rara cuando se conocen las costumbres del pájaro en cuestion.

Los carreteros tienen, efectivamente, un género de vida que les distingue de todas las demás aves. Levaillant, un célebre ornithologista francés, que fue al mismo tiempo un viajero ilustre, describe asi las costumbres de este pájaro:

«Su pico, dice, es en forma de pinzas, para poder estraer de la piel de los cuadrúpedos las larvas de moscas que contiene. Por este motivo siguen los rebaños de búfalos, de antílopes y toda clase de cuadrúpedos, en los cuales depositan sus huevos los insectos. Por medio de sus uñas ganchudas se sujetan fuertemente á la piel de estos animales y arrancan las larvas, cuya presencia les anuncia una hinchazon de la epidermis. El cuadrúpedo, acostumbrado á esta operacion, soporta pacientemente al pajarillo, y parece comprender el servicio que este le presta desembarazándole de unos parásitos que viven á sus espensas.»

Además de los carreteros, hay otros pájaros que se alimentan igualmente de las larvas y los insectos de que está mas ó menos infestada la piel de los grandes cuadrúpedos. En América hay el *pájaro de la vaca*, cuyo nombre tiene por sus costumbres parecidas á las del carretero, y que sigue constantemente los inmensos rebaños de bisontes que pastan en las vastas praderas americanas. Una y otra especie de icterus acompaña tambien los rebaños de las llanuras de la América del Sud.

El tejedor de pico rojo (1) es en Africa el compañero ordinario del búfalo, y todos los que han visitado alguna vez aquellas grandes praderas han visto al estornino comun en el lomo de los carneros. La corneja de cuello blanco (2) y diveras especies de corvídeos (3) y de sturnídeos (4) tienen la misma costumbre. A escepcion de la corneja, que acabamos de citar, todos estos animales se contentan con coger el insecto que se pega á la piel de los cuadrúpedos y que vive en el pelo ó la lana de estos, porque no tienen bastante fuerza en el pico para estirpar las larvas alojadas profundamente en la carne. No sucede lo mismo con los carreteros (5). Como ya hemos dicho, su pico, en forma de tenazas, le permite arrancar su presa del cuero mas grueso, y aunque se alimenta tambien de los parásitos que viven en la superficie prefieren las larvas ocultas bajo la piel. Por este detalle particular han hecho los naturalistas de este pájaro un género separado, que designan con el nombre de *buphagas*, que quiere decir *comedores de buey*.

No es necesario esforzarse para hacer notar el absurdo de semejante nombre, pues demasiado se sabe que el textor de que nos ocupamos no se come al buey, que libra de sus parásitos; M. Brisson, que le ha bautizado con el nombre de *buphaga*, suele aplicar á los animales costumbres de capricho.

Nos serviremos, sin embargo, del nombre de *buphaga*, puesto que está consagrado por el uso.

No se conocen mas que dos especies de este pájaro: el *buphaga erythrorhynchus*, es decir, el comebuey de pico rojo, llamado así por el color de su pico, cuyo rojo es tan vivo como el del coral, y el *buphaga africana*, que tiene el pico amarillo.

Los dos son pájaros de Africa, aunque el primero se encuentra tambien en la isla de Madagascar. El pico de coral es mas pequeño que el *bufaga africano*, del que difiere un poco por el color; de un tono mas sombrío, tiene la cabeza, la garganta y las partes superiores de un ceniciento oscuro con reflejos azules, y el pecho y el vientre de un rojizo amarillento. Su pico es mas pequeño y mas débil que el de su congénere.

Los carreteros marchan en bandadas, aun cuando nunca se reunen en gran número, siendo raro ver mas de siete ú ocho juntos. Son pájaros muy ariscos y es muy difícil aproximarse á ellos. La única manera que hay de matarlos, consiste en hacer marchar delante del cazador un buey ó cualquiera otro animal, dirigiéndole suavemente hácia los cuadrúpedos que tengan estos pájaros; en este caso puede el cazador, apareciendo repentinamente, tirarles al vuelo.

(1) *Textor erythrorhynchus.*
(2) *Corvus albicollis.*
(3) *Familia de los cuervos.*
(4) *Familia de los estorninos.*
(5) No es precisamente la dureza de la piel de los cuadrúpedos en que operan y la fuerza que exige la estirpacion del insecto lo que necesita la forma del pico del erythrorhynchus: es la blandura de las larvas y la tenacidad de las garrapatas, cuyo ávido chupador se quedaria en la carne, lo que exige esta conformacion particular, por medio de la cual rodea el pájaro al insecto y lo saca *cogiéndolo por todas partes*; de otro modo no arrancaria mas que una porcion del parásito, que se rompe antes que soltar la presa.

Tales son las costumbres de los carreteros; pero todo esto, direis, no esplica el temor que el grito de aquel pájaro habia infundido á nuestros amigos. Su espanto, sin embargo, era muy natural, como se comprenderá pronto.

De todos los cuadrúpedos que esplota el buphaga, el que persigue con mas constancia es el rinoceronte, blanco ó negro. La masa enorme que presenta aquel animal, su estensa y arrugada piel ofrecen á las larvas un pasto abundante, y por consecuencia suministran al carretero una cantidad de insectos inagotable, por decirlo así.

Resulta de esto que las cuatro especies de rinocerontes que habitan el Africa austral van siempre acompañados de bufagas, por lo que los cazadores les llaman *pájaros del rinoceronte*. Por donde quiera que vaya el monstruoso cuadrúpedo, lleva siempre sobre su espalda, sobre su cabeza ó sobre cualquier parte de su cuerpo, aquel animal, colocado tan cómodamente como si estuviera en las ramas de un árbol. El rinoceronte no se ocupa en desembarazarse de él, pues sabe que su presencia le es escesivamente útil; en efecto, no se limita el bufaga á librarle de los parásitos que le asedian, sino que le advierte de la aproximacion del cazador ó de cualquiera otro peligro. Asi que se presenta el enemigo es despertado el rinoceronte, si duerme, ó advertido si come por la voz de su pájaro, que le pone de este modo en guardia; si por casualidad no consigue el bufaga despertarle con sus gritos revolotea alrededor de la cabeza del paquidermo y le picotea las orejas hasta que consigue hacerle emprender la fuga. De la misma manera obra con el hipopótamo y el elefante, y una de las dificultades con que tropieza el cazador que persigue á estos animales consiste en la vigilancia de su pequeño centinela.

Nuestros amigos y sus servidores, comprendidos los perros, los caballos y los bueyes, no ignoraban esta particularidad, y si la voz del *buphaga* les causó tanto temor, fue porque el grito de este pájaro les anunciaba la aproximacion de uno de los animales mas peligrosos que existen.

CAPITULO XLVI.

ATAQUE DE LOS MOUCHOCHOS.

Todos los cazadores dirigieron sus miradas hácia el punto por donde se oia el grito del bufaga y distinguieron efectivamente dos rinocerontes descomunales. Entraban en el valle por la brecha de que hemos hablado, y descendian el rio con el agua á media pierna. Eran blancos, y en su gran cuerno, cuya punta se inclinaba ligeramente hácia los ojos, reconoció Hans que pertenecian á la especie que los indígenas llaman *mouchocho* y los naturalistas *rhinoceros simus*.

La segunda especie de rinocerontes blancos es el *kobaoba*, conocido recientemente con el nombre de *rhinoceros oswellii*, que segun mi parecer, hubiera sido mas justo llamar *rhinoceros cummingii*, no solamente porque M. Cumming, el gran cazador, ha descrito el primero esta rara especie, sino porque ha contribuido mas que ningun otro á dar á conocer la fauna del Africa meridional.

El tamaño y la disposicion de los cuernos son los caracteres que distinguen entre sí las dos especies de rinocerontes blancos. En las dos especies está reducido el cuerno posterior á una protuberancia cónica de 15 á 20 centímetros de longitud, pero el mas próximo á los labios es mucho mayor que el del rinoceronte negro; el del mouchocho tiene 1 metro, y el del kobaoba llega algunas veces á 1 metro 20 centímetros; el de este último se proyecta hácia adelante, de modo que forma con el hocico un ángulo de 45 grados, mientras que el del mouchocho es recto y se encorva ligeramente hácia atrás.

El tamaño de estas dos especies es mucho mayor que el de los rinocerontes negros; tiene, por lo menos, tanta altura como el rinoceronte de Asia, cuya piel, escesivamente dura, forma profundos pliegues, y que se ve con frecuencia en los museos y en los jardines zoológicos. El mouchocho y el kobaoba son, despues del elefante, los cuadrúpedos mayores que existen en nuestros dias. Sus costumbres difieren igualmente de las de sus congéneres; se alimentan de yerba, como lo prueba la forma de su hocico, mientras que los negros, que roen ciertos arbustos y matorrales de acacias, tienen el labio superior elástico y prensil, á fin de poder coger mas fácilmente las ramas y los tallos para comer las hojas y botones.

Las dos especies tienen tambien un carácter diferente; la violencia del rinoceronte negro es estremada, es pérfido, y la rapidez de su carrera hace de él un enemigo tan peligroso como el leon. Los blancos, por el contrario, suelen tener cierta lentitud, y no se precipitan jamás sobre el hombre sin ser provocados. Sin embargo, cuando están heridos ó tienen cria demuestran la misma brutalidad que sus congéneres, é infinidad de cazadores indígenas han sido víctimas del mouchocho y del kobaoba.

La carne de estos últimos es escelente, y se parece mucho á la del cerdo, mientras la del rinoceronte negro es amarga y de un sabor fuerte y rancio.

Nuestros viajeros, que conocian perfectamente todos estos detalles, se tranquilizaban al ver que se trataba de mouchochos, corriendo á coger sus fusiles y preparándose á cazar los dos paquidermos. Si, por el contrario, hubieran visto un borelé ó un keitloa, hubieran saltado sobre sus caballos ó escondido en los wagones, á fin de evitar el ataque de que hubieran estado amenazados.

Los dos rinocerontes habian franqueado la brecha que servia de entrada al valle, salieron del arroyo y se encontraron los dos en el centro de la pradera. Como podian entonces verlos completamente, parecieron á nuestros jóvenes de un tamaño prodigioso. Principalmente uno, que era mayor que el otro, parecia una hembra de elefante y tenia cerca de 5 metros desde la estremidad del hocico hasta el manojo de pelos que terminaba su pequeña cola.

Los cazadores se dirigieron hácia los mouchochos y descubrieron con gran sorpresa un tercer rinoceronte, que acompañaba á los dos que habian visto primero. Este podria tener el tamaño de un cerdo regular, y parecia la miniatura de los otros dos, con la diferencia de no tener sobre la nariz el gran cuerno que caracteriza á su especie. A pesar de esta falta, era imposible no reconocer en él un mouchocho jóven, indudablemente el hijo del macho y la hembra que le precedian.

Este descubrimiento alegró en estremo á nuestros amigos; la carne de la cria de rinoceronte es mucho mas delicada y mas tierna que la de los adultos, y nuestros cazadores, principalmente Facetanné y Congo, se relamian ya al pensar en la buena comida que les aguardaba.

Aquellos, aturdidos no pensaban en el peligro que hay siempre en atacar al mouchocho en compañía de su cria. Todo lo olvidaron en su entusiasmo. El prudente naturalista tuvo el presentimiento de una desgracia, pero arrastrado por el irreflexivo entusiasmo de sus compañeros, se abstuvo de comunicarles sus temores; algunos instantes despues, una descarga despertaba los ecos del valle y los mouchochos estaban acribillados de proyectiles.

El único efecto que resultó de esta descarga de fusilería, fue el transformar el pacífico paso de los mouchochos en un furioso galope emprendido hácia el punto en que se hallaban nuestros cazadores. La

chispeante mirada de aquellos animales, su sonora voz, su resoplido, ruidoso como el de los marsuinos y su cabeza inclinada presentando el cuerno hácia su enemigo, demostraban la rabia de que estaban animados. El pequeño seguia de lejos á los dos adultos, é imitaba los gritos y los movimientos que el furor inspiraba á sus padres.

Nuestros amigos no esperaban semejante cosa; que un rinoceronte negro se arroje contra el cazador, es un hecho que no tiene nada de imprevisto; pero ¿debian esperar semejante ataque por parte de un mouchocho, que el ladrido de un perro ó la detonacion de un fusil pone en fuga ordinariamente?

Los imprudentes se habian engañado al creer que podian atacar sin peligro á los tres rinocerontes, y engañados sobre todo al alegrarse por la presencia de la cria, cuya carne deseaban; precisamente á causa de su hijo abandonaban los mouchochos sus pacíficas costumbres, cargando con tanto furor á los cazadores; habian recibido además algunas heridas que aumentaban su cólera.

No esperaron nuestros amigos á pie firme el choque de aquella espantosa masa; jamás muchachos sorprendidos por el hortelano hurtando fruta han huido con tanto apresuramiento como el que emplearon nuestros cazadores para salvarse de los dos rinocerontes. Puedo aseguraros que los faldones de sus blusas formaban un ángulo considerable con la línea de su espalda al atravesar la pradera huyendo á toda velocidad.

El bushman y el zoulou, que habian tomado parte en el ataque, no se quedaron rezagados, y los ocho imprudentes daban un espectáculo que no se habia visto jamás en aquel desierto valle.

CAPITULO XLVII.

CARRERA MONTADO EN UN RINOCERONTE.

Felizmente para los fugitivos no estaban lejos de los wagones cuando tiraron á los rinocerontes y no tuvieron que correr mas que un pequeño espacio para refugiarse en sus enormes carretas. Si se hubieran visto obligados á prolongar su carrera 15 ó 20 metros mas solamente, por lo menos dos de ellos hubieran sido alcanzados por el cuerno de los rinocerontes y pisoteados por aquellos enfurecidos animales.

El último de la banda salvó la vida milagrosamente, pues aun no estaba en el wagon cuando los cuernos de los mouchochos tropezaron violentamente contra las tablas del vehículo.

Se habian precipitado en las carretas á falta de mejor refugio; sabian que si se les ocurria á los rinocerontes destruir los wagones les seria muy fácil hacerlo. La única esperanza de los jóvenes era que los dos mouchochos desistieran de su persecucion. ¡Cuál fue la consternacion de nuestros desgraciados amigos cuando notaron desde el fondo de su refugio que el mayor de los rinocerontes bajaba la cabeza y se precipitaba hácia uno de los wagones en donde habian buscado un asilo muchos de ellos!

El choque fue espantoso; el cuerno del rinoceronte atravesó la tabla que cerraba la delantera de la carreta; la lanza se hizo pedazos y el pesado vehículo fue trasladado á algunos metros del sitio que ocupaba. Un grito de espanto se escapó del interior del wagon y pronto le siguió otro cuando los pobres jóvenes que se encontraban encerrados vieron al monstruoso animal prepararse para un nuevo ataque.

Pero en el momento en que el mouchocho se dirigia segunda vez hácia el objeto de su furor le saltaron á los costados dos de los sabuesos, mientras un tercero se suspendia de su cola. Como el rabo del rinoceronte es una de las partes mas sensibles del animal, aquel ataque imprevisto desconcertó al mouchocho; volviéndose con toda la ligereza que le permitian sus macizas proporciones y resoplando de rabia y dolor intentó librarse de los perros que le acosaban. ¡Vanos esfuerzos! Estaban bien agarrados y continuaban haciéndole saltar como un cabrito que quiere cogerse la cola, suponiendo que puedan compararse dos animales de forma y estatura tan diferentes.

El mouchocho se sacudió, por último, con tanta violencia que envió á los perros á rodar por la yerba, donde uno de ellos fue aplastado por los pies del macho mientras otro, atacado por la hembra, fue abierto de una cornada.

Pero aquellos valientes animales habian conseguido con sus mordeduras y sus ladridos llevar los mouchochos á un sitio apartado del valle, y era probable que estos no volvieran para atacar las carretas, á menos que por casualidad no les hicieran los perros volver por el mismo camino. Tanto por la debilidad de su vista como por su ausensia de memoria es muy raro que el rinoceronte se precipite segunda vez sobre el objeto que acaba de abandonar.

No estaban, sin embargo, exentos de inquietud nuestros viajeros, no precisamente por ellos, sino por sus caballos. Estos últimos pacian en libertad, como ya hemos dicho en una de las páginas precedentes y habian huido de concierto con los bueyes así que aparecieron los rinocerontes. Guiados por un viejo gefe, astuto y esperimentado, se dirigieron los bueyes hácia el barranco que habian franqueado para entrar en el valle: los caballos, despues de haber coceado y caracoleado alrededor de los wagones se alejaron á la aproximacion de los mouchochos; atravesaron entonces el rio y llegando en algunos saltos hasta el pie de la montaña se habian quedado allí temblorosos, durante una parte de la lucha que habian sostenido los perros con los rinocerontes. Precisamente hácia aquel sitio habian conducido los sabuesos á sus poderosos adversarios, por cuyo motivo huyeron los caballos al verlos llegar. Los rinocerontes, al descubrir entonces aquel nuevo enemigo, que juzgaron sin duda mas digno de su furor, empezaron á perseguir á los nobles animales, lo que produjo durante algunos instantes una corrida desenfrenada, mezclada con gritos de rabia y relinchos de espanto.

Afortunadamente el diámetro del valle en que tenia lugar aquella escena era bastante corto para permitir á nuestros amigos que hicieran uso de sus armas; todas las veces que uno de los rinocerontes se detenia un momento, resonaba en la montaña la detonacion de un fusil y entraba una bala en la dura piel del mouchocho.

Seria un error creer que la piel del rinoceronte está á prueba de bala. A pesar de su espesor se deja atravesar por una bala de plomo, por cuyo motivo no eran inútiles los tiros de nuestros amigos. Hendrick y Willem, que eran los mas hábiles de la banda, apuntaban al brazuelo á fin de llegar al corazon y los pulmones, cuya herida es mortal. El mismo efecto se obtendria hiriendo el cerebro, pero este órgano es tan pequeño en este espantoso paquidermo que es muy difícil alojar en él una bala, por lo que es mas seguro herir en el sitio á que apuntaban los dos cazadores.

Gracias á la habilidad de Willem y Hendrick, concluyeron los dos mouchochos por caer en tierra. El rinoceronte pequeño no tardó en participar de la misma suerte, pues en lugar de huir se quedó cerca de su madre, agitando la cola y sin darse cuenta de lo que acababa de ocurrir.

Entonces tuvo lugar una curiosa escena, que despues de asustar á nuestros amigos les causó estremada risa, que se renovó mas adelante cada vez que pensaban en ella.

Es muy raro que el rinoceronte herido por una bala caiga sobre un costado como la mayor parte de los animales; ordinariamente, lo mismo que el bisonte de América, cae perpendicularmente, se pone sobre el pecho y de este modo se queda hasta su muerte.

Los dos mouchochos que habian herido nuestros viajeros no hicieron escepcion de la regla y cayeron sobre el vientre á poca distancia de los wagones, donde quedaron como arrodillados.

Los bushmanes acostumbran, cuando matan un rinoceronte, saltar sobre el lomo del animal y hundirle un cuchillo en la carne, á fin de saber á qué atenerse respecto del estado de grasa del paquidermo y por consecuencia de su valor.

En el momento en que el mayor de los dos mouchochos cayó, nuestro amigo Facetanné, obedeciendo á la costumbre de su pais, se lanzó fuera del wagon, corrió hácia la enorme bestia, saltó sobre su espalda y arrojando un grito de victoria le hundió su agazaya en la carne á una profundidad de mas de 30 centímetros.

El animal, que respiraba aun, se levantó rápidamente emprendiendo una furiosa carrera con el bushman encima.

Las aclamaciones que lanzaba Facetanné en la embriaguez del triunfo se detuvieron en sus labios, siendo sustituidas por gritos de espanto que resonaban en todo el valle, mientras el mouchocho, recobrando fuerzas por el espantoso dolor que le causaba la lanza del bushman, huia tan rápidamente como si no estuviera herido.

Facetanné no se atrevia á saltar en tierra, temeroso de ser empalado por el cuerno del mouchocho y se asía con todas sus fuerzas á la lanza, que seguia introducida en la carne y le servia de punto de apoyo.

¿Cómo hubiera terminado aquel episodio si las fuerzas del rinoceronte se hubieran prolongado mas tiempo? Nadie podria decirlo; pero la carrera del mouchocho fue aflojando poco á poco hasta que cayó el coloso sobre las rodillas para no levantarse jamás.

El bushman, lanzado por la violencia de aquella caida á muchos metros del rinoceronte, se levantó inmediatamente corriendo con todas sus fuerzas hácia los wagones, donde fue acogido con estrepitosas risotadas. Fueron despues en busca de los bueyes, que encontraron pronto y condujeron al vivac. Willem se ocupó inmediatamente en descuartizar el mouchocho pequeño y aquella misma noche se regalaron nuestros viajeros con chuletas de rinoceronte.

CAPITULO XLVIII.

JAN Y LOS KOURHAANS.

La primera vez que se detuvieron los cazadores despues de estos acontecimientos lo hicieron en un admirable valle, parecido á aquel en que encontraron los leones, pero de mayor estension y completamente esmaltado de flores. Las montañas que le rodeaban por todas partes parecian no tener otro destino que servirle de marco y protegerle contra el viento del Desierto. Un arroyo, parecido á una serpiente de plateadas escamas, describia mil revueltas en la pradera, y en los sitios en que el agua dormida formaba un estanque de trasparente superficie se veian las hojas y las flores del nenufar azul de aquella parte de Africa (*nymphea cœrulea*). Arboles y plantas de variadas especies, pertenecientes á la flora del pais, crecian en aquel valle delicioso, donde la mirada de los viajeros encontraban á cada paso nuevos encantos. Los sauces inclinaban sus ramas sobre las orillas del arroyo; el *acacia ebúrnea* desplegaba al pie de la montaña su parasol verde, á cuya sombra despedian su perfume los racimos de doradas flores. Se veia el *myrica cerífera*, cuyos frutos están envueltos en cera blanca y el *arbusto de las perlas*, cuya perfumada raiz suministra la materia de los collares que desean tanto los elegantes de aquella salvaje comarca. El *proteo mellífero*, de anchas flores rosa y blancas, cuya forma es la de una copa, y por último geráneos escarlata y jazmines estrellados formaban en aquel valle desierto un jardin que encantaba á la vez la vista y el olfato.

Numerosas aves, cuyo brillante plumaje se distinguia á través del follaje, unian sus alegres cantos al zumbido de las abejas que se veian revolotear por millares sobre el caliz de las flores.

Aun era temprano cuando nuestros amigos llegaron á aquel sitio delicioso, pero quedaron tan encantados á la vista de la escena que se desplegaba á sus miradas que no dudaron en detenerse mucho antes de la hora en que acostumbraban preparar su vivac.

Escogieron una espesura de laureles rosas con hojas de sauce, que se encontraba á la orilla del agua, y se instalaron bajo sus ramas. Como se habian fatigado ayudando á los bueyes á subir algunas pendientes pedregosas, se tendieron los viajeros á la sombra, durmiéndose muchos de ellos arrullados por el canto de las aves, el zumbido de las abejas y el murmullo del riachuelo, que por aquel sitio corria entre rocas.

Los dos colegiales, que no habian empujado las ruedas como los otros, no estaban tan fatigados como de ordinario, y aun cuando lo hubieran estado un objeto que veian les hubiera desvelado. Eran dos pájaros que atravesaban el valle á poca distancia de los wagones y que de vez en cuando dejaban ver por encima de la yerba su cresta negra, lanzando un grito cuyo timbre se parecia al graznido del cuervo. Su tamaño podria ser como el de la gallina comun, pero la carne de estos volátiles es escelente y esto bastaba para hacerlos estremadamente interesantes.

Sus formas eran muy esbeltas y tenian en su marcha cierta cosa del aire majestuoso de la abutarda. Aquellos pájaros, llamados *floricanos* en la India y *kourhaans* en el mediodia de Africa, son una especie ambigua que une las abutardas á la serie de los tetras.

No era esto, sin embargo, lo que escitaba tan vivamente el interés de nuestros colegiales; el gran negocio consistia en que Jan conocia un procedimiento curioso para apoderarse de aquellos pájaros y tenia estraordinario deseo de poner su método en práctica á los ojos de su rival. Desde el dia en que Klaas se habia distinguido de una manera tan brillante á propósito de los saltadores de rocas, el pequeño Jan no soñaba mas que en llevar á cabo alguna proeza no menos gloriosa, pero jamás se habia presentado ocasion. La vista de los kourhaans, que conocia hacia mucho tiempo, reanimó su esperanza, dándole ocasion de hacerse célebre á su vez: enseñaria á Klaas la verdadera manera de coger aquellos pájaros, estaba seguro de conseguirlo, y el triunfo, se decia, no se haria esperar.

Empezó por buscar unas crines de cierta longitud, que cogió de la cola de su caballo, y con las cuales fabricó una especie de collar que ofrecia bastante resistencia; fue despues en busca de Facetanné y le pidió prestado su látigo, ó mas bien el mango, pues el negro tuvo la complacencia de quitar la fusta para complacer á su jóven amo. No hay que olvidar que Jan y Facetanné se entendian perfectamente; el mismo bushman habia enseñado al colegial aquel método de capturar los kourhaans y

era natural que se interesara en el triunfo de su discípulo. El mango del látigo en cuestion era enorme. Consistia en una caña de bambú, de 5 á 6 metros de longitud y que parecia mas bien una caña de pescar que un látigo.

Despues de haber sujetado Jan su lazo á la estremidad del bambú, montó en su poney y lo puso al galope.

Klaas, muy curioso por aquella maniobra, espiaba los movimientos de su primo con un aire de ignorancia que encantaba á nuestro pequeño Jan. No adivinaba lo que este queria hacer y la incertidumbre que esperimentaba se manifestaba en su fisonomía sin que tuviera necesidad de decir nada.

¿Pretendia Jan arrojar su lazo sobre los pájaros como se hace para coger mariposas? pero esto era imposible y no llegaria á conseguirlo; los kourhaans son estremadamente ariscos, y el mismo Klaas habia procurado acercarse á ellos y los habia visto huir antes de poderles tirar.

Nuestro cazador no decia nada, pero comprendiendo las reflexiones que batallaban en la imaginacion de su rival, se alejaba con aire satisfecho, no sin haber arrojado una triunfante mirada á Klaas cuando pasó delante de él al salir del vivac.

Cuando estuvo á unos 100 metros del kourhaan hizo describir á su caballo un círculo cuyo centro eran los pájaros.

Klaas esperaba á cada minuto ver á las aves emprender la huida, pero las abutardas se quedaron en el mismo sitio; el ginete describió un segundo círculo, despues un tercero, un cuarto y un quinto, teniendo cuidado de irlos estrechando cada vez mas y aproximándose de esta manera á los pájaros que perseguia.

—«¡Ya caigo! murmuró Klaas; ya veo ahora lo que quiere hacer!» Y continuó mirando á su primo con el mas vivo interés. El cazador seguia obligando á su caballo á describir círculos como un caballo de picadero.

La penetrante mirada del ginete estaba fija en los pájaros; estos, por su parte, le observaban con alguna inquietud, pero con aire de estupidez y sin hacer usó de sus alas ni de sus patas para huir del peligro. Permitieron al poney aproximarse de tal modo que por medio del bambú de Facetanné pudo Jan coger una de las abutárdas pasándole el lazo alrededor del cuello.

El pájaro se agitó durante ocho ó diez segundos en la estremidad del mango del látigo, y nuestro hábil cazador dirigió su caballo hácia los wagones llevando el kourhaan en la punta del bambú y entrando con él en el vivac con un aire de triunfo que tuvo silencioso á Klaas todo el resto del dia.

CAPITULO XLIX.

WILLEN Y LA SERPIENTE PYTHON.

De los cuatro viajeros que se habian quedado dormidos Willem fue el primero que se despertó. Como al abrir los ojos vió á lo lejos un objeto rojizo que le pareció ser un animal y quedaban aun dos horas de sol, cogió Willem su fusil y llevándose un perro perfectamente enseñado que le acompañaba siempre, aun cuando quisiera sorprender la caza, se dirigió hácia el animal que habia descubierto.

Este se hallaba en la estremidad del valle, precisamente al pie de una montaña pedregosa cuya base estaba cubierta con un bosquecillo de árboles, y el cazador tenia la intencion de llegar hasta aquella espesura, con la esperanza de ocultarse en ella y poder descargar su fusil sobre el animal rojizo.

Cuando llegó cerca del bosquecillo pudo Willem ver distintamente el animal que le habia traido; era un pequeño antílope, del tamaño del saltador de rocas, poco mas ó menos, pero que diferia de este por el color; tenia las partes superiores de un rojo oscuro, la parte inferior del cuerpo blanca y toda la cara negra, comprendiendo el hocico. Sus cuernos eran rectos y de diez centímetros de longitud todo lo mas; su cola, que no se veia muy bien, tendria apenas dos ó tres centímetros.

Nuestro cazador reconoció al steenbok en aquel animalito; le habia visto con frecuencia, pues no es raro en toda la provincia del Cabo, donde habita las mesetas cubiertas de matorrales. Pertenece al género *tragalus*, del cual existen otras tres especies en el Mediodía de Africa, todas de poca estatura. Son el *grysbok* (*tragalus melanotis*), el *vlackte steenbok* (*tragalus rufescens*), y el *bleckbok* (*tragalus pediotragus*). Algunos naturalistas pretenden que son simplemente variedades del *steenbok* (*tragalus rupertris*); pero Willem no pensó por un instante en resolver esta cuestion; queria aproximarse al antílope cuyas chuletas le atraian y que no parecia muy asustadizo. Además le favorecia la posicion que ocupaba el animal al lado del bosquecillo; estaba solo, pues es muy raro ver dos steenboks á la vez y nunca se ven mas de dos juntos; este antílope es monógamo y vive aislado como todos los que forman parte del género *tragalus*.

Willem se encontraba por fin á tiro del animal cuando la estraña conducta de este le impidió disparar. El antílope no comia ni huia, y sin embargo se agitaba continuamente.

Se encontraba en la linde del bosque, donde habia algunos laureles-rosas dispersos. En frente de un grupo de estos árboles ejecutaba el antílope los movimientos que tanto chocaban á Willem. Corria unas veces á la derecha y otras á la izquierda, retrocediendo repentinamente ó volviendo inmediatamente á los laureles-rosas, conservando siempre fija la vista en un punto, y demostrando por el brillo de sus ojos la escitacion particular en que se hallaba.

Era evidente que entre los laureles-rosas habia un objeto cualquiera cuya presencia cautivaba la atencion del animal; ¿qué podia ser? El asombrado cazador estuvo mucho tiempo sin poderlo descubrir; veia al pie de un árbol una masa brillante, pero aquella masa le parecia informe é inmóvil, y Willem no podia comprender qué relacion podia haber entre aquella cosa inerte y la agitacion del antílope. Sin embargo, á fuerza de mirar aquel objeto, que brillaba en la sombra, concluyó por distinguir la forma y reconocer los numerosos repliegues de una serpiente.

Necesariamente debia tener aquella serpiente gran dimension, puesto que arrollada sobre sí misma cubria un espacio de mas de 1 metro cuadrado. Su cabeza descansaba en el estremo de la espiral que describia su cuerpo, que era tan grueso como el muslo de un hombre. Nuestro cazador, que no cesaba de examinar la serpiente, notó que la cola del reptil estaba arrollada alrededor de un laurel-rosa, que apretaba fuermente por medio de dos ganchos que tenia en su estremo. Es uno de los detalles que caracterizan la familia de los pythones, y el reptil que veia Willem era precisamente el *python de Natal*, próximo pariente del boa. Los indígenas le designan sencillamente con el nombre de serpiente de roca, porque habita en medio de las rocas y en los sitios pedregosos; mas propio seria llamarla *boa de roca*: el anaconda, uno de sus parientes de América, podria llamarse entonces *boa de agua*, y el constrictor, que vive en medio de los árboles, llevaria el nombre de boa de los bosques.

Aunque habitan sitios muy diferentes, tienen los pythones y los boas la misma manera de vivir, acechan su presa en la inaccion, la cogen con sus dientes retráctiles, la ciñen con sus repliegues, la aplas-

tan contrayendo sus músculos y la tragan entera, aunque acontece con frecuencia que el animal tragado es mucho mas grueso que ellos. La elasticidad de sus fauces y de su cuerpo, unida á la saliva viscosa en que envuelven aquella masa, les permite resolver un problema cuya solucion parece imposible á primera vista.

Ya hemos dicho que el enorme reptil tenia la cabeza apoyada sobre los anillos que formaba su cuerpo; pero al cabo de algunos instantes, se levantó á muchos pies de altura, se agitó á impulsos de un movimiento vibratorio y se balanceó suavemente. Su abierta boca dejaba ver sus dientes, encorvados hácia atrás, y su lengua ahorquillada, que movia con viveza, mientras sus ojos lanzaban chispas.

Asustaba el verla, y sin embargo, el antílope parecia no temerla; se aproximaba, por el contrario, cada vez mas, impulsada por la curiosidad ó arrastrada por una fuerza irresistible.

Hay personas que ridiculizan ese poder de fascina-

Carga de los rinocerontes.

cion que se atribuye á la serpiente, pero á pesar de los motivos que pueda haber para no admitir que existe, es imposible negar que los pájaros, y aun los cuadrúpedos, son atraidos por las serpientes y los cocodrilos hasta el punto de ir á colocarse al alcance de sus mandíbulas, que se abren para cogerlos. El hecho está confirmado por observadores los mas hábiles y dignos de crédito.

Willem fue testigo de este fenómeno estraño. El antílope se habia aproximado poco á poco al python, y cuando no estuvo mas que á 5 ó 6 metros del sitio en que se balanceaba el reptil, dirigió este su cabeza hácia aquel encantador animal y le atrajo hácia el laurel-rosa en que tenia enganchada la cola.

Willem no vió en un principio mas que una série de rápidas contorsiones, pero muy pronto desapareció la piel roja del antílope bajo los manchados anillos del python, que al contraerse deshicieron los huesos del inocente animalillo.

CAPITULO L.

COMBATE DE WILLEM Y EL PYTHON.

Precisamente el encuentro del reptil era mas agradable para nuestro cazador que el de cualquiera otro animal, y hé aquí la razon. Un jóven doctor, amigo suyo, que habitaba en Graat-Reinet y que se dedicaba con pasion al estudio de la erpetologia, le habia pedido que le llevara pieles de reptiles, princi-

palmonte del *python natalensis*, que no habita la provincia del Cabo ni se encuentra en la orilla septentrional del Orange.

Willem habia buscado inútilmente hasta entonces la piel del mas insignificante python, y desesperaba ya de satisfacer el deseo del doctor. Era un verdadero hallazgo. ¡Qué gloria si conseguia matar al python! ¡Qué trofeo semejante despojo! No era una hazaña ordinaria apoderarse de la piel de una serpiente de 6 metros de longitud y 40 centímetros de circunferencia. Al lado de semejante victoria, todos los hechos de Hendrick serian juegos de niños.

El antílope fue completamente olvidado por el reptil, que absorvió desde entonces toda la atencion de Willem.

El cazador no conocia otro medio de atacar aquel nuevo enemigo que obrar con respecto á él como si se tratara de un cuadrúpedo, es decir, apuntarle bien, y enviarle una bala á la parte mas voluminosa de su cuerpo.

El reptil se desarrolló inmediatamente, abandonó el cadáver del antílope, que no era ya mas que una masa informe, y huyó arrastrándose con una velocidad que demostraba que la herida no tenia gravedad alguna.

Willem se disponia á volver á cargar su fusil, cuando notó que el reptil se dirigia á toda prisa hácia un monton de piedras cercano á la montaña; allí tenia su nido el python, y si conseguia llegar á él no volveria á aparecer.

Nuestro cazador dejó de cargar su arma y corriendo entre los árboles siguió la direccion que habia tomado el python. A pesar de la rapidez de su marcha, corria el reptil con mas lentitud que un hombre, y en un minuto estuvo Willem tan cerca de la serpiente que hubiera podido pisarle la cola.

Sin embargo, no sabia cómo entablar el ataque. Empezó á golpearle con la culata del fusil; pero aunque sus golpes eran aplicados con mano vigorosa, la culata resbalaba en la piel del reptil, que no esperimentaba daño alguno, y continuaba su marcha con la misma velocidad.

El enorme python no intentaba responder al ataque del cazador y su único deseo era llegar á su agujero.

Iba ya á conseguirlo, pues á pesar de los esfuerzos de Willem habia llegado á las rocas, y la mitad de su cuerpo desaparecia en una abertura que sin duda alguna formaba la entrada de su cueva.

El momento era crítico; un segundo mas, y la última parte de la serpiente se eclipsaba á la vista de Willem. Nuestro cazador estaba desesperado. ¿Qué responderia á su amigo de Graat-Reinet? ¿Qué diria Hendrick? ¡Adios, ilusiones de gloria!

Este pensamiento duplicó su energía; mas que nunca tuvo deseos de triunfar. La serpiente no era venenosa y la lucha seria poco peligrosa. Verdad es que el python podia morderle, pero nuestro cazador se habia batido mas de una vez con animales cuya mordedura es muy cruel, y sin embargo, habia salido vencedor. ¿Por qué no habia de luchar con el enorme reptil?

Adoptada esta determinacion, arrojó Willem su fusil, cogió la cola de la serpiente con las dos manos y empezó á tirar con toda su fuerza.

Del primer tiron consiguió sacar una porcion del reptil de la hendidura en que se habia metido, pero le fue imposible hacer retroceder de nuevo á su terrible adversario. El mónstruo habia encontrado sin duda un ángulo de la roca que le servia de punto de apoyo y le permitia resistir á la traccion del jóven.

Willem seguia tirando de la cola del python; jamás marinero alguno ha tirado en una tempestad con mas energía de los cordajes de la vela mayor. Pero nada conseguia; la primera mitad del reptil seguia escondida en la tenebrosa hendidura. Las vértebras de la serpiente se rompian en los esfuerzos de nuestro amigo, y sin embargo, el valiente cazador no ganaba 1 centímetro, y por el contrario, habia perdido 7 ú 8. Cada vez que aflojaba un poco, se aprovechaba el python para ganar algunas pulgadas de terreno, que no cedia ya. Tenia además la ventaja, pues es mas fácil arrastrar que contener.

Willem tenia la seguridad de que el reptil no se le escaparia mientras él pudiera mantenerse de pie; ¿pero á qué le conducia aquella ridícula posicion? No habia término medio; era preciso sostenerse de aquel modo ó soltar la cola, y si adoptaba este último partido desaparecia la serpiente antes de un segundo. No podia resolverse á perderla voluntariamente; el reptil se fatigaria de tan larga resistencia é impacientado al fin saldria de su escondite.

Si hubiera acompañado alguno de sus compañeros á nuestro cazador la cosa hubiera sido diferente; su camarada hubiera atacado el cuerpo del reptil y es probable que este hubiera preferido salir de su agujero á dejarse golpear impunemente. Desgraciadamente estaba Willem muy lejos del vivac y nadie podia verle ni oirle.

Una idea luminosa cruzó de pronto por la imaginacion del cazador; cerca de él habia un árbol; si por un medio cualquiera conseguia atar la cola del mónstruo podria con un garrote aplastar el python. Poco tiempo necesitaba Willem para madurar sus proyectos; era uno de esos hombres cuya mano está pronta á ejecutar el plan que forma su cabeza. Tenia por casualidad en el enorme bolsillo de su chaqueta una fuerte cuerda que le servia maravillosamente para su negocio si conseguia atarle á la cola de la serpiente. En todo caso nada perdia con intentarlo.

Poniéndose á caballo sobre el cuerpo del reptil apretó Willem el python con sus rodillas, consiguió pasarle la cuerda que tenia un nudo corredizo y concluyó por atar el otro estremo de la cuerda al árbol que tenia cerca.

Cuando hubo terminado esta doble operacion, rompió una rama bastante gruesa y resuelto á machacar la parte posterior del reptil ú obligar al python á enseñar los dientes se puso á sacudir con todas sus fuerzas el cuerpo del ofidio. Aun no habia descargado el tercer golpe cuando salió el reptil de la hendidura con tanta rapidez que el pobre Willem se encontró cogido en sus numerosos repliegues antes de poder intentar la fuga. No sabia como habia sido aquello; habia visto repentinamente ante él la amenazadora cabeza del reptil y al inclinarse á un lado para huir de aquel horrible espectáculo sintió en sus piernas la escamosa piel dela serpiente que le aproximaba al árbol del que queria alejarse.

Los anillos se multiplicaron á su alrededor, abrazando á la vez su cuerpo y el árbol, contra el cual se sentia apretado como por un torno; despues volvió á aparecer la horrible cabeza enfrente de su cara, con las mandíbulas abiertas y los chispeantes ojos fijos en los del cazador.

La situacion era espantosa, pero Willem no perdió el valor ni la serenidad; con las dos manos, que tenia libres, cogió al mónstruo por la garganta y le apretó con toda la energía de la desesperacion. La cola del python estaba felizmente sujeta por la cuerda y el reptil estaba cogido por las dos estremidades: si no hubiera sido por esta casualidad le hubiera bastado un minuto para aplastar á Willem como habia molido al antílope; pero no podia disponer de la cabeza ni de la cola, perdió su poder de contraccion y sus anillos envolvieron los miembros de su enemigo sin conoseguir apretarlos. Retorcia su cuello, replegaba su cuerpo, agitaba vivamente su espiral y nada podia contra su vigoroso adversario.

La duracion de aquella espantosa lucha dependia de la de las fuerzas de los dos antagonistas. Willem no podia alejarse por tener las piernas sujetas por el cuerpo de la serpiente, ni podia soltar la cabeza del python sin ser aplastado inmediatamente; el reptil, á su vez, no podia desasirse de las manos de su adversario por estar cogido por los dos estremos. ¿Cómo terminaria aquel estraño duelo y quien saldria vencedor?

El reptil concluiria necesariamente por triunfar del jóven: era imposible que Willem consiguiera estrangular á su adversario, á pesar de la presion que ejercia en la garganta de la serpiente, y cuando se agotaran sus fuerzas seria víctima del mónstruo, á quien no podria ya contener.

Hasta entonces no habia pensado Willem en su cuchillo de caza y ni aun se acordaba de tenerlo; felizmente lo tenia en la cintura y distinguió el mango por debajo de los anillos del reptil que le rodeaban el cuerpo. Cogerlo con una mano y sacarlo de la vaina fue negocio de un segundo.

Aquel momento fue suficiente al python para desasirse de la presion del boer; pero antes de que hubiera podido apretar sus numerosos anillos alrededor de su víctima, la cortante arma del jóven le habia hecho una profunda herida y la cabeza del reptil se encontraba medio separada del cuerpo. El cazador hirió de nuevo á su terrible adversario y vió por último aflojarse poco á poco la amenazadora espiral y caer á sus pies.

Algunos instantes despues habia cesado de vivir el mónstruo. Aunque Willem tenia la conciencia de la gloria que habia adquirido triunfando de semejante enemigo, sintió haber estropeado la piel de la serpiente, que queria llevar á su amigo el doctor.

CAPITULO LI.

EL GUIA DE LA MIEL.

La aventura de Willem con el enorme python fue reconocida por todo el mundo por la mas maravillosa de las ocurridas durante la espedicion. Era mas notable que la de Hendrick con el rinoceronte y fue objeto durante mucho tiempo de las conversaciones de la noche.

Todos, á escepcion de Arend, se habian señalado por alguna proeza ó podian contar alguna aventura peligrosa en que habian estado á punto de ser víctimas. Arend era el único que no llevaba trofeo ni relato que le fuera personal, no porque tuviera menos valor ó menos capacidad que sus camaradas, pero era poco aficionado á la caza y además no le habian favorecido las ocasiones. Una vez habia caido con su caballos en una de las trampas que hacen los salvajes para coger rinocerontes y que cubren cuidadosamente.

Por fortuna habian quitado la estaca que colocan en el fondo de aquellos anchos fosos, sin lo cual lo hubieran pasado mal Arend y su caballo. Era el único acontecimiento que podia narrar Arend, y gracias al escelente carácter que todos reconocian en él, se reia de todas veras de su desgracia. Confesaba además que no era á propósito para esplorar el desierto. Si en vez de recorrer aquellas inmensas soledades hubiera frecuentado los salones de una gran ciudad, su encantadora fisonomía, su elegante talle y sus maneras distinguidas le hubieran valido grandes elogios; pero lo mismo se preocupaba de los triunfos que hubiera obtenido en sociedad que de las victorias que su valor y su habilidad le hubieran proporcionado en la caza. No deseaba mas que una cosa, regresar á Graaf-Reinet, y Willem no desperdiciaba ocasion para decir que no eran estraños ciertos ojos azules á los gustos sedentarios del hermoso jóven.

Sin embargo, Arend debia tomar parte con los demás, antes de regresar al hogar paterno, en una aventura que no solamente terminó su espedicion sino que estuvo á punto de ser la última de su existencia.

Habian abandonado el valle esmaltado de flores para ir á establecerse en una llanura igualmente florida, aun cuando las plantas no tenian el mismo carácter. Habia bastantes geráneos, pero los cactus y las euforbiaceas ocupaban la mayor parte del terreno.

El *euphorbia grandidens* se elevaba sobre las cabezas de nuestros amigos, y la variedad cuya forma es semejante al melon crecia á flor de tierra. Habia tambien muchas especies venenosas; el *euphorbia antiquorum* florecia al lado de la *amaryllis tóxica*. Finalmente, nuestros cazadores habian establecido su campamento en un terreno ocupado casi enteramente por plantas cuyo jugo es un veneno mortal.

Todas aquellas flores recreaban, sin embargo, agradablemente la vista y eran tan frescas y hermosas como las demás. Entre las ramas revoloteaban muchos pájaros y las abejas desfloraban, zumbando, todas aquellas corolas abiertas, animando el paisaje y recordando el techo paterno, cuyo recuerdo iba siendo muy grato á nuestros fatigados viajeros.

Acababan nuestros amigos de preparar su campamento y descansaban á la sombra cuando llamó su atencion un pájaro que fué á colocarse en un matorral, á poca distancia de su vivac.

Era del tamaño de un gorrion y el pobre pajarillo no ofrecia nada de notable ni en la voz ni en el plumaje; tenia la parte superior del cuerpo de color ceniciento oscuro, el pecho y el abdómen de color gris y su charla podia traducirse por un *koui koui koui kit* de dudosa armonía. No era la belleza de sus plumas ni el encanto de su voz lo que escitaba la atencion de los viajeros: no ignoraban estos que aquel pajarillo, que saltaba de rama en rama agitando la cola y cuyo monótono grito se repetia con insistencia, era el célebre *guia de la miel*.

Durante su viaje habian tenido ocasion de verlo muchas veces, y el naturalista habia aprovechado la ocasion para enterarles de una costumbre singular que caracteriza aquel pájaro. Cuando encuentra un hombre le conduce al sitio en que están las abejas; revolotea de matorral en matorral y de roca en roca, repitiendo su grito hasta que llega al punto en que está situada la colmena; espera á que el viajero despoje de su tesoro á las abejas y se come despues las larvas y restos de miel que le abandonan.

Se ha puesto en duda durante mucho tiempo este maravilloso instinto del guia de la miel. Nuestros cazadores tenian una prueba del hecho por haber seguido ya á aquel pajarillo, que les habia conducido sin vacilar á una colmena.

Hans les habia dicho igualmente que el guia de la miel tiene, como el cuco, la singular costumbre de depositar sus huevos en el nido de otro pájaro, por cuyo motivo ha sido clasificado entre los *cuculídeos*, con el nombre de *cuco indicador*; hay naturalistas que han hecho de él el tipo del género *indicador*, del que se conocan muchas especies.

La naturaleza, al dar al indicador una aficion tan pronunciada por la miel y sobre todo por las larvas de abejas, le ha protegido contra el aguijon de los defensores de la colmena, cubriéndole de una piel gruesa y dura que le sirve de coraza. Sin embargo, Facetanné pretendia que esta precaucion no era siempre suficiente, y que habia encontrado con frecuencia al lado de una colmena recientemente saqueada el cadáver del indicador, que habia sucumbido por los ataques de las abejas.

Todos aquellos puntos de historia natural eran conocidos de los jóvenes boers antes de la aparicion del

pajarillo que se habia parado en las cercanías, por cuyo motivo se alegraron mucho con la presencia del indicador: tenian mucha necesidad de miel por estar agotada su provision de azúcar, y no tenian nada para endulzar el café, cuya amargura les era muy desagradable.

Se levantaron inmediatamente y resolvieron acompañar al guia de la miel, cualquiera que fuese el sitio donde los condujera.

Cada cual cogió su fusil, ensilló su caballo, y puso el pie en el estribo. No se estrañarán estos preparativos al saber que el pájaro de la miel conduce con frecuencia al cazador á 7 ú 8 millas del punto de partida, y le lleva algunas veces cerca de un leon ó de un rinoceronte, en vez de conducirles á la colmena prometida.

Cuando iban á ponerse en marcha apareció un singular animal; era corto de piernas, plantígrado (1) en las patas traseras, y tenia el hocico y la cola de un zorro, con el cual presentaba cierta semejanza. Su piel, gris por el cuerpo y negra por debajo, tenia una raya blanca que se estendia por los costados, desde las orejas hasta el nacimiento de la cola. Era mayor que el zorro y se parecia mas al *wolverene* ó *gloton de América*; tenia todo el aire de familia de los plantígrados, y era en efecto, el *ratel* ó *comedor de miel*, que es el representante de estos animales en el Africa meridional.

Nuestros cazadores conocian igualmente aquel cuadrúpedo, y sabian que era muy goloso por la miel, empleando la mayor parte de su tiempo en descubrir colmenas: siempre que estas están formadas en tierra, le es fácil saquearlas por medio de sus uñas, destinadas á arañar el suelo, pero le es imposible coger la miel cuando la colmena está colocada á cierta altura, por no tener la facultad de trepar á los árboles. Hace sin embargo, inútiles esfuerzos para alcanzar la colmena, cuyo acceso le está vedado, y cuando un hotentote distingue la señal de las uñas del ratel en la corteza inferior de un árbol, se apresura á buscar la miel que le indican aquellas señales.

Congo y Facetanné habian dado todos aquellos detalles á nuestros amigos. Hans añadió que el ratel se encuentra en todas partes de Africa y que forma un género particular en la familia de los plantígrados; que su piel es bastante gruesa para que pueda atravesarla el aguijon de las abejas, y por último, que debe á su olor estremadamente desagradable el nombre de *zorro fétido*.

Lo mas singular de la historia del ratel, es la costumbre que tiene de acudir á la voz del guia de la miel. Por su parte, obra el pájaro con respecto al cuadrúpedo de la misma manera que cuando encuentra un hombre, y segun M. Verreaux, el indicador, en semejante circunstancia, vuela mas bajo y se detiene con mas frecuencia por el temor de que le pierda de vista el ratel.

No cabia duda de que el grito del cuco indicador ocasionaba la presencia del recien llegado, pero asi que el ratel distinguió á los ginetes volvió grupas y desapareció velozmente.

El guia se impacientaba, pero la caravana se puso por fin en marcha, y el cuco, batiendo las alas, empezó á volar seguido de toda la banda.

El pájaro iba de árbol en árbol, profiriendo su koui koui koui ki con evidente satisfaccion, trotando los cazadores detrás y hablando de la aventura.

La llamada del cuco empezó á ser mas frecuente, y la animacion creciente del pequeño indicador anunció á los viajeros que se aproximaban á un nido de abejas. Algunos minutos despues se detuvo el pájaro sobre un árbol, en el cual estaba situada la colmena. La corteza estaba estropeada en la base, lo que demostraba que mas de un ratel habia sido conducido á aquel sitio, donde habia llegado lleno de esperanza y no habia encontrado mas que una amarga decepcion.

Facetanné y Congo cortaron con sus hachas el árbol que encerraba la colmena; ahumaron las abejas, y los panales llenos de miel fueron llevados al vivac, no sin haber dejado algunos fragmentos para pagar los servicios del pequeño indicador. La provision de las abejas era considerable, y los cazadores, comprendiendo los dos negros, tuvieron aquella misma noche una indigestion de miel.

CAPITULO LII.

ENVENENADOS.

Mas les hubiera valido á nuestros amigos no encontrar al indicador ó haber abandonado al ratel el contenido de toda la colmena.

Apenas habia transcurrido una hora despues de la comida, cuando esperimentaron la mas viva inquietud. Un fuego devorador les abrasaba la garganta y el pecho, y espantosas náuseas les levantaban el estómago. Las abejas, cuya colmena habian saqueado, habian recogido su botin en los euforbios y las amarilis y su miel estaba envenenada.

Imposible seria describir la consternacion que reinó entre nuestros cazadores. Hacia tanto tiempo que estaban reducidos á la carne que habian comido con delicia gran cantidad de miel. Todos estaban muy mal, y ninguno de ellos podia atender á los demás.

El naturalista, que sin embargo habia conservado toda su serenidad, buscó en el cofre del wagon algunas drogas que habia llevado é hizo tomar inmediatamente á los pobres enfermos fuertes dósis de emético, con lo que obtuvo los mejores resultados.

Nuestros amigos estaban salvados, pero continuaron sufriendo durante muchos dias, arrastrándose penosamente por los alrededores del vivac ó sentados en silencio cerca del fuego, estremadamente delgados y pareciendo sus propias sombras.

Esta crisis habia conmovido de tal manera su salud que juzgaron imposible continuar el viaje. Esperaron únicamente á estar bastante fuertes para regresar á Graaf-Beinet y se prepararon á volver á la casa paterna.

El deseo de Arend iba á ser satisfecho. Pronto veria á Gertrudis y oiria su voz armoniosa. El mismo Hendrick, á pesar de su pasion por la caza, estaba tambien muy contento por volver al seno de su familia y depositar los trofeos de sus victorias á los pies de Wilhelmina, ruborizándose de placer. Klaas y Jan pensaban en los bollos y los dulces, y el naturalista estaba impaciente por colocar en su herbario las numerosas plantas que habia recogido en aquella escursion.

Unicamente el infatigable Willem hubiera deseado franquear las montañas que le separaban de la region de los elefantes, de las girafas y de los búfalos, y hubiera continuado su viaje si sus compañeros hubieran podido acompañarle; pero la cosa era imposible y nuestro hércules se vió obligado á volver con sus compañeros. Con vivo pesar aceptó aquella dura necesidad; hacia mucho tiempo que alimentaba la esperanza de ensayar su habilidad en los enormes cuadrúpedos que habitan al otro lado de la frontera, y si alguna cosa podia disminuir su sentimiento era la seguridad de que muy pronto formaria parte de otra espedicion, que debia ir á cazar el elefante en las orillas del Limpopo.

Cada dia recobraban nuevas fuerzas nuestros cazadores, y cuando llegaron á Graaf-Beinet habian desaparecido completamente todos los efectos del veneno.

(1) Que anda sobre las plantas de los pies como los osos.

No tengo necesidad de decir con qué efusion de ternura fueron acogidos en la casa paterna y lo encantadoras que estaban Gertrudis y Wilhelmina. Una espléndida comida reunió á todos los opulentos boers del pais para celebrar el regreso de nuestros felices cazadores.

INDICE.

CAPÍTULO I.	—	El campamento de los jóvenes boers.	PÁGINAS. 5
II.	—	Bushman y zoulou.	6
III.	—	Manera de atravesar un vado.	8
IV.	—	La orilla opuesta del rio Orange.	10
V.	—	Leones y oryx.	11
VI.	—	Una leona enfurecida.	14
VII.	—	Lucha de Congo y la leona.	15
VIII.	—	Discusion á propósito de leones.	16
IX.	—	El unicornio.	18
X.	—	El pájaro-camello.	19
XI.	—	El caama.	20
XII.	—	Las aves sin alas.	22
XIII.	—	El fennec y los huevos de avestruz.	25
XIV.	—	Los blawboks.	27
XV.	—	Ataque de los blawbóks.	29
XVI.	—	Persecucion del blawboks.	30
XVII.	—	Lucha desesperada.	31
XVIII.	—	Flechas envenenadas.	32
XIX.	—	Maniobra de bushman para atraer al aveztuz macho.	34
XX.	—	Persecucion de un gnou royado.	36
XXI.	—	Un rinoceronte.	38
XXII.	—	El ázmuerzo interrumpido.	40
XXIII.	—	Caza del avestruz.	41
XXIV.	—	Un avestruz singular.	42
XXV.	—	Blesbok ybonteboks.	43
XXVI.	—	Batida de blesboks.	44
XXVII.	—	Continuacion de la caza de los blesboks.	46
XXVIII.	—	Carrera desenfrenada de Hendrick.	47
XXIX.	—	Cazado por un keitloa.	48
XXX.	—	Endrick en estado de sitio.	50
XXXI.	—	Sorpresa del rinoceronte.	51
XXXII.	—	Un inmenso rebaño de antílopes.	52
XXXIII.	—	La montaña aislada.	53
XXXIV.	—	Esploracion de la montaña.	55
XXXV.	—	El Hirax.	56
XXXVI.	—	Los saltadores de rocas.	57
XXXVII.	—	La caza.	58
XXXVIII.	—	Los pájaros atrevidos.	61
XXXIX.	—	El antílope acuático.	62
XL.	—	El reptil voraz.	63
XLI.	—	Las pintadas.	64
XLII.	—	El antílope rojo.	66
XLIII.	—	Los cazadores burlados.	67
XLIV.	—	Las viudas.	68
XLV.	—	El carretero.	71
XLVI.	—	Ataque de los mouchochos.	72
XLVII.	—	Carrera montado en un rinoceronte.	73
XLVIII.	—	Jan y los kourhaans.	74
XLIX.	—	Willem y la serpiente Pyhon.	75
L.	—	Combate de Willem y el Pyhon.	76
LI.	—	El guia de la miel.	78
LII.	—	Envenenados.	79